



Nova

ORSON SCOTT CARD

y AARON JOHNSTON

TRATAMIENTO INVASOR

**Medicina genética,
ética y religión:
¿enfrentamiento o
colaboración?**

Lectulandia

Los «curadores», con sus musculosos y fuertes cuerpos escondidos tras negras capas, se mueven sigilosamente por las calles de la ciudad recogiendo indigentes y, sobre todo curando enfermedades y proporcionando esperanza a los desahuciados. Usan un virus adaptado al genoma de cada paciente para eliminar enfermedades genéticas hasta hoy incurables: la enfermedad de Parkinson, la corea de Huntington, la fibrosis quística, etc.

Pero ese mismo virus, cuando alcanza a otros seres humanos, es el vector de una muerte segura tras escasos minutos de atroces sufrimientos. La Agencia de Riesgos Biológicos (ARB) enfrentada al peor virus conocido, ha de recurrir a la ayuda del doctor Frank Hartman, un brillante virólogo que parece haber desarrollado un antivirus eficaz.

Los «curadores» son también seguidores de un nuevo culto religioso y de un nuevo Profeta que promete un futuro sin enfermedades y una mejora de la especie humana gracias a su dominio de la medicina genética. ¿Cuál ha de ser el mejor futuro para la especie humana: el que propone ese visionario Profeta o el que defiende la ARB?

Lectulandia

Orson Scott Card & Aaron Johnston

Tratamiento invasor

Nova - 221

ePub r1.0

XcUiDi 13.06.16

Título original: *Invassive Procedures*
Orson Scott Card & Aaron Johnston, 2009
Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

A Peter Johnson,
amigo y compañero narrador

Presentación

Orson Scott Card, la gran revelación en la literatura especulativa de los últimos años, intenta ahora nuevos registros y aborda nuevas posibilidades. Tras el gran éxito de la famosa y popular saga de Ender (con la que obtuvo por dos veces consecutivas los prestigiosos premios Hugo y Nébula por primera vez en la historia), poco a poco Card se va abriendo camino en otros medios narrativos.

Primero fue el teatro, medio del que en realidad procede y en el que es un destacado autor, al menos en el seno de la comunidad religiosa a la que Card pertenece. Después, fue la literatura con la ya larga serie de novelas y relatos que, poco a poco, en los últimos veinte años, han ido apareciendo en nuestras colecciones y cuyas principales obras se resumen al final de este libro. Ahora le llega el turno al cine y al cómic.

Desde 1997, en que vendiera los derechos cinematográficos de su popular novela *El juego de Ender*, Card parece haber descubierto el mundo del cine al que parecía naturalmente orientado a partir de su dominio de la carpintería teatral y la habilidad narrativa de que hace gala en sus relatos y novelas.

Pero el cine es también una gran máquina económica y, a través de la peripecia de los distintos guiones que el mismo Card iba escribiendo para la versión cinematográfica de *El juego de Ender* y, sobre todo, de su peculiar encuentro/desencuentro con la gente de Hollywood, Card parece haberse convencido ya de la complejidad del mundo cinematográfico. Un mundo, por ejemplo, en el que la labor del narrador deja de ser individual y pasa a convertirse en un sofisticado trabajo de equipo que, además, involucra muchos esfuerzos y riesgos de tipo económico.

De manera paralela, la proximidad con el cine parece haberle llevado también de manera casi natural a esa otra versión, tal vez intermedia entre novela y cine (aunque no se me oculta que es, también, un medio completamente distinto...), de la narrativa visual que es el cómic. Hace poco se anunciaba, por parte de la poderosa compañía Marvel (la de esos superhéroes famosísimos como Spiderman, Los 4 Fantásticos, X-Men, Iron Man, Hulk y un largo, larguísimo etcétera) que la serie de Ender iba a ser también llevada al cómic.

Por todo ello no es de extrañar que Card haya empezado a pensar en los medios audiovisuales y haya creado incluso una productora cinematográfica.

De ese proyecto cinematográfico de Card surge *Tratamiento invasor*: tras contar con la ayuda de Aaron Johnston (joven pero ya reputado guionista en Hollywood) para crear diversos guiones cinematográficos a partir de algunas de las primeras historias de Card, posteriormente, ese mismo guión se extiende y desarrolla a la forma de una novela en este libro que hoy presentamos. De ahí el formato de colaboración con el que se presenta esta novela.

No voy a seguir por este camino: de todo ello ya hablan los autores en sus

respectivos textos de introducción y cierre de este libro, y no voy a cansarles aquí con la génesis de esta novela que ellos mismos detallan más que suficientemente.

Quede sólo, de momento, el creciente interés de Card por el mundo cinematográfico. Un interés que sus lectores veteranos constatamos fácilmente en el tipo de narrativa a la que se va dedicando últimamente. Una narrativa que a veces tiene mucho más de *thriller* y de novela de acción que esas historias con las que empezó Card y que eran, en cierta forma, su «marca de la casa», casi siempre basadas en la formación ética y moral de un joven que se enfrentaba a difíciles y complejas decisiones: Ender Wiggin, el Maestro Cantor, Alvin el Hacedor, etcétera.

El carácter de *thriller* y de novela de acción era ya sumamente claro en su anterior libro publicado por NOVA: *Imperio: una mirada incómoda a un futuro posible* (2007 - NOVA núm. 211), la terrible visión de una nueva Guerra Civil en Estados Unidos como consecuencia de la virulencia de los enfrentamientos políticos entre republicanos y demócratas, entre derecha e izquierda. Un problema que no es exclusivo de los Estados Unidos de América y que componía un ameno y agitado *thriller* de acción protagonizado por personajes brillantes y entrañables (como siempre ha sabido hacer Orson Scott Card) acompañado de una interesante y profunda reflexión política. Valga decir, como si fuera de pasada, que en la línea de lo anteriormente apuntado, *Imperio* es, también, una novela creada como soporte inicial de un videojuego; está previsto que se convierta en una serie de cómics (con una historia complementaria a la narrada en la novela) y, cómo no, acabe siendo también una película. *Quot erat demonstrandum...*

Aunque la nueva orientación digamos que «cinematográfica» a la que parece estar orientándose Orson Scott Card no excluye la continuidad de sus valores de siempre. Como ya se ha dicho, la obra de este autor se caracteriza por la importancia que concede a los sentimientos y las emociones, por el cuidado tratamiento de sus personajes y por historias que tienen también gran intensidad emotiva. Card es un gran narrador que aborda los temas de tipo ético y moral, de manera central y haciendo siempre que el lector «se preocupe» por sus personajes siempre bien delineados y, en la mayoría de los casos, como ya se ha dicho, enfrentados a duras opciones de tipo ético y moral, a lo que ayuda la consideración de niños y adolescentes de la mayoría de sus grandes protagonistas, desde Ender Wiggin a Alvin Maker el Hacedor, pasando por Anset, más conocido como el Maestro Cantor.

Ahora, en *Tratamiento invasor*, la reflexión ética y moral alcanza el mundo de los adultos al centrarse en las promesas y peligros de la nueva y potencialmente importantísima medicina genética.

En esta novela conocemos a los «curadores», con sus musculosos y fuertes cuerpos escondidos tras negras capas, los misteriosos personajes que se mueven sigilosamente por las calles de la ciudad recogiendo indigentes y, sobre todo, curando enfermedades y proporcionando esperanza a los desahuciados. Usan un virus adaptado al genoma de cada paciente para eliminar enfermedades genéticas hasta hoy

incurables: la enfermedad de Parkinson, la corea de Huntington, la anemia depreanocítica, la fibrosis quística, la hemocromatosis, etc.

Pero ese mismo virus, cuando alcanza a otros seres humanos, se convierte en el vector de una muerte segura tras escasos minutos de atroces sufrimientos. La Agencia de Riesgos Biológicos (ARB), enfrentada al peor virus conocido, ha de recurrir a la ayuda del doctor Frank Hartman, un brillante virólogo que parece haber desarrollado un antivirus eficaz.

Dos partes enfrentadas claramente: la continuidad del *statu quo* actual en la forma de esa ARB, siempre temerosa de los terribles riesgos y peligros biológicos que algunos nuevos desarrollos puedan producir como ocurriera en el mundo cotidiano con casos como el ébola o el marburg. Y, por otra parte, la nueva esperanza que, frente a terribles enfermedades de origen genético, representa la acción de los «curadores».

Unos «curadores» que son, también, seguidores de un nuevo culto religioso y de un nuevo profeta que promete un futuro sin enfermedades y una mejora de la especie humana gracias a su dominio de la medicina genética. Algo nada extraño en Card, siempre interesado por la reflexión ética y moral y su relación con las creencias religiosas.

El planteamiento es claro: Card se atreve a enfrentar la potencialidad de la nueva medicina genética con los problemas éticos y religiosos que ello va a suponer (está suponiendo ya...). La pregunta que se hace el lector es clara: ¿cuál ha de ser el mejor futuro para la especie humana: el que propone ese visionario profeta de los «curadores» o el que defiende la ARB?

Por tanto, ambientada en un futuro tan cercano que es ya nuestro propio presente, *Tratamiento invasor* es, a la vez, un brillante *thriller* biotecnológico sobre los riesgos de la medicina genética y, por las hipótesis empleadas, una novedosa muestra de la mejor ciencia ficción actual. Esa que hace realidad la vieja definición de un veterano autor y especialista como Isaac Asimov (el de las Tres Leyes de la Robótica o la magna serie de la Fundación) cuando nos decía que la ciencia ficción es «esa rama de la literatura que trata de la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología».

Y todo ello envuelto en la atractiva forma de un *thriller* de acción, uno de esos que hacen realidad el tópico de que nos obligan a «devorar las páginas una tras otra, sin descanso» que tanto se ha extendido y no todos los escritores saben lograr.

En este sentido no hay ningún problema en este caso: la habilidad narrativa de Card, el interés por sus personajes y sus problemas éticos se une en esta novela al ritmo endiablado que establece (voy a suponerlo así) Aaron Johnston para lograr una historia que nos atrae, interesa y, sobre todo, nos lleva a pensar en ese inevitable enfrentamiento entre las posibilidades de la moderna tecnociencia y las convicciones morales y religiosas de las que se suele partir.

Antes de terminar esta tal vez innecesaria presentación, déjenme citarles sólo un

par de ejemplos de la manera como ha sido recibido este interesante y ameno *thriller* sobre medicina genética.

En primer lugar, el comentario de un lector habitual de Orson Scott Card como es Chris Howard en su blog particular:

Con todos esos maravillosos personajes [...] y una de las tramas más apasionantes y que hacen devorar las páginas que he podido leer en muchos años, es un libro que resulta emocionante y repleto de significado en estos días de vertiginosos avances en la medicina.

Y, por si ello fuera poco, la manera como caracteriza esta novela una revista especializada en la crítica literaria como es Booklist y, lógicamente, más neutra:

La novela se gana al lector por su ejecución [...], gracias al ritmo, la caracterización de los personajes y un estremecedor suspense, todo ello pulido hasta el mejor y brillante acabado.

Como siempre, es una verdadera satisfacción presentar un nuevo libro de Orson Scott Card y, como recordarán algunos veteranos lectores de NOVA, aunque parezca mentira, hasta hoy al menos, la colaboración de Card con otro escritor suele dar novelas «distintas» y a veces incluso mejores... Así ocurrió, hace ya años, con *Lovelock* (1994 - NOVA Scott Card, núm. 6) la primera entrega de la llamada «The Mayflower Trilogy», una trilogía escrita conjuntamente con su amiga y colega Kathryn H. Kidd y de la que seguimos esperando la segunda novela de la serie que ha de tener por título *Rasputín* y que parece ya mucho más cercana en el tiempo.

De la misma manera que los seguidores de Orson Scott Card van a regocijarse conmigo ante la noticia de otros relatos creados en el universo de Ender (la novela corta «navideña» *Guerra de regalos* aparecida en Estados Unidos en 2007, o la novela que parece cerrar la serie de Ender y de su Sombra *Ender in exile* que ha aparecido en Estados Unidos en noviembre de 2008). Esperemos que pronto estos títulos puedan aparecer en NOVA al igual que la nueva macro-antología de relatos (*Keeper of Dreams*) en la que Card ha recogido todos sus relatos cortos desde los que formaron parte de esa descomunal y maravillosa *Mapas en un espejo* (1990 - NOVA Scott Card, núm. 1).

Nada más por ahora. Darles de nuevo la bienvenida a esta nueva y amena colaboración de Card con otro buen escritor y emplazarlos hasta la presentación de un nuevo libro de Orson Scott Card, que, como ya se ha dicho, va a ser pronto. Por el momento los dejo con este *Tratamiento invasor* y con su amena manera de hacernos reflexionar sobre las promesas y peligros de la nueva medicina genética.

Que ustedes lo disfruten.

Miquel Barceló

Agradecimientos

por Aaron Johnston

Esta novela está basada en mi guión a partir del relato «Negligencia» de Orson Scott Card, publicado por primera vez en *Analog Science Fiction* en 1976.

Scott y yo estábamos trabajando juntos, desarrollando algunas de sus obras literarias para la industria cinematográfica, y ambos estuvimos de acuerdo en que «Negligencia» era un relato que merecía la pena explorar. Intercambiamos incontables *e-mails* (la suma de los cuales, si alguna vez se recopilan y publican, probablemente superará el volumen de esta novela) para discutir cómo ampliar la historia y que alcanzara la envergadura de un largometraje. Posteriormente, cuando empezamos a desarrollar la historia por segunda vez, escribimos otro volumen de *e-mails* con las posibilidades adicionales para la historia. De vez en cuando, Scott volaba a Los Ángeles por negocios y nos pasábamos la tarde repasándolo todo y llenando nuestros estómagos de exquisito helado.

Además del tiempo que pasamos trabajando juntos, varios libros fueron particularmente útiles a la hora de escribir esta novela. *The Hot Zone*, de Richard Preston, cuenta la verdadera historia de un virus letal y altamente contagioso que apareció en las afueras de Washington en 1983. También es casualmente uno de los libros más impresionantes que he leído. Me quito el sombrero ante el personal militar del Instituto de Investigación Médica de Enfermedades Infecciosas del Ejército de Estados Unidos (USAMRIID) de Fort Detrick, en Detrick, Maryland, que hace más de lo que sabemos (y probablemente de lo que queremos saber) para mantenernos a salvo de mortíferas amenazas biológicas.

También me fascinó *Beating Back the Devil: On the Front Lines with the Disease Detectives of the Epidemic Intelligence Service*, de Maryn McKenna. La ARB de este libro está basada libremente en el EIS, pero nuestra agencia ficticia no hace justicia al heroísmo y el generoso servicio que prestan los hombres y mujeres de la verdadera organización federal. Cuando el resto del mundo huye de un brote epidémico, el EIS corre hacia él.

Beth Meacham, nuestra editora de Tor, contribuyó sustancialmente a nuestro trabajo: es una buena amiga de ambos y de todos los escritores con los que trabaja. Gracias también a Barbara Bova, nuestra agente, por su ánimo incansable, que se merece, por tanto, el mérito por muchas de las mejores escenas de la historia.

Gracias a Chris Wyatt, productor de *Napoleon Dynamite* (una película que me hace reír sólo con pensar en ella), por leer el guión y ponernos buena nota. Chris entiende de suspense además de entender de comedia y sus aportaciones son valiosísimas. También le doy las gracias al capitán Ben Shaha, actualmente destinado por segunda vez a Irak, y que me hizo comprender lo más básico del armamento

militar. Jonathan Frappier compartió lo que había leído sobre los indigentes de Los Ángeles, y sus hallazgos me guiaron más en mi investigación.

Kathleen Bellamy, la secretaria de Orson Scott Card, se aseguró de que el manuscrito se enviara cuando era necesario, y me ayudó, novelista primerizo, a comprender los muchos pasos del proceso de publicación.

Otros amigos y familiares leyeron el guión y la novela en diversas etapas de la redacción e hicieron sugerencias y nos animaron durante el proceso. Gracias especialmente a Eric Artell, Ian Puentes, Sara Ellis, Emily Card, Peter Johnston, Karl Bowman y a mis padres, Dave y Martha Johnston.

Mi esposa, Lauren, se merece el mayor agradecimiento porque fue lo bastante paciente para leer todos los borradores y todas las páginas (a menudo varias veces) y para decirme cariñosamente qué funcionaba y qué no. No hay esposa más paciente y animosa. Y a Luke y Jake, mis ruidosos hijos, que fueron lo suficientemente comprensivos para dejarme trabajar cuando hubieran preferido tenerme a su lado, en la alfombra, jugando a Thomas la Locomotora. Chicos, ahora estoy preparado con mi tren si vosotros lo estáis.

7 de febrero de 2007.

CURADORES

Dolores nunca había conocido a un curador que no le gustara hasta la noche en que se la llevaron. Sucedió en el parque de la playa de Santa Mónica a eso de las dos de la madrugada. Dolores dormía dentro del tubo de metal que conectaba el laberinto con el tobogán. Para una mujer sin techo de cuarenta años, no era una mala solución. Allí disfrutaba de intimidad, y los cubos de basura del parque a menudo contenían suficientes cartones de zumo o paquetes de galletas para aguantar hasta la mañana.

Quien la viera hubiese pensado, sin duda, que Dolores tenía más de cuarenta años. La vida a la intemperie en las calles envejecía a una persona de un modo muy parecido a la guerra. El pelo castaño grasiento le asomaba en mechones enmarañados de un gorro de lana negra. Tenía los ojos grises, de mirada distante y cansada. Años de viento y sol habían agostado su cara y marcado ojeras bajo sus ojos. Debajo de la gabardina manchada llevaba varias capas de ropa: camisetas y sudaderas y todo tipo de camisas; mucho más de lo que una persona normal se pondría pero lo suficiente para alguien que dormía al raso.

Esa noche el frío era especialmente intenso, de los que atravesaban el tubo de metal de Dolores y luego se colaban por los agujeros de su ropa. Era un frío que la mantuvo despierta toda la noche. Y cuando el borracho llegó sin ser invitado, Dolores estaba de un humor de perros.

Llegó dando tumbos al parque, oliendo como un barril de licor barato. Dolores no podía verlo desde donde se encontraba, pero hacía mucho ruido y parecía problemático.

Lárgate, quiso gritar. Llévate tu olor a alcohol, y el olor a vómito vendrá detrás, y lárgate.

El hombre chocó con el tobogán y el metal resonó con el impacto.

Dolores se arrastró poquito a poco hasta el extremo del tubo y se asomó. Allí estaba el tipo, tendido de espaldas en la arena, con los brazos abiertos, la boca ligeramente entreabierta. Se habría deslizado por el tobogán justo después de chocar con él, seguramente.

Dolores sacudió la cabeza.

Sea lo que sea que has estado bebiendo, amigo, debes de haber quemado un montón de neuronas, porque ninguna camisa de franela mal abrochada ni ningún par de vaqueros agujereados van a protegerte de este viento. Hacen falta capas de ropa, sesos de mosquito. Capas.

Volvió al interior del tubo. No ir vestido para el clima era la razón más estúpida y

más inexcusable que podía ocurrírsele a Dolores.

Estaba debatiendo si ir a otra parte para pasar la noche por si el borracho se despertaba y causaba problemas, cuando oyó voces.

—Aquí hay uno, señor.

Era una voz de hombre, fuerte, probablemente un policía. Bien. Que se lleven a ese saco apestoso de mi tobogán antes de que vomite.

—Está borracho, señor.

Pues claro que está borracho. ¿Llevas una pinza en la nariz?

—Valdrá —dijo otro. Un hombre mayor, por la voz. Y más tranquilo. Alguien acostumbrado a hacerse obedecer sin tener que presionar. El tipo de persona que no está en un parque desierto de la playa después de anochecer, en invierno.

Dolores sabía qué era lo más inteligente. Pasar desapercibida, no hacer ningún ruido. Obviamente, no habían reparado en ella. Y eso era siempre buena cosa.

—Ayúdalo a subir a la furgoneta —dijo el hombre mayor.

¿La furgoneta? La poli no se llevaba a los borrachos «a la furgoneta». O los fichaban o les daban la del pulpo.

Entonces, ¿quiénes eran esos tipos? Tenía que echarles una ojeada. Si se movía muy despacio, no haría ruido. Pero claro, si se movía demasiado despacio se habrían marchado antes de que llegara al extremo del tubo, desde donde podría verlos. Así que necesitaba el equilibrio justo entre velocidad y sigilo.

Lo hizo mal. Debieron de oírla, porque alguien empezó a subir la escalerilla.

Dolores agarró con fuerza su raqueta de tenis. No podría blandirla, por supuesto. No había espacio. Pero al menos podría alzarla amenazadoramente si hacía falta.

Apareció una cara.

—Hola.

Era el viejo. Pelo blanco. Barba blanca recortada. Y una sonrisa tan generosa que se hubiera dicho que acababa de llegar a su propia fiesta sorpresa de cumpleaños.

Dolores guardó silencio. Si lo ignoraba, tal vez pensara que estaba loca y se marchara. Siempre era mejor no correr riesgos con un desconocido que abrir la boca y dejar que notaran el miedo en tu voz.

—Hace un poco de frío para dormir al raso, ¿no le parece? —dijo el viejo, cubriéndose la cabeza con una capucha mientras el viento arreciaba.

La capucha lo delató. Era un curador. Sólo los curadores llevaban capa con capucha como ésa. Era su tarjeta de visita. A Dolores las capas y las capuchas le parecían bastante tontas, pero comprendía que eran más funcionales que ir a la moda. La capa era como una bandera, un cartel de neón que atraía a todo el que necesitara a un curador directamente hacia uno. Decía: «Eh, soy un curador. Ven a mí si puedo ayudarte, y gustosamente lo haré».

Eran el Buen Samaritano de la calle. Los curadores tenían por misión dar comida gratis y atender a la gente que estaba enferma o herida. A veces se metían en líos porque no tenían titulación médica, pero no en líos demasiado graves porque nadie

podía demostrar que estuvieran practicando la medicina y porque, de todas formas, sólo ayudaban a los indigentes, a gente que no podía ayudarse a sí misma ni recibir ayuda en ninguna otra parte.

Lo único extraño de aquel curador, sin embargo, era su edad. Dolores nunca había visto antes a un curador viejo. Los que había visto caminando por el paseo de la calle Tercera ayudando a los indigentes eran todos jóvenes, sanos, con cuerpo de culturista. Tipos grandotes. Siempre hombres. Y siempre grandes. Musculosos. Grandes del tipo no-te-metas-conmigo-porque-puedo-partirte-la-cara.

Pero ese curador era cualquier cosa menos un joven Arnold Schwarzenegger, aunque no parecía particularmente enclenque.

—Morirá congelada si se queda aquí —dijo, todavía sonriendo.

Dolores se mantuvo impertérrita, aunque se sentía feliz interiormente de verlo. Una comida gratis era una comida gratis.

La única pega era que los curadores podían estar dándote la tabarra si los dejabas. El bien del cuerpo y el alma y todo eso, ayudar a la especie a alcanzar su potencial. Esas cosas. A Dolores no le importaba qué religión predicaran. Tan sólo escuchaba y fingía que le importaba, hasta que le daban la comida. Luego les daba amablemente las gracias y se largaba.

—Me llamo George Galen —dijo él. Como si eso tuviera que significar algo para ella.

Tal vez estaba esperando que Dolores le dijera su nombre, pero no iba a hacerlo, así que fue al grano.

—¿Tienen comida?

—Tenemos —respondió él—. Hay bocadillos en la furgoneta.

—No voy a ir a la furgoneta —dijo ella—. Para lo que me sirven sus bocadillos... La sonrisa del hombre se agrandó.

—¿De pavo o de jamón?

—De pavo.

Galen miró hacia atrás y llamó.

—Quiere un bocadillo de pavo, Liquen.

Dolores estiró el cuello unos centímetros para ver con quién hablaba.

Un curador joven (el tipo normal de curador, de musculatura voluminosa y con una de esas capas sobre los hombros) asintió y salió corriendo. Otro curador rodeaba con un brazo al borracho y lo ayudaba a salir del parque.

Galen se volvió a mirarla y señaló al curador que se había marchado a buscar el bocadillo.

—Liquen es uno de mis jóvenes socios.

—¿Liquen? ¿Así se llama? ¿Qué es, de Europa o algo así?

Galen se echó a reír.

—No, no, yo le puse ese nombre. Es como el liquen, capaz de volverse más fuerte aunque el viento sople con todas sus fuerzas.

Dolores puso los ojos en blanco, sin reparar en si el viejo se daba cuenta. Chorradas de las religiones.

Galen no pareció molestarse.

Esperaron en silencio un momento hasta que Liquen regresó corriendo con un bocadillo dentro de una bolsita de plástico. Se lo entregó a Galen, quien a su vez se lo pasó a Dolores.

Ella lo desenvolvió y empezó a comer. Estaba bueno. Los curadores siempre tenían cosas buenas. Pavo, sí, pero con montones de lechuga y tomate también, y coles, y mayonesa... un verdadero bocadillo de los que la gente paga, no la porquería montada a toda prisa que daban a los indigentes.

—Gracias —dijo. Podía ser basura de la calle para la mayoría de la gente, pero todavía tenía modales.

Eso no quería decir que se dejara avasallar.

—Prefiero que se salte el sermón, si no le importa —dijo.

Galen echó atrás la cabeza y volvió a reírse. Mientras lo hacía, Dolores vio un atisbo del lazo dorado cosido en la cara interior del cuello de su capa. Todos los curadores llevaban ahí algo de color, lo había advertido antes, normalmente rojo o azul.

La sorprendió ver reírse a un curador. Todos aquellos con los que había hablado parecía que se hubieran tragado un palo de escoba y siempre hablaban con reverencia, como si la calle fuera una capilla lista para la misa.

—No estoy aquí para dar ningún sermón, señora.

Ella asintió.

—Me alegro de oírlo.

—¿Ha oído nuestro mensaje antes, entonces?

Ella dio otro bocado.

—Podría darlo yo misma. Mantener el cuerpo y el alma puros. Bla bla bla.

Él volvió a reírse. Era un tipo alegre, de eso no cabía duda. Ella incluso le devolvió la sonrisa esta vez. La calle la había vuelto precavida, pero el encanto de aquel George Galen derretía su prevención como un cálido rayo de sol. Incluso pensó en pedir disculpas por no querer el sermón.

Él se le adelantó.

—Le pido disculpas si mis curadores predicán con demasiado celo —dijo—. Espero que por lo demás la hayan tratado bien.

—Oh, siempre son amables. Tuve una herida fea en el pie hace unas cuantas semanas, y uno me dio una crema y me hizo un bonito vendaje.

—¿Y se curó?

—Se curó rápido y bien. —Sacudió la bolsa vacía del bocadillo—. Estaba bueno.

—Tengo más en el lugar de donde vino ése.

La prevención volvió de inmediato. A Dolores no le gustó cómo había sonado aquella última frase. Parecía de las que dicen los desconocidos que ofrecen caramelos

a los niños.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que le ofrecemos una comida caliente y una cama cálida para dormir esta noche.

—¿La cama de quién? —dijo ella inmediatamente—. No soy de esa clase de mujer, si eso es lo que está...

Él se rió de buena gana, echando tanto la cabeza atrás que la capucha le resbaló y su melena de pelo blanco quedó de nuevo al descubierto.

—No, no, no —dijo—. Nada de eso. Tendrá su propia cama. Confíe en mí.

Una cama caliente. Y más comida.

—¿Gratis? —Lo miró largamente, esperando la contestación o el requiebro. No hubo respuesta—. Muy bien —dijo—. ¿Le importa apartarse de la escalerilla para que pueda salir?

Galen hizo lo que le pedía. Dolores salió del tubo y, con cuidado, bajó tras él.

Se dirigieron hacia el norte siguiendo la autopista de la costa del Pacífico. Ésa fue la primera mala señal. Dolores había dado por hecho que se dirigirían a Los Angeles, al centro, donde tenían su sede un montón de ONGs, no al norte, hacia Malibú.

Estaba sentada entre Hal y otro tipo. Hal, según le habían dicho, era el borracho que se había caído en el parque. Galen le había preguntado amablemente cómo se llamaba cuando habían parado para que pudiera vomitar.

Si antes Dolores pensaba que olía mal, no era nada comparado con la presente peste. Ninguna comida caliente vale esto, pensó.

Al menos el chico vagabundo de la izquierda no estaba borracho. De hecho, parecía bastante normal, de quince o dieciséis años como mucho, con el pelo negro rizado recogido en una coleta y botas negras de combate hechas polvo. La mayoría de los macarrillas de su edad habrían estado dándole a la lengua y quejándose de algo. Pero ese chico no. Tan sólo miraba por la ventanilla y guardaba silencio.

—Me llamo Dolores —dijo. La idea de comida gratis y una cama caliente de pronto la había puesto de buen humor.

El chico de la coleta la miró.

—Yo Nick.

Dolores sonrió.

—Nick. Eso sí que es un nombre. No puedo decir que conozca a muchos. Naturalmente, está san Nick. Ya lo conoces. Chico, me encanta la Navidad. Regalos, calcetines, esos adornos tan bonitos en todos los escaparates. Pero claro, la gente se ha olvidado de por qué la celebramos. Se olvidan de que es el cumpleaños del Señor. Es una lástima, ¿no crees?

Nick volvió a mirar por la ventanilla y no dijo nada.

Se acabó la conversación amable, pensó Dolores.

Tras ella, sentado solo en el asiento de más atrás, había otro chico, el amigo de Nick, también un indigente por su aspecto, con cara de drogadicto si Dolores no se equivocaba. El chaval probablemente no tenía ni un día más de catorce años, aunque las drogas le hacían parecer mucho mayor. Llevaba el pelo negro sucio, una gabardina desastrada, y lucía el tatuaje de una serpiente, que empezaba en algún lugar bajo la camisa y le subía por un lado del cuello.

—Tu amigo Nick no habla mucho —dijo Dolores, volviéndose en el asiento para mirarlo.

—Supongo que no tiene mucho que decir —respondió el chico.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—¿Por qué? ¿Estás haciendo el censo?

Dolores hizo una mueca.

—Tú eres el gracioso, ¿no? ¿El Teller?

—¿El qué?

—Teller. ¿Te suena? Penn y Teller. Magos. Uno de ellos habla y el otro no. Tal vez sea Penn el que habla. No recuerdo cuál. Los hermanos Marx hacían lo mismo. Harpo nunca dijo una palabra, sólo tocaba el arpa y hacía sonar su bocina.

—Me llamo Jonathan —dijo el chico.

—Como san Juan. De la Biblia.

—No, sólo Jonathan.

—Muy bien. Tú y tu amigo Nick venís por la comida gratis también, ¿no?

Jonathan miró por la ventanilla.

—Sí. Nos vendrá bien una comida gratis.

A ti y a mí también, pensó Dolores. A ti y a mí.

En el asiento del copiloto, Galen silbaba y tamborileaba con los dedos en el reposabrazos. El conductor era uno de los curadores corpulentos, posiblemente el más corpulento que Dolores hubiese visto jamás, de casi dos metros de altura y recio como un caballo. Al contrario que Galen, parecía nervioso. Con ambas manos sobre el volante, se inclinaba levemente hacia delante como si la furgoneta no fuera lo bastante rápida para él. El curador llamado Liquen iba sentado detrás de Galen, junto a la portezuela deslizante. No era tan corpulento como el conductor, pero sí lo suficiente para que Dolores se preguntara cuántas horas al día se pasaba en el gimnasio.

—¿Dónde está ese sitio al que vamos? —preguntó Jonathan.

Galen se volvió en su asiento y sonrió.

—Cerca, Jonathan. Llegaremos dentro de poco.

—Parece que está muy lejos —dijo Nick.

Galen simplemente volvió a sonreír.

—Espero que a todo el mundo le guste el asado de carne —dijo—. Lleva horas al fuego. Y patatas fritas dos veces.

Bueno, eso le sonaba la mar de sabroso a Dolores. No podía recordar la última

vez que había comido asado. Ahora se trata de meterte en la boca y masticar cualquier cosa que parezca comestible. No preguntes qué es. No preguntes de dónde viene. Tiene los nutrientes que necesitas. Así que cómetelo.

Sí, señor. Me comería ahora mismo una carne al horno jugosita.

Hal tenía otra opinión.

—Pare —dijo—. Tengo que potar.

La furgoneta paró inmediatamente y la puerta se abrió. Hal salió disparado y vomitó en unos matorrales.

Dolores no estaba segura de qué tipo de vómito sonaba peor, si el sólido o el líquido.

—No debería beber tanto —dijo Galen.

—No me diga —contestó Hal.

Dolores sacudió la cabeza. Aquello le quitaba el hambre a cualquiera.

—Se sentirá mejor cuando haya tomado un poco de café —dijo Galen.

Hal asintió.

—Deme un segundo.

Todavía estaba de rodillas en el asfalto cuando se dobló y volvió a vomitar. De no ser por la banda sonora, se hubiera dicho que el tipo estaba rezando.

Era verdaderamente patético. Dolores no podía evitar sentir lástima por el hombre.

Hal se quedó allí una eternidad, sin moverse.

A los otros dos curadores no les hizo ni pizca de gracia. El conductor no paraba de mirar el reloj y luego la carretera, como si esperara a alguien o tuviera una cita. Liquen estaba fuera con Hal, vigilándolo como un guardia nervioso.

—Es tarde, señor —dijo el conductor.

Galen se llevó un dedo a los labios.

—Paciencia, Stone.

Bajó su ventanilla.

—¿Se encuentra bien, Hal?

—Bien —dijo Hal, y se puso lentamente en pie. Galen salió de la furgoneta y lo ayudó a entrar.

El viejo lo trató con amabilidad, sin prestar atención al olor y sin que le importara tener que tocar su ropa mugrienta. Como el Señor, pensó Dolores: extendiendo la mano y ayudando a ciegos y a leprosos.

No habían recorrido tres kilómetros cuando volvieron a parar. Esta vez para recoger a un autostopista.

¿Vamos a llegar de una vez o no?, quiso gritar Dolores. Con toda esa charla sobre el asado de carne le había entrado hambre. Pongámonos en marcha de una vez.

Galen bajó la ventanilla.

—¿Necesita que lo llevemos?

—No sabe cuánto —respondió el autostopista, corriendo hasta la puerta del coche

—. Gracias por parar.

—El placer es nuestro —dijo Galen—. ¿Cómo se llama, hijo?

—Byron.

A Dolores le pareció un tipo de aspecto sucio. No llevaba bolsas, pero parecía un vagabundo. Barba de tres días. Vaqueros sucios. Una gorra de béisbol con el logo de los camiones Mac. Chaqueta vaquera.

A Galen, sin embargo, no pareció importarle el aspecto del hombre. Miró a Byron de arriba abajo, como midiéndolo para hacerle un traje, y dijo:

—Suba. Le llevaremos.

—Gracias.

La puerta se abrió y Byron subió a la furgoneta y tomó asiento detrás de Dolores, junto a Jonathan. En cuanto Liquen cerró la puerta, Stone arrancó de nuevo.

Galen se volvió en su asiento.

—Me llamo George Galen —dijo, y entonces señaló al conductor y al curador que tenía detrás—. Son mis acompañantes, Stone y Liquen. Mis otros invitados son Hal, Dolores, Nick y Jonathan, que está a su lado.

Byron hizo un vago gesto de saludo y sonrió a todo el mundo. No parecía particularmente cómodo con la gente ni con el olor.

—Encantado —dijo. Luego se dirigió a Galen—. Se me ha averiado el coche y no he podido encontrar un teléfono. No hay nada abierto a esta hora.

—¿Su coche? —preguntó Galen, como si le sorprendiera que el hombre tuviera uno.

—Probablemente lo dejaron atrás hace cosa de un kilómetro o dos —dijo Byron—. Habría usado el móvil, pero se quedó sin batería. ¿No es mala suerte?

—Tenemos teléfono en el refugio —manifestó Galen—. Puede usarlo.

—Muy amable. Gracias.

Dolores pilló a Stone, el conductor, mirando a Byron por el espejo retrovisor con recelo, como si sospechara que fuese a causar problemas.

Después de un largo silencio, Byron dijo:

—Son ustedes curadores, ¿no?

—Así es —respondió Galen.

—Los he visto por ahí —dijo Byron—. Hacen mucho por la comunidad. Es muy loable.

—Curamos lo que hay que arreglar —dijo Galen.

Pasaron ante dos gasolineras abiertas toda la noche, y Byron pidió bajar las dos veces.

—No sea tonto —dijo Galen—. Se está más calentito en el refugio. Allí se sentirá mucho más cómodo.

Cuando dejaron la autopista de la costa del Pacífico y empezaron a subir hacia las montañas, Dolores se puso nerviosa.

—Debe de ser un refugio muy apartado —dijo Byron—. Espero que la gente a la

que llame sepa encontrarlo.

Galen no dijo nada. Ya no silbaba, tampoco.

Después de media docena de curvas por una carretera oscura, la furgoneta se internó en un sendero de grava.

Por fin, pensó Dolores. Por fin vamos a parar. Este sendero no puede ser muy largo.

Pero lo era. Continuaron otros diez minutos más, dando vueltas y más vueltas. Los neumáticos rechinaban en la grava. Dolores estaba ya más que nerviosa. Era la única mujer en una furgoneta con seis hombres, y estaba a más de un día caminando del parque. No hubiera tenido que ir con ellos. Tendría que haberse quedado al raso. Aquello estaba demasiado lejos, era demasiado extraño.

Agarró la raqueta de tenis que tenía en la bolsa, entre los pies.

Quiso intentarlo, apartar de un empujón a Hal y Liquen, abrir la puerta y saltar.

—Quiero bajarme —dijo Nick.

—No jodas —murmuró Byron.

Galen no dijo nada.

Entonces el sendero de grava se ensanchó y aparcaron junto a un edificio. El conductor detuvo la furgoneta y Galen se volvió a mirarlos.

—Hemos llegado —dijo.

Todos miraron por la ventanilla. El corazón de Dolores dio un vuelco. Aquello no era ningún refugio. Ni ningún hogar.

Se dio media vuelta y vio que Liquen empuñaba una pistola o algo que parecía una pistola.

—Todo el mundo fuera —dijo.

Junto a ella, Nick rompió a llorar.

RECLUTA

El teniente coronel Frank Hartman entró en la cámara de descontaminación vestido con su traje de biocontención, mientras sentía cómo el corazón se le aceleraba. A pesar de haber cruzado aquel umbral cientos de veces antes, todavía sentía de vez en cuando el mareante nudo de temor en el estómago o la aceleración del pulso cuando se preparaba para entrar en el Nivel de Bioseguridad 4. Era una reacción natural. El Nivel 4 era posiblemente el entorno creado por el hombre más peligroso del mundo entero y, desde luego, el más peligroso de los que había allí, en el Instituto de Investigación Médica de Enfermedades Infecciosas de Estados Unidos, en Fort Detrick, Maryland. Era allí donde el Ejército guardaba y estudiaba los virus más mortíferos del mundo, virus como el ébola o el marburg, demonios microscópicos que tendían a convertir en papilla negra las entrañas de la gente y para los que no había ninguna cura ni tratamiento conocidos.

Frank comprobó la válvula de aire de su traje e inspiró profundamente unas cuantas veces para tomar oxígeno.

Eso lo calmó, y el sonido de su respiración resonó en su casco mientras las puertas se cerraban tras él.

La sala de descontaminación, no más grande que un ascensor, era la última muralla de defensa entre el Nivel 4 y los felices contribuyentes estadounidenses. Cuando las luces se apagaron, Frank se quedó muy quieto. Rayos de luz ultravioleta surgieron de las paredes y lo escanearon en busca de agentes contaminantes. Le parecía una tontería ser escaneado antes de entrar en el Nivel 4 además de a la salida, pero así era el Ejército. Todo tenía su orden y su rutina, fuera una tontería o no.

La luz ultravioleta que bailaba a su alrededor se apagó de pronto y la brillante luz cenital fluorescente se encendió.

—Descontaminación finalizada —dijo una voz femenina computerizada—. Por favor, introduzca su código de acceso.

Una fila de números luminosos apareció en la pared.

Frank pulsó con un dedo enguantado una compleja serie de dígitos.

Su biotraje amarillo, que cubría cada centímetro de su cuerpo, estaba hecho de una gruesa goma resistente a los pinchazos que le pesaba sobre los hombros y parecía tres tallas demasiado grande. En un cinturón multiusos llevaba varias bolsas y una funda con una diminuta pistola de inyecciones. El casco tenía una placa de plexiglás con un comunicador justo bajo la boca de Frank. El interior del traje olía intensamente a polvos de talco.

—Bienvenido, doctor Hartman —dijo la voz computerizada—. Tiene permiso para pasar.

Frank sintió y oyó el aire cuando los ventiladores que tenía detrás se pusieron en marcha. Las puertas de entrada se abrieron y Frank cruzó el umbral y entró en el Nivel 4. Los ventiladores eran una medida de precaución, para impedir que agentes patógenos del aire escaparan del Nivel 4 durante la entrada. Cuando las puertas se cerraron tras él, los ventiladores se detuvieron hasta que todo quedó en silencio.

Frank contempló el largo pasillo vacío que tenía delante y sintió de nuevo el retortijón de temor, un cosquilleo en la espina dorsal. Inspiró dos veces más y todo volvió a la normalidad.

El suelo, como el techo y las paredes, era de un blanco inmaculado, con la única excepción del gran símbolo rojo de biorriesgo pintado en la entrada.

Frank recorrió el pasillo. Moverse con aquel traje, dados su tamaño, su peso y su consistencia gomosa, era difícil. Frank había hecho el chiste una vez de que los investigadores de aquel laboratorio parecían un retoño de astronauta y un patito de goma.

Cruzó otras puertas, cada una con su propio acceso de seguridad, hasta que llegó a una sala con celdillas de contención de cristal.

Las celdillas eran de un metro de anchura por uno de profundidad y cubrían desde el suelo hasta el techo, como taquillas altas de cristal. Dentro de cada una, suspendidas del techo a la altura de los ojos, había una jaula. Dentro de cada jaula había un monito de ojos saltones. Frank se acercó a la primera celdilla y dio un golpecito al cristal. El mono se puso en pie de un salto y sacudió violentamente los barrotes de la jaula.

—Vaya, estás hecho una ricura esta mañana —dijo Frank.

Se volvió hacia un terminal de ordenador instalado en la pared e introdujo una orden.

El mono alzó la cabeza cuando un gas azul entró en la celda por un respiradero en el techo.

El gas formó volutas y se expandió en tentáculos de vapor mientras descendía lentamente hacia la jaula.

El mono, con los ojos desorbitados de terror, sacudió de nuevo los barrotes vigorosamente, gritando frenético.

Frank sintió una punzada de culpa. No solía usar animales como sujetos experimentales, pero a veces las circunstancias lo exigían. Cuando así era, le faltaba la frialdad necesaria para aquel trabajo. Acababa por apreciar a los animales, les ponía nombre, incluso: el pecado capital de la ciencia.

—Es sólo un sedante —dijo, molesto por sentir la necesidad de explicarse—. No va a matarte.

El mono continuó gritando.

—No puedo permitir que me muerdas. Si mantuvieras la boca cerrada cuando

estoy ahí dentro no tendríamos que tratarte así.

El gas se arremolinó frente a la cara del animal.

Un momento después, el mono se tambaleó y se desplomó en el suelo de la jaula, profundamente dormido.

Frank introdujo otra instrucción en el ordenador y los ventiladores se detuvieron y giraron en dirección contraria, absorbiendo el gas por el respiradero. Se oyó luego un fuerte zumbido que indicaba que todo estaba despejado y la puerta de la celda de contención se abrió. Frank entró, abrió la jaula y colocó un sensor cardíaco en uno de los dedos del mono. El monitor pitó y un rayo de luz que subía y bajaba rítmicamente apareció en la pantalla de cristal líquido.

Bien, pensó Frank. El ritmo del corazón es normal.

Hizo a un lado el monitor y alzó la pata derecha flácida del mono. Entonces, con cuidado de no pincharse él, destapó una aguja, encontró una vena y tomó una pequeña muestra de sangre. Cuando terminó tiró la jeringuilla usada en el vertedero de biorriesgo situado al fondo de la celda y guardó el vial de sangre en una bolsita que llevaba en la cadera.

El mono suspiró tranquilamente, pero no se movió.

Casi hemos terminado, amiguito.

Frank sacó la pistola de inyecciones de su funda y le quitó el seguro. Un vial de suero rojo se agitó dentro del tubo de inyección. Apoyó la boca de la pistola contra el muslo del mono y apretó el gatillo. El suero penetró en la pata del animal. Cuando la aguja retrocedió, Frank enfundó la pistola y recogió sus cosas.

—Podría ser tu última dosis, amiguito. Si sigues mejorando, te conseguiré un plátano bien grande.

Salió de la celda de contención y atravesó una serie de puertas hasta que llegó al laboratorio que era el centro neurálgico del Nivel 4. Era una sala enorme, llena de máquinas de diagnóstico que zumbaban, reunidas en torno a un microscopio electrónico de cuatro metros de altura situado en el centro.

Frank puso el vial con la sangre del mono en una caja de contención de cristal y selló al vacío la tapa. Luego se sentó delante de la caja e insertó sus manos enguantadas en los guantes unidos a la caja. Era difícil trabajar con unos guantes encima de otros, pero no podía arriesgarse a contaminar la muestra.

Con cuidado abrió el vial y, usando un cuentagotas, vertió una gota de sangre en una placa de vidrio. Un brazo robótico colocó la placa en el microscopio electrónico.

Momentos después, la micrografía electrónica apareció en el monitor.

Parecía limpia. Frank no vio viriones. La sangre parecía completamente libre de virus. Sabía que no debía entusiasmarse. El mono era sólo un sujeto. No podía estar seguro de que el antivirus rojo que le había estado administrando fuera el responsable de la erradicación del patógeno.

Con todo, después del éxito que había tenido erradicando el virus en placas de Petri usando el mismo antivirus rojo, Frank se sentía optimista.

Un pitido sonó dentro del casco y una voz de mujer preguntó:

—¿Doctor Hartman?

Frank reconoció de inmediato la voz camarina y resistió las ganas de suspirar con fuerza. Era la secretaria del general Temin, y su llamada sólo podía significar una cosa.

—El doctor Hartman al habla.

—Se requiere su presencia en el despacho del general Temin inmediatamente —dijo ella. Las palabras salieron de su boca tan dulcemente que era casi como si considerara el mensaje la mejor de las noticias, como si Frank no hiciera otra cosa sino estar sentado ocioso todo el día esperando a que el buen general lo bendijera con su presencia.

En vez de explicarle lo increíblemente molesto que sería para él salir del Nivel 4 justo después de haber entrado, aparte de todo el tiempo que perdería quitándose el biotraje, Frank le dio las gracias con amabilidad y puso fin a la conversación.

Veinte minutos más tarde llegó al despacho del general Temin, vestido y de uniforme. A sus treinta y nueve años, Frank era delgado pero estaba en forma, como resultado de haber añadido al ejercicio diario el régimen que había aprendido durante su formación como oficial: levantarse, correr, nadar, correr un poco más, vomitar tal vez, ducharse, ir al trabajo.

Llevaba el pelo negro, ya un poco gris en las sienes, muy corto. Su mandíbula era cuadrada e iba bien afeitado. Tenía las mejillas curtidas y los labios tensos, como si sonreír fuera un placer que sólo se permitía de vez en cuando.

Su uniforme marrón caqui estaba bien planchado y adornado con unas cuantas barras de colores por logros y rango sobre el bolsillo izquierdo de su pecho. Llevaba una gorra de plato bajo el brazo derecho, y los zapatos negros tan cepillados que su brillo cegaba.

La secretaria, vestida con un uniforme un poco más ajustado de lo que permitían las reglas, no apartó los ojos de su ordenador cuando él entró.

Frank se le acercó y se aclaró la garganta.

Ella dejó de teclear, alzó la mirada y le sonrió cálidamente.

—Vaya, doctor Hartman —dijo, agitando las pestañas, como si su presencia la cohibiera un poco y, sin embargo, fuera una sorpresa inesperada.

Una auténtica belleza del Sur, pensó él.

—¿El general Temin quería verme? —dijo.

—Y le verá —rezongó una voz a su espalda.

Frank sintió una pesada mano sobre el hombro y se volvió para ver el rostro ajado y sonriente del general Ned Temin.

Era un hombre grueso, con la tripa que se cría con los años y el tiempo prolongado detrás de una mesa de despacho. Tenía el pelo blanco, con entradas pronunciadas, y lo llevaba rapado. Su nariz era ancha y roja, lo cual, combinado con la redondez y las arrugas de su cara, hacía que se pareciera a W. C. Fields sin

sombrerito estrafalario.

A pesar de la inoportunidad de la visita, Frank no pudo evitar sonreír. Temin era el tipo de hombre que alegraba una reunión sólo con su presencia, y reía más de lo que permitía la etiqueta, pero nunca tanto para que nadie se molestara, ya que su risa era contagiosa y sus modales, siempre agradables.

—No come lo suficiente, Frank —dijo, más fuerte de lo que Frank consideraba necesario—. Mírese, ha perdido tres kilos desde la última vez que lo vi.

—Es el largo paseo hasta su despacho, señor —dijo Frank—. Creo que es la habitación más alejada del Nivel 4.

Temin se echó a reír.

—Apueste el culo a que sí. Me mantengo lo más lejos posible. No voy a dejar que ninguno de esos virus me arrugue el pito.

Frank miró subrepticamente a la secretaria, que volvía a teclear y no levantó la cabeza, acostumbrada como estaba al vocabulario de Temin.

—¿Quería verme, señor? Parecía urgente.

Temin rodeó con un brazo los hombros de Frank y lo condujo hacia la sala de reuniones.

—Tenemos compañía.

Abrió la puerta e hizo pasar a Frank sin dedicar antes un momento a advertirle cuál podía ser la compañía.

—Caballeros, me gustaría presentarles a nuestro jefe de virología, el teniente coronel Frank Hartman. Es el hombre que puso ese virus suyo contra las cuerdas, por así decirlo.

Dos hombres de aspecto conservador vestidos con traje oscuro se pusieron de pie y sonrieron cordialmente.

ARB, pensó Frank. Están aquí para recibir un informe de situación.

El más alto de los dos, un negro guapo y ancho de hombros, le tendió la mano.

—Oh, yo no le daría la mano a Frank todavía —dijo Temin—. Acaba de estar en el Nivel 4 y no se lava demasiado a conciencia.

Hubo una pausa embarazosa en la que el hombre miró dubitativo la mano de Frank.

Temin se echó a reír.

—Está bromeando —dijo Frank, y estrechó la mano del hombre, que sonrió.

—Sí, el general Temin es un bromista. Tendría que haberme dado cuenta. Es un honor, doctor Hartman. Soy el agente Tyrese Riggs de la Agencia de Riesgos Biológicos, y éste es mi compañero, el agente Carter.

Frank advirtió que ambos llevaban un arma bajo la chaqueta. Carter era sin duda el más joven de los dos, de poco más de treinta años tal vez, delgado y rubio, y llevaba unas gafas de montura negra muy a la moda sobre una nariz aguileña. A Frank le pareció que para tratarse de agentes federales vestían con demasiada elegancia, como si acabaran de salir de una sesión fotográfica de Armani. Entonces

recordó que la sede de la Agencia de Riesgos Biológicos estaba en Los Ángeles. Quizá los federales de Los Ángeles no vestían como los de Washington y preterían un toque de Hollywood en sus armarios.

A sugerencia de Temin, todos se sentaron a la mesa de reuniones.

—Su reputación le precede, doctor —dijo el agente Riggs—. Sus logros en la investigación antiviral le convierten en un líder en su campo.

—¿Investigación? —Temin soltó una carcajada—. Demonios, yo no lo llamaría investigación. Frank es un asesino de virus.

—Eso parece —dijo Riggs, sonriendo—. Nos sentimos afortunados de que accediera a examinar el virus que les enviamos hace varios meses.

Varios meses eran en realidad cinco meses. Frank había recibido la muestra del virus en una caja de contención sin ninguna explicación sobre su origen, excepto que procedía de la Agencia de Riesgos Biológicos y tenía que ser considerado extremadamente virulento. Las pruebas iniciales en el Nivel 4 lo habían confirmado. Rápida degeneración celular. Contagio agresivo. Era un virus desagradable, el más maligno y peligroso que Frank hubiese visto jamás.

Desde que se lo entregaron había trabajado incansablemente para desarrollar un antivirus que pudiera aniquilar el virus por contacto. Lo había logrado, o al menos eso esperaba. Que demostrara ser efectivo en monos a los que había infectado intencionadamente con pequeñas dosis estaba aún por ver.

El agente Riggs abrió un clasificador y hojeó su contenido.

—Hemos repasado los resultados de sus pruebas iniciales de laboratorio, doctor, y pensamos que el antivirus que ha desarrollado parece muy prometedor.

—Gracias, caballeros —contestó Frank—, pero les recuerdo que los resultados de esas pruebas no son necesariamente una garantía de que el antivirus sea efectivo con los humanos. En las primeras pruebas simplemente erradiqué pequeñas muestras del virus en placas Petri. Estoy seguro de que no hace falta que les diga que conseguir el mismo grado de erradicación en un animal vivo es una cuestión completamente distinta.

—Y sin embargo he oído que ya ha avanzado hacia esa fase —dijo Frank se sorprendió. Aún no había enviado ningún informe sobre los monos; al parecer, la ARB lo estaba siguiendo más de cerca de lo que pensaba.

—Sí, pero apenas he comenzado con las pruebas —dijo—. Es demasiado pronto para llegar a ninguna conclusión definitiva.

—¿Cuáles son sus hallazgos preliminares?

—Positivos también. Pero les aseguro, caballeros, que aún nos faltan seis meses para saber si se trata de algo que podamos trasladar a pruebas clínicas.

—Me temo que no tenemos seis meses, doctor —dijo Riggs—. El tiempo se nos echa encima.

Frank no supo qué responder, así que simplemente cruzó las manos y esperó.

—¿Qué más puede decirnos sobre el virus? —preguntó Riggs.

—¿Qué más quieren saber? —contestó Frank, sin tener del todo claro si lo estaban poniendo a prueba. Si le hubieran dado más tiempo para preparar sus notas, tal vez podría haber hecho una presentación formal.

—Cualquier cosa que haya descubierto en su investigación nos sería de ayuda —dijo Riggs.

Frank adelantó su asiento y frunció el ceño.

—Muy bien. Se trata de un retrovirus muy agresivo y tremendamente contagioso, con un período de incubación bastante breve. Respecto a su peligrosidad, sólo el ébola rivaliza con él en virulencia. Sin embargo, al contrario que el ébola, éste se mueve rápido... inconcebiblemente rápido, en realidad. Si te infecta, tarda entre dos y siete minutos en matarte.

Los agentes no parecieron sorprendidos por aquello.

Temin, sin embargo, maldijo.

—Saben ustedes cómo encontrar un virus, ¿no? —Miró a Frank, tirándose del cuello de la camisa—. Y tú tienes esta... cosa... bien sellada en el Nivel 4, ¿verdad, Frank?

—Perfectamente controlada, señor —dijo Frank.

—Y ese antivirus que ha desarrollado usted —dijo Riggs—, ¿cómo puede detener el virus?

—Es un compuesto antiviral que incluye una cepa benigna del virus, por lo que sirve como vacuna y como tratamiento.

—Impresionante —asintió Riggs.

—Teóricamente —dijo Frank con rapidez—. Insisto en que no se ha probado en humanos.

—Da igual —dijo Riggs, examinando de nuevo los papeles—. Es toda una hazaña en tan poco tiempo.

—Ya se lo dije, muchachos —rió Temin, dando un manotazo sobre la mesa—. Un asesino de virus. No podrían haber elegido a un tipo mejor.

—En efecto —dijo Riggs, sonriendo.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó Frank de pronto.

La generosa sonrisa que iluminaba el rostro de Riggs se desvaneció lentamente.

—Ha sido fabricado, obviamente —continuó Frank—. Un retro-virus no salta sin más de las junglas de África. Alguien lo creó. ¿Quién?

Los agentes Carter y Riggs intercambiaron una mirada durante el silencio que siguió.

Frank insistió.

—Con el debido respeto, caballeros, me han estado manejando desde que me entregaron la muestra tan amablemente. Me dan pocos datos preliminares. No me dicen cómo llegó la muestra a su poder, nada que pudiera haber encauzado mi investigación. Luego ignoran mis repetidas solicitudes de datos adicionales. Esto me parece contraproducente. Cuanto más sepa sobre el virus, mejor podré combatirlo.

Hubo un momento de silencio y Riggs se rebulló incómodo en su asiento.

—¿Es un arma? —preguntó Frank.

Temin frunció el ceño y miró con mala cara a los agentes.

—¿Un arma?

—Los vectores retrovirales tienen dos propósitos, general —dijo Frank—. O son medicinales o un arma biológica muy cruel.

—¿De qué demonios está hablando? —les dijo Temin a los agentes. Apuntó con un índice acusador—. ¿Han estado creando un arma biológica en estas instalaciones sin mi conocimiento? Porque si es así, que Dios me ayude...

—No es un arma, señor —dijo Riggs.

—¿No? —preguntó Temin, con el índice petrificado en el aire y una mezcla de decepción y desconcierto en la cara.

—Nuestro propósito aquí hoy, señor —dijo Riggs—, no es mantener una reunión informativa. Mucho de lo que sabemos del virus sigue estando altamente clasificado.

—¿Clasificado? —dijo Temin, alzando una mano—. Demonios, yo tengo más acceso que la mayor parte del Congreso.

—Estoy seguro de que así es, señor —respondió Riggs—, pero nuestra visita de hoy tiene que ver con el doctor Hartman y su futuro papel en nuestra lucha contra el V16.

—¿V16? —preguntó Frank.

—El nombre que le hemos puesto al virus —contestó Riggs.

—Dice usted mi futuro papel. Parece que no soy consciente de su envergadura.

El agente Riggs miró significativamente al general Temin, que gruñó y se cruzó de brazos en una obvia muestra de desacuerdo.

Frank miró a Temin a los ojos, pero el general rehusó su mirada.

El agente Riggs se inclinó hacia delante en su asiento y unió las manos como si fuera a rezar.

—Doctor Hartman, tiene mis disculpas si nuestro secretismo en este asunto ha entorpecido de algún modo su investigación. Sin embargo, a pesar de nuestro encubrimiento, ha descubierto usted cómo tratar el V16. Eso lo convierte en una persona muy importante para nosotros.

Miró un momento el clasificador y se aclaró la garganta.

—Como sabe usted muy bien sin duda, doctor Hartman, estas instalaciones son un componente esencial del Programa de Defensa Biológica de Estados Unidos. El general Temin, aquí presente, colabora estrechamente con los esfuerzos antiterroristas entre agencias del Departamento de Defensa, de las cuales la nuestra, la ARB, también forma parte. Cuando surge la necesidad, y con la aprobación del Departamento de Defensa, podemos reclutar a gente de estas instalaciones.

Frank miró al general Temin, quien parecía estar esperándose aquello, y luego se volvió hacia los agentes.

—¿Está usted dando a entender, agente Riggs, que ha venido a informarme de

que he sido reclutado por la ARB?

—Temporalmente, sí. No le pediríamos su ayuda, doctor, si no creyéramos que hay vidas estadounidenses en juego. El V16 es una amenaza seria. Y ahora mismo su antivirus es el único apoyo que tenemos.

Temin habló a continuación.

—Me han llamado esta mañana, Frank. Directamente los de arriba. No tengo nada que ver en esto.

Frank no se sorprendió demasiado. Las misiones entre agencias como ésa eran comunes. CIA. FBI. NIH. Compañeros investigadores se marchaban continuamente, a veces durante meses. Era parte del trabajo. Algunos incluso agradecían la oportunidad, viéndola como una huida temporal de los rigores del servicio militar. Pase de pernocta extendido, lo llamaban.

—Le pedimos que traiga consigo todas las muestras existentes del antivirus además de todos los datos relativos a su creación.

Frank asintió. Lo comprendía perfectamente. No se lo pedían. Que se fuera a la ARB era una orden, y si el general Temin tenía tan poco poder como había dicho, a Frank le serviría de poco discutir.

—Ya veo —dijo—. Bien, supongo que entonces debería hacer las maletas. Tengo tiempo para eso, supongo.

Riggs sonrió.

—Nuestro avión sale por la mañana. Pero no tiene que llevarse muchas cosas, doctor Hartman. La ARB se encargará de satisfacer todas sus necesidades.

Había algo en la plasticidad de la sonrisa de Riggs que hizo que Frank dudara de él. Le pareció de pronto un untuoso vendedor de coches que sabe más de lo que deja entrever. Frank miró al agente Carter, quien, tras sus modernas gafas, se limitó a devolverle la mirada sin inmutarse. El general Temin, todavía cruzado de brazos, parecía furioso por la derrota. Todo rastro de su característico buen humor se había evaporado. Frank frunció los labios y tamborileó con los dedos sobre la mesa. La situación lo irritaba. El secretismo. La virulencia del virus. Los trajes deslumbrantes. La prisa por entrar en acción. Todo le parecía ligeramente exagerado, como una alarma lejana resonando en su cabeza. Justo cuando iba a expresar sus preocupaciones, los agentes Riggs y Carter se levantaron, se despidieron y le dijeron dónde tenía que presentarse por la mañana.

Luego se marcharon.

—No deje que le jodan —dijo Temin con decisión mientras se levantaba y salía de la sala de conferencias—. Los tipos con trajes como éstos siempre lo joden a uno.

Frank se quedó a solas un momento, pensando que ya habían empezado a hacerlo.

TRASPLANTE

La doctora Mónica Owens se dio cuenta de que era una mala madre seis años después de haberlo sido. La idea llevaba años carcomiéndola, pero la verdad y el peso del hecho no calaron y echaron raíces en su mente hasta que se despertó temprano una mañana, bajó a la cocina y trató de hacer tortitas para su hijo, Wyatt.

Puedo hacerlo, se dijo, leyendo confiada las instrucciones de la caja de tortitas. Si puedo realizar un bypass cuádruple, desde luego que podré amasar unas cuantas tortitas.

Así que dejó la caja y se puso a buscar una sartén.

A sus cuarenta años, Mónica todavía parecía tan joven como alguna de las residentes que le hacían sombra en el hospital. Muchos de sus pacientes, sobre todo los viejos descarados, se regodeaban diciéndole lo atractiva que era y que, si alguien iba a verlos desnudos en la mesa de operaciones, mejor que fuera ella. Hablaban sobre todo de sus ojos, aquellos sorprendentes ojos verdes, y a renglón seguido de su pelo castaño, que le llegaba hasta los hombros en capas cuyas puntas se rizaban levemente hacia arriba. Su rostro sin maquillaje (porque su padre le había dicho cuando era adolescente que no lo necesitaba) era estrecho, anguloso y con algunas pecas. Llevaba pantalones negros, una camisa de algodón blanca perfecta para la perpetua primavera de Los Ángeles y zapatillas deportivas grises.

Tenía abiertos casi todos los muebles. A Mónica le molestó un poco lo escasamente familiarizada que estaba con su propia cocina, pero no tardó en encontrar el mueble adecuado y localizó la sartén. La colocó sobre la placa y giró el mando hasta lo que suponía que sería la temperatura adecuada.

A continuación, el cuenco.

Lo localizó con rapidez, pero no fue capaz de encontrar unas varillas, así que se contentó con un tenedor. Después de batir durante cinco minutos se convenció de que la masa tenía que ser grumosa y vertió la primera tortita en la sartén.

Varios minutos más tarde estaba abanicando el humo para dispersarlo y preguntándose cómo algo tan claro de color y tan líquido podía haberse vuelto de manera tan rápida tan negro y tan duro.

—¿Qué es ese olor tan raro? —preguntó Wyatt, tapándose la nariz, cuando entró en la cocina.

—Siéntate, Wyatt. Mamá se ha quedado en casa y te ha preparado tortitas.

Wyatt se sentó a la mesa.

Era bajito para tener seis años, pero a Mónica no le preocupaba. Los niños

pegaban el estirón a cualquier edad. Su pelo amarillo pajizo, aún mojado de la ducha, le caía lacio sobre la frente. Llevaba unos pantalones azul oscuro con demasiadas cremalleras y bolsillos a los lados y una camiseta amarilla que Mónica no reconoció.

Sacó la tortita con la espátula y la colocó con destreza en el plato de Wyatt. Aunque no supiera cocinar era mañosa.

—Esto está quemado, mamá —dijo el niño.

—Está un poquito oscuro por un lado. Pero el otro lado está bien.

—No puedo comerme sólo un lado de la tortita, mamá. ¿Dónde está Rosa?

La pregunta que no quería oír y a la que no quería responder. Rosa era la niñera de Wyatt. La mejor niñera del mundo. A pesar de su pobre conocimiento del inglés, Rosa parecía tener poderes extrasensoriales algunas veces. Sabía exactamente lo que Wyatt quería o necesitaba y lo tenía preparado antes de que lo pidiera; no hasta el punto de malcriarlo sino de un modo que le hacía sentirse implicado y especial.

—Le dije que iba a prepararte el desayuno esta mañana —dijo Mónica—. Creo que está haciendo la colada.

Como si estuviera preparado, Rosa entró en la cocina con servilletas y salvamanteles para guardarlos.

—¡Rosa! —dijo Wyatt—. ¡*Buenos días!* Mamá ha quemado las tortitas.

Mónica agitó un dedo.

—Eh, da gracias a que sólo he quemado un lado.

Wyatt sonrió y dio un gran bocado chorreante de jarabe. Inmediatamente torció el gesto.

—Esta tortita tiene un sabor raro. Es como si tuviera polvo.

—¿Polvo?

—Está seca. Puaj.

Antes de que Mónica pudiera detenerlo, escupió un bocado a medio masticar en el plato.

Mónica hizo un gesto de derrota.

—Bueno, pues se acabó.

—¿Le preparo unos huevos? —dijo Rosa—. Le gustan los huevos revueltos.

Pasó un segundo antes de que Mónica dijera:

—Sí, gracias.

Rosa seguramente había comprendido o sentido lo mal que se sentía Mónica, porque le dio una palmadita en el antebrazo, no de manera condescendiente sino amablemente, tranquilizándola.

—Oh, no me dé las gracias, señora Owens, es mi trabajo. Yo tendría que estarle agradecida. Si no me diera el dinero para la compra, no tendríamos huevos y Wyatt se iría al colegio con hambre. —Sonrió—. Y usted tiene una bonita sartén, una bonita cocina... es fácil hacerlo bien porque lo tiene todo a mano.

Mónica asintió. Iba a contestar, pero entonces se le hizo un nudo en la garganta que habría salido convertido en sollozo.

Una vez más, Rosa pareció advertir no sólo lo que Mónica sentía sino por qué.

—Es usted una buena madre, señora Owens, muy buena. Wyatt tiene suerte de tener una madre como usted.

Mónica quiso decir sí, vaya buena madre que soy por tener una sartén que apenas puedo encontrar.

Un momento después, Wyatt estaba comiendo un plato de huevos revueltos con hilitos de queso cheddar encima. Como le gustaban. Cocinados por Rosa, por supuesto.

—Para que lo sepas, Wyatt —dijo Mónica—, en el fondo soy una cocinera excelente. Solía cocinar siempre para tu padre.

—Tal vez por eso se marchó —dijo Wyatt.

Las palabras le helaron el corazón.

Rosa también comprendió lo que eso significaba. Estaba fregando ya la sartén, pero se detuvo de inmediato y se volvió para mirar a Wyatt, probablemente sin saber si era adecuado reprenderlo cuando su madre estaba delante.

Sólo que Wyatt no tenía ni idea. Se dio la vuelta, sonriendo. Debía de pensar que había hecho un chiste.

Naturalmente, vio de inmediato que había cometido un error, por la expresión de las caras de Mónica y de Rosa.

—No pretendía... Yo sólo...

—Estabas bromeando —dijo Mónica—. Lo entiendo. Pero tu padre y yo nos divorciamos. Por eso se fue.

—Lo sé —respondió Wyatt—. Me dijo que no fue culpa tuya. No fue culpa de nadie.

Culpa de nadie. Sí, el tipo tuvo una amante todo el último año de nuestro supuesto matrimonio y dice que no fue «culpa de nadie». Pero Wyatt no podía saber que todo lo que decía únicamente empeoraba las cosas. Además, es trabajo de los padres proteger al hijo, no al revés.

—Oh, Wyatt, probablemente fue por mi forma de cocinar. ¡Al menos tú has tenido el sentido común de escupir!

Entonces le hizo cosquillas y él se rió.

Todavía estaba alegre cuando se preparaba para salir con Rosa, quien lo acompañaba las pocas manzanas que los separaban de la escuela. Mónica le ayudó a ponerse la chaqueta (una cosa tan pequeña, su chaqueta, y sin embargo mucho más grande que su ropa) y le dio un beso y un abrazo.

Entonces Wyatt se volvió hacia Rosa y los dos unieron las manos e inclinaron la cabeza, como si rezaran, pero sin decir nada en voz alta.

Mónica no tenía ni idea de por qué hacían eso. Y su asombro debió de notársele en la cara porque Rosa pareció un poco cohibida después, y Wyatt la miró y dijo:

—Rosa reza por mí y yo digo: «Dios bendiga a mamá y papá y a Rosa, y nos proteja a todos». Sólo que lo digo mentalmente.

—Bueno, eso es... muy bonito —dijo Mónica. No le importaba en absoluto. Era bueno que tuvieran esa costumbre. Si tenía sus dudas respecto a Dios, también tenía dudas sobre sus dudas... no era que supiera que no existe ningún Dios, tampoco. Y Rosa no lo obligaba a hacer nada especialmente católico, como rezar a un santo o pasar un rosario, nada que Mónica desaprobara. Y era obviamente un ritual importante para Wyatt.

Si yo hubiera estado sola en casa, pensó Mónica, no habría hecho eso. Y sin embargo era algo que Wyatt evidentemente necesitaba antes de ir al colegio. Había sido Rosa quien había notado esa necesidad e ideado un modo de satisfacerla. Igual que había sido la que había preparado el desayuno. El desayuno que Wyatt prefería.

Mónica se alegraba de que Wyatt tuviera a Rosa. Se alegraba tanto que apenas pudo conducir por la autopista del Pacífico hasta la clínica, porque las lágrimas le nublaban los ojos. Lágrimas estúpidas, irracionales.

Llegó temprano a la clínica. Así que todavía faltaba un rato para su primera cita.

—Buenos días, doctora Owens.

Mónica miró a la recepcionista. Era la nueva. La risueña. ¿Cómo se llamaba? ¿Kathy? ¿Katie?

—Buenos días. ¿Ha llegado ya el doctor Mankewitz?

—El doctor Mankewitz empieza hoy sus vacaciones —respondió ella, riendo—. Parece que sólo estamos usted y yo.

Mónica sonrió. Afortunada de mí.

—Estaré en mi consulta. Hágamelo saber en cuanto llegue mi primera cita.

—Lo cierto es que ya está aquí —dijo la recepcionista, entregándole a Mónica un clasificador.

—No veo a nadie en la sala de espera.

—Insistió en esperar dentro. Traté de explicarle nuestra política, pero dijo que necesitaba un sitio donde tumbarse. —Se encogió de hombros—. Está en la sala dos.

Mónica abrió rápidamente el clasificador y se encaminó decidida por el pasillo; ya le echaría más tarde la bronca a la recepcionista para que no dejara entrar a los pacientes antes de tiempo. Sin embargo, cuando dobló la esquina camino de la sala dos, se detuvo en seco. El cuestionario del paciente que tenía en la mano ponía que el nombre del paciente era Mickey Mantle. ¿Era una broma o una coincidencia? Repasó rápidamente el resto del expediente y vio que Mantle, o quienquiera que fuese, era un paciente nuevo y les había dado muy poca información. Ni dirección. Ni teléfono de contacto. Incluso su edad era un misterio. En la casilla correspondiente había escrito: «Bastante viejo». Mónica llegó a la puerta y la abrió. Mantle no estaba tendido. Estaba en la ventana, dando golpecitos al cristal.

—¿Señor Mantle? —dijo Mónica.

Él la miró y sonrió cálidamente.

—Tienen ustedes colibríes.

Era un hombre en bastante buena forma, de unos sesenta y tantos años, denso

pelo blanco y barba blanca bien recortada. Vestía un traje gris conservador con un pañuelo rojo en el bolsillo del pecho y corbata roja a juego.

—Sí, yo misma pongo los comederos.

Él volvió a dar un golpecito en la ventana.

—Fascinantes criaturas.

—La recepcionista dice que quería usted acostarse. ¿Se siente mal, señor Mande?

—Galen —dijo él, volviéndose de nuevo a mirarla—. George Galen. Encantado de conocerla. —Le estrechó la mano vigorosamente—. No tengo costumbre de dar a las recepcionistas mi verdadero nombre. Espero no haberla molestado. —Entonces se rió en voz baja como si todo lo hubiera hecho de buen humor.

Mónica sonrió, sin saber cómo interpretar aquello.

—Comprendo. Muy bien. ¿Se siente mal, señor Galen?

—¿Yo? No, no, no, no. No, estoy bien. Sano como una manzana. Al menos, eso espero. —Se palpó el estómago, como Santa Claus.

O tal vez Mónica lo pensó porque hablaba igual que Santa Claus. Sólo que era más delgado.

—Bueno, espero que así sea —dijo—. Soy la doctora Owens.

—Oh, sé quién es usted, doctora. He estudiado detenidamente su carrera.

—¿De veras?

—Sí, y tiene usted un historial impresionante. La primera de la clase en Stanford. La primera de la clase en la facultad de Duke. Las notas más altas durante su residencia y su formación en cirugía cardiotorácica. Un puesto en el Instituto Cardíaco, en el Centro de Salud de San Juan, aquí, en Santa Mónica. Luego un puesto directivo, al que renunció tras su divorcio. Y ahora está aquí, en una de las clínicas cardiológicas más pequeñas pero más respetadas del sur de California.

—Vaya. No sé si debo sentirme halagada o asustada.

—Halagada. Valoro mi corazón, doctora Owens. Si alguien va a jugar con él, prefiero que sea la mejor. —Sonrió y se sentó en el borde de la camilla.

—Bueno, esperemos que nadie tenga que jugar con su corazón, señor Galen. Si está tan bien como dice, no necesitará mi ayuda.

—Oh, necesito su ayuda. Estoy seguro de eso.

Mónica se guardó el expediente bajo el brazo.

—Muy bien. ¿Cuál es el problema?

—Necesito un trasplante de corazón.

Mónica alzó una ceja.

—¿Un trasplante de corazón?

Galen lo había dicho como si estuviera pidiendo un vaso de agua.

—Es un diagnóstico bastante grave, señor Galen. Normalmente, un trasplante es el último recurso. Se trata de una operación muy arriesgada. Si está usted tan bien como dice, le aconsejo que no lo haga.

Él volvió a sonreír.

—Oh, no es para mí. Tiene que ver conmigo, sí. Pero el trasplante es para otra persona. Yo sólo soy el donante.

—Comprendo.

Mónica sabía adónde iría a parar aquella conversación. Todo el que necesitaba un corazón nuevo se apuntaba en una lista de espera especial. Una lista de espera muy larga. De hecho, el año anterior casi ochocientos hombres, mujeres y niños estadounidenses habían muerto mientras esperaban un donante adecuado.

Y la peor parte del trabajo de Mónica, la más angustiada, la experiencia más dolorosa de su vida eran los momentos en que tenía que decir a un paciente y a sus familiares que no era probable que encontraran un corazón a tiempo. Siempre había esperanza, sí. Pero en ese momento la esperanza era tenue.

La reacción era siempre la misma: lágrimas, pesar, confusión, furia. ¿Por qué no hacía más el hospital? Hemos esperado tanto... ¿por qué no ha aparecido ninguno todavía? ¿Quiere decir que no van a hacer nada?

Luego la ira pasaba. Y la desesperación ocupaba su lugar. Como el año anterior, cuando la hermana de una paciente había acorralado a Mónica en el hospital.

—Tome el mío —había dicho—. Quiero que tome mi corazón y se lo dé a mi hermana. Tenemos el mismo tipo sanguíneo. Los mismos padres. Su cuerpo no lo rechazará. Ella puede quedárselo. Quiero que se lo quede. Por favor, le suplico que lo tome.

Y entonces Mónica se había echado a llorar, había abrazado a la mujer y llorado como una niña. Porque ambas sabían que no podía hacerlo. No podía matar a una persona para dar vida a otra.

Y allí estaba aquel anciano, sentado en la camilla, pidiéndole que tomara su corazón. ¿Para quién era? ¿Su esposa? ¿Su hijo? ¿Un amigo de toda la vida, tal vez?

—Señor Galen, lamento sinceramente su desgracia. De verdad. Pero no puedo tomar el corazón de una persona viva y ponérselo a otra. Perdería mi derecho a practicar la medicina y cometería un grave delito. Va contra la ley.

Galen no parpadeó.

—Suponía que iba a decir eso. Lo esperaba, de hecho. Y respeto su integridad. De veras. Es uno de los motivos por los que la escogí. Es usted una mujer de buenos sentimientos.

Mónica no supo qué responder, así que simplemente asintió. Esperaba que en ese punto Galen se levantara, le diera las gracias por su tiempo y se marchara. Pero no lo hizo. Se quedó allí, mirándola.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Soy un hombre muy decidido, doctora Owens. Y valoro enormemente mi vida. No le pediría que hiciera esto si no pensara que me ayudará a mí y a toda la humanidad.

¿Ayudar a la humanidad? De repente, Mónica se sentía incómoda.

—Puede pensar que soy increíblemente egocéntrico al decirlo, pero soy una

persona muy importante, doctora. La conservación de mi vida es mi principal prioridad.

Mónica asintió.

—Señor Galen, no pretendo parecer condescendiente, pero si dona su corazón no conservará la vida.

Galen se echó a reír.

—Cree que estoy loco, ¿verdad? Lo veo en sus ojos. Me está mirando y piensa: este viejo tiene que haber aspirado gases tóxicos. Pero no se preocupe, doctora, no se lo tendré en cuenta. Si estuviera en su pellejo, yo también pensaría que estoy loco.

Bajó de la camilla de un salto.

—Por eso tendrá que verlo todo por usted misma. A menos que se lo enseñe, nunca lo creerá. Siendo médico, creo que apreciará lo que estoy haciendo.

Abrió la puerta y la esperó.

Mónica se quedó donde estaba.

—No comprendo. ¿Quiere que vaya con usted?

—Naturalmente. Tengo un coche esperando.

Mónica se quedó un momento sin habla. Aquel hombre estaba verdaderamente loco.

—Señor Galen, no puedo ir con usted a ninguna parte. Tengo que atender a otros pacientes, tengo otras citas. Debo quedarme aquí. Pero le recomendaré encantada a otro médico.

Sacó su recetario y empezó a escribir.

—Es amigo mío. Estoy seguro de que le interesará hablar con usted y aprender más sobre el trabajo que está haciendo. Éste es el número de su consulta. Puede decirle que le envío yo.

Arrancó el papel y se lo tendió.

Él lo miró.

—Déjeme adivinar. ¿Un psiquiatra?

Ella sonrió amablemente.

Galen dobló el papel muy despacio.

—Doctora Owens, soy un ser humano educado. Respeto la mente y los talentos de personas inteligentes como usted. Sé que sólo piensa en lo mejor para mí. Así que no me ofendo. Pero debe comprender que si le pido que me acompañe no se trata de una invitación.

Mónica se envaró. La estaba amenazando. Y lo que era peor, le bloqueaba la única salida. Tengo que salir de aquí, pensó. No debería estar a solas con este hombre. Obviamente está perturbado.

—Comprendo —dijo—. Perdóneme si le he ofendido. No era mi intención. Permítame hablar con la recepcionista a ver si puedo cancelar el resto de mis citas.

—Eso no será necesario.

—Me sabría mal dejar plantados a mis pacientes. Si me disculpa...

Se dirigió hacia la puerta y, en vez de intentar detenerla, Galen se apartó de su camino. Ella corrió por el pasillo y estaba mirando por encima del hombro cuando dobló la esquina y chocó con alguien. Un hombre. Un hombre muy corpulento. Anormalmente corpulento. Con la constitución de un buey, vestido de negro de pies a cabeza. Miró a Mónica, pero no se movió.

—Es mi socio, Stone —dijo Galen, recorriendo el pasillo hacia Mónica y presentándole al gigante tan alegremente como si estuvieran en una fiesta—. No le hará daño.

Mónica retrocedió con el corazón en la boca.

—No hemos venido a asustarla —dijo Galen—. Sólo le pido que haga lo que hace todos los días de su vida.

Mónica miró más allá de Stone y vio a la recepcionista tirada en el suelo, inmóvil.

—¿Qué le han hecho?

—Un narcótico suave —dijo Galen—. Está dormida. No está herida. De hecho, cuando despierte ni siquiera recordará haberse quedado dormida. Ni haber hablado conmigo. Ni haberla visto a usted. Sus recuerdos de las últimas horas simplemente estarán ausentes de su mente. Así que en vez de alarmarse, estará como unas castañuelas. Y en vez de llamar a las autoridades se dedicará a sus cosas, como siempre. Porque para ella usted nunca habrá venido hoy al trabajo. Y si nos portamos como adultos, nadie saldrá herido. Nadie más que yo, claro.

Mónica vio la jeringuilla que Stone tenía en la mano y retrocedió hasta la pared.

—Apártese de mí —dijo.

Galen alzó las manos con las palmas hacia fuera, en un gesto conciliador.

—No corre usted peligro, doctora. Sólo pido su cooperación. No le haremos daño. Sólo necesito su talento para una terapia muy importante. Una que, si es efectiva, revolucionará la medicina. Le estoy ofreciendo la oportunidad de su vida, doctora. Confíe en mí. Con mi ayuda, su nombre hará historia.

Mónica los miró a ambos. Seguía aterrorizada, pero no la acosaban. Le dejaban espacio. La dejaban pensar.

—¿Y si digo que no? —preguntó.

Galen frunció el ceño.

—No soy un hombre violento, doctora Owens. Pero el trabajo que estoy haciendo no tiene precio. Así que no permitiré que unas cuantas personas obstinadas, incluida usted, se interpongan en el camino de mi éxito.

Mónica tenía ganas de gritar. Sentía una opresión en el pecho. Quería hablar, pero el miedo le atenazaba la lengua.

—Si no puedo persuadirla, entonces tal vez alguien pueda.

Galen abrió un teléfono móvil y marcó.

—Que se ponga —dijo al instante, y le tendió el teléfono a Mónica.

Ella se lo llevó al oído.

—¿Diga? —preguntó, reacia.

—¿Mami?

A Mónica le dio un vuelco el corazón. Era Wyatt. Y parecía muy asustado.

ANTIVIRUS

Un *jeep* recogió a Frank por la mañana y lo llevó al aeródromo. El conductor era un recluta joven y larguirucho con acento sureño que chasqueaba los talones al saludar. Un auténtico soldadito de manual.

—Buenos días, señor. Permítame que le ayude con sus bolsas, señor.

Dijo «señor» por lo menos diez veces antes de cargar las bolsas en la trasera del *jeep* y otras doscientas más, o eso le pareció a Frank, durante el breve trayecto.

—¿De dónde es usted? —preguntó Frank.

—Sí, señor, soy de Tennessee. —Sujetaba el volante en la posición de las diez y diez, con los brazos tiesos, sin apartar nunca los ojos de la carretera.

—¿Dónde estuvo destinado antes de Fort Detrick?

—Sí, señor, estuve en Fort Benning, señor.

Y así sucesivamente con los «sí, señor» y los «no, señor». A Frank le pareció un tanto divertido y agradeció la momentánea distracción de sus preocupaciones sobre su nuevo destino. La verdad fuera dicha, había dormido poco la noche anterior. Cuanto más pensaba en una estancia temporal en la ARB, más incómodo se sentía, aunque no tenía ningún motivo legítimo para sentirse así.

La ARB, la Agencia de Riesgos Biológicos, era una organización federal relativamente nueva. Frank sabía poco de ella, excepto que tenía sus orígenes en el Servicio de Inteligencia Epidémica, un grupo de agentes de varias agencias federales como el FBI o el Centro para el Control de Enfermedades. Los miembros del SIE habían sido preparados y entrenados para ataques biológicos y epidemias potenciales. Seguían trabajando como médicos o agentes de campo o virólogos o lo que fuera que hicieran para pagar las facturas. Así que el SIE era un club de élite de bienhechores tácticos de cuello blanco.

Dos años antes, alguien de rango e importancia había decidido que los deberes del SIE merecían más dedicación que la de unos cuantos voluntarios a tiempo parcial. Así que el SIE había sido sustituido por la ARB. Los agentes de la ARB trabajaban sólo para la ARB.

El *jeep* cruzó todos los puestos de control necesarios hasta llegar al aeródromo e internarse en el asfalto. Los agentes Riggs y Carter esperaban ante un pequeño y estilizado reactor privado, junto a dos hombres vestidos con monos rojos.

Frank le dio las gracias al conductor, que le dijo otras tres veces más «señor», y bajó del *jeep* para saludar a Riggs y Carter. Los otros dos hombres se dedicaron a cargar las maletas de Frank en la bodega de carga del avión.

—Buenos días —dijo Riggs, tendiendo una mano y estrechando la de Frank—. Buen día para volar.

Se cubrió los ojos para protegerse del sol y miró hacia el cielo.

Frank estaba demasiado entretenido mirando el reactor para seguir la mirada de Riggs.

—¿Vamos a volar en eso? —dijo, sorprendido—. Parece un avión de lujo, no la típica lata de sardinas con alas del Ejército.

Riggs se echó a reír.

—Es un reactor Gulfstream. Creo que le parecerá cómodo.

Los hombres del mono sacaron del *jeep* un gran baúl de metal.

—Cuidado con eso —dijo Frank.

—¿Dentro van las muestras del antivirus? —preguntó Riggs.

Frank asintió.

—Déjenlo en el suelo un momento —dijo Riggs.

Los hombres obedecieron y Riggs abrió la tapa. Dentro había varias docenas de viales de antivirus en ordenadas filas, embudidos en gruesa gomaespuma negra. Riggs sacó un vial y miró su contenido a contraluz. Los rayos del sol se reflejaron en sus bordes. Riggs sacudió suavemente el vial y el suero rojo del interior se agitó.

—Así que esto es la poción mágica, ¿eh?

—Así es —dijo Frank—, aunque la magia está todavía por determinar.

—¿Por qué es de color rojo?

—Es un antivirus y su misión es detener la propagación del virus, así que lo coloreé para que fuera fácil de identificar.

Riggs asintió.

—Rojo significa «alto».

—Eso es.

Riggs devolvió el vial a su agujero en la gomaespuma y repitió las instrucciones de Frank a los hombres del mono.

—Cuidado con eso.

Cerraron la tapa y cargaron el baúl en la bodega.

—Esperemos que funcione —dijo Riggs.

A Frank le pareció que era el momento adecuado para sonsacar información.

—Espero que trabajar con ustedes me permita acceder a ciertos datos. Es evidente que están preocupados por la eficacia del antivirus, y me gustaría saber por qué.

Riggs asintió gravemente y luego señaló el avión.

—Tomemos asiento.

El agente Carter subió el primero las escalerillas y los condujo al interior del avión. Frank había viajado en primera clase en líneas comerciales (normalmente por un cambio imprevisto), pero esas experiencias no lo habían preparado para lo que le esperaba. El interior del Gulfstream era como una sala de espera de lujo, con una docena de amplios sofás reclinables de cuero, una lujosa alfombra y apliques de

madera de cerezo. Varios monitores de pantalla plana, donde rebotaba perezosamente la insignia del ARB, colgaban del techo o de la pared, para satisfacer las necesidades de quienes se sentaran en los sofás. Frank se sintió tentado de quitarse los zapatos.

Entró y tomó asiento mientras el agente Riggs cerraba la puerta y Carter hablaba brevemente con el piloto.

Mientras el avión enfilaba la pista, Riggs se sentó frente a Frank. Carter se sentó en algún lugar al fondo, solo.

—Vuelan ustedes con estilo —dijo Frank, doblando el cuello para echar otro vistazo—. Me atrevo a decir que el Tío Sam quiere más a la ARB que al Ejército.

Riggs sonrió y le tendió a Frank un sobre grande.

—¿Qué es esto?

—Todos nuestros secretos.

Frank sacó un fajo de documentos con el sello de material clasificado, además de varias fotografías tamaño folio en color. La primera foto era tan horrible que Frank casi la dejó caer.

Era la foto del escenario de un crimen. Un primer plano.

En ella, un agente de policía yacía muerto en el asfalto, con un charco de sangre alrededor de la cabeza... o más bien de lo que quedaba de su cabeza. Parecía que su cara se hubiera convertido en gelatina y le hubiera resbalado por el cráneo. Manchas oscuras y negras cubrían lo que quedaba de la piel.

Frank había visto aquello antes, pero no en humanos. La primera tanda de monos que habían recibido una dosis masiva del virus había experimentado una reacción similar: rápida degeneración celular, hemorragias internas masivas, lesiones cutáneas y muerte. Ser testigo de aquello había sido una experiencia aterradora e impactante. Y aquella fotografía, un mero registro visual de una persona que había pasado por lo mismo, era igual de nauseabunda.

El cadáver estaba perfilado por una marca de tiza blanca, y una tarjeta junto al hombre indicaba el lugar y la fecha: Long Beach, California, seis meses antes.

—Descubrimos la existencia del V16 hace unos seis meses —dijo Riggs— en un almacén abandonado de Long Beach. Unos cuantos comerciantes cercanos oyeron una conmoción dentro, pensaron que era obra de unos vándalos y llamaron a la policía. Acudieron dos agentes. Uno entró y, dos minutos más tarde, salió gritando con la cara en las manos. Momentos después estaba muerto.

—¿Cómo se contagió? —preguntó Frank, apartando la mirada de la foto.

Riggs señaló las otras fotos del fajo.

Frank las ojeó rápidamente. Habían sido tomadas dentro de un edificio oscuro, presumiblemente el almacén, y mostraban lo que parecía ser un laboratorio equipado con vasos de precipitados, quemadores, centrifugadoras y diversas máquinas de diagnóstico. Junto a un terminal de ordenador había un aparato blanco del tamaño de un frigorífico.

—¿Qué es eso? —preguntó Frank, señalándolo.

—Un secuenciador genético.

La expresión de Frank debió de mostrar su sorpresa.

—Sí, no es exactamente lo que uno espera encontrar en un almacén abandonado de Long Beach. —Riggs señaló una foto de una fila de tubos de ensayo—. Creemos que el agente de policía abrió uno de esos tubos y de algún modo se vertió el contenido encima.

—¿El tubo contenía el virus?

—Encontramos treinta y un tubos en total —dijo Riggs—, cada uno de ellos con una cepa distinta del virus. Lo que significa que estaban destinados a treinta y un pacientes distintos.

—¿Pacientes?

—Usted mismo lo dijo, doctor. Los retrovirus como éste o son un arma o son medicinales.

—¿Este virus es medicinal? —dijo Frank.

—Sí. O al menos para eso creemos que fue diseñado.

Frank indicó una de las fotos del almacén.

—¿Me está diciendo que esto es una especie de clínica secreta de terapias genéticas?

—Curas pirata, curaciones ilegales, llámelo como quiera.

La terapia genética era un avance bastante reciente en medicina, Frank lo sabía. La idea era sencilla. Las enfermedades genéticas eran el resultado de un gen defectuoso o de la falta de un gen en el ADN. La anemia depreanocítica, la hemocromatosis, la enfermedad de Parkinson y otras eran todas ellas consecuencia de genes defectuosos o inexistentes. El truco era descubrir cómo insertar un gen clonado sano en el ADN. Los médicos no podían operar a ese nivel celular. Pero un virus sí. Eso hacían los virus, al fin y al cabo; atravesaban las paredes celulares y depositaban genes, normalmente genes virales que hacían enfermar a la gente. Pero si esos genes virales eran eliminados y sustituidos por genes buenos, entonces el virus se volvía un tipo bueno de virus. Un virus sanador.

Frank se frotó los ojos.

—¿Me está diciendo que alguien ha logrado descubrir cómo insertar genes clonados en un retrovirus con la esperanza de curar una enfermedad genética?

—¿Tan increíble es?

Frank se encogió de hombros.

—Bueno, considerando que los genetistas llevan décadas intentando conseguirlo con escaso éxito, me parece bastante sorprendente, por no decir gracioso, que alguien sea tan osado como para creer que podría conseguir lo que la ciencia no ha logrado usando unos cuantos tubos de ensayo y un secuenciador genético comprado en eBay.

Riggs sonrió.

—Dicho así, supongo que, en efecto, parece un poco divertido.

Frank miró de nuevo la foto del policía y pensó que, después de todo, no lo era

tanto.

El avión había alcanzado ya la altitud de crucero.

—Entonces, ¿el virus de terapia genética que crearon fue un fracaso? Quiero decir que si lo que ese hombre encontró en el almacén, ese virus del tubo de ensayo, fue un intento fracasado de crear un virus para terapias genéticas.

—No necesariamente —dijo Riggs—. No olvide que un virus de terapia genética sólo vale para la persona para la que fue creado. Tiene los genes que esa persona necesita. Usted y yo no necesitamos esos genes. Nuestro cuerpo los rechaza.

Frank lo comprendió. El agente de policía había encontrado un virus creado para otra persona; su cuerpo no necesitaba los genes que contenía. Pero como el virus proliferaba tan rápida y agresivamente, su cuerpo no había tenido tiempo para combatir el agente extraño y sus células se habían degenerado con la misma rapidez que si alguien le hubiera arrojado ácido a la cara.

—¿Y no tiene idea de quién es el responsable de esto? —preguntó Frank—. ¿A quién pertenece el almacén?

—No la teníamos hasta hace cuarenta y ocho horas —contestó Riggs, girando en su silla para mirar uno de los monitores. Tocó la pantalla y recuperó un programa. Comenzó un vídeo. Era un noticiario. Un edificio de seis plantas de Los Ángeles estaba en llamas. Los bomberos trabajaban para sofocarlas, pero buena parte de los pisos superiores ya habían sido destruidos por el fuego.

Frank reconoció la escena.

—Un escape de gas, ¿no? —dijo—. Vi algo en la CNN hace unos días.

—El gas no tuvo nada que ver —contestó Riggs—. Eso es lo que dijimos a la prensa. La verdad es que el piso superior del edificio era otro laboratorio, igual que el que encontramos en Long Beach hace seis meses.

—¿Un laboratorio de terapia genética?

—Así es. Sólo que quien lo construyó al parecer aprendió la lección del almacén de Long Beach. Éste estaba lleno de explosivos.

—¿Explosivos? ¿Volaron su propio laboratorio?

—No. El edificio estaba en un viejo complejo de apartamentos abandonado. Hacía años que no se utilizaba. El Ayuntamiento lo había condenado y estaba prevista su demolición. Alguien de la cuadrilla de demolición lo estaba inspeccionando en busca de ocupas antes de empezar a derribarlo y, pensamos, pudo causar la detonación de los explosivos.

Tres personas habían muerto en la explosión, si Frank no recordaba mal.

—¿Y este incendio les indicó a quién pertenecía el laboratorio?

—No exactamente —dijo Carter—, pero nos dio una buena pista. La explosión dispersó algunas cosas del edificio. Incluido esto.

Tocó la pantalla y una imagen sustituyó al vídeo. Era un gran trozo de tela quemada.

—¿Qué es eso? —preguntó Frank.

—Eso, doctor Hartman, es una capa negra.
—¿Quiere decir que el Zorro... está muerto?
Carter suspiró.
—Sabe usted exactamente lo que significa.

WYATT

Galen retiró la venda de los ojos de Mónica y ella parpadeó, momentáneamente cegada. A medida que sus pupilas se adaptaban a la luz, vio que se encontraba en lo que parecía ser el pasillo de un hospital. Había salas de pacientes y una camilla contra la pared cercana. Galen estaba junto a Stone, frente a Mónica, con las manos en las caderas, sonriendo de oreja a oreja, como un niño pequeño a quien han dejado suelto en una tienda de caramelos.

—Pido disculpas si el viaje ha sido molesto —dijo—, pero mantener en secreto este asunto es vital. Estoy seguro de que lo comprende.

Mónica no lo comprendía. Lo que fuera que Galen estuviera haciendo y que consideraba lo suficientemente importante para renunciar a su corazón era irrelevante para ella. Todo lo que le importaba era Wyatt. Nada podía distraerla de esa preocupación. Lo habían secuestrado. Estaba asustado. Y la necesitaba.

Habían dado vueltas en el coche durante una hora y media, dando muchos más giros y tomando por muchos más desvíos de los necesarios en un intento por desorientarla. Estaba segura de que habían salido de Santa Mónica, pero no tenía forma de saber dónde se encontraban ni a qué distancia de la ciudad. La pendiente de algunas carreteras la llevó a creer que habían subido una montaña, o al menos una colina, probablemente al norte de Los Angeles, pero no podía estar segura.

Habían dejado a la recepcionista sedada en el suelo de la clínica y Galen le había asegurado a Mónica que uno de sus socios sacaría su coche del aparcamiento para que no levantara ninguna sospecha. El mensaje que le estaba dando era claro. Nadie vendría por ella ni por Wyatt.

Galen le tendió la venda a Stone y Mónica miró con intensidad al gigante en un esfuerzo por memorizar su rostro. Cuando aquello terminara y acudiera a la policía, quería dar una descripción perfecta de Galen y Stone.

Naturalmente, Stone no sería demasiado difícil de identificar en una ronda de reconocimiento. Era al menos un par de palmos más alto que Galen, y tan fornido que en cualquier equipo profesional de fútbol americano le hubiesen puesto de inmediato un contrato en la mano. Su pelo plateado y muy corto correspondía a un hombre maduro, pero su piel inmaculada y sin una arruga indicaba a Mónica lo contrario. Era un hombre sin edad. Y sus ojos grises nunca la perdían de vista.

Ella lo miró sin parpadear, preguntándose de dónde había sacado el valor y decidiendo darle una oportunidad a Wyatt.

—No le gusta Stone, ¿no? —dijo Galen, de nuevo con aquella chispa en la

mirada.

No. Pero decirlo no la ayudaría en su situación y, desde luego, tampoco ayudaría a Wyatt, así que no contestó.

Sin embargo, lo que la inquietaba era que no veía malicia ninguna en ese Stone. Su tamaño era intimidatorio, sí, pero en su mirada había una suavidad que le hacía parecer casi inocente, incluso infantil. Eso le daba escalofríos.

Tal vez percibiendo que la había inquietado, Stone inclinó la cabeza y dijo:

—Es un honor y un placer conocer a una doctora tan afortunada y dotada para tratar al profeta.

Galen soltó una risita e hizo callar a Stone con un gesto.

—Vamos, vamos, Stone, la buena doctora no sabe nada de eso todavía.

Luego le hizo un guiño a Mónica.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó ella.

Galen sonrió.

—Es usted una madre amorosa, doctora. He visto cómo se preocupa por Wyatt. Eso me impresiona. Los padres siempre están tan ocupados hoy en día... Tiene suerte de tenerla a usted.

—¿Dónde está?

—Paciencia, doctora, paciencia. Wyatt está bien atendido e ileso. No soy una persona cruel. Los niños son preciosos y como tales deberían ser tratados. Sólo me he llevado a Wyatt porque sabía que era absolutamente necesario para conseguir su colaboración. Detesto haber tenido que asustarlo. Ésa no era mi intención. Sin embargo, debería usted sentirse orgullosa, porque ha sido el invitado perfecto y un caballero muy respetuoso. Es un niño encantador. Pocos niños se comportan tan bien, ¿no cree?

A Mónica le asqueó oír hablar así a Galen de Wyatt, como si Galen fuera una especie de vecino anciano que hubiera invitado a su hijo a tomar galletas y leche.

—Quiero verlo —dijo.

—Y lo verá. Pero lo primero es lo primero.

Se sacó una jeringuilla de la chaqueta y empezó a llenarla con un pequeño vial sin etiquetar.

Mónica se envaró.

—¿Qué es eso?

—Una vacuna. Y, créame, querrá que se la ponga.

—No. Estoy segura de que no.

Galen sonrió y siguió llenando con cuidado la jeringuilla hasta la dosis adecuada.

—Wyatt no se quejó cuando le administramos esto, doctora Owens. Venga, es usted médico. No me diga que le dan miedo las agujas.

Mónica notó que enrojecía de ira.

—¿Le han puesto eso a mi hijo?

Galen agitó una mano en el aire.

—Relájese, relájese. Es perfectamente inofensiva. No tiene ningún efecto secundario. Ya se lo he dicho, es una vacuna. Los protegerá a ambos del virus. Y como usted manejará el virus, es la mejor protección que pueda tener. Vamos, súbase la manga.

Mónica miró a Stone, quien la observaba inexpresivo.

—Le doy mi palabra —dijo Galen—. No le causará ningún daño. Más tarde me lo agradecerá. Créame.

La mente de Mónica estaba desbocada. La aguja podía contener cualquier cosa. La palabra de Galen no valía mucho.

—Es sólo una pequeña inyección, doctora Owens. Nada más. Un pinchacito. Acéptelo y la llevaré con Wyatt. Tiene mi palabra también acerca de eso.

Mónica sintió que sus músculos se relajaban. Haría cualquier cosa para estar con Wyatt, incluso ceder a la droga que Galen pudiera haber creado. Resopló profundamente y se subió la manga.

—Eso es. Ahora sólo notará un pinchacito.

Mónica dio un respingo cuando sintió entrar la aguja. Galen terminó de inyectarle la vacuna, retiró la aguja y se la tendió a Stone. Luego limpió una diminuta gota de sangre que se había formado en el orificio de la aguja con un pañuelo que sacó de su bolsillo, desenvolvió una tirita y burdamente la aplicó en el brazo de Mónica.

—Ya está. No ha sido tan terrible, ¿verdad?

Mónica se volvió a bajar la manga.

—Ahora lléveme con Wyatt.

Galen señaló una puerta que no estaba ni a diez metros.

—Está ahí dentro. Pero me temo que sólo tendrá unos minutos. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Mónica se acercó a la puerta con cautela, temiendo algún truco.

—Pase —dijo Galen, instándola a continuar—. No la morderá.

Ella abrió la puerta. Allí estaba Wyatt, de pie, en el centro de la habitación, solo. Mónica corrió hacia él y lo abrazó.

—¡Mamá! —El niño tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy aquí, cariño. Estoy aquí.

Oyó la puerta chasquear tras ella, se volvió a mirar, y vio que Galen la había cerrado para que tuvieran intimidad.

Estudió inmediatamente la habitación en busca de otra salida o una ventana.

No había ninguna.

Wyatt enterró la cara en su hombro y la abrazó con fuerza. Todavía tenía puesto el abrigo y su mochila escolar estaba en el suelo, sin abrir.

—¿Te han hecho daño? —preguntó ella—. ¿Te han lastimado?

Él negó con la cabeza.

Ella le agarró la cara entre las manos y se la examinó con atención. No había signos visibles de malos tratos. Ni cortes, ni magulladuras ni cardenales.

—¿Seguro que no te han hecho daño?

Él asintió.

Mónica suspiró y lo atrajo de nuevo hacia sí. De repente le pareció muy pequeño y frágil. Su pecho era tan delgado; sus brazos, tan cortos y débiles... Había olvidado que todavía era un niño pequeño, lo mucho que le quedaba todavía por crecer. ¿Por qué había perdido la paciencia con él tantas veces? ¿Por qué se había permitido alzarle la voz o mandarlo a su cuarto o negarse a permitirle ver la tele cuando quería? Sólo era un niño. Y ahora, en una sola mañana, había estado a punto de perderlo.

Sin pretenderlo, estalló en sollozos.

Wyatt se sobresaltó. Dio un paso atrás y la miró. Había dejado de llorar.

—Mamá, estoy bien. De verdad. No me han hecho daño. ¿Ves?

Se limpió las mejillas y forzó una sonrisa.

Mónica consiguió devolvérsela. Estaba arrodillada, lo que los igualaba en altura. Unió su frente a la suya e inspiró profundamente, para calmarse.

Los sollozos cesaron. Su respiración se hizo más lenta.

Sé fuerte, Mónica, se dijo. Eso es lo que Wyatt necesita ahora. Está fingiendo ser valiente porque ve que estás asustada. Está tratando de ayudarte. Tienes que hacer lo mismo. Concéntrate.

Lo miró a los ojos y sintió que sus músculos se relajaban.

—Estoy muy feliz de verte —dijo—. Eso es todo. Estaba preocupada por ti.

—No estaba seguro de que fueras a venir.

—Pues claro que iba a venir.

—Parecías asustada por teléfono.

Ella volvió a mirar la puerta.

—Estaba asustada.

—¿Sí?

—Sí, mucho.

—Yo también.

Ella le apartó el pelo de los ojos.

—Bueno, ahora estoy aquí. Y no va a pasarte nada.

Wyatt sonrió de nuevo y esta vez la sonrisa fue genuina. Se abrazaron.

—Me han puesto una inyección —dijo él cuando se separaron—. Les he dicho que no podían ponerme ninguna, no si no eran médicos, pero me la han puesto de todas formas.

Ella le tomó de nuevo la cara entre las manos.

—No importa —dijo, sin saber si era verdad—. No estoy enfadada. También me han puesto una a mí. Vamos a estar bien.

Él asintió, visiblemente aliviado porque ella lo tranquilizaba.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado?

Wyatt miró al suelo y habló en voz baja.

—Íbamos camino del colegio, Rosa y yo, y la furgoneta... paró y...

El labio inferior le tembló.

Mónica volvió a abrazarlo.

—Tranquilo. No tenemos que hablar de eso ahora si no quieres. Tranquilo.

Galen le había contado a Mónica por el camino cómo sus socios (Mónica interpretó que eso significaba «hombretones como Stone») se habían llevado a Wyatt esa mañana cuando Rosa y él iban camino del colegio. Galen lo había descrito como una experiencia agradable para todo el mundo; Wyatt prácticamente había sido un participante dispuesto. Mónica sabía que no era así.

Frotó la espalda de Wyatt y lo abrazó en silencio un momento. Cuando se separaron, él volvía a estar tranquilo.

Mónica contempló la habitación. Pretendía parecer un dormitorio infantil. Las paredes estaban pintadas de azul celeste. La litera de la esquina tenía mantas y sábanas con dinosaurios de colores. A Wyatt le encantaban los dinosaurios. La alfombra del suelo tenía la forma de Estados Unidos, con las fronteras y capitales de cada estado. En el rincón había un televisor de pantalla panorámica de alta definición, de los que Mónica había visto en las tiendas a precios exorbitantes. Tres largos cordones conectaban la parte posterior del aparato con una consola que estaba en el suelo, junto a una precaria columna de videojuegos sin abrir.

—¿Has jugado a algún juego? —preguntó, señalando la televisión.

—Tienen el Potato Commandos —dijo Wyatt, sorbiendo las lágrimas. Extendió la mano y recogió la caja.

—Hace tiempo que querías éste —dijo Mónica, dándole la vuelta a la caja y mirando las pantallas del reverso. Era un juego tonto. Patatas armadas correteaban por campos de tierra disparándose y explotando en montones de despojos aplastados. Era bastante menos violento que otros juegos que Wyatt había pedido, y Mónica pretendía comprárselo por su cumpleaños.

»¿Lo has probado? —preguntó. El envoltorio de plástico estaba en el suelo, junto a él.

—¿Dónde está Rosa?

Mónica vio que se retorció el índice derecho. Era un tic nervioso que tenía.

—No lo sé, cariño. No creo que le hayan hecho daño. —Le agarró las manos.

—Le han puesto una inyección.

—Sí, me lo han dicho.

—¿Está muerta? ¿La inyección la... mató? —Su voz era de nuevo débil, casi un susurro.

—No, no, no, Wyatt. La inyección la hizo dormir. No está muerta. Está bien. Probablemente ya esté despierta.

Mónica no sabía si eso era cierto, naturalmente, pero Galen así lo había dicho, y a Wyatt le hacía bien oírlo.

—¿Va a venir a recogernos? Quiero irme a casa.

Mónica lo cogió por los brazos.

—Sé que quieres, cariño, pero...

Llamaron a la puerta y Galen asomó la cabeza.

—Es la hora, doctora. Tenemos que irnos.

Mónica no lo miró. Lo dejó esperando.

Galen desapareció en el pasillo y la puerta se cerró.

—¿Quién es ése? —dijo Wyatt.

—Nadie.

Mónica sintió que su voz se volvía más aguda. Le pasaba cuando la garganta se le tensaba y sentía la necesidad de llorar. Resopló de nuevo y mantuvo la calma.

—Ahora tengo que irme, pero...

—No.

Wyatt se agarró a ella, lleno de pánico.

Ella le habló con dulzura.

—Wyatt, necesito que seas valiente. Necesito que seas fuerte. ¿Puedes hacerlo por mí? Ahora tengo que irme, pero no voy a dejar el edificio, ¿de acuerdo? Volveré muy pronto. No te va a pasar nada. Lo prometo.

—Pero no quiero quedarme solo.

Mónica sintió un pinchazo en el corazón.

—Volveré a verte pronto. Puedes contar con ello.

—¿Cuándo podremos marcharnos, entonces? ¿Cuándo podremos irnos?

—Pronto. Nos iremos pronto. Toma, vamos a dar un repaso a estos Potato Commandos, ¿qué me dices?

Pulsó el botón y metió el disco del juego en la ranura. El aparato tardó un instante en reconocerlo y comenzó la música. Una patata vestida de Tío Sam señaló la pantalla y pidió reclutas.

—No quiero quedarme aquí. Quiero ir contigo —dijo Wyatt.

—No puedes, cariño. Además, mira qué habitación más bonita. Tiene dinosaurios, juegos, un montón de cosas chulas. No podemos irnos sin que lo pruebes un poco, ¿verdad?

Wyatt no parecía convencido.

—Volveré —dijo ella—. Lo prometo.

—¿Palabrita? —preguntó él, alzando el dedo meñique.

Ella lo enganchó en el suyo.

—Palabrita.

En el pasillo, Galen saludó contento a Mónica.

—Bien, ¿qué le parece? Una habitación bonita, ¿verdad? Yo mismo la diseñé. Al principio hice que pusieran un caballo de balancín, pero algunos de los muchachos pensaron que Wyatt tal vez era un poco mayor para eso. Ahora comprendo que tenían razón. Es muy alto para su edad. Unos juegos fascinantes, ¿no le parece? Patatas

disparando a patatas. Es tremendamente inmaduro, lo sé, pero no puedo evitar reírme.

Soltó una risita.

Mónica volvía a sentirse asqueada. Sólo quería volver a la habitación, tomar a Wyatt y echar a correr. Stone ya no estaba por allí. Se hallaba sola con Galen y estaba bastante segura de que Wyatt y ella podrían correr más que él.

Pero Stone no podía andar lejos. Además, no tenía ni idea de dónde estaba exactamente, en qué dirección había una salida, a qué distancia podía estar la ayuda que necesitaba. Si aquello era un hospital, tal vez estuviera más cerca de lo que creía.

Pero Galen había dicho que había diseñado él mismo la habitación para Wyatt. Si era un hospital, no estaba en funcionamiento.

—Bueno, no hace falta retrasarlo más —dijo Galen—. Imagino que querrá conocerlos lo antes posible.

—¿Conocer a quién?

—A sus pacientes —contestó él, frotándose las manos. Luego giró sobre sus talones y echó a andar pasillo abajo. Dio unos cuantos pasos, se volvió y le indicó que lo siguiera—. Bueno, vamos.

Mónica echó un último vistazo a la puerta. Incluso estando cerrada oía los sonidos del videojuego. Wyatt estaba entretenido. Y por ahora, lo más importante, estaba a salvo. Si ella hacía lo que le pedían, continuaría a salvo. O eso esperaba.

—El tiempo es oro, doctora —dijo Galen, regresando e instándola a apresurarse.

Sin ninguna otra opción que obedecer, Mónica lo siguió.

ESCRITURAS

El Gulfstream sobrevolaba el Medio Oeste, dirigiéndose hacia Los Angeles. Frank se sentía cada vez más inquieto por la fotografía del agente de policía muerto y el resto del informe sobre el V16. Si lo que decía el agente Riggs era cierto, esos curadores, como se hacían llamar, tenían una doble identidad. El público los conocía como benefactores, miembros de una religión marginal basada más en la amabilidad humana que en una teología concreta. Llevaban capa negra, daban comida gratis y trataban las heridas superficiales con vendas y Neosporin. Un botiquín de primeros auxilios ambulante con una comida de regalo.

Pero en las sombras, sin que nadie lo supiera, los curadores tenían un plan mucho más complejo. Siguiéndolo habían creado un virus con la esperanza de utilizarlo para curar a los que sufrían enfermedades genéticas.

—¿Y la capa —dijo Frank—, esta capa que encontraron ustedes entre los escombros después de la explosión, es la única prueba que relaciona a esos... curadores con los laboratorios y el virus?

—No —respondió Riggs—. También encontramos esto.

Abrió un maletín y sacó una bolsa de pruebas de plástico. Dentro de la bolsa había un libro muy quemado, no mucho más grande que un librito de bolsillo fino. Le ofreció la bolsa a Frank.

—¿Qué es esto?

—Ábralo.

Frank abrió la bolsa de plástico, sacó el libro y examinó su portada de gamuza marrón, que había resultado dañada tanto por el fuego como por el agua con que lo habían extinguido. Frank estudió el lomo y con cuidado desprendió un poco de hollín de la portada con la esperanza de encontrar un título. No había ninguno.

Con cuidado, para no dañar más las páginas, Frank abrió el libro.

La mayoría tenían quemadas las esquinas o estaban muy arrugadas por el agua. Al principio, Frank pensó que era un diario, ya que el texto estaba escrito a mano en lugar de en letra de imprenta.

Luego vio las ilustraciones.

Pegadas al libro en lo que parecía un orden aleatorio había ilustraciones a mano que recordaron a Frank las imágenes de los manuscritos de los monasterios. Excepto que, en vez de santos y ángeles o cardenales de aspecto piadoso, esos dibujos eran todos del mismo joven de pelo oscuro, con camisa blanca y corbata roja. En las primeras ilustraciones, el hombre tenía una mano extendida, levantando a alguien de

una cama de enfermo.

Era un sanador en el sentido tradicional.

Una de las ilustraciones era mucho más difícil de descifrar. En ella, el joven de la corbata roja estaba en el centro de la página, con las manos unidas en oración. Entre las manos sostenía una jeringuilla con la punta dirigida hacia el cielo; rayos de luz dorada surgían de la punta de la aguja. Flanqueando al joven de la corbata roja había dos hombres desnudos que casi le doblaban en tamaño, con los músculos enormes y el cuello muy grueso. Los rayos de luz de la jeringuilla se posaban en partes concretas de sus cuerpos: sus brazos, piernas, pecho, nariz, sus pies. Frank no tenía ni idea de lo que significaba el dibujo.

Pasó a la última ilustración. Más ancha que las demás, ocupaba dos páginas enteras y el fuego sólo la había dañado levemente. Mostraba a cinco hombres con corbata roja, idénticos, como quintillizos, de pie en círculo con los brazos entrelazados. Tenían las manos unidas ante sí. De las yemas de sus dedos brotaba una luz que convergía en un globo dorado que brillaba sobre ellos. El texto al pie de la ilustración decía: «El consejo de los profetas». Frank miró a Riggs, alzando una ceja.

—¿El consejo de los profetas?

Riggs se encogió de hombros.

—Su deducción es tan válida como la nuestra. Lo que está claro es que estos curadores están un poco tocados del ala. Si le parece que las ilustraciones son raras, lea el texto.

—¿Qué es este libro? —dijo Frank, volviéndolo en sus manos.

—Por lo que sabemos, es la Biblia del Curador, como si dijéramos. Sus escrituras. Frank volvió al principio. La página interior con el título se había conservado.

El libro de la conversión

Ayudar al hombre a alcanzar su pleno potencial

por George Galen

—George Galen —dijo Frank, mirando a Riggs—. ¿Por qué me suena ese nombre?

—Es genetista —dijo Riggs—. Una verdadera leyenda científica, según me han dicho. Hace años fue uno de los principales investigadores del Proyecto Genoma Humano.

Ah, sí, pensó Frank. El pomposo George Galen. Había disfrutado de un breve destello de fama tras la culminación del Proyecto Genoma Humano, en 2003. Galen y los otros investigadores habían logrado en trece años lo que supuestamente hubiese requerido quince, dos años antes de lo previsto. El proyecto identificó con éxito los treinta mil genes codificados del ADN humano y determinó las secuencias de los tres mil millones de parejas de componentes que lo forman. La base de datos resultante habría de ser usada como la base para nuevas investigaciones y secuenciaciones

genéticas. Todas las ciencias de la vida se habían visto afectadas: la biología, la medicina, incluso la sociología hasta cierto punto. Era el supuesto principio de la era genómica.

Pero en el proyecto hubo obstáculos, recordó Frank. Galen a menudo chocaba con sus colegas y discutía sobre lo que los investigadores denominaban IELS, o implicaciones éticas, legales y sociales del genoma humano. Según algunas fuentes, en una discusión llegó a acalorarse tanto que acabó arrojando una silla. Alcanzó a un ayudante y le rompió la nariz. No se presentaron cargos, pero después de eso se creó una atmósfera polémica alrededor del proyecto. El *New York Post* incluso publicó una viñeta de dos ayudantes de laboratorio que se estrangulaban mutuamente con hélices de ADN.

Fue una pesadilla para las relaciones públicas.

La situación no hizo más que empeorar cuando el proyecto terminó y Galen regresó a su puesto en el Instituto Nacional de Investigación del Genoma Humano (NHGRI), un pequeño componente de los Institutos Nacionales para la Salud (NIH). Allí Galen descubrió que su partida anual seguía siendo un ridículo dos por ciento del presupuesto total del NIH.

Galen dijo que había sido engañado. Terminada la secuenciación del genoma, podía convertir esa información en beneficios potenciales para la salud. Pero para hacerlo necesitaba dinero. Montones de dinero.

Sin embargo, en vez de presentar su caso al NIH, Galen hizo lo impensable: se dedicó a dar conferencias, poniendo verde al NIH y acusándolo de todos los males médicos que Galen creía que podrían ser curados de concedérsele los recursos y las subvenciones adecuados. Lo que dijo sobre la Administración y los miembros del Congreso responsables de distribuir los fondos del NIH no fue menos ácido.

Fue un suicidio profesional. A partir de entonces, Galen fue ignorado en todos los círculos científicos. El NHGRI le mandó hacer las maletas y le cesó en todos sus cargos. Incluso las universidades, que siempre habían tendido una mano tendida, le dieron la espalda. La revista *Time* incluso le dedicó su portada y un artículo titulado «Caído en desgracia». Después de eso, Galen desapareció de la esfera pública.

De eso hacía siete u ocho años.

—¿Galen es un curador? —preguntó Frank.

—Eso parece —contestó Riggs.

—Supongo que es lógico —dijo Frank—. Si vas a intentar crear un virus para terapias genéticas, y haces lo que la ciencia moderna no ha conseguido todavía, necesitas el talento de alguien como George Galen.

—Sí —reconoció Riggs.

—¿Y el tipo de las ilustraciones? —dijo Frank—. ¿El de la corbata?

Riggs se encogió de hombros.

—No estamos seguros. Pero sea quien sea, Galen y los curadores lo consideran su profeta.

—¿Y el consejo de los profetas? Esos hombres que parecen cinco versiones del mismo individuo. ¿Qué se sabe de ellos?

—Como he dicho antes, lo que usted deduzca es tan válido como lo que podamos deducir nosotros. El libro plantea más preguntas que respuestas da. Pero nos ayudó con una en concreto.

—¿Y cuál es?

Riggs tendió la mano hacia el libro, y Frank se lo devolvió.

—Aquí, en la parte de atrás. —Riggs pasó al final del libro—. Encontramos una lista.

Frank miró. Allí, escrita a mano en la página, había una lista de nombres y direcciones. Algunas direcciones estaban quemadas o sólo eran parcialmente legibles, pero algunas estaban intactas. Junto a cada nombre constaba una enfermedad.

—¿Quiénes son estas personas?

—Pacientes —dijo Riggs—. Gente a quienes los curadores han tratado con el virus.

Frank sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué quiere decir con «tratado»? ¿Les administraron el virus?

—Después de encontrar el libro (y recuerde que todo ha sido en las últimas cuarenta y ocho horas), fuimos a una de las direcciones para hablar con esta persona. —Señaló el primer nombre de la lista—. Patrick Caneer. Anemia depreanocítica.

—¿Y?

—Y lo encontramos, en cama, con una sonda intravenosa en el brazo y varias láminas grandes de plástico colgando del techo y formando un círculo alrededor de su cama. Como el niño de la burbuja.

—¿Una cortina de contención?

—Una cortina de contención casera —dijo Riggs—. Los curadores habían colgado el plástico, le administraron el virus, y luego le dijeron que permaneciera tres días en cama mientras el virus seguía su curso y curaba su anemia depreanocítica.

Frank se quedó momentáneamente atónito. La audacia de una cortina casera, la idea de que un pequeño hule y un poco de cinta adhesiva pudieran mantener controlado un virus como el V16 hizo que los pelos de la nuca se le erizaran. Comparado con las muchas puertas y precauciones que existían en el Nivel 4 de Bioseguridad, unas cuantas capas de plástico eran prácticamente nada.

—Y cuando lo encontraron, ¿cómo estaba? —preguntó.

—Aterrorizado —dijo Riggs—. No del virus, sino porque pensaba que íbamos a arrestarlo. Un tipo decente. De poco más de veinte años.

—¿El virus no le hizo daño?

—Recuerde, el virus puede fabricarse para una persona concreta. En este caso, fue fabricado para Patrick Caneer. La cepa del virus contenía exactamente lo que necesitaba, los genes para curar su tipo concreto de anemia depreanocítica. Sin embargo, para todos los demás (la familia de Patrick, sus vecinos), el virus era una

amenaza terrible. Letal, incluso. No olvidemos a nuestro amigo. —Señaló la imagen del agente de policía muerto—. Y los curadores son obviamente conscientes de la amenaza. De lo contrario, no se molestarían en construir una cortina de contención. Patrick también contó que los curadores explicaron a la familia la necesidad de que se mantuvieran todos apartados del muchacho mientras el virus hacía su trabajo.

Una locura. Una absoluta locura. Una irresponsabilidad tal en el manejo de un virus letal que Frank tardó un momento en reaccionar.

—¿Y cuando lo encontraron estaba bien? —preguntó por fin.

—Entramos con trajes aislantes, sellamos todo el apartamento. Luego lo llevamos a nuestra enfermería. Está allí desde entonces. Pero eso no es lo más raro de toda esta historia. Lo raro es esto: según las pruebas que le hemos realizado, ya no tiene anemia depreanocítica.

Frank no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Quiere decir... que está curado?

—Quiero decir que ya no tiene anemia depreanocítica. Si es por cosa del virus o no, ya no lo sé. Pero el muchacho ya no está enfermo. Eso sí que lo sé.

Frank se llevó una mano a la cabeza. Aquello no tenía sentido. Una religión demencial de culturistas, nada menos, había recabado la ayuda de un genetista que figuraba en la lista negra y creado un virus para terapia genética que, al menos en un caso, podía funcionar.

—¿Me está diciendo que ese muchacho está en su enfermería ahora mismo?

—Ahora mismo.

—¿Y que todavía tiene el virus en su organismo?

—Es lo que le estoy diciendo. Y por eso necesitamos inmediatamente el antivirus que usted creó, haya sido probado del todo o no. Tenemos que administrárselo a ese muchacho, por no mencionar a los otros pacientes de la lista.

—¿Los otros?

—Hay ocho nombres en esa lista. Hemos reunido a los ocho. Todos han sido llevados a nuestra enfermería. Todo en las últimas cuarenta y ocho horas. Y le están esperando.

Frank se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Quiere decir que todavía tienen el virus en el organismo, independientemente de la cepa que les administraron?

—No —dijo Riggs—. Algunos se sometieron al tratamiento hace semanas... incluso hace meses.

—¿Y han estado en cama tras una cortina de contención todo este tiempo?

—No, han vivido con normalidad —contestó Riggs—. Mejor de lo normal, porque no tienen ningún síntoma de la enfermedad genética que un día tuvieron.

—Entonces, ¿han sido curados?

—Eso parece.

Frank miró la lista de nombres y luego de nuevo al agente Riggs.

—Pero ¿cómo pudieron salir y relacionarse con la gente si son portadores del virus?

—Ésa es la cuestión —dijo Riggs—. No son portadores del virus. Tres días después de administrarle a alguien el virus, los curadores regresan y le inyectan su versión de antivirus, que lo elimina del organismo del paciente. QUITAN los plásticos. El curador se marcha. Y la persona continúa de nuevo con su vida.

—Entonces, ¿los curadores tienen un antivirus?

—Una versión de uno, al parecer. Así es como neutralizan el virus de la gente a la que tratan. Nosotros, sin embargo, durante los últimos seis meses sólo hemos contado con esa muestra del virus. No teníamos ningún antivirus. Ahora, gracias a usted, lo tenemos.

—Tal vez —dijo Frank.

—No diga eso. Contamos con usted.

Frank se sintió abrumado.

—Muy bien. Dejémoslo claro. Los curadores entran en el apartamento de una persona. Cuelgan un montón de plásticos alrededor de la cama y luego le ponen una sonda intravenosa en el brazo a esa persona.

—Así es.

—Después le inoculan el virus.

—Que ha sido fabricado para esa persona en concreto y que, por tanto, la ayuda, no la mata.

—Fabricado para esa persona, sí —dijo Frank—. Luego el curador le dice a ese paciente que regresará tres días más tarde para administrarle un antivirus y detener el tratamiento.

—Exactamente.

—¿Y han descubierto todo eso en las últimas cuarenta y ocho horas?

Riggs le tendió de nuevo el libro a Frank.

—Tenemos que darle las gracias a George Galen y a este librito por eso. Todo lo que hemos descubierto empezó por aquí.

Frank se echó hacia atrás y hojeó de nuevo el libro en silencio, esta vez prestando atención a cualquier párrafo legible. Uno decía:

El hombre ha evolucionado a lo largo del tiempo hasta convertirse en el capitán de todos los seres vivos. Sin embargo, en su estado actual no es consciente de su potencial y es esclavo de enfermedades que no debieran acosarlo. Sólo el profeta puede hacer que se abra y que se supere a sí mismo.

El profeta.

Ese profeta, fuera quien fuese, obviamente tenía un alto concepto de sí mismo. Profetizaba sobre su futuro logro: ayudar al hombre a alcanzar su potencial evolutivo.

Frank sacudió la cabeza. ¿Cómo podía George Galen, autor de aquel libro y un genio en toda regla, creer en esas chorradas? ¿Cómo podía creer que semejante

profeta existía? Ciertamente, Galen había pasado por momentos difíciles, pero ¿tan grave había sido su caída de la fama que se había vuelto loco?

Aterrizaron en el aeropuerto de Los Angeles y se dirigieron al norte en un coche gubernamental por la Cuatrocientos cinco. El equipaje de Frank y el baúl con el antivirus fueron guardados con cuidado en el maletero del coche.

Frank se sentó en el asiento trasero. Examinaba la copia chamuscada de las escrituras de los curadores.

—Si saben que estos curadores son los responsables —dijo—, ¿por qué no salen a la calle y arrestan al primer curador que encuentren y lo interrogan?

—Lo pensamos —respondió Riggs—. Por desgracia, los curadores han desaparecido de la faz de la tierra desde la explosión, como si supieran que los seguimos. El Departamento de Policía de Los Ángeles está intentando localizarlos. Pero, por lo que sabemos, todos han vuelto al agujero del que salieron.

Tomaron la salida de Wilshire e inmediatamente llegaron al Edificio Federal, una enorme estructura blanca de aspecto inexpugnable. Pasaron ante una larga fila de astas de bandera y se dirigieron al aparcamiento trasero.

Unos minutos más tarde cruzaban la entrada trasera del edificio. Pasaron un control de seguridad para agentes armados del Gobierno. Frank le mostró al guardia la tarjeta de identificación que Riggs le había dado y siguió a los dos agentes hasta el ascensor.

Mientras esperaban a que llegara, Frank se dio cuenta de que nadie más se acercaba a ese ascensor. El vestíbulo estaba lleno de gente, pero todos los demás usaban los ascensores del otro lado de la sala, los ascensores principales del edificio, los que subían.

Sonó un timbre, y las puertas del ascensor que Frank y los agentes estaban esperando se abrieron. Entraron y Carter sacó una tarjeta, la insertó en una ranura y se volvió. Las puertas se cerraron y el ascensor empezó a bajar.

—Bienvenido a la ARB, doctor Hartman —dijo con una sonrisa.

Frank miró el panel y vio que no había botones para las plantas. Adondequiera que fuesen, sólo había una parada.

NÚCLEO

Galen condujo a Mónica por una serie de pasillos, hablando constantemente. Mónica hacía todo lo que podía por seguir su ritmo, pero el hombre tenía más energía de lo que cabía esperar en alguien de su edad.

—Tendrá que disculpar el desorden —dijo, gesticulando con los brazos—. Es un trabajo en progreso. Tenemos previsto terminar la construcción dentro de poco.

Una larga cortina de plástico bloqueaba el pasillo. La atravesaron y Mónica vio el desorden al que se refería. El ala entera del hospital, si en efecto era un hospital, estaba todavía en construcción. Las paredes no habían sido terminadas. Los cajetines eléctricos estaban abiertos, y los cables, sueltos. El suelo estaba lleno de material de construcción: tubos, aglomerado, clavos, sacos de escayola. No habían puesto ni una sola baldosa. El suelo era de áspero hormigón.

—Mire por dónde pisa —dijo Galen, guiándola por el laberinto de piezas de plástico colgantes—. Sé que ahora no parece gran cosa —continuó—, pero tendría que haberlo visto antes de que llegáramos. Horrible. Sencillamente espantoso. Pintadas, basura. Repugnante de verdad. Hemos progresado muchísimo. Y normalmente no somos tan desorganizados. Queríamos tenerlo terminado todo antes de que llegara usted, pero tuvimos un contratiempo hace unos cuantos días, perdimos uno de nuestros laboratorios, y pensamos que era más seguro acelerar el proyecto. Dejamos de reformar esto y pusimos todas nuestras energías en el Núcleo.

—Naturalmente —dijo Mónica, como si fuera lo que cabía esperar.

En realidad, no tenía ni idea de lo que Galen le estaba diciendo. Pero no quería que se le notara. El hombre era claramente inestable. Enfurecerlo con preguntas indeseadas tan sólo empeoraría su situación.

—Ah, hemos llegado —dijo él, corriendo la última cortina y acercándose a un par de puertas. Abrió una y le indicó que pasara.

Era una habitación enorme de techo abovedado. De las paredes colgaban luces que lo bañaban todo en un profundo color azulado. Había al menos veinte personas vestidas con bata blanca de laboratorio, moviéndose de un lado a otro, mirando por el microscopio, sentadas ante ordenadores, etiquetando tubos de ensayo. Algunas alzaron la cabeza y repararon en ellos, pero la mayoría continuó con su trabajo sin prestarles atención.

Galen sonrió de oreja a oreja.

—Impresionante, ¿no le parece?

Mónica dijo lo que supuso que quería oír.

—Es sorprendente.

Él se rió en voz baja.

—Me está usted siguiendo la corriente. Por favor, doctora. Ahora está a salvo. Puede hablar libremente y con confianza. La he traído porque respeto su opinión. ¿Qué le parece?

Ella miró a los trabajadores.

—Está muy... limpio —dijo finalmente.

Él se rió de buena gana esta vez.

—Me divierte usted, doctora Owens. Supongo que no puedo esperar que sepa lo que estamos haciendo aquí sólo con permitirle echar una ojeada. —Abrió los brazos—. Esto es el Núcleo. Aquí es donde realizamos nuestra magia, como si dijéramos.

Recogió un tubo de ensayo de uno de los estantes y leyó la etiqueta.

—Gary Miner. Santa Clarita, California. Treinta y seis años. Enfermedad de Huntington.

Se lo entregó. Ella miró la etiqueta.

—¿Qué es esto?

—Esto, doctora Owens, es Gary Miner, un joven con la enfermedad de Huntington.

Mónica contempló el líquido lechoso del interior del tubo.

—No ponga esa cara de preocupación, doctora Owens. No derretimos al señor Miner. Lo que tiene usted en la mano es un cultivo, una muestra del ADN del señor Miner. Por lo que indican los datos, veo que la extrajimos hace sólo una semana. —Tomó de nuevo la muestra y la colocó en el estante—. Nuestros secuenciadores identificarán la composición de su ADN y localizarán el gen defectuoso. Tome, eche un vistazo. —La llevó de la mano a un gran ordenador cuadrado en el que trabajaban varios hombres. Dio un golpecito con la mano al costado del aparato—. Puede que no parezca gran cosa, pero estos modelos son la caña. —Señaló un monitor de vídeo, donde cuatro letras corrían repetidamente por la pantalla en orden aleatorio. A, C, G, T.

Mónica sabía lo que estaba mirando. El ADN está formado por cuatro elementos: adenina, guanina, citosina y timina. Cada una de las letras de la pantalla correspondía a uno de esos componentes. El orden de las letras tal como iban apareciendo debía de ser el orden de los componentes de una cadena de ADN.

—Veo girar las ruedecitas dentro de su cabeza, doctora Owens.

—Están descifrando el ADN de alguien.

Galen sonrió.

—A la velocidad de la luz. Tenemos que teñir la muestra de tejido antes de cargarla en el secuenciador. Cada una de las cuatro moléculas básicas reacciona de forma diferente al tinte y se convierte en un color distinto. Así es como el ordenador sabe lo que está viendo. El *software* reconoce los colores y la secuencia, y *voilà*. Fascinante, ¿no le parece?

Mónica asintió, obediente.

Galen se frotó la barbilla y miró pensativo la secuencia.

—Humm, veamos. Parece que aquí tenemos una hembra. Pelirroja. Alta. Un poquito gruesa... Oh, no. Santo cielo. Pobrecita. —Miró a Mónica con el ceño fruncido—. Tiene enfermo el hígado —dijo apenado.

Mónica parecía escéptica.

—¿Sabe todo eso sólo con mirarlo?

Él volvió a reírse con ganas.

—No puedo engañarla, ¿verdad, doctora? Lo siento. No he podido resistirme. No, no podemos decir todo eso mirando solamente la secuencia. Verá, el noventa y siete por ciento de todo esto es basura, o lo que llamamos ADN sin codificar. No sirve para nada. Pasa lo mismo con su ADN, no sólo con esta muestra. La mayor parte no tiene ninguna función. No, lo que estamos buscando son esas secciones especiales que controlan y organizan las funciones humanas necesarias.

—Genes.

—Exactamente. Los genes. Pero ¿sabía que sólo unos cuantos de nuestros genes son únicos? Es cierto. El noventa y nueve coma nueve por ciento de sus genes son exactamente como los míos. La mayor parte de la gente no lo sabe, pero es un hecho. Genéticamente, todos los humanos son casi idénticos. Sólo unas pequeñas pinceladitas de usted hacen que usted sea usted. Y sólo unas pequeñas pinceladitas mías hacen que yo sea yo. Esa diferencia puede ser ínfima, incluso una sola letra del código. Las llamamos SNP, «polimorfismo de un solo nucleótido», pronunciado esnips^[1]. Muchos de esos esnips causan enfermedades genéticas. Y si identificamos el esnip causante de la enfermedad, entonces podemos sustituirlo por un gen clonado y corregido.

—Terapia genética.

Galen se frotó las manos.

—Es muy emocionante, ¿verdad? Y no resulta tan difícil. La más leve alteración en la secuencia genética de alguien puede suponer toda la diferencia del mundo.

—¿Qué están buscando en esta cadena? —dijo Mónica, sorprendida de estar interesada.

Galen consultó con uno de los trabajadores.

—Anemia de pranáctica, dice. Ésta es la secuencia de una niña pequeña llamada Kimberly. Vamos a curarla, si podemos. Y, confíe en mí, podemos.

Mónica no sabía qué pensar. El laboratorio parecía ilegal. Los secuenciadores genéticos parecían auténticos. Los trabajadores parecían competentes. Pero aquel hombre era Galen, un criminal, un viejo loco. ¿Podía algo de todo aquello ser cierto si él dirigía el espectáculo?

Vio cómo Galen se entretenía un momento en charlar con los trabajadores que atendían el secuenciador. Era amable con ellos, les expresaba su gratitud por su dedicación al trabajo, les palmeaba el hombro y les decía lo afortunado que se sentía

por tenerlos en su equipo. Mónica pudo ver cuánto significaban estas palabras para ellos, cómo sonreían de orgullo y valoraban sus halagos. Era algo más que el jefe. Aquella gente lo adoraba.

Hubo una súbita conmoción al fondo del laboratorio. Mónica oyó pasos, gritos, cristal rompiéndose.

—¡Deténganlo! —gritó alguien.

De repente apareció un adolescente que corría entre el equipo del laboratorio y derribaba trabajadores, chocaba con las mesas, desesperado por escapar, y se dirigía hacia las puertas por las que habían entrado Galen y Mónica. Iba vestido con ropa de hospital y tenía un tatuaje en el cuello.

—¡Jonathan! —dijo Galen—. ¿Qué estás haciendo?

Otro hombre perseguía al muchacho, un curador corpulento como Stone. Se detuvo, lo apuntó con un arma y disparó.

Mónica gritó.

El dardo alcanzó a Jonathan en la nuca justo cuando llegaba a las puertas. Su cuerpo quedó flácido inmediatamente. Cayó al suelo, resbaló y se dio un golpe tremendo contra las puertas.

Galen se enfureció.

—¡Liquen! ¿Qué demonios haces?

Liquen bajó el arma; de pronto parecía avergonzado.

Galen se acercó corriendo a Jonathan, que no se movía, y le sostuvo la cabeza.

—Podría haberse roto el cuello al caer —dijo—. Para lo que nos serviría entonces...

—Intentaba escapar, señor —dijo Liquen.

—¿Escapar, adónde? ¿Al pasillo? Tiene suerte de que no le dispararas en el ojo. —Hizo un gesto a Mónica para que se acercase—. Doctora, si no le importa...

Ella se acercó, reacia. Liquen estaba de pie junto a Jonathan, y a ella no le entusiasmaba la idea de acercarse mucho más. Miró la escopeta de dardos que tenía en la mano, el dedo todavía apoyado en el gatillo.

Galen señaló con un dedo severo.

—Guarda eso, Liquen, antes de que le dispares a alguien más.

—Sí, señor.

Se guardó el arma en el bolsillo.

Mónica se arrodilló junto a Jonathan y abrió su maletín, que había traído de la clínica porque así se lo había dicho Galen. Sacó el estetoscopio y auscultó al chico. El corazón le latía con rapidez, pero eso era de esperar: había estado corriendo a toda velocidad. Mónica se sintió aliviada de que le latiera. Le miró a la cara y le limpió un corte en la frente. Probablemente tenía arañazos en otras partes, tal vez incluso algún hueso roto, pero no iba a iniciar un reconocimiento completo ahora mismo.

—Está vivo —dijo. Le volvió lentamente la cabeza y extrajo el dardo—. ¿Qué es?

—Quetamina —dijo Liquen—. Es un tranquilizante.

—Pues claro que es un tranquilizante —dijo Galen—. Y era completamente innecesario. Has puesto todo el laboratorio en peligro al perseguirlo aquí dentro. Podrías haber roto los secuenciadores. Ha sido una locura.

Era obvio que Liquen no había guiado intencionadamente al muchacho hasta allí. Jonathan era el que corría delante, no al revés. Pero Liquen no dijo nada.

—Y además, has asustado a la doctora Owens. Dudo que ella lo aprecie.

—Perdóneme, doctora —dijo Liquen, inclinando la cabeza.

—Estoy intentando presentarle bien nuestro trabajo, y tú vas y le das un susto de muerte —continuó Galen—. ¿Qué clase de impresión va a llevarse? Mírala. Ahora está inquieta.

—Le pido de nuevo disculpas, doctora —dijo Liquen.

Todos en el laboratorio habían dejado de hacer su trabajo y los estaban mirando.

Galen se levantó, alzó una mano y habló en voz alta.

—Vamos, de vuelta al trabajo. Todos. No se distraigan. Todavía nos queda mucho por hacer.

Mientras los trabajadores obedecían y regresaban a sus puestos, Galen bajó la voz y habló con Liquen, señalando a Jonathan.

—Recógelo. Lo quiero de vuelta con los demás.

Mónica se envaró. ¿Los demás? ¿Había más gente allí como aquel chico? ¿Más gente retenida contra su voluntad? ¿Otras personas como Wyatt y ella?

Vio a Liquen agacharse y recoger a Jonathan como si no pesara nada.

—Vamos, doctora —dijo Galen—. Les presentaré a los demás.

Mónica lo siguió. Liquen hizo lo mismo, cargando con Jonathan. A Mónica la ponía nerviosa tener a Liquen caminando detrás. No sólo era grande, sino que además tenía un arma, y estaba claro que sabía usarla con mortal precisión. Después de todo, Jonathan era un blanco móvil. Y por la reacción de Liquen, Mónica comprendió que no había acertado por chiripa.

Luego estaba la cuestión de la quetamina. Debía de ser una dosis altamente peligrosa para dejar fuera de combate al muchacho tan rápido. Eso hizo que se preguntara qué efecto tendría una dosis tan alta sobre una persona más pequeña.

Descartó la idea. Nadie iba a dispararle a Wyatt. No si podía evitarlo. Haría exactamente lo que Galen le pidiera, todo lo que quisiera, cualquier cosa. Si hombres como Liquen y Stone estaban a las órdenes de Galen, entonces Mónica no estaba dispuesta a correr el menor riesgo.

PACIENTES

Mónica dibujó mentalmente un mapa mientras seguía a Galen por otra serie de pasillos. La habitación de Wyatt estaba ya bastante lejos, y Mónica quería saber exactamente cómo regresar sin ayuda si tenía que hacerlo. Dudaba de que Galen le permitiera ir a ninguna parte sin escolta, pero tal vez tuviera la ocasión. Y aunque no surgiera, era incapaz de soportar la idea de no saber con exactitud dónde estaba Wyatt. El mapa era una cadena mental que los unía a los dos. Perderse en el laberinto del edificio era perder a Wyatt. Y eso no iba a suceder.

—¿Qué era este sitio? —preguntó—. El edificio, quiero decir. Antes de que vinieran ustedes.

—No hay gran cosa que ver, ¿verdad? —dijo Galen.

No lo había. La mayoría de los pasillos, al contrario que los más cercanos al Núcleo, no estaban siendo renovados... aunque lo necesitaban imperiosamente. El papel pintado estaba despegado y sucio y olía a moho. El edificio seguía teniendo el aspecto de un hospital, pero de hospital vacío y abandonado durante décadas. El techo tenía desperfectos causados por la humedad. El linóleo estaba resquebrajado y lleno de manchas. Y en vez de brillantes luces fluorescentes, una ristra de bombillas desnudas colgaba del techo, como si aquello no fuera un pasillo sino una mina en las profundidades de la tierra.

—Esto era un hogar de ancianos —dijo Galen—. O, en otras palabras, un lugar donde la gente de mediana edad pudiera dejar a sus padres y olvidarse de ellos. —No se rió.

Tras Mónica, Liquen llevaba todavía a Jonathan, flácido en sus brazos. De no haber comprobado antes el estado de Jonathan, habría pensado que estaba muerto.

Dos hombres con capa negra y capucha se acercaron, cada uno con la cara enterrada en un libro. El atuendo le resultaba a Mónica vagamente familiar. Había visto capas como éstas pero no podía situarlas. Uno de los hombres advirtió que Galen se acercaba y le dio un codazo al otro. Ambos se detuvieron y se apartaron.

Galen los saludó con la cabeza al pasar.

—Hermanos.

Ellos asintieron en respuesta, y luego centraron su atención en Mónica.

—Es ella —oyó susurrar a uno.

Evitó su mirada y avivó el paso, mirando por encima del hombro dos veces para ver si todavía seguían mirándola, como así era en efecto. Se estremeció. Hasta que Galen dobló otra esquina y los hombres de las capas desaparecieron de la vista.

Mónica no se relajó.

—Tranquilícese, doctora Owens —dijo Liquen—. No tiene que temerlos. No le harán daño. Ni yo tampoco.

Ella estudió su rostro y pudo ver que hablaba en serio. Como Stone, Liquen parecía casi infantil. Era una extraña conclusión, considerando su corpulencia, y sin embargo Mónica no podía negar la amable dulzura del hombre.

—¿Qué son ustedes? —dijo—. ¿Usted y Stone?

—Somos curadores —respondió Liquen—. Hombres llevados a su pleno potencial. El profeta nos ha hecho más fuertes de lo que la evolución ha hecho al hombre.

Mónica no lo comprendía. En realidad, no quería comprenderlo. Pero por algún motivo estuvo segura de que, como él había dicho, no le haría daño. Al menos, no hasta que Galen se lo ordenara, se dijo, recuperando el sentido. Si el viejo daba la orden, no tenía duda de que Liquen obedecería.

—Sus pacientes están todavía un poco traspuestos, doctora Owens —dijo Galen, deteniéndose ante una puerta cerrada y bajando la voz hasta convertirla en casi un susurro—. Fue toda una conmoción para su organismo que los trajeran aquí, de modo que unos cuantos están todavía bastante resentidos, sobre todo Jonathan. —Indicó el cuerpo flácido que colgaba en brazos de Liquen—. Ésta es la cuarta vez que intenta escapar. Es una tontería, por supuesto. No tiene ningún sitio al que ir. Son las drogas, sospecho. No soporta el mono. Se desespera. Pero no me preocupa demasiado. Acabará por superarlo. —Se detuvo un momento a estudiar el rostro de Mónica—. Piensa que soy cruel, ¿verdad?

Mónica no dijo nada.

—Lo hemos rescatado, doctora. Piénselo. Cogimos a un joven que estaba muerto para el mundo y le dimos una segunda oportunidad en esta vida. Sé que puede usted pensar que nuestros métodos son poco ortodoxos, pero considere lo que estamos consiguiendo aquí. El mundo le ha dado la espalda a esta gente. Nosotros les estamos dando una vida que nunca creyeron posible. —Sonrió—. Naturalmente, ellos no lo comprenden todavía. No entienden lo que estamos haciendo por ellos. Y, sinceramente, sospecho que usted tampoco. Pero claro, no se lo reprocho. Es demasiado nuevo. Es demasiado diferente al mundo de la medicina que usted conoce. Pero créame, doctora Owens. Cuando todo esté dicho y hecho, confío en que estará usted de acuerdo en que teníamos razón desde el principio.

Abrió la puerta y entraron.

Un grupo de curadores, todos corpulentos y vestidos de negro, estaban reunidos cerca de la puerta. Dejaron paso y guardaron silencio cuando entró Galen. Mónica evitó mirarlos directamente, pero pudo sentir que la miraban.

Al fondo de la habitación había cuatro personas, tres hombres y una mujer, todos vestidos con ropa verde de hospital.

Galen los fue señalando.

—Doctora Owens, le presento a Byron, Nick, Dolores y Hal.

El más joven del grupo, Nick, un muchacho de la edad de Jonathan, vio el cuerpo flácido del otro joven y corrió hacia él.

—¿Qué le han hecho? —dijo, mirando furibundo a Galen.

Uno de los curadores, quizás en un intento por proteger a Galen, agarró a Nick y lo sostuvo con firmeza.

El chico pateó y se rebulló, tratando de zafarse.

—Suéltalo —dijo Galen.

El curador soltó a Nick y el chico cayó de golpe al suelo.

Galen se le acercó y le ofreció una mano para ayudarlo a ponerse en pie, pero Nick la rechazó.

—Apártese de mí —dijo.

Byron se acercó y ayudó a Nick a levantarse.

—Gracias, Byron —dijo Galen—. Ahora quiero que todo el mundo se calme. Jonathan está bien. Hemos tenido que darle una pequeña dosis de algo para dormirlo, pero no está herido. Liquen, llévalo a su cama y déjalo descansar.

Liquen llevó a Jonathan a una de las muchas camas de la habitación y lo acostó con delicadeza.

Mónica advirtió que los pacientes dejaban a Liquen espacio de sobra.

—Ésta es la doctora Owens —dijo Galen—. Ahora trabaja con nosotros, así que quiero que todos la traten con el respeto que se merece.

—Si trabaja con ustedes, entonces no se merece una mierda —dijo Nick.

Galen lo miró fríamente.

—Ignoraré esa observación, Nick. Igual que el resto de nosotros.

Nick se volvió hacia Liquen, que se alzaba como una torre junto a él. Galen se estaba refiriendo a él, evidentemente. Nick hundió la cabeza y no dijo nada.

Galen suspiró.

—Hermanos, querida hermana, dejemos ya esta conducta. ¿No os he dado más comida de la que podéis comer? ¿Una cama dónde dormir? ¿Agua caliente para lavaros? ¿Ropa limpia que poner os? Dolores, ¿no te he dado los productos femeninos que pediste?

Mortificada, Dolores apartó la mirada. Los otros guardaron silencio.

Después de lo que a Mónica le pareció una eternidad de incomodidad, Galen sonrió.

—Eso es. ¿Veis? ¿No es mejor? Todos podemos llevarnos maravillosamente si lo intentamos.

Éste era el verdadero George Galen, pensó Mónica, no el que hablaba de secuenciadores genéticos, sino el que secuestraba y utilizaba a la gente y actuaba como si les estuviera haciendo el mayor de los favores. Era el más peligroso de los hombres, porque en sus acciones sólo veía el bien. Se veía a sí mismo como un héroe.

Galen se volvió hacia Mónica.

—Compruebe cómo están, doctora. Hágame saber si necesitan cualquier cosa. Medicación, descanso, ejercicio. Los quiero tan sanos como sea posible. Liquen, quédate y supervisa. Y encárgate de que Jonathan esté cómodo.

Liquen asintió, y Galen se marchó con los otros curadores.

Liquen se sentó en una silla junto a la puerta. Mónica se quedó de pie sola en el centro de la habitación. Todos sus supuestos pacientes la miraban, esperando.

Trató de encontrar sentido a todo aquello, pero no pudo. ¿Por qué eran sus pacientes? Galen había dicho que necesitaba un trasplante de corazón. ¿Necesitaba alguna de esas personas un corazón nuevo? Lo dudaba. Todos eran relativamente jóvenes y, menos Dolores, que estaba ligeramente gorda, tenían buen aspecto. Nick y Hal eran un poco delgados para su altura, sí, pero eso podía ser resultado de un metabolismo alto, no de un corazón débil.

Mónica sonrió mansamente y estaba a punto de hablar cuando Hal alzó los brazos al cielo.

—Sabía que no iba a llegar a ninguna parte —dijo, exasperado—. Lo sabía. Ese chaval corre como una niña. Es patético.

—¿Como una niña? —gritó Nick, plantándose ante la cara de Hal—. Bueno, al menos corre. No veo que tú intentes nada.

—Porque no soy idiota. ¿Piensas que alguno de nosotros va a llegar a alguna parte con él aquí delante? —Señaló a Liquen, quien observaba toda la conversación sin cambiar de expresión. El rostro de Hal se suavizó—. No pretendía ofenderlo, por supuesto, señor Liquen. Personalmente, me sorprende que Jonathan intentara algo así. Demuestra una absoluta falta de respeto por la autoridad.

—Oh, mira quién fue a hablar —dijo Nick—. Fue idea tuya enviar a alguien en busca de ayuda.

Hal empujó a Nick con fuerza, en el pecho. El muchacho cayó hacia atrás pero se levantó en un instante, y empujó a Hal, con el doble de fuerza. Se habían agarrado mutuamente por la garganta cuando Byron los separó.

—Eh. Atrás. Los dos. —Se interpuso entre ambos—. No conseguiremos nada si nos matamos unos a otros.

—Entonces dile al mocososo que me quite las manos de encima —dijo Hal.

Nick intentó volver a atacar, pero Byron lo mantuvo a raya.

—Ya basta. Los dos. Ahora tranquilizaos.

Hal apartó la mano de Byron y se fue a su cama.

—Pelearse es cosa del diablo —dijo Dolores—. Espero que lo sepáis. No recibiremos ninguna bendición si los dos os comportáis de esa forma.

—Cierra el pico —le espetó Hal—. Si queremos un sermón, lo pediremos.

Dolores sacudió la cabeza y le habló a Mónica.

—Hombres.

Luego se acostó en su cama.

Nick también se desplomó en su cama, junto a la de Jonathan. Sólo Byron se

quedó levantado. Unió las manos y sonrió.

—Bueno, doctora Owens, acabemos de una vez.

Mónica no estaba segura de cómo actuar. Todos la miraban de nuevo, esperando que empezara. Localizó una silla junto a la cama más cercana, pero vaciló en pedirle a alguien que se sentara para reconocerlo.

—¿Quiere que me siente? —preguntó Byron, siguiendo su mirada hasta la silla—. Le será más fácil reconocerme si me siento.

Ella asintió.

—Sí, por favor.

Byron se sentó. Mónica colocó otra silla a su lado.

—¿Quiere subirse la manga, por favor?

Sacó su equipo y lo reconoció. Su tensión era buena. Su temperatura era normal. Su ritmo cardíaco era bueno. Apenas había un gramo de grasa en su cuerpo. Le hizo todas las preguntas necesarias. Tenía treinta y cinco años. No fumaba, ni bebía, ni consumía drogas. Hacía ejercicio de manera regular, controlaba su dieta y no tenía ningún antecedente de enfermedad cardíaca. Sus padres vivían y gozaban de buena salud. En resumen, era una de las personas más sanas que Mónica había reconocido en años.

A Byron le encantó oír eso. Incluso le sonrió y le dio las gracias.

Mónica se sintió más cómoda, más en su elemento. Byron era una persona normal. No era un curador. No era un viejo barbudo y loco. Era sólo un tipo corriente. Y, además, no era amigo de George Galen. Mónica hizo acopio de valor para hablarle con franqueza.

Bajó la voz.

—¿Están retenidos contra su voluntad?

Él pareció sorprendido por la pregunta.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué quieren de ustedes?

—No lo sé —susurró él—. Mi coche se averió hace unos días y estaba haciendo autostop para llegar a un teléfono cuando...

Una voz grave resonó en el rincón.

—Examínelos solamente, por favor, doctora.

Mónica no se volvió a mirar a Liquen. Le preocupaba que él lo interpretara como un desafío. En cambio, inclinó la cabeza y le pidió a Byron que se marchara. El hombre se levantó y se fue a su cama sin decir nada más.

Dolores se sentó en la silla antes de que Mónica tuviera ocasión de pedir al siguiente que se acercara. Al parecer había estado esperando a que Byron se levantara pero, como estaba detrás de Mónica, ella no se había dado cuenta.

—Soy Dolores Arlington, por si no lo sabe ya, y supongo que no lo sabe, ya que no tiene ni carpeta ni papeles, que yo pueda ver. ¿O tiene papeles sobre nosotros que no conocemos?

Parecía recelosa. Mónica se quedó momentáneamente sin palabras.

—No, no tengo ningún archivo sobre usted, Dolores. Pero me interesa su salud. ¿Le importa responderme a unas cuantas preguntas?

Dolores se echó a reír y negó con la cabeza.

—¿Preguntas? Cielos. —Se quedó callada entonces, reflexionando—. ¿Sabe? Nadie me ha hecho ninguna pregunta desde hace mucho tiempo. ¿Y sabe por qué nadie me pregunta ya nada? Porque a nadie le importa, por eso. Porque lo que tengo que decir y lo que pienso no le importa un rábano a nadie.

Mónica se quedó mirándola, sintiéndose triste de repente. Dolores hablaba con una convicción que dejaba claro que creía firmemente en lo que estaba diciendo. No buscaba compasión. Estaba simplemente exponiendo un hecho, como si leyera un libro de texto sobre su propia vida.

—A mí sí que me importa —dijo Mónica. Y lo decía en serio.

Dolores la miró con extrañeza, como si Mónica hubiera hablado en chino, y luego se encogió de hombros.

—Pues pregunte.

—Muy bien. ¿Hace usted ejercicio?

—Oh, directa al grano, ¿eh? Quiero decir, sé que debería perder unos cuantos kilos. Y sé lo que está pensando. Está pensando cómo puede una indigente tener barriga y eso, ¿no? Debería estar flacucha como una raspa, ¿no?

Mónica ladeó la cabeza.

—¿Indigente?

—Indigente —repitió Dolores—. Sin hogar. Vivo en la calle. Todos lo hacemos, excepto Byron. Es un abogado importante, pero Galen creyó que era un vagabundo y lo recogió igual que al resto de nosotros. Necesitaba gente a la que no echaran en falta, ¿sabe lo que quiero decir? ¿Quién va a echar de menos a unos cuantos indigentes, eh? Respuesta: nadie. Sólo que Byron no lo es. O al menos eso dice, y yo lo creo, aunque Hal no. Verá, el coche de Byron se averió. Yo tenía un Chevy Nova, pero el encargado del aparcamiento para tráilers hizo que lo remolcaran cuando mi Earl se quemó.

—¿Todos ustedes son indigentes? —dijo Mónica.

—¿Tiene cera en los oídos? Galen nos recogió porque somos indigentes. Nick piensa que Galen nos tiene algo preparado. Algo malo. Si no, ¿por qué no nos deja marchar?

A Mónica le daba vueltas la cabeza. ¿Qué quería Galen de cinco personas sin hogar, o al menos de cinco personas que creía que eran indigentes? ¿Por qué las retenía allí? ¿Por qué la retenía a ella? Nada de todo aquello tenía sentido.

Le hizo a Dolores más preguntas y llegó a la conclusión de que tenía un corazón sano. Así que no podía ser Dolores quien necesitaba el trasplante.

La despidió amablemente sin terminar el reconocimiento, y Dolores volvió a la cama.

Nadie esperaba para ocupar su lugar. De hecho, ni Nick ni Hal se habían movido de la cama ni mostrado ningún deseo de ser examinados.

—¿Quién es el siguiente? —preguntó Mónica.

Nadie respondió.

—No duele nada de nada —dijo Dolores—. No sé de qué tenéis todos miedo.

—Cierra el pico —dijo Hal—. Nadie te ha preguntado.

—Cierra el pico tú —respondió Dolores, sustituyendo su sonrisa por una mueca—. Sigues ladrando como si fueras el dueño del lugar. Pero sólo estás cabreado porque no tienes una botella de licor a la que ir dándole.

Hal saltó de la cama con los puños cerrados.

—Te voy a romper los dientes si no cierras la boca.

Liquen se levantó. El simple movimiento de su enorme estructura cambió de inmediato el estado de ánimo de la habitación. Hal bajó los puños y Dolores se tumbó en la cama, dándole deliberadamente la espalda.

Mónica se levantó.

—Muy bien. Examinaré a Jonathan. Pueden relajarse por ahora. Los examinaré más tarde.

Liquen reflexionó un momento antes de volver a sentarse.

Mónica se relajó y llevó su maletín junto a la cama de Jonathan. Le subió la manga y vio más de una docena de pinchazos. La mayoría estaban hinchados y se había rascado muchos hasta el punto de hacerse sangre. Heroína.

Miró a Nick, que la observaba con atención.

—¿Jonathan es amigo tuyo?

—¿Y a usted qué le importa?

—Sólo lo pregunto porque antes parecías ansioso por ayudarlo.

Nick no dijo nada.

Mónica comprobó la temperatura y la tensión de Jonathan.

—Tiene fiebre. ¿Estaba así de caliente antes de intentar escapar?

Nick no quiso mirarla.

—Necesito saberlo porque puede que se trate de una reacción al tranquilizante.

No hubo respuesta.

Echó atrás los párpados de Jonathan y vio que tenía las pupilas muy dilatadas. Liquen le había dado una dosis de quetamina, no había ninguna duda.

—Por la noche le entran temblores —dijo Nick en voz baja—. Suda mucho también. Lleva dos días con fiebre.

Mónica asintió, sacó su talonario de recetas y escribió una. Le sorprendió recordar todavía nombres de medicamentos en los que ni siquiera había vuelto a pensar desde que era residente de Urgencias.

—¿Va a darle alguna medicina? —preguntó Nick.

—Jonathan tiene el mono. Está muy enfermo. Si eres amigo suyo, y creo que lo eres, te agradecería que lo animaras a descansar un poco. No debería rascarse esas

heridas. Intentaré conseguir una crema que pueda ponerse. Eso le aliviará el picor.

Nick miró al suelo.

—¿Qué quieren ustedes de nosotros, eh? —susurró—. ¿Por qué nos retienen aquí? No le hemos hecho nada a nadie. No le estábamos haciendo daño a nadie. Pero ustedes nos tienen prisioneros aquí. ¿Por qué?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Mónica también tenía ganas de llorar. Tenía ganas de decirle que era tan prisionera como ellos. Tenía ganas de hablarle de Wyatt, de cómo se lo habían llevado y lo habían asustado y de que no sabía si iban a dejarlos a ambos vivir cuando hubiera terminado lo que fuera que querían que hiciera.

Pero no dijo nada porque de pronto la voz de Liquen resonó desde el otro lado de la habitación.

—¡Basta de preguntas!

Después de eso, Mónica examinó a Nick y a Hal en silencio, cosa que a Hal no le importó lo más mínimo. Mónica vio que no estaba de humor para hablar, de todas formas.

Ambos estaban desnutridos. Nick, como Jonathan, tenía unos cuantos picotazos de aguja en los brazos, pero bastantes menos que Jonathan, y los suyos parecían cicatrizados; al parecer, no se había chutado desde hacía algún tiempo. Hal estaba bien, aunque las manos le temblaban un poco. Si de verdad era alcohólico, estaba ansioso por tomar una copa.

—¿Ha terminado? —le preguntó Liquen.

—Sí, y ahora me gustaría ver a mi hijo, por favor.

—Por supuesto. La llevaré con él.

—Recuerdo el camino.

En vez de responder, él se acercó a la puerta y se la abrió. Ella comprendió. Iba a acompañarla quisiera escolta o no.

Recorrieron los pasillos en silencio. Finalmente Liquen dijo:

—Veo que no es feliz aquí.

Eso la pilló desprevenida. Pues claro que no era feliz.

—Nos tienen prisioneros a mi hijo y a mí. ¿Cómo puedo ser feliz?

—No comprende todavía lo que ve a su alrededor. Lo que puede parecerle malo es bueno, la más sabia de las sabidurías. Cuando comprenda lo que el profeta va a darle al mundo será usted feliz. Sentirá paz cuando nuestros hermanos y hermanas pongan fin a su sufrimiento.

Mónica se dio cuenta de que intentaba tranquilizarla, pero sus palabras surtían el efecto contrario. Cuanto más hablaba, más la inquietaba.

—Creo que mis palabras la asustan —dijo.

El rostro se Mónica estaba revelando sus verdaderos sentimientos. Miró hacia delante y no dijo nada.

—Lo que quiero decir, doctora Owens, es que usted y su hijo están a salvo aquí.

Nadie les hará daño.

—Entonces, ¿por qué me amenazan? ¿Por qué amenazan a la gente de ahí dentro? ¿Por qué retienen a mi hijo como rehén y me obligan a hacer lo que sea que vayan a pedirme?

Liquen asintió, apreciando la pregunta.

—Todo quedará claro dentro de poco. Verá cómo nuestra misión es una misión elegida.

—¿Qué significa eso? ¿Por qué me han traído aquí? Galen dijo que necesitaba un trasplante de corazón. ¿Se supone que tengo que hacerle uno?

—Eso debe explicarlo el profeta.

Se sentía frustrada. Liquen era crítico o evasivo, o ambas cosas.

—¿Y los demás? ¿Byron, Dolores y los otros? ¿Qué hay de ellos? ¿Qué quiere Galen de ellos?

—Son los receptáculos.

Aquello no tenía sentido.

—¿Receptáculos de qué?

Él dejó de caminar.

—Hemos llegado, doctora.

Señaló la puerta.

Sin darse cuenta, habían recorrido todo el camino hasta la habitación de Wyatt. Mónica oyó el videojuego y risas dentro. Abrió la puerta. Un hombre asiático con una bata blanca de laboratorio estaba sentado en el suelo junto a Wyatt. Cada uno tenía un mando y se reía ante la pantalla. Mónica se enfureció. Un desconocido a solas con su hijo.

El hombre sonrió, soltó el mando y se puso en pie.

—Mamá —dijo Wyatt, corriendo hacia ella.

—Perdóneme si la he sobresaltado, doctora Owens. Soy el doctor Kouichi Yoshida. Supuse que puesto que trabajaremos juntos debíamos conocernos. Sabía que volvería a ver a Wyatt, así que la he esperado aquí.

—El doctor Yoshida sabe jugar a los Potato Commandos, mamá.

Mónica acogió a su hijo en un brazo protector y estudió a Yoshida. El hombre parecía completamente feliz. Si lo retenían, no parecía inquieto al respecto. Además, se lo había encontrado allí solo, sin escolta, lo que significaba que Galen no sentía la necesidad de vigilarlo demasiado de cerca. No lo retenían contra su voluntad.

—¿De qué es usted doctor? —preguntó.

—Soy neurofisiólogo —respondió él, señalándose la sien—. Estudio las funciones cerebrales y las interacciones neuronales, cómo creamos y almacenamos los recuerdos, cómo grupos de neuronas pueden comunicarse entre sí y responder a ciertos estímulos. Ese tipo de cosas.

Ella no parpadeó.

Yoshida esperó, y entonces dijo:

—Por la expresión de su cara, veo que tiene un montón de preguntas.

—Podríamos decir que sí —respondió Mónica.

Él soltó una risita.

—Bueno, pues soy su hombre. Si tiene alguna pregunta, puedo responderla. Nadie comprende la mente de George Galen mejor que yo.

ARB

Las puertas del ascensor se abrieron y Frank salió a una cámara profusamente iluminada. Los agentes Riggs y Carter lo siguieron. Un guardia con un ajustado uniforme negro los saludó y señaló unos puntos en el suelo donde había pintadas huellas rojas de pie.

—Colóquense aquí, por favor.

Frank hizo encajar sus pies en las huellas, y luego vio cómo el guardia desenfundaba un bastón alargado y giraba el mango. El bastón cobró vida y brilló. A Frank le pareció un espantamosquitos manual.

—Vara medidora de contaminación —dijo Carter, abriendo los brazos y permitiendo que el guardia lo escaneara—. Busca cualquier riesgo biológico que pudiéramos haber pillado en el exterior.

El guardia escaneó a Carter y a Riggs por encima antes de volverse hacia Frank.

—Extienda los brazos, por favor.

Frank se quedó quieto mientras el guardia lo escaneaba de manera lenta y metódica. Prestó especial atención a las costuras y los pliegues del uniforme de Frank, como si esperara encontrar oculto en ellos algún alijo secreto de material peligroso.

—No corren ustedes riesgos, ¿verdad? —dijo Frank.

—No podemos permitirnoslos —respondió Riggs—. Usted más que nadie debe comprender la importancia del control.

El guardia desconectó el bastón y les dijo que podían entrar.

Frank siguió a los agentes hasta el fondo de la sala. Carter pasó una tarjeta por un lector y una ventanita en la pared se abrió, revelando un teclado y un monitor. Introdujo un código y luego permaneció inmóvil mientras una luz roja le escaneaba el rostro. Sonó un pitido cuando se confirmó la identificación. Entonces la pared se abrió, revelando una enorme sala en la que había cientos de personas trabajando, enfrascadas en sus mesas, hablando por micrófonos, comprobando grandes pantallas de alta definición. La escena le recordó a Frank la redacción de un periódico de una gran ciudad: ruidosa, apresurada, un remolino de movimiento.

El cuartel general de la ARB.

Descendieron un corto tramo de escalera cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos. Carter señaló una pared donde se veía un mapa de Los Ángeles generado por ordenador.

—Las luces intermitentes representan los sitios donde los curadores han probado

su terapia genética, las direcciones del libro.

Frank contó ocho luces.

—Estamos buscando pautas en la distribución de las direcciones —dijo Riggs—. Esperamos hacernos una idea de adónde irán a partir de ahora los curadores.

Llegaron a la planta principal y se abrieron paso entre el jaleo hasta una fila de oficinas situada al fondo de la sala. Riggs se detuvo ante una puerta que ponía: Eugene Irving, Director.

—El director Irving solicitó verlo para darle la bienvenida a la agencia.

¿Qué había en su tono de voz?, se preguntó Frank. ¿Sarcasmo?

Dentro, la secretaria los saludó con un susurro y les dijo que pasaran por una segunda puerta al despacho de Irving, donde los estaría esperando.

Riggs llamó dos veces a la puerta antes de entrar.

El director Eugene Irving, un hombre delgado de pelo negro liso con un traje a juego, estaba inclinado sobre su mesa, examinando unos documentos junto a un agente mucho más joven. Frank reconoció a Irving por las fotos que había visto de él en la prensa y le pareció mucho más viejo en persona, de cincuenta y tantos años, tal vez, con la piel pálida, el cuello largo, la barbilla afilada, las mejillas hundidas como un hombre que acaba de hacer una dieta relámpago y le faltaran electrólitos.

Sin levantar la cabeza, Irving les indicó las sillas vacías que había al otro lado de su escritorio.

—¿Y todo esto de un solo hospital? —le dijo al joven agente.

—El Hospital Infantil de Sunset, señor.

El agente era grueso. El pelo castaño corto se levantaba en la frente en un remolino, aunque Frank no hubiera sabido decir si gracias a algún gel capilar o simplemente porque se lo había lamido una vaca. Llevaba un traje gris con una corbata negra tan estrecha que apenas le cubría la línea de botones de su camisa blanca. Lucía una placa identificativa de la ARB pegada al bolsillo de su chaqueta.

Irving miró a Frank y señaló al agente joven.

—Éste es el agente Marcus Atkins —dijo—. Uno de nuestros analistas. Últimamente se ha dedicado a estudiar bases de datos de hospitales. Atkins, éste es el doctor Frank Hartman de Fort Detrick, el virólogo.

El agente Atkins asintió.

—Es un placer.

—¿Por qué bases de datos de hospitales? —preguntó Frank.

Atkins sonrió al oír la pregunta.

—Bueno, cuando descubrimos que eran los curadores quienes estaban fabricando el virus y usándolo para intentar curar enfermedades genéticas, nos preguntamos cómo localizaban los curadores a los pacientes potenciales. ¿Cómo encuentran a alguien con un...? —Se interrumpió a media frase—. Sabe usted quiénes son los curadores, ¿verdad?

—Ha sido puesto al corriente, Marcus —dijo Riggs.

Atkins se ruborizó.

—Por supuesto. Perdóneme, doctor.

—No pasa nada. Por favor, continúe.

Atkins se aclaró la garganta.

—Bueno, nos hemos estado preguntando cómo encuentran los curadores a la gente que sufre enfermedades genéticas. ¿Cómo saben, por ejemplo, si alguien de su barrio tiene el mal de Parkinson o anemia depreanocítica o fibrosis quística? Han estado trabajando en secreto, después de todo. No es que vayan llamando a las puertas al azar y preguntando si en la casa vive alguien con una enfermedad genética.

—Vaya al grano —dijo Irving, frotándose los ojos.

Atkins se puso un poco más colorado.

—Bien. Está claro que los curadores han encontrado un modo de identificar a los que necesitan terapia genética. Así que examinamos las bases de datos de unos cuantos hospitales y descubrimos que al menos una de ellas había sido pirateada.

—Alguien ha estado colándose en el sistema y descargando información de los pacientes —terminó el director Irving.

—¿Para robar historiales médicos? —dijo Frank.

—No historiales médicos cualesquiera —dijo Atkins—. Todos los archivos descargados pertenecían a pacientes con una enfermedad genética diagnosticada, precisamente el tipo de personas con quienes los curadores querrían contactar.

El director Irving le tendió un papel a Frank.

—Éstos son los nombres que fueron descargados.

Frank observó la lista. Había una docena de nombres en total.

—Entonces, ¿éstos podrían ser objetivos potenciales para los curadores?

Atkins se encogió de hombros.

—Tal vez. ¿Quién sabe? Puede que no fueran los curadores quienes piratearon el sistema.

—Merece la pena investigarlo —dijo Carter—. Deberíamos contactar con estas personas y ver si algún curador las ha abordado. Si es así, estaremos seguros de que fueron los curadores quienes piratearon la base de datos.

—O no contactemos con esa gente —dijo Riggs— y situemos a unos cuantos agentes en esas direcciones; que estén atentos a cualquier actividad sospechosa. De esa forma, si aparece algún curador podremos pillarlo con las manos en la masa.

Guardaron silencio mientras Irving reflexionaba sobre aquello. Luego pidió la lista y Frank se la devolvió. Irving se la entregó a Atkins.

—Quiero un equipo en cada una de estas direcciones. No hablen con esa gente. Si se enteran de que estamos buscando a los curadores, podrían alertarlos y decirles que se mantengan apartados. En el momento en que nuestros muchachos vean a alguien que pueda ser uno de esos chiflados, nos llaman y vamos corriendo.

Atkins asintió.

—Sí, señor. —Salió rápidamente de la habitación.

Irving se acomodó en su asiento y se puso las manos tras la cabeza.

—Se comenta que tiene usted domado este virus nuestro, Frank. No le importa que le llame Frank, ¿verdad?

—No, señor.

—Bien. ¿Así que ese antivirus suyo es la respuesta a nuestras oraciones?

—Como les he explicado a los agentes Riggs y Carter, el antivirus aún no ha sido probado en sujetos humanos.

Irving se encogió de hombros.

—Siempre hay una primera vez para todo. ¿Riggs y Carter le han hablado de la gente que tenemos en la enfermería?

—Sí, señor.

—Quiero que los que aún están infectados con el virus sean tratados inmediatamente. Cuando haya podido usted instalarse, claro está.

—Por supuesto.

Irving se giró en su silla, tomó una estilográfica de la mesa y la hizo girar entre sus dedos.

—Estamos corriendo un gran riesgo con usted, Frank. No suelo dejar que gente de fuera venga a meter las narices en nuestras cosas. Me pone nervioso.

—Lo entiendo, señor. Haré mi trabajo y seré lo menos molesto posible.

—Me alegro de oír eso —dijo Irving—. Nos tomamos nuestro trabajo muy en serio. Estos curadores nos tienen quitado el sueño. Son gente muy preocupante.

—Estoy de acuerdo, señor.

—Entonces, ¿ha visto sus escrituras?

Frank asintió.

—Toda una lectura, ¿eh?

—Sí, señor. De hecho, es la pieza del rompecabezas que más sorprendente me parece.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Porque aleja a los curadores de la corriente general de pensamiento, señor. La gente normal se aparta de este tipo de cosas. Nuevas escrituras. Profecías y profetas. Todo es muy místico. La gente suele encontrar eso molesto, incluso aterrador. Me cuesta trabajo creer que nadie permita que un curador lo trate.

—Oh, estoy de acuerdo. Pero recuerde quiénes son estos pacientes, Frank —dijo Irving—. Estamos hablando de enfermedades genéticas. La mayoría las ha pasado canutas. Han probado todas las opciones médicas, han visto a todos los médicos, han probado todos los medicamentos. Y nada ha funcionado. No les quedan opciones, pero el dolor no desaparece. Siguen sufriendo. Así que cuando aparece un curador, piensan que no tienen nada que perder.

—Es que es precisamente eso, señor. Tienen mucho que perder. Los curadores no les ofrecen un frasco de aspirinas. No se trata de un tratamiento demostrado recomendado por tres o cuatro médicos. Es un virus, sin credencial alguna, por lo que

sabemos. Por no mencionar que es extremadamente peligroso.

Irving dejó la estilográfica sobre la mesa y miró a Frank intensamente.

—¿Ha conocido a alguien con una enfermedad genética, Frank? Íntimamente, quiero decir. Un ser querido. Un amigo.

—No, señor.

—Entonces sospecho que nunca ha tenido la oportunidad de que se abran a usted, nunca le han dicho lo que es vivir con algo que la medicina no puede curar. Nunca ha tenido que verlos retorcerse de dolor. Nunca se ha preguntado por qué no hay nada que se pueda hacer al respecto.

—No, señor.

—Entonces no ha visto nunca la auténtica desesperación, Frank. Nunca se ha sentido tan indefenso como esa gente y sus familias.

Frank se envaró. ¿Le estaba pinchado Irving? Sin duda, la ARB había estudiado la hoja de servicios de Frank antes de darle acceso a sus operaciones. Irving debía de saber que Frank había sufrido una gran pérdida, que había experimentado la auténtica desesperación, que sabía exactamente lo que era ver sufrir a un ser querido. Rachel no había tenido ninguna enfermedad genética, pero el de leucemia era un diagnóstico igual de grave. ¿Tan insensible era Irving que le restregaba su pérdida por la cara para dar fuerza a su argumento? ¿O nunca había visto el expediente de Frank? Fuera como fuese, Frank no iba a permitir que el hombre lo achantara.

—Comprendo lo que quiere decir, señor —dijo—. Simplemente quería sugerir que es sorprendente que un medicamento callejero fabricado por los miembros de una religión marginal pueda tener algún éxito.

Irving sorprendió a Frank con una carcajada.

—Medicina callejera. Me gusta. —Volvió a reírse. Luego se levantó y rodeó la mesa con las manos en los bolsillos.

»No me interprete mal, Frank. No estoy defendiendo a esos curadores. Creo que están tan chalados como lo cree usted. Llevan capa negra, por el amor de Dios. La primera vez que los vi en foto, pensé que se trataba de vampiros.

Se rió de nuevo y miró a los agentes Carter y Riggs, quienes interpretaron su mirada como una pista y soltaron unas risitas propias. Frank simplemente forzó una sonrisa.

—Lo que digo es lo siguiente —dijo Irving—. No se preocupe por la psicología de esa gente. No es su trabajo. Está aquí como asesor médico. Valoraré su consejo en ese tema y sólo en ese tema. Quiero dejar muy claro este punto.

—Por supuesto, señor.

—Y usted actuará dentro de los parámetros que yo defina, y no interferirá con ningún otro aspecto de esta agencia. No puedo permitirme tener a alguien diciéndonos cómo hay que hacer las cosas. Ése es mi trabajo. El presidente me nombró para este cargo por un motivo. ¿Nos entendemos?

—Por completo, señor.

—Excelente. —Unió las manos—. Entonces, adelante.

Frank salió detrás de Carter y Riggs del despacho de Irving a un brillante pasillo cilíndrico.

—Le cae usted bien —dijo Carter.

—¿A quién? —preguntó Frank—. ¿Al director Irving?

—Sin duda —dijo Riggs—. Sólo ha tenido que decirle una vez que lo nombró el presidente.

—La primera vez que lo vi —dijo Carter—, me dijo cuatro veces en otros tantos minutos que era amigo personal del presidente.

—Parece bastante agradable —comentó Frank.

Llegaron a unas puertas cerradas. Carter pasó la tarjeta por el lector y se abrieron.

—Lo ha pillado en un buen día —dijo Riggs—. Una vez me tiró una grapadora.

Frank miró a Carter buscando confirmación, y Carter asintió solemnemente y los llevó hasta un andén. Un estilizado vagón de metro esperaba en las vías, que desaparecían dentro de un oscuro túnel a la derecha.

—¿Qué tamaño tiene este lugar? —preguntó Frank, asombrado.

—Acabamos de salir del Centro de Mando —dijo Riggs—. Esto nos llevará a la T4, nuestras instalaciones operativas. El pan y la sal de la ARB.

—Donde se hace el verdadero trabajo —dijo Carter, haciendo un guiño.

Un guardia uniformado abrió la puerta del vagón y les indicó que pasaran. Frank y los agentes tomaron asiento y se abrocharon los arneses de seguridad. El guardia cerró la puerta y se dirigió a un ordenador que había en el andén. Una voz femenina automatizada sonó dentro del vagón.

—Por favor, siéntense. El tren está a punto de partir.

Con un leve tirón, el metro se puso en marcha y luego aceleró por la vía.

—La T4 alberga la enfermería y nuestro sitio de contención Nivel 4 —dijo Riggs—. Los mantenemos lo más lejos posible del Centro de Mando como medida de precaución.

Eso tenía sentido para Frank. De hecho, si se hubiera salido con la suya en Fort Detrick, el Nivel 4 habría sido un edificio apartado en la zona más aislada de la base, para reducir al mínimo el riesgo de una epidemia si, el cielo no lo quisiera, las medidas de contención fallaban.

El trayecto en metro duró unos buenos diez minutos y, como el vagón se movía tan rápido, Frank supuso que estaban ya lejos de la ciudad. El andén en el que pararon era idéntico al que habían dejado atrás. De no ser porque el guardia era otro, Frank hubiese dicho que el vagón simplemente había trazado un amplio círculo.

El guardia saludó a Riggs y a Carter y pareció verdaderamente contento de verlos.

—Bienvenidos a casa, señores. —Vio el pequeño maletín que llevaba Frank—. ¿Puedo llevarle la maleta, doctor Hartman?

Así que lo estaban esperando.

—No, gracias. Puedo apañármelas.

El guardia los escoltó hasta otra puerta y regresó a su puesto. Carter repitió la comprobación de seguridad una tercera vez, y las puertas se abrieron, revelando otra enorme sala casi del mismo tamaño que el Centro de Mando, pero mucho más tranquila. No había ordenadores, ni monitores, ni muebles, sólo paredes blancas desnudas y una brillante luz blanca. Unos cuantos empleados de la ARB con uniforme negro caminaban de acá para allá. Los tacones de sus botas resonaban en el suelo pulido y reverberaban en la sala.

—Bienvenido a la T4 —dijo Riggs, guiándolos al interior—. Todo lo que necesita está aquí, Frank, incluido su barracón.

—¿Barracón? ¿El personal vive aquí?

—Estamos completamente servidos en esta instalación. Comedor, barracones, entrenamiento de combate y gimnasios. Incluso tenemos una planta de tratamiento de residuos y suficientes tanques de agua para sobrevivir durante al menos noventa días. Básicamente, podríamos estar aquí semanas sin tener que salir a la superficie.

—¿Por qué bajo tierra? —preguntó Frank—. ¿Por contención?

—En el condado de Los Ángeles viven millones de personas —dijo Carter—. Ya puede imaginarse el desastre que causaría una sustancia del Nivel 4 si escapara. La tierra que hay entre nosotros y la superficie es simplemente otro escudo de protección.

—Y, de esta forma —dijo Riggs—, si hay una fuga las únicas personas que morirían seríamos nosotros. Y como ya estamos bajo tierra, nadie tendría que enterrarnos. —Le hizo un guiño a Carter.

—Cierto —dijo Carter, sonriendo—. Estaríamos en el ataúd más grande del mundo. Todo lo que tendrían que hacer sería poner una pequeña lápida encima: «Aquí yace la ARB». Frank se permitió sonreír, pero no sentía demasiado regocijo. La idea de no poder huir si se producía una fuga no era reconfortante. Para cambiar de tema avanzó unos pasos y contempló el lugar. Una serie de pasillos, cada uno de al menos un centenar de metros, con múltiples ramificaciones que se perdían en todas direcciones. Era un enorme complejo subterráneo, mucho más grande que ninguna instalación federal que Frank hubiera visto, en tierra o bajo ella.

—Vamos —dijo Riggs, consultando el reloj—. Tenemos que llevar el antivirus a la enfermería. Veamos si merece la pena el viaje que ha hecho.

YOSHIDA

Mónica no sabía qué la molestaba más, si haber descubierto a un extraño en la habitación de Wyatt jugando con él a los videojuegos o que el extraño en cuestión, ese doctor Kouichi Yoshida, se mostrara tan amistoso. Parecía fuera de lugar. Hasta el momento, las únicas personas a las que había conocido allí eran Galen, los cuidadores y otros prisioneros como ella misma. De todos, las únicas personas que parecían felices eran los malos. Y Yoshida en aquel preciso momento tenía una sonrisa de anuncio de Colgate, todo dientes, de oreja a oreja. A Mónica le dio escalofríos.

—Tal vez podríamos hablar en mi despacho —dijo Yoshida—. Wyatt puede quedarse aquí y jugar con Liquen.

Mónica miró por encima del hombro a Liquen, quien, grande como un oso, vigilaba desde la puerta. Sintió los dedos de Wyatt clavarse en su costado y supo que Wyatt pensaba que quedarse con Liquen era tan mala idea como ella misma opinaba.

—En otra ocasión, tal vez —dijo—. Wyatt y yo hemos tenido un día traumático. Ahora mismo preferiría estar a solas con él, gracias.

—No sea tonta —dijo Yoshida, desestimando sus objeciones con un gesto de la mano y yendo hacia la puerta—. Los dos tendrán tiempo de sobra para verse. Además, debería presentarle rápidamente a todo el equipo, antes de las operaciones.

Estaba en la puerta, mirándola, con la misma sonrisa vacía en el rostro. Con Liquen detrás, Yoshida parecía ridículamente bajito. Medía un metro cincuenta y llevaba el pelo negro y liso peinado con la raya en medio. Un par de pequeñas gafas plateadas enmarcaban sus ojos fijos. Bajo la bata de laboratorio llevaba una camiseta hawaiana chillona con unos veinte colores más de los necesarios.

—¿Qué operaciones? —preguntó Mónica.

—¿Lo ve? —dijo Yoshida—. Tiene un montón de preguntas. Venga, yo la guiaré. Se dio la vuelta y desapareció por el pasillo.

—No te vayas, mamá —dijo Wyatt en voz baja, todavía aferrado a ella—. No me dejes solo con él. —Estaba mirando a Liquen.

Mónica tomó sus manos entre las suyas y se arrodilló delante de él.

—Wyatt puede quedarse aquí solo —dijo Liquen—. No me necesita como vigilante. Los acompañaré a usted y al doctor Yoshida.

Mónica se sintió mareada. No había nada que quisiera más que estar con Wyatt y consolarlo. Y, sin embargo, temía que si no obedecía a pies juntillas hubiera consecuencias negativas para ambos. El recuerdo del cuerpo flácido de Jonathan con un tranquilizante en el cuello era demasiado vivido para olvidarlo.

Acarició la espalda de Wyatt, alisándole la camisa y ofreciéndole el poco consuelo que pudo.

—Sólo estaré fuera unos minutos —dijo—. Me aseguraré de que nadie te moleste. Cuando vuelva, jugaremos nosotros. —Señaló la televisión—. Podrás dispararme con una pistola de patata.

Él miró la pantalla, luego se volvió.

—¿Cinco minutos?

—Cinco minutos.

Yoshida estaba esperando en el pasillo. La sonrisa de su rostro no había disminuido ni un ápice.

—Su Wyatt es un verdadero encanto —dijo—. Y es rápido con los dedos, además. —Hizo el gesto de emplear un mando.

—¿Dónde está su despacho? —preguntó Mónica, cambiando de tema. Cuanta menos atención le prestaran a Wyatt, mejor.

—Por aquí —dijo Yoshida, echando a andar en una dirección que Mónica no había explorado todavía. Lo siguió y oyó las pesadas pisadas de Liquen tras ella.

Recorrieron un pasillo tenuemente iluminado, atravesaron una sala grande, que parecía haber sido una cafetería en otro momento, y bajaron unas escaleras.

Yoshida abrió la oxidada puerta de metal que había al pie de las escaleras, y Mónica entró. Fue como pasar a otro mundo, pasar de la oscuridad a la luz, dejando los pasillos sucios y enmohecidos de una residencia abandonada para entrar en un laboratorio immaculado; el tipo de laboratorio que una esperaba encontrar en una multinacional de equipos electrónicos: brillante, moderno y sin estática. Brazos robóticos con afiladas agujas en la punta flanqueaban una estrecha cinta continua que se extendía por toda la sala. En todas partes había terminales de ordenador de diversas formas y tamaños. Kilómetros de cables conectaban cada máquina y aparato a la veintena de servidores que cubrían la pared. Los servidores zumbaban levemente y parpadeaban con tantos puntitos de luces de colores que parecían árboles de Navidad en cajas.

—Bienvenida a mi despacho —dijo Yoshida, claramente satisfecho consigo mismo—. Venga, se lo mostraré.

Abrió la puerta el tiempo suficiente para que Liquen entrara y luego se situó en el punto de la sala donde terminaba la cinta continua. Cuando vio que Mónica no le había seguido, agitó una mano y la llamó a gritos.

Reacia, ella se le acercó observando cada uno de los robots a medida que pasaba por delante. Se alzaban como soldaditos petrificados, cada uno del tamaño del brazo de Mónica, y parecían ese tipo de máquina que suele verse en las líneas de montaje de la industria automovilística, sólo que mucho más pequeños.

Yoshida estaba junto a una mesa plegaba casi al final de la cinta. En la mesa, alineados perfectamente, había cuatro pequeños chips informáticos. De un lado de cada chip surgían varias docenas de cables de fibra óptica, de modo que parecía que

al chip le habían cortado el pelo al cepillo.

—Iba a hacer el último antes —dijo Yoshida—, pero pensé que querría usted verlo con sus propios ojos. Así que esperé. ¿Está lista?

—¿Lista para qué?

La sonrisa de Yoshida, estirada ya hasta el límite, se amplió, y el hombre conectó un interruptor.

La sala cobró vida. Todos los brazos robóticos y perforadoras y máquinas zumbaron y chirriaron y se colocaron en posición sobre la cinta continua: el ejército de soldados electrónicos entraba en formación. Mónica se inclinó hacia delante y vio cómo las máquinas y brazos del otro extremo de la cinta sin fin estaban ya trabajando, pinchando y soldando algo en la cinta. Cuando ésta avanzó, Mónica retrocedió, sobresaltada.

Mientras el objeto se movía a lo largo de la cinta, los brazos y aparatos se estiraron y pincharon e hicieron sus breves tareas, y luego se apartaron, permitiendo que el siguiente engranaje de la maquinaria pinchara o sellara o hiciera aquello para lo que había sido diseñado.

Finalmente, el objeto que estaban creando apareció.

También era un chip, idéntico a los cuatro que había sobre la mesa. Yoshida, que se había puesto unos guantes de algodón blancos, lo recogió con la misma delicadeza con la que podría haber cogido un explosivo volátil y lo colocó cuidadosamente junto a los otros. Suspiró, ladeó la cabeza y admiró sus creaciones.

—Son preciosos, ¿no le parece?

—¿Qué son? —preguntó Mónica.

—Bueno, no están terminados del todo —dijo Yoshida—. Aún no he descargado todos los datos en ellos. Galen quiere esperar hasta justo antes de las operaciones para hacerlo.

—¿Qué son? —repitió ella.

La miró, aún todo sonrisas, y se metió las manos en los bolsillos de la bata.

—Esto, doctora Owens, es la mente de George Galen.

NIVEL 4

Frank siguió a los agentes Riggs y Carter por los pasillos de las instalaciones subterráneas de la ARB hasta unos vestuarios. Como suele pasar con los vestuarios, no eran para tirar cohetes. Hileras de altas taquillas de metal con finos bancos de madera intercalados.

Riggs hizo un amplio gesto con la mano.

—Este vestuario se comunica con nuestra zona de contención del Nivel 4, donde está la enfermería. Todos nuestros pacientes esperan allí. El director Irving quiere que los trate con el antiviral lo antes posible, así que cerraré el pico y le dejaré hacer su trabajo. Tendrá que entrar vestido con traje de aislamiento biológico. El agente Carter le dará todo el equipo que necesite y luego le acompañará adentro para ayudarle en lo que pueda.

—¿Y el antiviral? —preguntó Frank.

—Si los encargados del equipaje han seguido las instrucciones, su maleta debe de estar esperándole dentro del Nivel 4. ¿Alguna otra pregunta?

Frank negó con la cabeza.

—Bien. Y no se agobie. Lo hemos traído aquí porque es usted el mejor.

Le dio a Frank un golpecito en el brazo y se marchó.

—Bueno —dijo Carter—, vamos a vestirlo.

Guió a Frank por uno de los pasillos, entre las taquillas. Cuando encontró la que estaba buscando, se detuvo y la señaló con el dedo.

—Ésta es la suya. Todo lo que necesita está dentro. Quédese en ropa interior. Póngase el traje y el casco. Si tiene alguna pregunta, yo me estaré cambiando allí.

Carter dejó a Frank y se fue hacia su propia taquilla, situada a diez metros de distancia. Frank abrió la suya. Un traje de goma negro colgaba bajo un rayo de luz. Frank lo sacó y se lo acercó al cuello. En vez de ser suelto, para permitir la circulación del aire, como los trajes a los que estaba acostumbrado, era ajustado, como un traje de neopreno.

Frank se desnudó, colgó su uniforme militar en la percha de la taquilla, colocó los zapatos y calcetines en el suelo de la misma y se quedó allí en calzoncillos, sin saber cómo continuar. El biotraje era una única pieza de tejido elástico, como un guante. Por lo que podía ver, no tenía cremalleras ni agujeros en la parte posterior para abrirlo y ponérselo.

—Estire el cuello —dijo Carter, observándolo desde lejos. Para demostrarlo, tiró del cuello de goma de su propio traje, abriendo un amplio agujero. Luego se metió en

el agujero y se fue subiendo el traje por el cuerpo y por encima de los hombros.

Tardó un poco, pero al final Frank logró ponerse también el suyo. Le quedaba como un guante, como si alguien lo hubiera hecho de su talla y para sus características exactas. Se agachó varias veces. El tejido era ajustado, pero no restrictivo.

Lo siguiente fue el casco. Se deslizó fácilmente sobre la cabeza de Frank; iba conectado a dos bombonas de aire que había en el suelo de la taquilla por medio de un largo tubo. Frank abrió la válvula del aire y el frío oxígeno fluyó al interior del casco. Metió las bombonas en la mochila diseñada sin duda para cargarlas, se pasó ésta sobre los hombros y ajustó las correas.

Se miró en el espejo del fondo de su taquilla y se sintió más como un buzo que como un virólogo.

Un compartimento que había debajo del espejo le llamó la atención. Lo abrió. Dentro vio una vara de medición de contaminación, una pistola, cuatro cartuchos de munición y un chaleco de kevlar. Sacó la pistola y le quitó el seguro. Era ligera, de plástico duradero, y encajaba más o menos bien en su mano. La devolvió a su sitio y sacó el chaleco. Era pesado, con una gran joroba en la espalda que encajaba sobre la mochila y las bombonas de aire.

Carter apareció a su lado, ataviado con su propio biotraje.

—¿Por qué necesito esto? —dijo Frank, alzando el chaleco y hablando fuerte para hacerse oír a través del casco.

Carter señaló un aparato electrónico de la muñeca de su vestido.

—Pulse el comunicador —dijo.

Frank encontró el suyo y lo pulsó. La voz de Carter sonó clara dentro de su casco.

—Llevamos estos chalecos sólo cuando estamos en una misión —dijo Carter—. Lo mismo pasa con la pistola. Esperemos que aquí no los necesite.

—No lo creo. Estoy aquí como asesor médico, ¿recuerda?

Carter se encogió de hombros.

—No soy el jefe.

Entonces, observando el traje de Frank, preguntó:

—¿Cómo le queda?

Frank giró los hombros.

—Me queda bien.

Carter hizo una rápida comprobación en busca de fugas y luego pulsó un botón en el hombro de Frank para sellar el casco al cuello del traje, haciéndolo hermético.

—¿Preparado? —preguntó.

—No estaré más preparado nunca —respondió Frank.

Carter lo condujo al Nivel 4 cruzando varias puertas de cristal que requerían permiso de seguridad. Finalmente llegaron a la entrada.

Entraron. El vestíbulo era amplio y estéril y estaba flanqueado por archivadores médicos. El baúl metálico de Frank estaba en el suelo, cerca de la pared. Carter tomó una pistola de inyecciones y un puñado de jeringuillas. Frank abrió el baúl, sacó varios viales de antivirus rojo y, con cuidado, los guardó en una bolsa que llevaba a la cadera.

—La habitación de los pacientes está por aquí —dijo Carter, guiándolo.

Entraron en la habitación contigua, en uno de cuyos lados había una fila de puertas. Frank miró por la ventana de la más cercana. Dentro, un anciano dormía en una cama de hospital rodeado por una muralla de máquinas que lo monitorizaban. De unos setenta años, tenía la piel arrugada, flácida y manchada; y la cara, cubierta por una pelusilla blanca igual que el escaso pelo blanco de su cabeza. Llevaba una bata de hospital con las letras ARB bordadas en el lado derecho del pecho y un par de calcetines blancos hasta los tobillos.

—¿Quién es? —preguntó Frank.

—Se llama Richard Schneider —dijo Carter—. Fue el segundo que trajimos. Los curadores lo trataron la noche antes de que lo encontráramos, así que aún no han pasado tres días. El virus sigue esparciéndose por todo su organismo.

—El agente Riggs dijo que los curadores tenían su propia versión del antivirus. ¿Tenían previsto administrárselo?

—Es lo que suponemos. El señor Schneider no se muestra demasiado colaborador con los detalles, así que no podemos estar seguros. Pero por lo que hemos descubierto, los curadores suelen volver tres días después de inocular el tratamiento para administrar un antivirus de creación propia. Hemos puesto a dos de nuestros muchachos a vigilar la casa de Schneider por si los curadores vuelven.

—¿De qué lo trataron?

—De Parkinson. Es monogenético, es decir, lo causa un cambio en la secuencia de ADN de un solo gen. Los curadores se ocupan de ese tipo de enfermedad porque técnicamente es la más fácil de curar. Arregla el gen malo y la enfermedad desaparece.

Abrió la puerta.

—Vamos, hay que darle al señor Schneider su dosis de antivirus.

Resultó que Schneider no estaba dormido. Abrió los ojos cuando Frank y Carter entraron, y se sentó en la cama con expresión recelosa.

—No pueden retenerme aquí —dijo—. Tengo mis derechos.

Carter tocó un botón de su comunicador y un altavoz del casco transmitió sus palabras.

—Señor Schneider, éste es el doctor Frank Hartman. Va a administrarle su medicación hoy.

Schneider se arrastró hasta el otro extremo de la cama.

—No necesito ninguna medicación. No de ustedes.

Ya estaban muy cerca y Frank advirtió que las manos del anciano y su cara temblaban; era un caso avanzado de Parkinson.

—Me temo que no es decisión suya, señor Schneider —dijo Carter—. Así que le agradeceré que coopere. —Le hizo un gesto a Frank para que actuara.

Frank miró al tembloroso anciano. Se sentía cada vez más incómodo. No sólo tenía serias reservas sobre administrar el antiviral antes de haber realizado las pruebas adecuadas y haber obtenido la aprobación de la FDA^[2], sino que además le disgustaba tratar a los pacientes que sufrían tanta ansiedad.

Vaciló, luego sacó de la bolsa un vial de antiviral y se acercó al gotero de Schneider. Cuando el anciano comprendió que Frank pretendía vaciar el vial en el gotero, se arrancó la intravenosa de la muñeca.

—No me van a meter eso —dijo, furioso—. No tienen derecho a meterme nada. No a menos que yo lo diga. Estoy en medio de algo. No voy a permitir que me metan nada ahora. Lo estropearán todo.

—Señor Schneider —dijo Carter sin perder la calma—. Está haciendo que esto sea más difícil de lo necesario. —Le dio a Frank la pistola de inyecciones—. Quédese quieto para que el doctor Hartman pueda ponerle esta inyección o nos veremos obligados a sujetarlo.

—Y una mierda. Quiero a mi abogado al teléfono. Ustedes no pueden retenerme aquí.

Carter no cedió.

—Lo cierto, señor Schneider, es que sí que podemos. Tiene usted en el organismo una sustancia ilegal que pone en peligro a cuantos le rodean.

—Tomé precauciones. Colgué los plásticos tal como me dijeron. Me quedé en cama. No iba a salir. Nadie corría peligro. Sólo iba a durar unos cuantos días, hasta que el tratamiento terminara, ¿ve? —Extendió las manos—. Mire, tengo Parkinson, ¿vale? Necesito ese tratamiento que me dieron. No puedo permitir que me metan ninguna sustancia.

Frank cargó el vial en la pistola.

—¿Qué le pasa, está sordo? —dijo Schneider—. He dicho que no quiero ninguno de sus medicamentos.

Carter levantó una mano para tranquilizarlo.

—No voy a discutir con usted, señor Schneider. Ahora va a seguir mis instrucciones y se quedará quieto. Si no se hubiera sacado la intravenosa, podríamos haber hecho esto de manera sencilla.

Schneider apuntó con un dedo tembloroso.

—No me van a meter eso, ¿me oye? Ni en el gotero ni de otro modo. No a menos que me digan qué es.

Carter vaciló.

—Es un antivirus —dijo Frank simplemente. No iba a mentirle al anciano.

—¿Antivirus? —dijo Schneider, y de repente pareció aterrorizado—. ¿Quiere decir que detendrá el tratamiento? —No esperó ninguna respuesta. Se apretó contra la barra del otro lado de la cama—. Apártese de mí, ¿me oye? Estaré curado dentro de unas cuantas horas. Cuantío termine de extenderse por mi organismo. Apártese de mí.

El pitido del monitor cardíaco se aceleró. Frank se envaró. El anciano se estaba poniendo frenético.

—Van a estropearlo todo —dijo—. Van a estropearlo. Noto que estoy mejorando, ¿me oyen? Me siento entero otra vez. No pueden detener eso ahora, no cuando estoy tan cerca. Se lo suplico, por favor.

Estalló en sollozos y se cubrió la cara con las manos.

Frank no sabía qué hacer. ¿Por qué no podían esperar unas cuantas horas? El hombre estaba ya aislado. ¿A quién podía infectar? ¿Por qué no esperar, ver si el virus lo curaba y, si no, darle entonces el antivirus?

Carter debió de notar algo de lo que Frank estaba pensando porque oyó su voz en el casco, hablando en privado para que Schneider no pudiera escucharlos.

—No tenemos otra elección, Frank. Hay que hacerlo, aunque no sea por otro motivo que para averiguar si el antivirus funciona. Los curadores son criminales. Puede que sus planes parezcan benévolos, pero han matado a gente, han destruido propiedades, han convertido toda esta región en una zona caliente biológica. No podemos quedarnos cruzados de brazos. Tenemos que disponer de un método para tratar a la gente. Y nunca sabremos si este antivirus es la respuesta a menos que lo pongamos a prueba. No podemos esperar hasta haber hecho pruebas formales con humanos, no cuando la amenaza es tan inmediata. Tenemos que detener a esos curadores ahora. Si podemos usar la tecnología que han creado para ayudar a la gente, lo haremos. Pero lo haremos legalmente, con medidas de seguridad, sin poner en peligro a otras personas.

Frank asintió.

—Tiene razón. Claro que tiene razón.

La lógica era aplastante. Y sin embargo a Frank seguía pareciéndole cruel acabar de aquella forma con las esperanzas del anciano, dejarlo con la enfermedad cuando tenía el final tan cerca.

—Hagámoslo —dijo Frank.

Se volvieron de nuevo hacia Schneider y vieron que blandía la aguja de su intravenosa como si fuera un cuchillo, con una gota de sangre visible en la punta.

—Apártense de mí o, que Dios me ayude, los pincharé con esto. No crean que no lo haré.

Los dos se detuvieron. La aguja era lo bastante fuerte para atravesar sus biotrajés, sin duda.

—Señor Schneider —dijo Carter, con calma—, suelte esa aguja y actúe con serenidad.

Dio un paso adelante y Schneider blandió la aguja ante él violentamente, fallando por poco el estómago de Carter.

—Señor Schneider —tronó Carter—, ésta es mi última advertencia. Coopere o será obligado a cooperar.

Pero no quiso cooperar, y así pasaron diez minutos antes de que dos guardias con biotrajés aparecieran para someterlo. Frank le administró la inyección en el brazo y el anciano aulló agónicamente, no por el pinchazo sino por perder lo que tanto había anhelado.

Cuando lo dejaron se enroscó en la cama en posición fetal, llorando como un niño.

Después de esa experiencia, Frank decidió no informar a los otros pacientes de lo que contenían los viales. Iban a recibir el tratamiento les gustara o no, e inquietarlos diciéndoles que era un antiviral sólo dificultaría el proceso. A petición de Frank, los guardias los acompañaron a Carter y a él a cada habitación y esperaron a un lado mientras administraba el antiviral. Con los guardias presentes, nadie quiso pelear.

Había un joven negro que sufría la anemia depreanocítica que Riggs había descrito en el avión; un chico delgado de doce o trece años con síntomas visibles del síndrome de Marfan; otros cinco más que técnicamente estaban libres del virus, porque los curadores les habían administrado un antiviral tres días después de sus respectivos tratamientos, pero a quienes la ARB quería mantener en aislamiento hasta tener la seguridad de que no suponían una amenaza para el mundo.

—No pueden tenerme encerrada así —dijo una mujer de mediana edad que estaba libre del virus—. Terminé el tratamiento hace meses. No soy una amenaza para nadie. No pueden retenerme así.

—¿Podría describir cómo era el antiviral que le administraron? —preguntó Frank, esperando conseguir alguna información que pudiera ayudarle a deducir su composición.

—¿Y por qué iba a decírselo a ustedes? —dijo la mujer—. Sólo quieren detenerlos. ¿Creen que los voy a traicionar? ¿Después de lo que han hecho por mí? Me curaron. Se lo debo todo. Y no voy a decirles nada.

Frank no insistió.

Una vez que los ocho pacientes hubieron sido atendidos, todo lo que Frank y Carter podían hacer era esperar. El antiviral tardaría unas cuantas horas en integrarse en el organismo de cada paciente.

Pasadas esas horas, Frank tomó una muestra de sangre a cada paciente.

Los guardias se llevaron las muestras a un laboratorio adjunto y volvieron unos minutos después con las respuestas. En todos los casos la sangre daba negativo para el virus. No había rastro en el organismo de nadie, tampoco en los tres pacientes con el virus activo antes del tratamiento.

Carter le estrechó la mano a Frank.

—Bien, Señor Antiviral, el general Temin tenía razón. Es usted un auténtico

asesino de virus.

Frank logró esbozar una sonrisa. Sabía que hubiese debido estar satisfecho: había invertido cinco meses de trabajo para crear el antivirus, y aquél hubiese tenido que ser un momento de alivio y satisfacción. Sin embargo, no sentía nada de eso. Pensaba en Schneider enroscado en su cama, llorando y agarrado a las sábanas, con las manos temblando de Parkinson.

Después de la descontaminación, Frank se duchó, se envolvió en una toalla y regresó a su taquilla. Carter estaba allí sentado en un banco, esperándolo. En vez de volverse a poner su elegante traje, Carter se había vestido con el uniforme negro de la ARB. En el regazo tenía un uniforme doblado, idéntico al suyo.

—Tome —dijo, ofreciéndole el uniforme a Frank—. Bienvenido al club. Cámbiese y reúnase conmigo fuera. Luego le buscaremos algo de comer.

Carter salió del vestuario, y Frank se puso el uniforme. Le sentaba como un guante. Pantalones negros. Camisa negra, con la insignia de la agencia en el bolsillo izquierdo. Las tiras blancas de la manga indicaban su rango. En el banco había un par de zapatos nuevos y calcetines, y Frank se los puso también. Cuando terminó, arrojó la toalla a una cesta y se reunió con Carter en la cafetería.

La comida era sorprendentemente deliciosa. Como en todos los demás aspectos de su organización, la ARB no había reparado en gastos. Comieron filete, patatas asadas, espárragos y un cuenco de melocotones.

—Bueno —dijo Carter, cortando su filete—, ¿está usted casado, Frank?

La pregunta pilló a Frank desprevenido. Abordar el tema de la familia era tabú. Estaba allí por asuntos de trabajo, no para hacer amigos.

—Lo estuve —dijo—. Estoy divorciado.

—Oh —respondió Carter—. No es asunto mío, supongo. Lo siento.

Frank se encogió de hombros.

—Así es la vida.

—Así es la vida —repitió Carter. Hubo un momento de embarazoso silencio. Frank trataba de encontrar el modo de cambiar de tema, pero Carter se le adelantó. Más o menos.

»Yo soy hijo de divorciados —dijo—. Mis padres se separaron cuando tenía diez años.

—Debe de haber sido duro —dijo Frank, en realidad sin saber qué más decir.

—Mi padre no fue el mejor de los hombres. En parte me alegré de verlo marchar, la verdad sea dicha.

Sin saber cómo responder a eso, Frank prestó todo su interés al cuenco de melocotones.

—Pero cuando se fue —continuó Carter—, me sentí peor que cuando estaba en casa. Me ignoraba cuando mis padres convivían, pero al menos estaba allí. Al menos

yo podía engañarme diciéndome que estaba allí porque me quería. Pero cuando se marchó, no tuve nada a lo que agarrarme. No vino a visitarme, así que supe que le importaba un comino.

Carter esperó, dando a Frank una oportunidad para contribuir a la conversación. Pero éste no se sentía particularmente motivado para insistir. Que un extraño (pues Carter seguía siéndolo) divulgara su relación de la infancia con su padre parecía extraño.

—Es duro ser padre —dijo simplemente, esperando que eso pusiera fin a la conversación.

Tuvo el efecto contrario.

—¿Sí? ¿Lo dice por experiencia? ¿Tiene hijos?

La pregunta que Frank había evitado a toda costa se había abierto paso en la conversación. Y una vez planteada, no podía ser ignorada. Ignorarla hubiese exigido una explicación. Era mejor responderla simplemente y continuar.

—Tuve una hija. Murió de leucemia.

La reacción a esto siempre era la misma. La gente se mortificaba por haber tocado un tema triste y profundamente personal y se sentía culpable porque suponía que sacando a colación una muerte estaban haciendo que su interlocutor experimentara la pena otra vez.

Carter se ruborizó.

—Yo... lo siento —dijo, vacilante—. No pretendía...

—No importa —dijo Frank, forzando una sonrisa.

Pero sí que importaba. Claro que importaba. Y mientras Carter llevaba rápidamente la conversación a terreno más seguro, Frank sólo pensaba ya en Rachel. Había muerto a los seis años después de una lucha larga y dura. Cuando llegó el final, Frank y su esposa sintieron cierto alivio, no porque no hubiera pesar (hubo pesar de sobra), sino porque nada había sido más doloroso que ver a Rachel apagarse lentamente, verla sufrir.

A pesar de estos recuerdos, Frank puso buena cara durante el resto de la cena e incluso después, mientras Carter le enseñaba su habitación en el barracón.

La habitación era lo que necesitaba y nada más: una cama, un cuarto de baño y una almohada blanda. Había un terminal de ordenador en la pared. Carter le enseñó cómo acceder al sistema y ponerse en contacto con él o con Riggs si sentía la necesidad. Luego acordaron verse de nuevo por la mañana, y Carter lo dejó para que durmiera.

Frank todavía tenía el libro de las escrituras chamuscado, *El libro de la conversión*, y se tumbó en la cama a hojearlo. Como muchas de sus páginas estaban dañadas por el fuego, Frank tuvo que llenar un montón de lagunas.

Estaba claro, sin embargo, por lo que quedaba, que Galen había sido cuidadoso en su redacción, no había mencionado nada que pudiera incriminarle. No había hecho mención alguna al virus. Ni a los curadores ni a ningún grupo específico, de hecho.

Galen simplemente explicaba la necesidad de llegar a los menos afortunados, sobre todo a aquellos a quienes el mundo había olvidado: los indigentes, los hambrientos, las bandas, incluso los pequeños propietarios tenían que estar en el radar de un buen servidor.

De vez en cuando, Galen citaba al profeta, quien siempre adoptaba una forma de hablar más bíblica. Luego había capítulos para curarse uno mismo, cómo deshacerse de aquellos hábitos y vicios que impedían alcanzar el pleno potencial. Denostaba las drogas. Y el alcohol. Despreciaba la pereza. Animaba a una práctica continuada del estudio. Ejercicio regular. Dieta sana. Los capítulos que seguían estaban dedicados a aquellos que tenían enfermedades genéticas, a cómo la ciencia había arrojado la toalla, a cómo la solución a esos males estaba al alcance pero la ignoraban aquellos que podían hacer que estuviera disponible pronto. Éste era el Galen del que Frank había leído y oído hablar, el Galen pomposo, el Galen rápido en echar a otro la culpa. Aunque nunca nombraba el NIH, estaba claro a quién señalaba con el dedo.

Los capítulos finales del libro eran los más irritantes. Hablaban de abrir el «potencial genético» de la persona sana. No se sugería ninguna metodología, pero la esencia estaba clara: Galen creía que mejorar el ADN «sano» era tan digno de la atención del lector como curar el ADN «enfermo». Después había varias citas del profeta aludiendo a su propia muerte y resurrección. Frank, al no encontrar en ellas nada de interés, las leyó solamente por encima.

Leído todo, Frank pasó a la última ilustración, el consejo de los profetas. El joven de la corbata roja, el supuesto profeta, fuera quien fuese, estaba con cuatro hombres idénticos a sí mismo. El dibujo era detallado, pero la cara del hombre daba pie a la interpretación. No era un rostro que Frank reconociera y, sin embargo, algunos de los rasgos le parecían familiares. La mandíbula. La nariz. La redondez de la cara. Había visto esos rasgos antes.

Mientras lo contemplaba, se le ocurrió una idea, y rápidamente dejó el libro y se sentó al ordenador. Se conectó a Internet e hizo una búsqueda sobre George Galen. El primer centenar de datos era exactamente lo que esperaba: artículos sobre el Proyecto Genoma Humano, informes de las acusaciones de Galen en unos cuantos programas de entrevistas, unas cuantas revistas científicas con estudios escritos por Galen. Pero entonces Frank encontró lo que estaba buscando: una foto de Galen en sus años de juventud, mucho antes de ser famoso, mucho antes de tener aquel llamativo pelo blanco. Era la foto de un periódico tomada cuando Galen hacía un trabajo de posdoctorado en Stanford. Galen y unos cuantos estudiantes estaban en un hospital infantil, rodeados de muchos niños del pabellón. Al parecer, Galen había organizado una colecta benéfica y recaudado dinero para el hospital. Por eso había salido en el periódico local. Sonreía de oreja a oreja, lleno de juvenil idealismo. Las similitudes eran inconfundibles. Pelo oscuro, ojos castaños, incluso la postura era la misma. No había duda ninguna, el dibujo del libro representaba a Galen en su juventud. El hombre de la corbata roja que aparecía en todas las ilustraciones era George Galen.

Autor y profeta eran la misma persona.

CONTROL

Mónica estaba sentada en la cama, en la habitación de Wyatt, mirándolo dormir. Era más de medianoche y el pasillo estaba silencioso. Había estado prestando atención al sonido de pisadas o voces durante una hora y no había oído nada en todo aquel tiempo. Al comprobar la puerta, había descubierto que no estaba cerrada con llave y que no había guardias vigilándola. O los curadores no sospechaban que Mónica intentaría escapar o simplemente sabían que huir era imposible.

Contempló a Wyatt. Dormía boca abajo, todavía vestido con la misma ropa que llevaba por la mañana. Por primera vez aquel día parecía tranquilo.

Mónica se levantó y lo cubrió con la sábana hasta los hombros. No quería dejarlo solo, pero era la mejor ocasión que iba a tener para explorar y encontrar una salida. Si encontraba una segura, volvería, despertaría a Wyatt, y los dos se marcharían juntos.

Caminando con cuidado para no despertarlo, se acercó a la puerta, la abrió y salió al pasillo. Aunque las luces estuvieran encendidas, estaba vacío. Se quedó quieta, escuchando, pero sólo oyó el zumbido de las lámparas del techo y el aire acondicionado.

Pensó en lo que iba a decir si la pillaban fuera de la habitación. No podría alegar que estaba buscando el cuarto de baño, ya que había uno cerca de la habitación de Wyatt y lo había estado usando todo el día. Podía decir que estaba buscando comida. Les traían la comida en bandejas, así que no mentiría si decía que no sabía dónde estaba la cocina.

Se dirigió hacia la oficina de Yoshida... no, su laboratorio, donde estaba construyendo lo que creía que era la mente de Galen.

Se estremeció. Yoshida no estaba más cuerdo que Galen.

Recordó haber pasado ante unas puertas dobles camino de la oficina y decidió probarlas. Llegó hasta ellas sin inconveniente y las empujó para probar. Se abrieron. El pasillo que había al otro lado no era diferente del pasillo donde se encontraba. Tras echar una última ojeada por encima del hombro, se internó en lo desconocido.

Treinta metros más allá el pasillo se desviaba a la izquierda. Fue entonces cuando oyó voces. Se detuvo, se apretó contra la pared y escuchó. Las voces eran leves, casi susurros, y parecían decir lo mismo una y otra vez, como un disco rayado. Mónica se asomó a la esquina pero no vio a nadie. En esa dirección, sin embargo, la luz de una puerta alumbraba el pasillo.

Se acercó con cautela unos cuantos pasos y, al hacerlo, las voces se hicieron más claras. Aún más cerca, advirtió que lo que había percibido como dos voces era en

realidad sólo una. La voz de Yoshida.

Sin dejarse ver, se acercó a la puerta.

Yoshida susurraba apagadamente:

—No hay más maestro que el maestro. Debo obedecer al maestro. No hay más maestro que el maestro. Debo obedecer al maestro.

De repente gritó y se escuchó un fuerte estrépito. Una bandeja de metal salió volando por la puerta, chocó contra la pared de enfrente y aterrizó cerca de los pies de Mónica, que se tapó con una mano la boca para sofocar un grito.

Yoshida habló más alto, con más desesperación.

—No hay más maestro que el maestro. Debo... obedecer al maestro.

Su voz se tensaba con cada palabra, como si necesitara de todas sus fuerzas para pronunciarlas.

—No hay más... maestro... pero... debo...

Otro estrépito de objetos cayendo al suelo.

Mónica miró atrás. Alguien oiría aquello. Los curadores vendrían. La encontrarían allí. Tenía que regresar antes de que la descubrieran.

Justo cuando se volvía para irse, Yoshida salió dando tumbos de la habitación. La sonrisa perpetua había desaparecido, tenía los ojos desorbitados; el pelo, alborotado y, lo peor de todo, su cuerpo entero temblaba estremecido de la cabeza a los pies.

Mónica retrocedió.

Él se abalanzó y la cogió por los brazos.

—No hay más maestro que el maestro.

Mónica trató de zafarse de él, pero su tenaza era como hierro. Murmuraba las palabras una y otra vez, no a ella, sino a través de ella. Mónica tropezó al retroceder, pero consiguió no caerse.

—No hay más maestro que el maestro.

Se disponía a golpearlo, a romper su presa por la fuerza, cuando los temblores de Yoshida se volvieron violentos. Echó atrás la cabeza, los ojos se le salieron de las órbitas y la soltó. Entonces, como una marioneta a la que cortan las cuerdas, cayó al suelo con un crujido terrible y empezó a agitarse como un pez fuera del agua.

Estaba sufriendo un ataque.

A Mónica le estallaba el corazón, pero dominó el pánico y actuó por instinto. Había sido médico de urgencias. Sabía lo que era un ataque. Sus movimientos fueron automáticos. Se agachó junto a él y le sostuvo la cabeza para que no volviera a golpear el suelo.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Que alguien me ayude!

Tenía que llevarlo a una cama, apartarlo del duro suelo. Pero no podía hacerlo sola. Necesitaba ayuda.

Sonaron unas pesadas pisadas y en unos segundos apareció Liquen.

—Tiene un ataque —dijo Mónica—. Ayúdeme.

Pero en vez de ayudarla, Liquen volvió corriendo por donde había venido.

—¡Espere! ¿Qué está...?

Pero ya se había marchado. Mónica se quedó allí sentada, desconcertada, escuchando alejarse el sonido de las pisadas de Liquen. Miró a Yoshida. Su cuerpo se retorció y se agitaba y golpeaba contra el linóleo. Lo sostuvo, usando toda su fuerza para minimizar el daño que se causaba a sí mismo. Pero no sirvió de nada. Su cabeza seguía golpeando el suelo. Su espalda seguía arqueándose. Sus piernas seguían pataleando.

Se oyeron gritos y más pasos, y entonces Liquen volvió a aparecer, esta vez con Galen, que llevaba un pijama de seda, zapatillas y bata.

—Estaba temblando —dijo Mónica—, hablando solo. Entonces se ha caído...

Galen se agachó junto a ella y la apartó con suavidad. Agarró la cabeza de Yoshida, la acunó en sus brazos, se lamió los labios, y luego se inclinó y besó la frente de Yoshida.

Mónica lo miraba todo, atónita. Galen se mantuvo en aquella postura. Entonces, para su asombro, el cuerpo de Yoshida empezó a relajarse. Dejó de patalear. Sus brazos se quedaron inmóviles. Su cuerpo se volvió flácido. Era como una máquina cuyas piezas, una vez desconectada ésta, caen lentamente al suelo por el tirón de la gravedad.

El beso terminó y Galen se sentó en el suelo, con la cabeza ladeada, mirando a Yoshida con preocupación.

Yoshida abrió los ojos. Durante varios segundos se quedó completamente quieto, mirando el techo. Luego, muy despacio, las comisuras de su boca se elevaron formando aquella sonrisa característica. Volvió la cabeza a un lado, vio la cara de Galen y dijo amablemente:

—Hola, maestro.

Mónica regresó corriendo a su habitación. No se detuvo cuando Galen la llamó. No se detuvo cuando estuvo a punto de chocar con Stone en el pasillo. No se detuvo hasta que hubo llegado a la habitación de Wyatt, abierto la puerta, entrado y echado la llave.

Wyatt se despertó sobresaltado.

—¿Mamá?

Mónica se acercó a la cama, se metió bajo las mantas y lo abrazó con fuerza.

Nadie intentó abrir la puerta.

Wyatt no habló.

Y después de lo que le parecieron horas, Mónica se quedó dormida.

IRVING

El director Eugene Irving no era un hombre con quien se pudiera jugar. Para ser director de una agencia federal como la ARB hacían falta pelotas de acero, un montón de ambición y unos cuantos amigos importantes metidos en política. Irving tenía las tres cosas... o las cuatro, dependiendo si se contaban las pelotas de acero por separado.

Su nombramiento como director se había debido en parte a su trabajo en el FBI, donde a sus espaldas sus colegas le llamaban el Encantador, por los de serpientes, y en parte a que su primo era un congresista republicano de Kentucky con bastante tirón en el Comité Nacional de Inteligencia. Irving tenía un don para conseguir que sus superiores creyeran que era el único de sus subalternos que reconocía su grandeza. Y como un hombre así resultaba una compañía agradable, los superiores de Irving se lo habían llevado gustosamente consigo a medida que escalaban en las filas del FBI. En resumen, había viajado a la grupa de varios hombres hasta llegar a una posición de poder.

Ahora bien, si podía demostrar a la Administración lo eficiente que era en su actual puesto, tendría un futuro más allá. Tal como estaban las cosas, era cuestión de días que se viera obligado a dimitir. Esos curadores iban a destruirlo.

Aún no le había contado a nadie ajeno a la agencia lo que habían descubierto sobre los curadores, y había dado a sus agentes órdenes estrictas para que hicieran lo mismo. Obedecerían. Ninguno de ellos quería que otra agencia empezara una guerra sucia. Pero Irving sabía que el secreto sólo podría ser mantenido cierto tiempo. El FBI, que filtraba información a la prensa como un colador, le había enseñado a Irving que la todopoderosa página impresa podía derribar la carrera de un hombre en un solo día.

Tenía un plan. Un buen plan. Era afrontar él mismo la amenaza, solo, y luego ir a la Administración y decir que no sólo había descubierto un problema serio sino que lo había manejado con tanta destreza que acabarían por ver en él su potencial para la grandeza. No tenemos que ocupar nuestras cabecitas si tenemos a Eugene Irving haciendo el trabajo. ¿Por qué no es secretario de Defensa, señor presidente? ¿Por qué no forma parte de su gabinete, señor presidente?

Era un escenario que Irving había imaginado muchas veces. Había estado esperando a los cuidadores. O al menos algo parecido a ellos. Algo peligroso. Algo a lo que pudiera echar el lazo, derribar y someter adecuadamente. Un trofeo. Un medio para manifestar su poderío, su competencia.

Pero durante la reunión informativa de esa mañana, a Irving le quedó cada vez más claro que los curadores no eran el billete dorado que llevaba tanto tiempo esperando. De hecho, se estaban convirtiendo en justo lo contrario.

—Creía que habían dicho que los curadores iban a regresar a la casa de ese hombre —dijo, conteniendo apenas la furia para que lo consideraran correcto pero siguieran temiéndolo.

Los agentes de la ARB sentados a la mesa de conferencias lo miraron y luego se volvieron hacia el agente Riggs, que estaba delante, dando el informe.

—Dijo usted —continuó el director Irving, dando a cada sílaba el énfasis adecuado— que los curadores iban a ir a casa de ese... —Buscó el nombre en el papel que tenía delante—. De ese Richard Schneider para administrarle un antivirus. Por eso puse a agentes de guardia en el lugar. Por eso llevan allí sentados tres días. Porque usted me dijo que los curadores irían a ese sitio. Y, sin embargo, no lo han hecho. ¿Le he entendido correctamente?

Mientras el agente Riggs asentía, el director Irving pensó lo desafortunado que era que Riggs fuese afroamericano. Irving no era racista, naturalmente, pero le gustaba hacer ruborizarse a la gente. Y la negrura de la piel de Riggs negaba a Irving el dulce placer de ver el rostro de alguien pasar de blanco a rojo remolacha porque le habían enseñado cuál era su sitio en el universo de Eugene Irving.

Riggs se aclaró la garganta.

—Señor, el paciente en cuestión fue la fuente de nuestros datos. Nuestra sospecha...

—¿Su sospecha? —Interrumpió Irving, la voz helada—. El Gobierno de los Estados Unidos de América, temeroso de Dios, no le paga para tener sospechas, agente Riggs. Las sospechas no resuelven crímenes. Las sospechas no meten a los malos en la cárcel. Las sospechas no permiten que las señoras mayores se sientan seguras y duerman bien por las noches. —Golpeó la mesa enfáticamente—. Esto es una agencia de acción. No perdemos el tiempo en conjeturas insustanciales ni en datos sin fundamento. Esos curadores son una amenaza. Todos nuestros esfuerzos deberían centrarse en encontrarlos, no en esperar sentados a que acudan a nosotros. Son corpulentos como percherones, por el amor de Dios. No puede ser demasiado difícil localizarlos entre la multitud. Y hasta que los encontremos, hasta que los detengamos y contengamos ese virus, esta nación está en peligro. Quiero resultados. Quiero a los curadores entre rejas. Ayer. ¿Está claro?

Irving ponía tanta cara de severo y exigente como podía, pero por dentro estaba sonriendo. El discurso había sido un poquito melodramático en algunos puntos, pero en general demostraba gran potencial político. Puedo meterme en el bolsillo a una multitud, pensó. Se imaginó en el estrado de la Convención Nacional Republicana, con los brazos abiertos y haciendo con los dedos la V de la victoria, el ensordecedor rugido de la multitud ante sí y decenas de miles de globos y confeti cayendo a su alrededor. Tendría que darle un poco de cancha a su vicepresidente.

—Tal vez deberíamos pedir ayuda a otras agencias.

El director Irving volvió a la realidad. Alguien de la mesa había hablado. Miró en derredor y vio que todos miraban al virólogo de Fort Detrick. A Frank Hartman.

—¿Disculpe? —dijo.

Frank se inclinó hacia delante.

—Decía que tal vez sea hora de implicar a otras agencias. Puede que tengamos más suerte localizando a los curadores si hay más gente buscándolos. Podríamos poner al corriente al FBI, al Departamento de Policía de Los Ángeles, incluso a la Agencia de Seguridad Nacional. Estoy seguro de que con su ayuda tendríamos más probabilidades de éxito.

Irving estaba tan anonadado por la audacia de aquel hombre, por la misma idea de que alguien pensara que era adecuado dar consejos al director de la agencia delante de otros agentes, que se quedó allí sentado, boquiabierto. De lo que tenía ganas era de darle un puñetazo a aquel individuo. Pero, tras un discurso tan conmovedor, no quería estropear el momento, y por eso permaneció lo más tranquilo posible.

—Doctor Hartman, es usted nuevo en la agencia. Sólo lleva aquí unos días, así que no le tendré en cuenta que haya hablado cuando no era su turno. Si quiero el consejo de alguien que no está familiarizado con las operaciones y capacidades de esta agencia, se lo pediré a mi suegra. Si tiene usted opiniones, guárdese las.

Para gran sorpresa de Irving, eso no hizo callar al hombre.

—Lo que Riggs está tratando de decir es que sospecha —dijo Frank—, como yo sospecho también, que los curadores no fueron a casa de Richard Schneider porque sabían que había agentes vigilando la casa.

Los agentes de la mesa miraron a Frank y a Irving alternativamente, como si esperaran que este último fuera a sacar una pistola y a pegarle un tiro.

—Lo que digo es —continuó Frank— que creo que alguien dijo a los curadores que hay agentes vigilando la casa. De algún modo, saben que la ARB los está buscando.

Ahora le tocó a Irving el turno de ruborizarse, no de vergüenza sino de ira apenas contenida.

—Tal vez no haya estado usted escuchando, doctor Hartman, pero lo que usted piense o lo que usted sospeche no tiene la más mínima importancia. Nosotros resolveremos este problema. Nosotros encontraremos a los curadores. Creo que hablo en nombre de mis compañeros agentes cuando digo que no apreciamos que nos diga que somos incompetentes.

—Eso no es lo que yo...

—Eso es exactamente lo que ha dicho. Insinuar que tenemos que pedir ayuda es dar a entender que no podemos hacer el trabajo nosotros solos.

Antes de que Frank pudiera responder, Irving se levantó y los miró a todos.

—Al contrario que nuestro visitante aquí presente, yo sé de lo que son capaces cada uno de ustedes. Tengo plena confianza en ustedes. Cumpliremos con nuestro

deber. Y lo haremos a nuestro modo, del modo adecuado.

Irving salió de la habitación antes de que pudieran decir otra palabra. Déjalos siempre queriendo más, pensó.

Mientras recorría el pasillo de vuelta a su despacho, no podía quitarse de la cabeza a Frank Hartman. El tipo se estaba convirtiendo más en una carga que en una ayuda. Si esto sigue así, no tendremos más remedio que eliminarlo de la agencia. Eso resultaría algo difícil, desde luego. El Departamento de Defensa había aprobado el traslado provisional de Frank aunque no comprendiera exactamente cuál era su misión, y enviarlo de vuelta a Fort Detrick sin un motivo de peso sería complicado.

Aquel problema le estuvo incordiando mientras permaneció sentado en su despacho, mirando el montón de papeles que exigía su atención. No puedo trabajar así, pensó. No puedo trabajar sometido a esta tensión.

Así que hizo lo único que podía hacer cuando las exigencias del trabajo se volvían excesivas. Se fue al campo de golf.

Dieciocho hoyos tienen la virtud de hacer que los problemas desaparezcan; al final del día, el director Irving se sentía como nuevo. Tal vez por ese motivo tenía la guardia baja cuando regresó a casa esa tarde. Aparcó en el camino de acceso sin advertir la extraña furgoneta blanca aparcada en la esquina, a una manzana de su casa. Esas anomalías solían encender luces de alarma, pero Irving estaba de demasiado buen humor para sospechar nada.

Sacó la bolsa de los palos de golf del maletero del Mercedes y entró en casa. Dejó la bolsa al lado de la puerta y, por costumbre, se fue derecho al frigorífico. Hasta que la puerta del frigorífico se cerró y tuvo la lata de Coca-Cola abierta en la mano no vio al hombre sentado en el sofá.

Irving dejó caer el refresco y echó mano a una pistola que no llevaba. No encontró más que un guante de golf que le sobresalía ligeramente del bolsillo.

—Director Irving —dijo George Galen—. Espero que no le importe que hayamos entrado y nos hayamos puesto cómodos.

Hubo un movimiento a la derecha de Irving, que dio media vuelta y vio a un hombre demasiado voluminoso para ser normal. Otro, ligeramente menos corpulento, bloqueaba la puerta.

Galen hizo un gesto con la mano.

—Son mis socios Stone y Liquen. No le harán daño, director Irving. Ni yo. Supongo que sabe quién soy.

—George Galen —dijo Irving, satisfecho consigo mismo por mantener tan firme el tono de voz.

Galen se levantó del sofá y se acercó a él.

—Sí. Soy George Galen. Pero soy más que eso. Lo soy desde hace mucho tiempo. Soy un profeta.

Irving sintió que sus músculos se tensaban. En su campo de visión no localizó nada que pudiera usar como arma. Lo único que tenía a mano era el guante de golf, y

eso de poco iba a servirle contra hombres de aquel tamaño.

—Un profeta porque veo la verdad —dijo Galen—. Un profeta porque veo para todos nosotros un futuro en el que nadie más confía. Nadie excepto los que son como Stone y Liquen, de mente abierta. Creer en este futuro requiere fe. Es usted un hombre de fe, ¿verdad, director Irving?

—¿Qué quiere? —Irving cerró los puños.

—Quiero que crea, director Irving. Quiero que tenga fe. Y sobre todo, quiero que sea feliz.

Irving sintió que unas manos enormes le sujetaban los brazos a los costados. Una brusca patada en la parte posterior de las rodillas lo derribó al suelo. Luego las manos que lo sujetaban lo levantaron un poco hasta dejarlo de rodillas.

Galen avanzó, lo miró a la cara y, suavemente, colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Irving.

—Habría sido mejor que nos hubiera dejado en paz, director Irving, que no se hubiera interpuesto. Incluso me han dicho que ya tienen un antivirus propio. Eso me decepciona enormemente. No puedo permitir que nos causen dificultades. Ahora no. Lo mejor está a punto de empezar.

El director Irving temió que fueran a romperle el cuello o a apuntarle con una pistola. Pero no sucedió nada. Galen hizo lo último que el director Irving hubiese imaginado. Se lamió los labios, se agachó y lo besó en la frente.

CÍRCULO

Jonathan se sentó en la cama y miró la puerta. Eran casi las seis de la mañana, lo que significaba que la doctora Owens iría a comprobar su estado en cualquier momento. Lo hacía varias veces al día y, en los pocos días transcurridos desde su llegada, Jonathan había aprendido a agradecer esos encuentros.

No les permitían hablar, naturalmente; Liqueen le había pedido que lo examinara en silencio. Pero eso era probablemente lo mejor: si hablaba, sólo diría alguna estupidez. Y la doctora Owens parecía del tipo de mujer que reconoce a un estúpido nada más oírlo.

No, a Jonathan le bastaba con mirarla, con verla mientras comprobaba su temperatura, su tensión sanguínea y todas las demás chorradas que quisieran saber de él. Había advertido algo en su forma de ser, una tranquila determinación, que nunca había visto en una mujer.

No es que Jonathan hubiera conocido a muchas mujeres, no a ninguna que le hubiera prestado atención, al menos. Si eras un indigente, los demás solían fingir que no existías, y pasaban a tu lado sin mirarte a los ojos o sin reparar en tu existencia. Y si sus ojos se encontraban con los tuyos, siempre estaban llenos de disgusto y desdén; te miraban como mirarían una rata o una cucaracha o un humeante montón de mierda.

Era una mirada que Jonathan conocía demasiado bien. La había visto a menudo desde que Nick y él habían robado el Plymouth del padrastro de Jonathan y se habían ido a California el año anterior. Había sido una tontería. Ambos lo sabían, aunque no estuvieran dispuestos a admitirlo.

El viaje desde Alabama fue largo y el coche no lo soportó. Hicieron dedo el resto del camino y llegaron a Los Ángeles con sólo unos pocos dólares entre los dos.

Les había proporcionado un alivio temporal que Nick mintiera sobre su edad y consiguiera trabajo en una cuadrilla de albañiles. Pero el capataz los despidió en cuanto los pilló durmiendo en las mismas casas que estaban construyendo. A partir de entonces las cosas fueron mal. No paraban de aparecer tipos que fingían ser amigos. Primero los camellos. Luego el dueño de la tienda de empeños, que les dio una palanqueta y los dejó en los barrios ricos. Luego otra vez los camellos.

Mentirosos, todos.

De hecho, el único tipo de gente que Jonathan conocía era gente mentirosa. Incluso Galen había demostrado serlo. Jonathan quería darse de patadas por ser tan tonto como para creer que por una vez había encontrado a un verdadero ser humano, alguien que no sonreía dulcemente cuando en realidad planeaba algo siniestro.

Nick era la excepción, claro. No era ningún mentiroso. Nick era legal. Siempre lo había sido, incluso cuando eran niños que crecían en un aparcamiento de tráilers, Nick había apoyado a Jonathan cuando nadie más lo había hecho.

Y la doctora Owens era otra excepción. No era como Galen. Era buena, limpia. Incluso hacía que Jonathan olvidara en ocasiones cuánto necesitaba un chute, cuánto quería rascarse la piel allí donde las agujas le habían tocado la última vez. Y ahora volvía, a su hora justa. Pudo oír sus pasos acercándose.

La puerta se abrió. No era la doctora Owens. Era el tipo grande, Liquen. Caminó directamente hasta la cama de Jonathan y le habló con suavidad para no molestar a los demás, que estaban todavía durmiendo.

—Vas a venir conmigo, Jonathan.

—Vete al infierno —dijo Jonathan. Todavía temía a Liquen, pero el miedo había disminuido. Liquen sólo era peligroso cuando tenía en la mano la escopeta tranquilizante. No había pegado a ninguno de ellos y probablemente nunca lo hiciera.

—No desobedecerás al profeta —dijo Liquen.

—Puedes decirle al profeta que me bese el culo.

La enorme mano de Liquen se cerró alrededor de la boca de Jonathan y lo levantó de la cama. Jonathan pateó y luchó y trató de gritar, pero fue inútil. No era rival para Liquen, que lo llevó al pasillo y lo dejó en el suelo.

—Puedes caminar o puedo arrastrarte —dijo.

—Vuelve a tocarme y será lo último que hagas.

Le parecía ridículo incluso a Jonathan, pero se sintió mejor después de decirlo.

—Muy bien —respondió Liquen. Agarró a Jonathan por el tobillo.

—Muy bien. Muy bien. Caminaré. Caminaré. Tranquilo.

Liquen lo soltó.

—Por aquí.

Giró sobre sus talones, y Jonathan lo siguió a regañadientes.

Caminaron en silencio varios minutos, recorriendo muchos largos pasillos del edificio. A Jonathan le pareció raro que no se encontraran con nadie. Normalmente había gente despierta a esa hora.

—¿Dónde está todo el mundo? —dijo, asegurándose de que su tono de voz fuera lo más desenfadado posible: no le daría a Liquen la satisfacción de saber lo asustado que estaba.

—Todo te será explicado —dijo Liquen, sin mirar atrás—. Todas tus preguntas serán respondidas.

Jonathan estaba más ansioso a cada paso. Recorrieron pasillos en construcción. Atravesaron divisiones de plástico y habitaciones llenas de herramientas de albañil. Finalmente llegaron a lo que parecía ser el ala de un nuevo hospital, aunque Jonathan sabía que no podía ser tal cosa: no habían salido del viejo edificio. No, esa parte de aspecto nuevo era simplemente la misma parte vieja y destartada, sólo que adecentada con luces brillantes y unas cuantas manos de pintura. Galen, el viejo loco,

fingiendo ser algo que no era, fingiendo que aquello era un hospital. Un mentiroso, como todos los otros mentirosos.

Pasaron ante montones de cajas llenas de gasas y tubos y equipo médico, todo envuelto todavía en plástico.

—Por aquí —dijo Liquen firmemente. Se había detenido y se volvió a mirar a Jonathan.

Sin darse cuenta, Jonathan se había detenido junto a una de las cajas y había sacado una bolsa de jeringuillas; jeringuillas limpias, esterilizadas. Las sujetaba con fuerza en la mano y las miraba aturdido cuando la voz de Liquen lo devolvió a la realidad. Devolvió las jeringuillas a la caja y rápidamente siguió a Liquen.

—Eres tonto por perder tu libre albedrío por las drogas —dijo Liquen—. Serías sabio manteniendo tu cuerpo puro y sin profanar.

Jonathan pensó en media docena de contestaciones mordaces, pero se las guardó para sí.

Liquen abrió una puerta de acero doble y Jonathan entró.

Era un quirófano. O eso parecía. Bajo un charco de luz había tres personas con bata verde de hospital. Eran Galen, Yoshida y la doctora Owens, que parecía a punto de echarse a llorar.

Los médicos se encontraban entre dos camillas, una vacía, la otra ocupada. Jonathan no pudo ver el rostro de la persona tendida en la camilla, pero fuera quien fuese, no se movía.

—Bienvenido, Jonathan —dijo Galen—. No tengas miedo. Pasa. Pasa.

Jonathan sintió un ligero empujón en la espalda cuando Liquen lo instó a avanzar. Se acercó a la luz y alzó la cabeza. El quirófano estaba en el fondo de un pequeño coso. Sobre él, en un amplio círculo, y tras ventanas de cristal, había una docena de curadores. Todos le miraban como ciudadanos romanos que contemplaran tranquilamente al pobre diablo que pronto iba a ser comida para los leones.

—Es un gran día para ti, Jonathan —dijo Galen—. Un día que hemos estado esperando. Tú serás el primero, una especie de prueba para ver si esto funciona tan bien como todos esperamos.

Jonathan no dijo nada. Galen lo miraba esperando una reacción, y se negaba a darle ninguna.

—Sé que es un poco injusto que te soltemos esto de sopetón —dijo Galen alegremente, indicando a la multitud—. Pensamos que podrías salir huyendo si te lo decíamos de antemano. Has sido un invitado reacio, después de todo. ¿Has dormido bien?

Jonathan miró intensamente a la doctora Owens. Ahora que estaba más cerca vio con claridad las lágrimas en sus ojos.

Galen asintió y Jonathan sintió de nuevo la fuerte tenaza de Liquen, esta vez sujetándole los brazos a los costados y alzándolo. Liquen lo llevó a la camilla vacía y lo tumbó boca arriba. Jonathan no se resistió, ni siquiera cuando lo ataron con correas

de cuero.

Volvió la cabeza y miró al hombre dormido en la camilla junto a él. Yacía boca abajo, con la cabeza vuelta hacia Jonathan y los ojos cerrados. Jonathan no sabía su nombre, pero lo reconoció. Era el curador que traía comida a Jonathan y los demás. Solía vestir de negro. Ahora estaba desnudo. En el lado izquierdo de la parte inferior de la espalda habían dibujado una línea de puntos con un rotulador negro. La piel alrededor de la línea negra había sido afeitada.

—Se ofreció voluntario —dijo Galen, siguiendo la mirada de Jonathan—. Sabía lo importante que sería esta prueba, así que se ofreció. Me parece muy valiente.

Jonathan no escuchaba. Estaba mirando a la doctora Owens, quien se inclinaba sobre él, todavía llorando. Había tomado su mano entre las suyas, y a Jonathan su contacto le pareció cálido y suave, exactamente tal como había imaginado que sería. Incluso con las mejillas arrasadas de lágrimas Mónica le parecía hermosa: le doblaba la edad, tal vez, pero era más mujer que ninguna que hubiera conocido.

O eso pensaba.

Lo último que pensó antes de que le pusieran la intravenosa fue lo estúpido que había sido al creer que alguien que no fuera Nick pudiera ser su amigo. Si la doctora Owens hubiese sido amiga suya, habría luchado por él, empujado a Liquen y desatado las correas que lo sujetaban. Pero ella no hizo nada, y Jonathan supo que eso significaba que sólo fingía preocupación. Estaba fingiendo ser su amiga, incluso en aquel trance. Incluso mientras lo anestesiaban. Y eso, pensó Jonathan, la convertía en la mentirosa más grande de todos ellos.

HUIDA

Las cortinas se descorrieron bruscamente y los cegadores rayos del sol poniente cayeron sobre la cara de Jonathan. Parpadeó dos veces, pero sus ojos no pudieron enfocar. Trató de sentarse, pero una puñalada de dolor en el estómago lo obligó a tenderse de nuevo.

—No te muevas —dijo una voz—. Sólo te harás daño. Toma, bebe esto.

Jonathan sintió una mano tras su cabeza y un vaso en los labios. Abrió la boca y alguien le dio amablemente de beber. El agua estaba fría y alivió la dolorosa sequedad que de pronto notaba en la garganta. Cuando terminó de beber, volvió a recostarse.

—Ahora quédate quieto —dijo la voz.

Jonathan abrió los ojos y la imagen borrosa que tenía delante fue cobrando lentamente nitidez. La doctora Owens se encontraba junto a su cama, con una jeringuilla en la mano. La clavó en un tubito que salía de su sonda intravenosa y habló en voz baja:

—Esto debería quitarte el dolor. Dale un momento.

—¿Y a usted qué le importa? —consiguió decir Jonathan, aunque no con tanta fuerza ni con tanta furia como esperaba.

Unos segundos más tarde, fuera lo que fuese lo que le había administrado ella, empezó a actuar. El dolor remitía; su cabeza se despejaba; se sintió despierto, lleno de energía. Apartó las sábanas y tomó su bata, sin importarle que ella lo viera desnudo. Las vendas le cubrían todo el torso.

—Te han operado —dijo ella con calma—. Necesitas descansar, pero me ha parecido que te vendría bien un poco de sol.

—¿Dónde está mi ropa?

Ella señaló un montón de prendas de hospital limpias que había sobre la mesa.

—Puedo ayudarte a vestirte si quieres, pero te sugiero que no te pongas pantalones todavía. El cinturón podría apretarte demasiado la herida. ¿Cómo te sientes?

—Márchese —dijo él en un susurro. Verla le daba ganas de llorar, por algún motivo, y no soportaba la idea de que lo viera hacerlo.

—Jonathan, tienes todo el derecho a estar enfadado —dijo ella con voz tranquila—, pero, por favor, escúchame.

—¡Márchese! —gritó él, encontrando su verdadera voz, su voz de adulto.

Ella descartó el frasco de calmante y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo allí. Él

no la miró, pero supo que lo estaba mirando y llorando en silencio.

—Sé que nada de lo que diga podrá cambiar nada, Jonathan. Y no debería. Pero quiero que sepas que siento tanto como tú que esto haya sucedido.

Se marchó.

Jonathan permaneció acostado en la cama, viendo desaparecer el sol tras los árboles y escuchando la actividad ante su puerta. Aparte de algunos pasos ocasionales, todo estaba en silencio.

Cuando el cielo finalmente se oscureció y aparecieron las estrellas, Jonathan se quitó la sonda, se levantó de la cama y cerró la puerta con llave. Sin encender la luz, se acercó a la papelera y recuperó el frasco vacío de calmantes. Luego, tras buscar en los cajones, encontró cuatro frascos del mismo medicamento. Quitó la funda a la almohada y la usó de saco para meter dentro los frascos, jeringuillas, vendas limpias, tijeras y una manta. La ropa de hospital limpia que la doctora Owens le había señalado sería de escaso valor contra el frío, así que le hizo una pequeña abertura a una manta y la convirtió en un poncho, que se puso sobre la ropa limpia.

Lo que no pudo encontrar ni improvisar fueron zapatos; después de una intensa búsqueda, decidió irse descalzo.

La ventana estaba a unos tres metros de altura. La abrió y sintió un momento de pánico al descubrir que sólo se abría hasta la mitad, lo que significaba que tendría que apretujarse para pasar por un espacio más pequeño del que esperaba. El saco pasó con facilidad. Lo arrojó al suelo. Luego, después de varios intentos, el último de los cuales lo obligó a encoger el pecho más de lo que hubiese creído posible y volver incómodamente la cabeza de lado, logró pasar y llegar al alféizar. Se colgó de los brazos hasta donde le fue posible, y luego saltó al suelo.

Cuando aterrizó, el dolor de su abdomen le atravesó todo el cuerpo de manera tan explosiva que casi se desmayó. Se desplomó y se agarró el costado, constriñendo los músculos en un intento de que disminuyera el dolor. Era como si tuviera a alguien encima, apuñalándolo incesantemente con una cuchilla caliente.

Se rebulló en el suelo un momento y luego, cuando hubo recuperado el aliento, logró ponerse de rodillas. Se subió la ropa para examinar el vendaje. Pequeñas manchas rojas lo empapaban. Estaba sangrando.

Pensó en quitarse el vendaje y examinar la herida con atención, pero temió no poder volver a ponérselo de la misma forma, así que lo dejó.

Oyó un tintineo y el corazón le dio un vuelco cuando vio su origen: collares de perro. Dos dóberman salieron del otro lado del edificio y corrieron hacia él. En el instante en que lo vieron empezaron a ladrar ferozmente. Jonathan se apretujó contra la pared, atrapado. Los perros lo rodearon, abriendo y cerrando las mandíbulas, babeando.

Pero no se acercaron demasiado. Eran perros guardianes, no de ataque. Jonathan, que había saltado muchas verjas en sus tiempos, huyendo de la policía, conocía la diferencia. Los perros de ataque muerden. Los perros guardianes ladran mucho, pero

nada más.

Manteniendo una actitud tan calmada como le fue posible, Jonathan se puso en pie y se encaminó hacia la verja trasera. Los perros lo rodearon, ladrando constantemente. Pero no atacaron. Mantuvieron la distancia.

Cuando llegó a la verja estaba agotado. Cada paso requería más energía que el anterior. Se dio cuenta de que la medicación le había hecho creer que tenía más fuerzas de las que en realidad tenía.

Uno de los perros se abalanzó y chasqueó las mandíbulas peligrosamente cerca de su muslo. Se volvían más confiados, acumulaban agresividad. Jonathan tenía que moverse.

Lanzó el saco por encima de la verja y empezó a escalar, ignorando los tirones que sentía en el abdomen. El dolor era casi insoportable, pero su frenética voluntad de sobrevivir era aún más fuerte.

Llegó al borde superior y consiguió pasar al otro lado sin caer. Oirían a los perros. Vendrían por él. Tenía que darse prisa.

Bajó hasta el suelo. Los perros ladraban y se abalanzaban contra la verja.

No se había internado ni seis metros en el bosque cuando se cortó las plantas de los pies. Había decidido no tomar la carretera por donde lo habían traído, con la idea de que lo encontrarían fácilmente si lo echaban en falta. Ya no estaba tan seguro de haber tomado la decisión correcta. Bajo los árboles la oscuridad era densa y el suelo del bosque estaba cubierto de ramas, agujas de pino, piedras puntiagudas y un millar de cosas más.

Pensó en tomar otra dosis de calmante. El dolor de su costado, sumado al de sus pies, era casi insoportable.

Sin embargo, no sabía si era seguro tomarse otra dosis tan pronto. La doctora Owens le había puesto una inyección hacía sólo veinte minutos. ¿Lo dejaría inconsciente otra dosis, o peor, le pararía el corazón? Como drogadicto, Jonathan había visto sobredosis. ¿Estaba dispuesto a correr ese riesgo? No, decidió. Esperaría. Podría soportar el dolor.

Unos minutos más tarde, después de que una gruesa espina le atravesara el pie, cambió de opinión.

Se sentó bajo un árbol y preparó una jeringuilla, recordando cuánto la había llenado la doctora Owens al darle la última dosis. Luego, sin vacilar, se la clavó en el brazo.

El alivio llegó más rápido esta vez. Jonathan cerró los ojos y se relajó, disfrutando del proceso de darse un chute tanto como del chute mismo. Su cuerpo se estremeció. Los pies se le entumecieron. Agarró una rama baja, se aupó, se echó el saco al hombro y se puso de nuevo a andar.

Pronto sus ojos se acostumbraron a la luz, o a la falta de ella, y pudo caminar sin seguir lastimándose los pies. Tropezaba de vez en cuando, sin embargo, y cuando lo hacía el dolor de su costado lo atravesaba como un relámpago. Cada vez que eso

sucedía, tenía que detenerse a descansar.

Al cabo de media hora, el suelo empezó a inclinarse. Caminar colina abajo resultó más difícil que hacerlo por terreno llano. La cuesta le obligaba a poner más peso en cada pie al pisar, y hacerlo le repercutía en la herida. Pensó en dar media vuelta y buscar otra ruta, pero sabía que tenía más posibilidades de encontrar una carretera al pie de la colina que en la cima.

Mientras avanzaba, comprobó las vendas. Estaban mojadas, en parte de sudor, pero sobre todo de sangre. Lo que antes eran unas cuantas manchitas rojas ahora era una sola mancha de sangre del tamaño de un plato.

Una rama chasqueó en la distancia.

Jonathan se detuvo y miró hacia la colina. Las luces de varias linternas cortaban la oscuridad en la cima.

Le buscaban.

Jonathan sintió el pánico brotar en su interior. Se dejó resbalar por la cuesta, tropezó en una zona de grava y aterrizó de costado. Estuvo a punto de dejar escapar un alarido de dolor, pero apretó los dientes y contuvo el grito.

Al pie de la colina encontró un arroyuelo poco profundo y se internó en él. La fría agua de la montaña le calmó las plantas de sus pies descalzos mientras se detenía a recuperar el aliento. Miró hacia atrás y la visión de las linternas bajando por la colina lo motivó para ponerse de nuevo en marcha.

En vez de vadear el arroyo, siguió la corriente un centenar de metros en un intento de despistar a sus seguidores.

Cuando dejó el riachuelo, el corazón le latía con fuerza y tenía las vendas completamente empapadas. Rebuscó en el saco, encontró una jeringuilla y se aplicó otra dosis sobre la marcha, preocupándose poco esta vez por la exactitud de la medida o el peligro de inyectarse demasiado.

Ya oía las voces. Todavía eran débiles, pero se acercaban, ganando terreno.

Jonathan se apretó la herida con una mano para contener la hemorragia y avivó el paso.

Las ramas le golpearon la ropa y la cara mientras avanzaba. No había tiempo para delicadezas ahora, ni para elegir el mejor camino. Lo que necesitaba era velocidad. Se quitó el poncho y lo arrojó a un lado. Estaba mojado, pesaba y lo frenaba.

Se golpeó un pie con una roca, pero la agonía de su costado era tan fuerte y tan constante que apenas lo notó. Ya ni siquiera el calmante era lo bastante fuerte. Dio un respingo al pensar en cómo se sentiría en cuanto su efecto pasara.

Luego descartó ese pensamiento. El miedo sólo lo retrasaría. Lo único que importaba era la velocidad.

Liquen esperó a que los dos curadores terminaran de olfatear el aire alrededor del lecho del arroyo.

—¿Bien?

—Se ha metido en el agua por aquí —dijo uno—. El olor de la sangre es fuerte todavía.

—Quiero una dirección, Pine, no un cuaderno de viajes —dijo Liquen—. ¿Por dónde ha cruzado?

—No es fácil saberlo —respondió el curador llamado Pine—. No detecto ningún olor en la otra orilla.

—Ni huellas —dijo otro. Enfocaban con sus linternas ambas orillas del arroyo, buscando huellas de pisadas o rastros de sangre.

—Tendría que haber traído los perros —dijo Liquen—. Ellos al menos saben seguir una pista.

Era el mayor de los insultos. Los perros eran débiles. Se cansaban con facilidad.

—Tal vez ha ido corriente abajo —dijo Pine.

Liquen ya lo había pensado, pero no creía a Jonathan lo suficientemente inteligente para llegar por sí mismo a esa deducción. Tal vez el chico fuera más listo de lo que creían.

O tal vez su mente había cambiado ya y había adquirido la inteligencia del donante. Pero, si ése era el caso, ¿por qué huía?

Liquen habló con rapidez.

—Vosotros tres, id corriente arriba. Los demás venid conmigo.

El grupo se dividió. Liquen se puso al frente de los suyos y corrieron río abajo, levantando agua con cada uno de sus gigantescos pasos.

Al cabo de un rato, Pine agarró a Liquen del brazo.

—Espera.

Liquen se detuvo.

Pine ladeó la cabeza e inhaló profundamente por la nariz.

—Ha salido por aquí.

—¿Estás seguro? —dijo Liquen.

Pine apuntó con la linterna la orilla y encontró las huellas de Jonathan.

Liquen se volvió hacia otro curador.

—Ve por los demás.

El curador corrió río arriba mientras Liquen seguía las huellas de Jonathan. Pine corrió tras él, intentando desesperadamente seguir su ritmo.

Al principio, Jonathan pensó que tenía alucinaciones. Destellos de luz azul y roja danzaban en los árboles sobre él. Estaba tendido de espaldas en la tierra, mirando hacia arriba. No recordaba haber caído ni haberse desmayado, pero no se le ocurría ninguna otra explicación.

Rodó hasta colocarse boca abajo e inmediatamente deseó no haberlo hecho. El dolor era atroz. No sabía cuánta sangre había perdido exactamente, pero sí que

era mucha. El vendaje hacía poco para detener la hemorragia. Sentía el fino hilillo goteando de la herida y corriéndole por la pierna. Y estaba mareado. Cada vez le costaba más concentrarse.

Se esforzó por ponerse en pie y vio que la luz procedía de una fuente aún obstaculizada por los árboles que tenía delante. Avanzó tambaleándose y, para su alivio, llegó a la linde del bosque.

Ante él se extendía un amplio llano y, más allá de un terraplén, había un coche de policía. Estaba aparcado al otro lado de una estrecha carretera comarcal con las luces intermitentes. Un patrullero estaba de espaldas a Jonathan, de pie junto a la ventanilla del conductor de otro vehículo detenido, probablemente poniendo una multa.

Era más de lo que Jonathan podría haber pedido. Allí, precisamente donde necesitaba uno, en una carretera comarcal por lo demás solitaria, había un policía. Iba a recibir ayuda. Iba a conseguirlo.

Trató de gritar, pero sólo pudo emitir un ronco susurro. Sentía la garganta seca de nuevo. Necesitaba beber. ¿Por qué no había bebido agua del arroyo?

Entonces recordó a los curadores. Los curadores venían.

Cruzó el claro lo más rápido que pudo, con pasos torpes, tambaleándose. Las huellas que iba dejando eran rojas y húmedas. Cada músculo de su cuerpo gritaba que se detuviera, que se rindiera, que se tumbara en la hierba y dejara que el sueño se apoderase de él. Sabía que no despertaría, pero el sueño sería el final del dolor.

Sin embargo, una parte de él insistió en continuar, la parte que recordaba a Nick. Nick seguía teniendo problemas, se dijo. Nick necesita que lo logre.

No tardó en oír el leve soniquete de la música *country* que surgía de la radio del coche. Eso le hizo sonreír. Sólo le faltaban unos cuantos pasos.

El terraplén era tan alto y empinado que Jonathan perdió de vista al patrullero cuando trató de llegar hasta él. No importaba. Sólo tenía que subir una corta distancia y el patrullero estaría allí de nuevo, dispuesto a ayudarlo y con capacidad de hacerlo. Empezaba a escalar cuando una pesada mano lo agarró por el hombro. Le dio la vuelta y lo clavó contra el terraplén. Liquen, encogido para que no lo vieran desde la carretera, cubrió con la otra mano la boca de Jonathan.

Jonathan quiso liberarse de una patada, pero la rodilla de Liquen lo sostuvo contra el suelo. Tanteó la tierra hasta que encontró una piedra grande. A ciegas, golpeó a Liquen en la sien.

Liquen cayó hacia atrás, soltándolo, y Jonathan se zafó y empezó a escalar a cuatro patas, esperando que la pesada tenaza de Liquen lo agarrara en cualquier momento. Pero no lo hizo. Jonathan llegó arriba y avanzó tambaleándose hacia la carretera.

—Socorro —se oyó decir.

Al otro lado de la carretera el patrullero se volvió bruscamente, con la mano en la pistolera. Era joven, de apenas veinte años, y cuando vio a Jonathan abrió mucho los ojos.

Jonathan corrió hacia él, cruzó la calle y casi tropezó, con las manos extendidas.

Una cegadora luz blanca inundó sus ojos. Jonathan se dio la vuelta y vio la rejilla del camión que se acercaba un segundo antes de que lo alcanzara. Los neumáticos chirriaron y humearon mientras el cuerpo flácido de Jonathan volaba por los aires y caía con fuerza al asfalto a seis metros de distancia.

El camión se detuvo entre chirridos y el conductor bajó en un instante, con el motor todavía en marcha. Se llevó la mano a la frente y corrió hacia Jonathan. El patrullero lo siguió.

—Ha salido de la nada —dijo el conductor, pálido y asustado—. Se ha lanzado a la carretera. No he tenido tiempo de girar ni nada. Se me ha puesto justo delante. Usted lo ha visto. Se me ha puesto delante.

—Creo que está vivo —dijo el patrullero.

El conductor se arrodilló para inspeccionar.

—No lo toque —dijo el patrullero, echando mano a su radio—. Nueve quince a central. Solicito una ambulancia en la Cuarenta y nueve, kilómetro 97. Cambio.

Su interlocutor respondía a la llamada cuando el patrullero vio un destello de movimiento en el claro, a sus pies. Con la linterna enfocó hacia abajo. Un hombretón vestido de negro corría hacia los árboles.

—¡Eh!

El hombre de negro no se detuvo.

—¡Alto!

El patrullero sacó la pistola justo cuando el hombre de negro llegaba a las sombras del bosque y desaparecía.

Las sirenas aullaban mientras la ambulancia recorría dando tumbos la carretera, camino del hospital, sacudiendo al paciente que llevaba. Jonathan yacía atado a una camilla, con un collarín, el rostro fracturado y ensangrentado. El médico se inclinaba sobre él, calibrando los daños, actuando con rapidez.

No tenía sentido: el muchacho ya iba vestido como un paciente de hospital, con la ropa verde, pero sin identificación. Aún más sorprendente: según los testigos, había salido del bosque a kilómetros de ninguna parte.

El médico cortó la camisa de Jonathan y destapó un vendaje empapado de sangre. Continuó cortando, retiró la venda y miró con horror la herida abierta. Lo que parecía ser una incisión bien suturada estaba ahora desgarrada, torcida, sangrante. El médico aplicó la presión adecuada y en cuestión de segundos sus guantes se tiñeron de rojo oscuro.

—Tiene una hemorragia abdominal masiva —le gritó al conductor—. Si no la detengo, puede entrar en parada.

Como siguiendo una pista, las máquinas que monitorizaban las constantes de Jonathan emitieron un pitido continuo. Línea plana.

—Lo estoy perdiendo.

El conductor apretó el acelerador; era tarde, la carretera estaba desierta y cada segundo contaba. Podían permitirse ir un poco más rápido.

El médico colocó gasa en la herida y agarró el desfibrilador. A menos que pudiera volver a poner el corazón en funcionamiento, Jonathan moriría en cuestión de segundos. Esperó a que la luz indicara que la carga estaba completa, luego colocó las palas sobre el pecho de Jonathan. Una sacudida estremeció el cuerpo del chico y, milagrosamente, el corazón cobró vida, latiendo de nuevo rítmicamente.

De repente, Jonathan abrió los ojos, extendió la mano y agarró al médico por la camisa, acercándose. El hombre estaba sólo a unos centímetros de la cara de Jonathan cuando de la boca del herido brotó un fluido que lo salpicó. Inmediatamente después, el monitor cardíaco indicó de nuevo una línea plana.

Sin embargo, en vez de ayudar al chico, el médico se llevó las manos a la cara y retrocedió hasta chocar con la ambulancia. Se notaba la piel ardiendo. Allí donde el fluido le había alcanzado, ardía.

Rebuscó en su material; encontró una gasa grande estéril y, vigorosamente, empezó a limpiarse la cara.

—¿Qué pasa? —gritó el conductor.

Pero el médico no respondió. Sentía como si el líquido estuviera perforándole la carne directamente hasta el hueso. Cayó de rodillas, se cubrió la cara y gritó.

El conductor perdió momentáneamente el control de la ambulancia, sobresaltado por el grito. Con un rápido volantazo, volvió a enderezarla.

—¿Qué pasa? —preguntó, muerto de pánico.

—Me quema los ojos. No veo nada. Mis ojos.

El conductor frenó. Con las luces intermitentes todavía encendidas, bajó de la ambulancia y abrió las puertas traseras. El médico se desplomó en sus brazos.

El conductor se quedó boquiabierto. La cara del médico parecía severamente quemada, como si hubiera estado sobre una llama. Lo dejó en el suelo, y el médico tosió, manchando al conductor de sangre y saliva. El conductor se secó la cara con la manga y luego vio indefenso cómo el médico se convulsionaba violentamente en el suelo.

En cuestión de segundos las sacudidas cesaron y el pecho del médico se hundió. Se quedó allí tendido, flácido, con la boca abierta, la cara quemada. Sin necesidad de buscarle el pulso, el conductor supo que estaba muerto. Frenético, arrastró al médico hasta la ambulancia. Si podía volver a subirlo, tal vez lograra resucitarlo.

Pero por mucho que lo intentó, no pudo levantarlo; pesaba demasiado. Y como la camilla estaba ocupada, su única esperanza era llamar a otra ambulancia.

Corrió hacia su asiento y buscó la radio. Fue entonces cuando el dolor lo golpeó. De repente, la cara le ardió de calor. La saliva del médico quemaba como ácido, apuñalándolo como una aguja, atravesando el tejido carnoso de sus mejillas. Gritó y cayó al suelo. Aterrorizado, logró alcanzar su asiento, puso la ambulancia en marcha y pisó el acelerador. La gravilla saltó impulsada por los neumáticos mientras el vehículo volvía a la carretera, cubriendo al médico de una nube de polvo blanco.

La puerta trasera de la ambulancia seguía abierta y la camilla rebotaba contra las paredes y el equipo médico, soltándolo y haciendo que saliera volando por la parte de atrás. Tubos y paquetes, cajas y correas cayeron a la carretera, dejando un rastro de residuos médicos. De no ser por el arnés que sujetaba la camilla al interior de la ambulancia, también habría ido a parar a la carretera.

A ciento veinte kilómetros por hora, el conductor agarraba el volante con una mano y se frotaba la cara con la otra. Cada vez le costaba más ver la carretera. Perdía la vista. Incluso el parabrisas que tenía delante era borroso y confuso.

Sin embargo, todo eso importaba poco, comparado con el dolor ardiente de su rostro. Sintió la tentación de soltar el volante y rascarse la cara con ambas manos, pero no lo hizo. Aguantó. Ya estaba cerca. Podría conseguirlo.

En un instante ese optimismo se desvaneció. La carretera giraba bruscamente y no había visto la curva.

El morro de la ambulancia se hundió cuando golpeó y luego atravesó el guardarraíl. El conductor ya había salido disparado a través del parabrisas. Voló por el barranco antes de caer sesenta metros al fondo rocoso. La ambulancia le siguió, una arrugada masa de metal retorcido y cristales rotos. Rebotó dos veces contra el acantilado antes de detenerse cerca del conductor, con sus luces de emergencia todavía destellando.

CURADOR

La alarma sonó aguda y chirriante y despertó a Frank de un sueño profundo. Se incorporó en la cama, desorientado, y parpadeó por la luz roja montada en la pared junto a su puerta.

En el pasillo había ruido y conmoción. Frank se levantó de la cama, corrió a la puerta y la abrió. Cuatro hombres, todos agentes de la ARB, salían corriendo en pijama de sus barracones y se dirigían pasillo abajo hacia los vestuarios.

El aullido de la sirena cesó, pero las luces continuaron destellando.

Carter pasó corriendo.

—¿Qué pasa? —dijo Frank.

—Parece otro simulacro —respondió Carter, sin detenerse.

Frank se apoyó contra el marco de la puerta y se frotó los ojos, cansado. Los últimos días habían sido agotadores. Riggs estaba en pie de guerra. Después de comprobar que el antivirus de Frank era efectivo, Riggs había formado un equipo de asalto para afrontar la amenaza de los curadores. El equipo estaba formado por seis agentes de campo tácticos, un experto en comunicaciones y un médico: Frank. La misión de Frank sería tratar a cualquier persona infectada que encontraran sobre el terreno y ayudar al equipo a contener el virus.

—Usted conoce y entiende el V16 mejor que ninguno de nosotros —había dicho Riggs—. Si lo encontramos, sea en un frasco o dentro de alguien, quiero que esté usted presente para aniquilarlo o contenerlo sobre la marcha.

Frank no había puesto pegatas, pero le molestaba que de pronto lo incorporaran a un equipo táctico con el que no tenía experiencia. Además, había llegado a la ARB con la idea de dedicarse a investigar o a tratar pacientes en la enfermería, no para colgarse una pistola al cinto y derribar puertas a patadas.

Y sin embargo, una parte de él ansiaba la acción, el subidón de adrenalina, la pesada marcha de las botas. Era primero soldado y médico después, o eso le habían dicho siempre sus comandantes.

Lo que no le hacía gracia eran las maniobras que precedían inevitablemente a cualquier misión de campo. Riggs había cumplido a rajatabla ese principio y los había hecho realizar maniobras sin parar durante los cuatro últimos días: establecer un perímetro alrededor de una zona caliente sospechosa, asaltar la casa, someter a la persona infectada, contener el virus y etcétera, etcétera, etcétera, una y otra vez, hasta que Frank, que creía estar en óptima forma física, tenía que arrastrarse hasta la cama cada noche, sintiendo dolor en huesos y músculos que no sabía que tenía.

En general, Frank estaba impresionado con los miembros del equipo. La mayoría eran ex militares o ex miembros de los servicios de inteligencia. Se habían incorporado a la agencia con credenciales inmejorables y hojas de servicio magníficas. Algunos incluso tenían experiencia de combate. Y aunque Frank era el único de ellos que seguía en servicio activo, tuvo que esforzarse para seguir su ritmo.

La única excepción era Peeps, el miembro más joven y más lento del equipo.

Peeps era el experto en comunicaciones y se había hecho amigo de Frank inmediatamente, ya que lo consideraba tan marginado como él. Desde su primer encuentro, Peeps se había encargado de pegarse a los talones de Frank en cada comida y explicarle lo que se podía y no se podía comer en la cafetería. Normalmente, Frank se hubiera sentido abrumado por tantas atenciones, pero por el momento no le importaba tener compañía.

—¿Vienes? —dijo Peeps.

Frank parpadeó y alzó la cabeza. Se estaba quedando dormido allí mismo.

—Es un poco tarde para otra maniobra, ¿no crees?

Peeps se encogió de hombros.

Era un chico joven, recién salido del instituto, alto, delgado como un poste, con expresión algo alendada. Su pelo castaño rizado sufría en aquel momento una grave almohaditis y unas cuantas pecas le moteaban la cara. Llevaba un pijama de algodón blanco con un superhéroe estampado y parecía haber sido teletransportado desde una fiesta del pijama de tercer curso.

—¿Qué harían si me fuera a mi habitación, me tapara la cabeza con la almohada y siguiera durmiendo? —dijo Frank.

Peeps se echó a reír, pero luego pareció no estar seguro de que lo hubiera dicho en broma.

—Será mejor que vengas —dijo.

—Bien.

Corrieron juntos hasta el vestuario.

—Eres un poco mayor para llevar eso, ¿no crees? —dijo Frank, indicando el pijama de Peeps.

—Es cómodo. Además, a las mujeres les encantan los hombres en pijama.

—No sabía que fueras mujeriego, Peeps. ¿No eres un poco joven para ir por ahí persiguiendo miembros del sexo opuesto?

—Tengo dieciocho años, muchas gracias. Ya puedo votar. Si soy lo bastante mayor para votar por el presidente, también lo soy para perseguir faldas.

Frank sonrió, ya más relajado, incluso más despierto.

—Creía que grabar en vídeo faldas era tu especialidad.

—Eso también —dijo Peeps con un guiño. Todos sabían que habían reclutado a Peeps en el instituto después de que colocara cámaras de vigilancia en el vestuario de las chicas y luego emitiera la grabación por un canal local de televisión por cable. Tras ser condenado, unos hombres vestidos con bonitos trajes conservadores le había

ofrecido una alternativa a la cárcel. Peeps, que no era idiota, aceptó la oferta.

La prensa, que había seguido el juicio y convertido a Peeps en el héroe de los varones de entre doce y veinticuatro años, le había puesto el apodo de Peeping Tom^[3], y el nombre se le había quedado. Peeps le había contado la historia a Frank con todo detalle inmediatamente después de presentarse.

Cuando llegaron al vestuario, algunos hombres ya se habían puesto el biotraje y corrían hacia los ascensores.

Frank y Peeps abrieron sus respectivas taquillas y empezaron a cambiarse. En cuanto terminaron de vestirse, apareció la agente Carmen Hernandez, vestida de pies a cabeza y lista para comenzar.

—Ya veo que os habéis tomado vuestro tiempo, chicos —dijo—. Más valdría que aceleraseis. La mayoría hemos terminado hace un minuto entero.

Peeps aplaudió.

—Bien, bravo bravísimo y enhorabuena. Estoy seguro de que la agencia otorga una medalla o algo así por vestirse rápido.

Hernandez sonrió.

—Si tú vas lento, todos iremos lentos.

Frank reconoció esas palabras como una de las frases típicas de Riggs. Como jefe del equipo de asalto, Riggs las había gritado mil veces aquellos días. Con frecuencia las dirigía a Peeps, que casi siempre era el último en todas las maniobras. Frank no sabía si la agente Hernandez se estaba burlando de Riggs o si simplemente insistía en aquel principio.

Peeps, obviamente, asumió lo segundo.

—¿Y qué vas a hacer al respecto, Nández? ¿Fusilarnos si no nos vestimos lo bastante rápido?

Era más una burla que una provocación.

Ella sonrió, metió un cartucho en la pistola y la enfundó.

—Venga ya, Peeps, ¿crees que te lo pondría tan fácil? Si fuera a matarte, lo haría despacito y bien. Te abriría en canal o algo por el estilo, y te haría un nudo en las tripas y te colgaría de la ventana.

—Aquí no hay ventanas. Estamos bajo tierra.

—Pues entonces haría que tu flaco culo atravesara la pared.

—¿Ves, Frank? —dijo Peeps—. Te lo dije. Sabe que lo tengo flaco. Me ha estado mirando el culo.

Incluso Hernandez se rió.

A Frank le caía bien Hernandez. Sus padres habían emigrado desde México antes de que ella naciera, y la habían criado en un hogar que adoraba Estados Unidos. Decidir defenderlos había sido el paso evidente: Hernandez decidió alistarse nada más terminar el instituto. La universidad acabó abriéndose paso en sus planes y, después de un período en la Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas, Hernandez fue destinada a la ARB. Llevaba el pelo negro corto, para que no le molestara el

biocasco, y tenía un rostro digno de portada de revista de modas y un aspecto que indicaba que era mejor no meterse con ella. Por lo que Frank había visto hasta el momento, Hernandez consideraba que su deber era ponerse a prueba a sí misma constantemente, como si creyera que todo el mundo esperaba menos de ella o estuviera al borde de poner en duda su capacidad porque era mujer. Nadie lo hacía, por supuesto: ella era la más preparada y dispuesta y, aunque no siempre era la primera en terminar la tarea, se aseguraba de no ser nunca la última. Cumplía bien con su deber. Los hombres del equipo, sin embargo, habían advertido a Frank: «Hagas lo que hagas, no intentes abordarla. Hernandez puede estar como un queso, pero si te pilla mirándola, es probable que te encuentres en el suelo de culo y acariciándote la nariz». Terminaron de vestirse. Frank y Peeps se habían colocado el casco, la mochila y las bombonas de oxígeno, y Hernandez los acompañó a los ascensores a la carrera.

Cuando llegaron arriba, las aspas del helicóptero estaban girando ya. Fueron los últimos en subir, y el piloto despegó en cuanto estuvieron sentados y la puerta cerrada.

Riggs les habló.

—Esto no es un ejercicio. Dos de nuestros muchachos llevan tiempo vigilando un apartamento en la zona oeste de Los Angeles. El historial médico de la niña que vive allí fue descargado del Hospital Infantil. Sospechábamos que los curadores intentarían contactar con ella, y parece que no nos equivocamos. Los chicos que vigilan el apartamento dicen que un tipo sospechoso ha entrado en el edificio hace ocho minutos.

—¿Sospechoso en qué sentido? —preguntó Carter.

—Un escaneo a distancia ha revelado que el hombre llevaba el virus encima. Así que hay un agente caliente al descubierto. No podemos meter la pata. Ésta es nuestra primera oportunidad para capturar a uno de esos tipos, así que hagámoslo bien. Peeps, quiero que conectes con el equipo de tierra. Los demás, presten atención. — Un esquema del edificio de apartamentos apareció en el monitor de pared, junto a Riggs—. Iremos al tercer piso, apartamento 309. El objetivo es Kimberly Turner, de siete años. Nuestra esperanza es llegar allí antes de que el curador salga del edificio y se tope con nuestros chicos en tierra. El agente Carter, el doctor Hartman y yo entraremos por delante, aquí. Agente Hernandez, usted entrará cuando hayamos sometido al curador y ayudará a Hartman a contener el virus. Agente Shaha, usted se encargará de los demás y tomará posiciones aquí detrás, bajo el balcón. ¿Alguna pregunta?

Nadie se movió.

—Bien. Entonces espabilen y comprueben el equipo. Saltaremos dentro de menos de dos minutos.

Peeps hizo una rápida comprobación por radio y confirmó que los comunicadores de todos funcionaban justo antes de que el piloto anunciara que se acercaban a la

zona de salto.

La voz de Riggs sonó en el casco de Frank.

—¿Cómo se encuentra?

—No recuerdo que esto estuviera especificado en el folleto de propaganda —dijo Frank.

Riggs sonrió.

—¿Trae el antivirus?

Frank dio un golpecito a la bolsa que llevaba en la cadera.

—¿Qué les dicen en el Ejército? —dijo Riggs—. ¿Mantengan la cabeza gacha?

—Y no huyan —dijo Frank.

—¿Disparen primero y pregunten después?

—Lo cierto es que los militares nunca hacemos preguntas. Sólo disparamos.

Riggs sonrió.

—No tendrá ningún problema. Todo esto es viejo para usted. Carter y yo incapacitaremos al curador. Usted entrará y contendrá a la víctima. Cuando le administre el antivirus, deje actuar a Hernandez. Está chupado, ¿no?

El helicóptero se detuvo y el piloto anunció que habían llegado a la zona de salto. Todos se levantaron y se dirigieron en fila hacia la puerta. Riggs la abrió y dejó caer las cuerdas. Las aspas del helicóptero estaban diseñadas para hacer menos ruido que el motor de un coche, así que si tenían suerte podrían saltar sin que el curador los oyera y su presencia lo alertara.

Dos agentes de la ARB de paisano esperaban abajo, en la acera, dispuestos a recibir y ayudar a los miembros del equipo que descendían. Peeps fue el primero en salir, y como deslizarse por la cuerda era el único ejercicio en el que destacaba, llegó abajo rápidamente y sin incidentes. Los otros agentes lo siguieron. Frank se deslizó detrás de Riggs, un poco más rápido de lo que pretendía. Por suerte, sus guantes absorbieron casi todo el calor.

Segundos después las cuerdas fueron recogidas y el helicóptero se marchó.

El edificio de apartamentos tenía tres plantas y era como los demás edificios caros de la zona oeste de Los Angeles. Riggs dio la señal, y todos se colocaron en posición. Frank se unió a Riggs y a Carter en la entrada del edificio y vio a Peeps seguir a los dos agentes de paisano hasta una furgoneta negra aparcada en una acera cercana.

Riggs señaló una de las ventanas del tercer piso.

—Plástico.

Frank miró y vio los plásticos colgando dentro del apartamento. Lo que Riggs había dicho era verdad: los curadores hacían que sus pacientes construyeran cortinas de contención caseras y las usaran para que el paciente estuviera aislado durante el período de gestación. Frank se estremeció al verlo.

Riggs pulsó su comunicador.

—Peeps, ¿qué tenemos?

—Estos tipos grabaron al sospechoso entrando en el edificio hace doce minutos.

Un vídeo de vigilancia apareció en la esquina interna del visor de Frank. Vio cómo el curador agachaba la cabeza para entrar en el edificio, en el mismo punto donde Frank se encontraba. El hombre era enorme, más grande de lo que imaginaba que eran los curadores.

—El objetivo es Kimberly Turner, siete años, anemia deprimocítica, hija única de Roland Turner —dijo la voz de Peeps. En el visor de Frank aparecieron fotografías de una niña negra y de su padre.

—Frank. Ésa es tu chica —dijo Riggs.

Frank afirmó con el pulgar.

—El GPS está en marcha —dijo Peeps—. El equipo está en posición y preparado. Apareció el esquema del apartamento, seguido de puntos rojos intermitentes que indicaban la posición de cada miembro del equipo. El apartamento de Kimberly brillaba en amarillo.

—Objetivo fijado —dijo Riggs—. Grabando.

Con la mano conectó una pequeña cámara situada a un lado de su casco. Frank y Carter hicieron lo mismo.

—Muy bien —dijo la voz de Peeps—. Recibo todas vuestras visuales. Las cámaras están grabando. Ahora debería llegaros el vídeo de Riggs—. En el interior del visor de Frank, sobre el plano, apareció una ventanita de vídeo, el punto de vista de Riggs. Frank y todos los demás del equipo podían ver exactamente lo que veía Riggs, el jefe del equipo.

—Cuando queráis —dijo Peeps.

Riggs tomó aire, empuñó la pistola, abrió la puerta principal sin hacer ruido y entró. Frank vio que el punto rojo que representaba a Riggs se movía por el plano de su visor, mientras el Riggs real avanzaba por el edificio. Carter entró a continuación. Frank desenfundó su arma y los siguió a los dos hacia la escalera.

Kimberly Turner estaba sentada en su habitación, agarrada a su muñeco de peluche favorito y tratando de oír lo que el gigante le estaba susurrando a su padre. Deseaba que el hombre se apresurara y se marchara. No lo quería ahí, aunque su padre le había dicho que no pasaba nada y que se sentiría mucho mejor cuando se fuera.

—Pero no sonrío —le había susurrado Kimberly—. Parece gruñón, como una persona mala.

Su padre seguramente se lo había dicho, porque el hombre sonreía constantemente. Pero la suya no era una sonrisa sincera, no era el tipo de sonrisa que le dirigía la señorita Perkins, la bibliotecaria de la escuela. Ésa sí que era una sonrisa de verdad, una sonrisa con dientes y de felicidad. Ese hombre tenía una sonrisa tan amplia y forzada que parecía que necesitara un cuarto de baño y rápido.

Y aunque no podía demostrarlo, Kimberly sospechaba que era el doctor gigante quien había hecho que su padre colgara todos aquellos plásticos en su habitación. Era

una tontería. Ni siquiera podía acercarse al vestidor.

—Pero no necesitarás nada —le había dicho su padre cuando los colgaba—. Yo te traeré todo lo que necesites y te lo pasaré por debajo del plástico.

—Pero ¿por qué no puedo traerlo yo?

—Porque tendrás que quedarte en la cama.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres días.

—¿Tres días? ¿Cómo voy a ir al colegio si tengo que estar en la cama?

—No tienes que ir al colegio. Vamos a tomarnos unas pequeñas vacaciones.

Kimberly no iba a discutir por eso.

—¿Qué haré en la cama todo el día?

—Traeré la tele aquí. Podrás verla todo el día, si quieres.

Aquello sonaba cada vez mejor y Kimberly accedió por fin. Pero ahora que el doctor gigante estaba allí, quería más detalles. ¿Por qué venía ese médico a su casa en vez de ir Kimberly y su padre a su clínica? ¿Es que no tenía una clínica? ¿Y por qué la visitaba de noche, tan tarde? ¿Por qué no había podido visitarla durante el día? ¿Y por qué era tan grande?

El único médico que había ido a su casa hasta entonces era de tamaño normal. Eso había sido una semana antes. Kimberly se había quedado muy quieta mientras él le metía un bastoncillo en la boca para obtener unas muestras que necesitaba. De *adeeme* o algo por el estilo.

Su padre llegó y se arrodilló junto a ella.

—El doctor Stone va a ponerte una inyección, Kimberly. Sólo sentirás un pinchacito, y todo habrá acabado.

Lo dijo como si no le hubieran puesto nunca una inyección, como si esperara que fuese a llorar o a negarse. Tal vez quería que lo hiciera. Tal vez su padre se sintiera algo más feliz si pensaba que estaba ayudando.

—¿Puedo agarrarte la mano mientras me la pone?

Su padre sonrió y le sostuvo la mano.

—Estaría loco si rechazara la mano de una princesa.

—¿Una princesa de hielo?

—Con patines mágicos y un vestido dorado.

Ella sonrió. Se trataba de una historia que su padre había inventado hacía tiempo, una historia que le contaba siempre que se quedaba con ella en el hospital. A veces se le olvidaban algunos detalles, pero Kimberly siempre llenaba las lagunas y le recordaba a su padre las cosas que faltaban. A su padre le hacía feliz ver cuánto le gustaba a ella la historia. Tanto, en realidad, que Kimberly empezaba a pensar que olvidaba partes adrede para que ella abriera los ojos y participara en vez de escuchar nada más.

El doctor Stone buscó en su maletín y sacó una jeringuilla llena de una medicina verde tan brillante que parecía resplandecer. Kimberly se la quedó mirando.

—Sólo dolerá un momentito, Kimmie —dijo su padre.

Ella lo miró y sonrió para demostrar que no tenía miedo.

—Por favor, espere detrás del plástico, señor Turner —dijo Stone.

—¿No puedo sostenerle la mano?

—Detrás del plástico, por favor. Es por su propia seguridad. Cuestión de vida o muerte. Me encargaré de que Kimberly se meta en la cama.

—Sí, por supuesto. —Su padre le apretó la mano con más fuerza—. Voy a estar aquí mismo, Kimmie. Todo saldrá bien. El doctor Stone se encargará de que todo vaya bien.

Ella asintió y vio cómo su padre, reacio, se colocaba detrás del plástico.

Stone se arrodilló junto a ella. Kimberly se subió la manga sin que se lo pidiera. Conocía el procedimiento. Stone limpió una zona de su brazo con un algodón, y luego destapó la jeringuilla.

Se oyó un golpe y la puerta se abrió. Tres hombres vestidos con lo que parecían ser trajes espaciales entraron en tromba en la habitación, empuñando armas. Kimberly gritó.

Riggs apuntó a Stone con su arma.

—¡Agentes federales! ¡Suelte la aguja!

Frank controló al señor Turner, con el dedo apartado del gatillo. La niña dejó de gritar pero parecía a punto de echarse a llorar. El señor Turner levantó las manos. Stone no se movió.

—He dicho que suelte la aguja. ¡Ahora!

Stone continuó sin moverse. Frank se quedó sin aliento al ver al hombre. La cabeza casi le llegaba al techo, y sus brazos eran tan gruesos como las piernas del propio Frank. Su expresión era neutra; no parecía preocuparle lo más mínimo que tres hombres armados estuvieran a punto de llevárselo detenido.

—Voy a contar hasta tres —dijo Riggs—, y si cuento tres y sigue teniendo esa aguja en la mano, aquí va a haber mucho ruido y usted va a acabar muy muerto.

La niña corrió hacia su padre y se abrazó a su cintura. El súbito movimiento asustó a Frank, que puso el dedo en el gatillo, sin apretarlo.

Relájate, se dijo. Control.

—Uno —dijo Riggs.

Stone miró a Kimberly, que estaba apenas a un metro, como si calculara la distancia entre la aguja y el brazo.

—Dos.

Stone abrió las manos para indicar que iba a obedecer.

—Déjela sobre la cama. Despacito.

—No —dijo Turner—. Espere un momento. ¿Quiénes son ustedes?

Riggs no apartó los ojos del curador.

—Somos agentes federales, de la Agencia de Riesgos Biológicos, señor Turner, y corre usted un grave peligro.

Stone bajó la aguja para dejarla sobre la cama de Kimberly.

—Ahora apártese y ponga las manos detrás de la cabeza.

Stone empezó a obedecer, pero con un rápido movimiento agarró el maletín y se lo lanzó a Riggs. El maletín giró como un *frisbee* en el aire y golpeó a Riggs en el pecho, haciéndolo caer hacia atrás. Antes de que Frank o Carter tuvieran tiempo de parpadear, el curador dio un revés a Carter, arrojándolo a un lado como si fuera un muñeco de trapo. Carter chocó contra las puertas del armario y cayó al suelo. Juguetes, ropa y cajas de los estantes le cayeron encima.

Riggs disparó desde el suelo. La bala alcanzó al curador en el hombro, y su fuerza lo desequilibró. Sin embargo, para sorpresa de Frank, el hombretón no hizo gesto de dolor alguno. Su expresión no cambió, lo que significaba que su cuerpo había respondido solamente al empujón de la bala, no al dolor que ésta causaba, como si simplemente lo hubieran empujado sin que se diera cuenta.

Antes de que Riggs pudiera volver a disparar, Stone se le echó encima, le arrancó la pistola de la mano y lo levantó, usando tanto el brazo herido como el sano.

Frank apuntó para disparar, pero Stone fue más rápido. Inhumanamente rápido. Lanzó el cuerpo de Riggs directamente contra Frank con tanta fuerza que, cuando chocaron, Frank cayó al pasillo, sin aire. Riggs rodó de lado, inconsciente, con el visor del casco resquebrajado.

Turner agarró a Kimberly y trató de protegerla.

Frank pugnó por ponerse en pie, encontró su pistola y vio a Stone apartar a Turner de Kimberly y arrojarlo a un lado. Turner chocó contra un espejo enmarcado en la pared y cayó al suelo, donde quedó inmóvil.

Kimberly gritó.

—No se mueva —dijo Frank.

Stone agarró a Kimberly, la alzó y se la puso delante, utilizándola como escudo humano. La niña pataleaba y gritaba y lloraba de miedo.

—¿Por qué tienen que interferir? —dijo Stone—. Lo que le doy a esta niña va a sanarla.

—¡Suéltela! —dijo Frank. Sabía que no podía disparar. Aunque Kimberly sólo cubría una porción del cuerpo de Stone, Frank no se fiaba de su puntería. Podía herirla.

El curador se movió, de nuevo a la velocidad del rayo; recogió la jeringuilla de la cama y se la clavó a Kimberly en el brazo. Ella gritó una vez más, ahora de dolor.

—Cójala —dijo Stone, y lanzó a Kimberly por los aires hacia Frank.

Instintivamente, Frank soltó el arma y tendió los brazos. La agarró torpemente, Kimberly pesaba más de lo que esperaba, pero cuantío cayeron al suelo parecía ilesa.

Stone, todavía sujetando la jeringuilla, se dio media vuelta, atravesó los plásticos y se lanzó contra la cristalera del balcón. La puerta se hizo añicos hacia fuera,

esparciendo esquirlas por todo el callejón, tres plantas más abajo.

Los agentes que había en la calle abrieron inmediatamente fuego, y algunos disparos alcanzaron a Stone, pero la mayoría se empotraron en el edificio. Stone era demasiado rápido. Saltó por el balcón y cayó directamente entre sus atacantes. Los disparos y sonidos de pelea continuaron mientras Frank abría la bolsa y sacaba el antivirus. Al ver otra jeringuilla, Kimberly gimió con más fuerza.

—Kimberly, necesito que me escuches. Soy el doctor Hartman. Tengo que darte esta medicina.

Ella retrocedió, asustada.

—No voy a hacerte daño. Quiero ayudar. Esta medicina te ayudará.

Ella no dejaba de llorar. Estaba demasiado inquieta. Nada de lo que él dijera podría calmarla.

—Lo siento —dijo, y la agarró del brazo. A pesar de sus tirones y su pánico, le puso la inyección. Ella volvió a gritar, con los ojos llenos de lágrimas.

Frank habló por el intercomunicador.

—Objetivo desactivado. Necesito una bolsa.

Carter sacudió la cabeza, apartó todo lo que le había caído encima desde el armario y se puso en pie.

—¿Dónde está?

Frank señaló el agujero donde antes estaban las puertas de cristal. Carter corrió y se asomó, justo a tiempo de ver a Stone saltar la valla trasera y correr por el callejón.

La voz de Peeps sonó en sus cascos.

—Se escapa. El sospechoso se dirige hacia el bulevar de Santa Momea. Y tenemos agentes caídos. Repito, agentes caídos.

Carter corrió hacia la puerta, gritándole a Frank mientras lo dejaba atrás.

—Voy tras él.

Desapareció en el pasillo justo cuando llegaba la agente Hernandez con el equipo de contención.

Se arrodilló junto a Kimberly y agitó un medidor de contaminación a su alrededor. El bastón brilló en rojo.

—Da positivo.

—Lo dará durante unas cuantas horas —dijo Frank—. El antivirus tardará un poco en hacer efecto.

Hernandez sacó una bolsa de plástico transparente de la mochila y la abrió. Parecía una bolsa de basura grande con brazos, piernas y un aparato para respirar en la cabeza.

—Kimberly, soy la agente Hernandez. No te va a gustar, pero tienes que ponerte esto.

—Carter necesita apoyo —dijo Peeps—. Repito, el agente Carter sigue una persecución en solitario.

Frank miró a Riggs, que yacía inconsciente en el suelo.

—¡Vaya! —gritó Hernandez.

Frank echó a correr, salió del apartamento y bajó las escaleras, saltando los escalones de dos en dos y de tres en tres.

—Peeps, necesito una visual más amplia.

—Roger.

El plano del edificio del visor de Frank desapareció y un mapa satélite de un radio de cuatro manzanas ocupó su lugar. El puntito rojo intermitente de Carter se superpuso a la imagen, señalando su posición mientras se dirigía rápidamente hacia el bulevar de Santa Mónica.

—Saltaron una verja que hay detrás del edificio y ahora se dirigen al norte por un callejón —dijo Peeps.

Frank salió y rodeó el edificio. Los agentes apostados bajo el balcón yacían en el suelo, repartidos por todo el aparcamiento. Uno se ponía en pie muy despacio, pero los demás estaban letalmente quietos.

Frank no se detuvo. Saltó la verja y corrió callejón arriba.

—Dame la visual de Carter.

—Roger.

La imagen del vídeo de Carter apareció en pequeñito en el visor de Frank. Como si mirara a través de los ojos del otro, Frank pudo ver a Stone delante de él, corriendo. Carter al parecer se movía también muy rápido: la imagen del vídeo se sacudía violentamente.

Frank se palpó la espalda mientras corría y abrió más la válvula de su bombona de aire para tener más oxígeno. Respiraba pesadamente y necesitaba mayor suministro. Además, el visor se estaba empañando y le impedía ver con nitidez. El aire fresco entró y el visor se despejó.

Los ha matado, pensó Frank. El curador había matado a los miembros del equipo: a Shaha, Mayo, Kim y los demás. Todos yacían muertos en el aparcamiento. O, si no estaban muertos, estaban malheridos. Incluso Riggs, a quien Frank consideraba indestructible, había caído.

Y el curador lo había hecho con las manos desnudas. Sin armas. Sólo con sus manos.

Frank oyó el chirrido de neumáticos delante cuando Stone salió del callejón y se internó en el bulevar de Santa Mónica, girando hacia el oeste para seguir corriendo por el centro de la calzada, entre el tráfico. Los coches hacían eses para evitarlo.

Carter fue tras él, corriendo rápido. Más neumáticos chirriaron. Los cláxones sonaron.

A Frank le faltaba tanto el aire que tenía la sensación de que el pecho le iba a estallar. El problema no era ya la válvula de aire. El problema era Frank. Incluso después de varios días de estricto entrenamiento, seguía sin estar preparado para correr de aquel modo.

—Peeps —oyó decir a Carter—, el visor se me está empañando, pierdo

visibilidad. Voy a quitarme el casco.

—Negativo —respondió Peeps—. Negativo. El sospechoso podría estar caliente todavía, cambio.

La imagen de vídeo de Carter pasó de pronto a estática y el punto rojo que lo representaba en el mapa de Frank se detuvo.

—Peeps —dijo Frank, entre jadeos—, ¿qué está pasando?

—Lo he perdido. Se ha quitado el casco. No tengo ninguna visual, nada que seguir.

Frank llegó al bulevar de Santa Mónica y giró al oeste en la acera. Había coches parados en la calzada. Media docena de ellos habían chocado. Los conductores bajaban de los vehículos, gritándose unos a otros, y la gente salía de tiendas y restaurantes para ver el origen del jaleo.

Frank pulsó el altavoz de su comunicador.

—Apártense —dijo.

La multitud de la acera se dispersó y la gente se hizo a un lado para dejarlo pasar. Una mujer gritó asustada al verlo con su traje.

Frank corrió tres manzanas antes de encontrar el casco de Carter en la acera. Lo recogió y continuó corriendo. El dolor en su pecho era tan intenso que tenía ganas de vomitar. No importaba cuánto abriera la boca, no recibía suficiente oxígeno. Se sentía completamente vacío de energía. Sus piernas eran de madera.

Oyó en la distancia las sirenas de las ambulancias y esperó que fueran hacia el edificio de apartamentos y no hacia la escena del choque de coches. Ninguna de las personas que había visto al pasar por el bulevar de Santa Mónica parecía herida, pero no podía decir lo mismo de los del apartamento.

Dobló la esquina, y allí estaba Carter, encogido, con las manos en las rodillas, recuperando el aliento. Solo. Frank dejó de correr, se quitó el casco y vomitó en un contenedor de basura.

Una pareja joven que había salido a pasear lo vio vomitar y se marchó rápidamente en la dirección opuesta.

Frank notó que alguien le palmeaba suavemente la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó Carter.

Frank tuvo una última arcada antes de calmarse y erguirse, con el amargo sabor del vómito todavía en la boca.

—¿Qué ha pasado?

—Había un coche esperándolo. Pero aunque no lo hubiera habido, nunca lo habría alcanzado. No ha bajado el ritmo en ningún momento. Al contrario.

—¿Te has quedado con la matrícula?

—Estaba demasiado lejos. Ni siquiera he podido ver de qué color era en la oscuridad.

Frank habló por el intercomunicador.

—Peeps, necesitamos transporte.

Una flota de ambulancias rodeaba el edificio de apartamentos cuando Frank y Carter regresaron. Médicos con la insignia de la ARB en la espalda se llevaban en camilla a los miembros del equipo. No había bolsas de cadáveres por lo que Frank podía ver, lo que fue un alivio.

Riggs estaba despierto pero conmocionado y caminaba de un lado a otro entre los heridos, calibrando los daños. Un médico trató de examinarlo, pero lo rechazó. La policía acordonaba la zona para mantener a raya a los vecinos que se estaban congregando alrededor del edificio y estiraban el cuello para ver la escena.

Frank encontró a Kimberly y a la agente Hernandez en la caja de una ambulancia. Kimberly estaba metida dentro de una bolsa de contención con el aparato para respirar cerca de la boca. Vio a Frank y, bruscamente, apartó la mirada.

Los médicos llegaron con Roland Turner en una camilla y lo metieron en la ambulancia. Kimberly se animó al ver a su padre, pero se quedó quieta cuando vio las vendas manchadas de sangre en su brazo.

—Estoy bien, princesa —dijo Turner—. Es sólo un arañazo. Ven aquí y déjame mirarte.

—Me temo que eso no es posible, señor Turner —dijo la agente Hernandez—. Kimberly tiene que quedarse aquí sentada. No puede entrar en contacto con nadie hasta que haya sido examinada y tratada a fondo.

Turner torció el gesto.

—¿Quiénes se creen ustedes que son, eh? Primero vienen a mi casa, nos apuntan con pistolas y nos ponen a mi hija y a mí en peligro.

—Señor Turner —dijo Frank—, el hombre que dejó usted entrar en su casa llevaba consigo un virus que...

—¿Cree que no lo sé? —contestó Turner—. ¿Cree que soy tan estúpido como para dejar entrar en mi casa a un tipo sin saber perfectamente bien qué trae? Mi hija está enferma, ¿me oye? Enferma. Y sufre dolor. Un dolor como no puede imaginar. Y es mi hija, no la suya. Se lo que es mejor para ella. Y vienen ustedes y lo estropean todo. No se ha curado porque ustedes han interferido, y puede estar seguro de que lo pagarán. Se lo juro.

Frank sintió una mano en el hombro y se volvió para ver que Carter lo llamaba para que se apartara del vehículo. Cuando las puertas de la ambulancia se cerraron, Turner seguía gritando.

—No se puede razonar con ellos, Frank. Ni siquiera lo intentes.

Carter lo dejó solo y Frank se quedó allí de pie, mirando el edificio de apartamentos. Agentes que no reconoció entraron con medidores de contaminación. Buscarían el virus y pondrían el edificio en cuarentena. Otros agentes escoltaban a los inquilinos del edificio, con los ojos hinchados de sueño, hasta una mesa donde los examinaban en busca de una posible infección.

Helicópteros de noticias revoloteaban barriendo con sus brillantes reflectores toda

la manzana.

Las sirenas aullaron cuando llegaron más vehículos de la policía, y los vecinos y los equipos de periodistas buscaron colocarse mejor tras la barrera policial. Si el mundo no conocía ya a los curadores, estaba a punto de hacerlo.

—¿Estás bien? —dijo Peeps.

Frank se volvió a mirarlo.

—Sí. ¿Y tú?

—Me siento como si estuviera herido, pero no lo estoy. —Sacudió la cabeza—. Teníamos cuatro hombres apostados aquí, Frank. Todos armados. Ese curador iba desarmado. Un solo tipo. Desarmado. Y estos hombres... —Señaló a los agentes que eran llevados a las ambulancias—. No han tenido la más mínima oportunidad. Ese curador podría haberlos matado, creo, si hubiera querido. Con las manos desnudas. ¿Y has visto lo rápido que corría? Le habían pegado cuatro tiros y seguía corriendo como si fuera el Hombre de los Seis Millones de Dólares. Su cuerpo hacía cosas que no debería haber podido hacer.

—Sí, lo he visto.

—¿Sabes qué creo? —dijo Peeps, adoptando un tono conspirativo—. Ese tipo tiene CIPA.

—¿Qué?

—CIPA. Insensibilidad congénita al dolor con anhidrosis. Una enfermedad genética. Rara de cojones. La gente que la tiene no siente dolor. Pueden caerse de un tejado y no enterarse de que están heridos hasta que encuentran sus brazos entre los matorrales.

—¿Un desorden genético?

—CIPA. Búscalo, si no me crees.

—¿Y crees que ese curador podría tener eso? ¿Crees que es incapaz de sentir dolor?

Peeps se encogió de hombros.

—¿Quién nos dice que todos ellos no tienen esa enfermedad? Piénsalo. Esos tipos producen un virus que juguetea con tus genes, ¿no? Y cura algunas enfermedades. Pero ¿quién nos dice que no pueden hacer lo contrario? ¿Quién nos dice que no pueden causar a una persona sana una enfermedad genética?

Frank lo consideró. Recordó *El libro de la conversión*. Galen no era contrario a manipular un ADN sano. Había abrazado la idea, de hecho.

Riggs se acercó, empuñando un comunicador de larga distancia.

—Peeps, vamos a necesitar esa furgoneta. Di al equipo de tierra que la tomamos prestada un rato. Todo el material. Si te dan la tabarra, diles que yo di la orden.

—¿Qué pasa? —preguntó Frank.

—Acabo de hablar con la central. Llamó el *sheriff* de Agoura Hills. Una ambulancia ha tenido un accidente. Tres muertos.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? —preguntó Peeps.

—El *sheriff* dice que parece que algo les ha derretido la cara.

—¿Les ha derretido la cara? —dijo Frank.

—Son sus palabras, no las mías.

Frank recordó la fotografía del agente de policía muerto que le habían enseñado.

—El helicóptero lleva a algunos de nuestros muchachos para allá —dijo Riggs—. Nosotros los alcanzaremos. Prepara el equipo.

Se marchó, y Frank cerró los ojos. La cabeza le dolía. Su biotraje estaba manchado de sudor. Le dolían los músculos por el esfuerzo. Y por cómo pintaban las cosas, la noche estaba a punto de empeorar.

SITIO

El insistente sonido del timbre despertó al director Eugene Irving de un sueño por lo demás pacífico. Se dio la vuelta, miró a su esposa, que continuaba profundamente dormida, y comprendió que ella no iba a levantarse para atenderlo. Maldiciendo entre dientes, apartó las sábanas y se levantó de la cama. Buscó las zapatillas y la bata y salió al pasillo.

El timbre volvió a sonar.

—Ya voy. Ya voy.

Pasó ante el reloj de pared y vio que eran las dos de la madrugada. Encontró el interruptor, encendió las luces y lentamente bajó las escaleras hasta la puerta principal.

Alguien llamó con los nudillos.

—Ya voy —dijo, enfadado. Encendió la luz del porche y pegó un ojo a la mirilla. Inmediatamente reconoció la silueta de pelo blanco que lo miraba. Stone.

Irving sintió un momento de pánico. Descorrió el cerrojo, quitó la cadena de seguridad y abrió la puerta.

—¿Qué está...?

Pero antes de que Irving pudiera terminar la frase, la mano de Stone lo agarró por la garganta, apretó y lo arrastró al interior de la casa mientras entraba y cerraba la puerta con el pie.

—Ha enviado a sus hombres contra mí —dijo, con un rugido grave.

Irving abrió la boca, jadeando. Trató de hablar pero no logró producir ningún sonido. Desesperado, tiró de las manos de Stone. Podría haber tirado de una montaña, para lo que le sirvió. Los pulmones le pedían aire a gritos. Notó que la cara se le ponía azul. Justo cuando empezaba a ver manchas, Stone lo soltó. Irving cayó de rodillas, jadeando y tosiendo.

Entonces las manos de Stone se movieron de nuevo, inhumanamente rápidas, y esta vez agarraron la bata del director Irving y lo levantaron del suelo, hasta acercarlo a un centímetro de la nariz del gigante.

—Explíquese.

—No sé de qué me está hablando. —Sentía el caliente aliento de Stone en la cara.

—Sus hombres. Llegaron cuando estaba tratando a una paciente, listaban vigilando el apartamento.

Y entonces Irving recordó la lista. La lista de nombres descargados.

—Encontramos una lista. Una lista de nombres que ustedes habían descargado del

Hospital Infantil. Ordené a los nuestros que vigilaran esas direcciones.

—¿Por qué no nos lo dijo?

Irving gimió.

—Fue hace varios días. Cuando di la orden creía que no mantendrían la vigilancia tanto tiempo. Me olvidé de que...

Stone lo soltó.

—Los humanos son débiles. Tendría que haberlo supuesto.

Dejó a Irving para ir a la cocina.

Mientras lo seguía, Irving se detuvo en el pasamanos de la escalera y miró hacia arriba para asegurarse de que su esposa no estuviera allí arriba mirando. No lo estaba.

En la cocina, Stone llenó un vaso con agua del fregadero y se la bebió, volvió a llenarlo y bebió por segunda vez.

—Necesito vendas —dijo.

—No debería estar aquí. No puede estar aquí. Tiene que marcharse. Ahora mismo.

—Primero necesito vendas —repitió Stone—. Y una camisa nueva.

Irving miró la camisa negra de Stone y advirtió por primera vez que la tenía empapada de sangre. Stone se quitó la camisa y entonces Irving se llevó la mano a la boca. Vio cuatro profundas heridas, de bala tal vez, en el pecho del gigante. Habían dejado de sangrar, pero eran lo bastante grandes para que Irving pudiera meter dentro un dedo.

—Vendas —dijo Stone, más insistente—. Y tenazas.

—¿Tenazas?

—Para sacar las balas.

Irving sintió que la cena empezaba a subirle por el esófago. Volvió a llevarse la mano a la boca, tragó saliva e intentó calmarse.

—Su casa es la única que conozco en la zona —dijo Stone—. No he venido a acosarlo. Necesito su ayuda. Ahora, por favor, búsqume unas tenazas y unas vendas para que pueda curarme.

Irving se compuso, se irguió y trató de parecer lo más amenazador posible.

—No respondo ante usted. Ahora, salga de mi casa.

Stone lo miró sin expresión en la cara y le habló con calma.

—¿Ve estos agujeros en mi pecho? Si puedo soportarlo, ¿cree que me sentiré remotamente intimidado por usted? O me busca lo que necesito o me verá obligado a hacerle daño.

Un minuto después, tras esterilizar las tenazas de punta larga con agua caliente y alcohol, Irving le entregó al curador lo que había pedido.

—Un cuenco, por favor —dijo Stone.

Cuando Irving encontró por fin un cuenco, Stone ya se estaba sacando la primera bala del pecho. La dejó caer en el recipiente, donde aterrizó con un tintineo. Irving se quedó allí de pie, mirando la bala ensangrentada en el cuenco que sostenía. No se

atrevió a levantar los ojos para ver a Stone extraerse las otras. Hasta la tercera bala no se dio cuenta de que Stone no emitía ningún sonido, ningún gemido de angustia. Si le dolía hurgar profundamente en su cuerpo con un par de tenazas de punta afilada, no daba muestras de ello.

Finalmente, la cuarta bala cayó al cuenco.

A continuación, Irving cortó el esparadrapo mientras Stone se aplicaba la gasa esterilizada. Cuando cubrieron el cuarto agujero ya casi había sanado. Un grueso tejido cicatrizal se formaba donde tan sólo unos momentos antes había un agujero abierto.

—¿Puede darme una camisa ahora, por favor? —dijo Stone cuando terminaron.

En vez de decirle que no tenía nada de su talla, Irving regresó de puntillas a su habitación y encontró una camiseta en su armario. Su esposa se agitó en la cama e Irving se detuvo, sin atreverse a hacer ningún ruido, temeroso de que despertara de repente y sintiera la urgencia de bajar a la cocina a tomar un tentempié. Pero se dio la vuelta y continuó durmiendo.

Cuando Irving regresó a la cocina, le horrorizó ver a Stone al teléfono. Durante un instante pensó que alguien había llamado y Stone había respondido. Pero entonces se dio cuenta de que de ser así el teléfono habría sonado. Stone le contaba a la persona con quien estaba hablando lo que le había sucedido y cómo había tenido que correr unos cuatro kilómetros hasta la casa de Irving. Cuando terminó, le ofreció el aparato a Irving.

—¿Sí? —dijo Irving, sabiendo antes de que la voz respondiera quién estaría al teléfono.

—Gracias, Eugene —dijo Galen—. Te agradezco que hayas ayudado a Stone. Me decepciona que no nos comunicaras lo de la vigilancia. Pero olvidemos eso, ¿de acuerdo? Errar es humano. Y tú, desgraciadamente, eres humano. Hemos tenido nuestros propios problemas esta noche, Eugene, o yo mismo me ofrecería para ir a recoger a Stone. Tal como están las cosas, necesito que le prestes tu coche.

El sonido de la voz del maestro era como la más suave de las brisas, tan sutil como el roce de una bola de algodón. Irving se preguntó de pronto por qué se había permitido hacer enfadar a Stone. Se merecía aquella pequeña reprimenda. Stone sólo estaba haciendo el trabajo del maestro. Y todo amigo del maestro era amigo de Irving. Le dijo al maestro que quería ir con Stone, pero el maestro, para su decepción, le dijo que era más importante que permaneciera en su posición actual.

Después de colgar, Irving advirtió lo feliz que se sentía. Le dio la camiseta a Stone, quien se la puso, y luego las llaves del coche de la encimera de la cocina.

—Acabo de pulirlo y ponerlo a punto —dijo, entregándole las llaves. Y luego, con un guiño, añadió—: Trate de no arañarlo.

Frank iba en el asiento delantero de la furgoneta mientras se dirigían al norte

siguiendo la oscura carretera hacia Agoura Hills. Riggs iba al volante. Carter y Peeps se sentaban detrás. Todos los demás, a excepción de la agente Hernandez, que había acompañado a la pequeña y a su padre a la ARB, estaban demasiado malheridos para unirse a ellos.

Dos luces rojas al frente resultaron ser bengalas de carretera, y Riggs redujo la velocidad de la furgoneta. Un patrullero estatal había cruzado su vehículo en la calzada, bloqueando el tráfico. Les indicó que pararan con su linterna, y Riggs aparcó junto a él.

—La carretera está cortada, señor —dijo el patrullero—. Tendrá que dar la vuelta.

Riggs le enseñó su identificación y el patrullero se tocó a modo de disculpa el ala del sombrero.

—Creía que ya habían llegado todos ustedes. Su vehículo no tiene ningún indicativo, de lo contrario les hubiera dado paso.

—¿A qué distancia está el lugar del accidente? —preguntó Riggs.

—No estoy muy seguro. Han bloqueado ustedes medio condado. Sólo sé lo que escucho por la radio.

—¿Y qué es?

—Bueno, sólo me entero de cosas sueltas, se lo advierto. Probablemente saben ustedes más que yo. Por lo que he oído, son dos casos. En uno hay sólo un cadáver, tirado a un lado de la carretera. Y el otro es el accidente, unos tres kilómetros más adelante. Una escena desagradable, he oído. La ambulancia se cayó por el acantilado.

—Gracias por la advertencia —dijo Riggs, poniendo el coche en marcha.

El patrullero apoyó la mano en la furgoneta, retrasándolos.

—¿Qué se supone que llevaba la ambulancia? ¿Material de riesgo? Debe de ser algo gordo para movilizarlos a todos ustedes.

—Gracias por su ayuda —dijo Riggs. Sorteó las bengalas y dejó atrás el coche patrulla.

Tres kilómetros más adelante se encontraron con el primer cadáver. Una docena de hombres con biotraje rodeaba el cuerpo; algunos tomaban fotos, otros muestras de sangre. Riggs detuvo la furgoneta, aparcó y se puso un biocasco. Los otros lo imitaron y comprobaron que no hubiera pérdidas antes de bajar del vehículo.

Los agentes reconocieron a Riggs y le dejaron paso. Frank y él se agacharon junto al cadáver. La cara del médico de la ambulancia estaba severamente quemada y marcada de puntos negros.

—¿Han tomado una muestra? —le preguntó Riggs a uno de los agentes.

—Es definitivamente el V16 —respondió el agente—. Creemos que pudo contraerlo de la persona que llevaban en la ambulancia, fuera quien fuese.

—¿Dónde está la ambulancia?

—Todo recto —dijo el agente, señalando la carretera.

Riggs les dio las gracias, les dijo que metieran con cuidado el cadáver en su bolsa correspondiente y luego regresó a la furgoneta con Frank y los demás.

La carretera estaba regada de restos. Riggs tuvo que conducir despacio, esquivando las cajas y el equipo que habían caído de la ambulancia. Aparcó junto a una gran tienda blanca levantada en la calzada y condujo a Frank y a Carter al interior. Peeps se quedó en la furgoneta para suministrar las imágenes de vídeo.

La tienda era un hervidero de actividad. Habían colocado una larga fila de mesas directamente sobre la línea amarilla discontinua que separaba los dos carriles. En las mesas había equipo de diagnóstico y ordenadores. Una docena de agentes con biotraje se ocupaba de diversas tareas.

Uno grueso con gafas de pasta bajo el biocasco saludó a Riggs cuando entraron.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó éste.

El agente los condujo a través de la puerta trasera de la tienda hasta el lugar donde la ambulancia se había precipitado por el barranco. El quitamiedos roto era una retorcida maraña de metal y lodo. Varias luces de alto voltaje habían sido colocadas alrededor de una pequeña grúa asegurada a la cara del precipicio. Una cuerda negra pendía de su extremo.

—Por favor, dígame que no es el único camino de bajada —dijo Carter.

El agente pareció cohibido.

—El viento en este barranco es demasiado fuerte para que los helicópteros puedan llegar abajo sin incidentes. Y no hemos encontrado ninguna vía de acceso. Por el momento, la cuerda es lo que tenemos.

Frank se acercó con precaución al borde y se asomó. Había un largo camino hasta el fondo. Dos grupitos de agentes estaban ya abajo, examinando los cadáveres. La ambulancia estaba volcada, tan destrozada y aplastada que parecía sólo remotamente un vehículo.

Frank se mordió el labio superior. A cualquier altura de más de tres metros se le erizaba el vello de la nuca. Se apartó del borde, mareado.

—¿Estás bien, Frank? —preguntó Carter.

—Bien.

Sin decir palabra, Riggs agarró un arnés y empezó a ponérselo. Se deslizó por la cuerda antes de que Carter y Frank hubieran asegurado sus arneses.

Frank fue el último en bajar. Se quedó al borde del precipicio varios minutos, haciendo acopio de valor.

El agente de las gafas esperaba a su lado.

—¿Necesita ayuda, señor? —dijo por fin.

Como Frank no contestó, el agente insistió.

—¿Señor? La cuerda... ¿Necesita ayuda con la cuerda?

Frank lo miró.

—No —dijo con una sonrisa—. Simplemente, no soy un gran aficionado a las alturas, eso es todo.

El agente asintió.

—No tiene que avergonzarse, señor. Conozco la sensación. A mi esposa le dan

miedo las arañas. Grita como una niña pequeña cada vez que ve una.

Frank forzó una sonrisa.

—Gracias. Eso me hace sentir mucho mejor.

Pasó por el borde del barranco y dejó que la gravedad tirara de él hacia abajo.

En el fondo, otro agente lo llevó al lugar donde habían depositado el cadáver de Jonathan. Riggs y otro agente estaban agachados junto al cuerpo cuando llegó.

Frank había asistido a soldados heridos. En Oriente Medio, cuando la amenaza de las armas biológicas ya no preocupaba, el Ejército lo había puesto de ayudante de cirujano en un hospital de campaña. Había sido un trabajo difícil, con jóvenes soldados heridos por granadas y metralla de mortero. Frank se había esforzado por borrar esas imágenes de su memoria. Todas regresaron de golpe en el momento en que Frank vio al muchachito con ropa de hospital tendido en el suelo del barranco y convertido en un amasijo ensangrentado.

—Esto no es nada —dijo el agente que lo acompañaba—. Debería ver al otro tipo.

Señaló a un grupo de agentes situado a unos veinte metros de distancia.

—Atravesó el parabrisas y se estrelló contra las rocas.

Riggs apuntó al cadáver con su linterna.

—¿Dice usted que tenía una herida previa?

El agente se arrodilló junto a él.

—Sí, señor. Aquí, en el abdomen. Todavía tenía estas vendas en la cintura. Calculo que desde hace un día.

Frank se agachó y echó un vistazo.

—Parece una cicatriz quirúrgica.

El agente asintió.

—Sin duda. Todavía se ven los puntos.

Insertó los dedos en el costado de Jonathan y retiró un pedazo de piel. La sutura estaba allí, en efecto, pero la mayoría de los puntos se habían abierto y colgaban de la carne.

Carter, asqueado, se apartó para seguir mirando desde lejos.

—Peeps, ¿estás recibiendo todo esto? —preguntó Riggs.

—Afirmativo. Y he perdido el apetito.

Riggs se volvió hacia Frank.

—¿Por qué necesitaría que lo operaran aquí?

Frank se colocó la linterna a un lado del casco y abrió la herida para mirar en su interior. No tardó mucho en confirmar sus sospechas.

—Un trasplante de riñón —dijo.

—¿Un trasplante? Creía que los riñones estaban más arriba, en el abdomen.

—Lo están. Solemos creer que los trasplantes son quitar un órgano y sustituirlo por otro. No es el caso de los riñones. Los viejos riñones no se extraen. El nuevo riñón simplemente se coloca bajo ellos, más cerca de la ingle. Mire, pueden verse las

suturas de la uretra a la vejiga.

El agente miró con atención.

—Tiene razón.

Riggs miró también, y luego se volvió hacia el agente.

—¿Y estás seguro de que estaba infectado por el virus?

—No sólo infectado, señor. La concentración de virus es muy alta. Nunca había visto una lectura como ésta. Los de la ambulancia no tuvieron ninguna oportunidad.

Riggs se levantó.

—¿Qué te parece, Frank?

Frank se encogió de hombros.

—Es posible que se contagiara del riñón. Eso sucedió hace unos cuantos años en Atlanta. Una chica muere en accidente de coche y, como era donante, sus riñones, el hígado y el corazón fueron trasplantados a cuatro personas en lista de espera. Al cabo de unos cuantos días uno de los trasplantados se muere y los otros tres están en estado crítico. Resulta que la chica era portadora del virus del Nilo Occidental, pero no había mostrado aún los síntomas. Así que sus órganos infectaron a los receptores de los órganos. Los médicos hicieron más mal que bien.

—Entonces, quien le dio este riñón pudo ser portador del V16.

—Tal vez. Pero, si es así, me gustaría saber cómo ha sobrevivido tanto tiempo. Si el virus procedía de un donante infectado, el riñón tendría que haberlo matado casi al instante. Lo más probable es que el virus que transportaba fuera creado para él, ya que ni el riñón ni el virus parecen ser la causa de la muerte.

Riggs se volvió hacia el agente.

—¿Y no llevaba documentación?

—No, señor.

—¿Y las huellas?

—Las estamos cotejando, señor. Si aparece en alguna base de datos, lo sabremos dentro de poco.

—Bien. Mientras tanto, quiero una muestra de tejido del riñón. Analícenla y compárenla con las otras muestras que han tomado.

—Sí, señor.

—Luego quiero que alguien contacte con todos los hospitales en un radio de ochenta kilómetros a la redonda para ver si a alguien le falta un paciente trasplantado. Si a este chico le han dado un riñón en las últimas cuarenta y ocho horas, todavía debería estar en el hospital. Nadie le ha dado de alta. Así que se ha escapado de alguna parte. Quiero saber de dónde.

—Sí, señor.

—Puedes comprobarlo —dijo Frank—, pero me sorprendería que hayan practicado esta intervención en ningún hospital.

—¿Por qué lo dices? —dijo Riggs.

—Mírale los brazos. Los pinchazos. ¿Ves estas marcas de aquí? El chico era

adicto, probablemente a la heroína. Y algunas de estas marcas son bastante recientes, de hace unas cuantas semanas como mucho.

—¿Me estás diciendo que ningún hospital trataría a un adicto a la heroína?

—No le realizarían un trasplante de órganos. Tienes que estar limpio para eso. La demanda de órganos es demasiado alta para dárselos a gente que no los cuidará bien. Por eso tanta gente muere de cirrosis: no pueden renunciar al alcohol el tiempo suficiente para ser candidatos a un nuevo hígado.

Riggs se agachó y examinó los brazos del muchacho.

—Y mírale los pies —dijo Frank—. Laceraciones múltiples, barro, espinas. El chico huía de algo y no tuvo tiempo de ponerse los zapatos. ¿Quién huye de un hospital?

Riggs miró al agente.

—¿Quién vio el accidente y llamó a la ambulancia?

—Dijeron que llamó un ayudante del *sheriff*.

—¿Tenemos un nombre? —dijo Riggs.

El agente comprobó sus notas.

—Ayudante Melvin Dixon.

—Quiero un informe escrito de ese tipo lo antes posible. Qué vio. De dónde salió este chico. Todos los detalles.

—Sí, señor.

—Y quiero que lo traigan aquí. Probablemente no se haya contagiado, o estaría tan muerto como estos dos, pero quiero hacerle un reconocimiento completo de todas formas. Sólo para asegurarnos.

—Sí, señor.

—Un momento —dijo Frank. Estaba arrodillado junto al chico—. Tiene algo en la nuca.

Giró la cabeza para permitir que Riggs y el agente lo vieran.

Riggs se agachó de nuevo y apuntó con su linterna.

—Son puntos —dijo.

La herida del muchacho, de unos cuatro centímetros, bajaba por el centro de la nuca, comenzando justo por debajo de la línea del pelo.

—¿Qué es eso? —dijo el agente.

—Es un corte demasiado limpio para ser una herida —respondió Frank—. Parece otra cicatriz quirúrgica. —Levantó una mano—. Présteme sus tijeras.

El agente buscó en su maletín y sacó un par de tijeras quirúrgicas.

Frank cortó con delicadeza los puntos. La herida se abrió y los tres hombres lo vieron de inmediato. En el cuello del chico había una diminuta luz intermitente.

SANGRE

Frank bajó del helicóptero en cuanto aterrizó en el helipuerto de las instalaciones subterráneas de la ARB. Los ordenanzas que lo estaban esperando lo ayudaron a sacar las tres camillas del helicóptero. Atada a cada camilla había una bolsa de plástico con un cadáver. Cuando las aspas del helicóptero empezaron a parar, Frank y los ordenanzas empujaron las camillas hacia el ascensor y bajaron al Nivel 4.

Según la base de datos federal, las huellas dactilares del muchacho correspondían a Jonathan Fox, de quince años. Jonathan había sido arrestado el año anterior en Los Ángeles por posesión de drogas y había sido condenado a servicios comunitarios. No había llegado a cumplir condena y el tribunal no tenía ninguna dirección del muchacho. Vivía en la indigencia, supuso Frank.

Una vez dentro del Nivel 4, Frank pidió a los ordenanzas que llevaran al conductor de la ambulancia y al médico al depósito. Condujo a Jonathan a una sala aparte, abrió la bolsa y examinó el cadáver.

Con el equipo adecuado a su disposición, Frank pudo abrir más la herida de la nuca.

La luz parpadeante procedía de un chip de ordenador unido a la base del tallo encefálico. Una docena aproximada de cables de fibra óptica del chip se hundía en el tejido neural.

Le costó un poco, pero Frank logró extraer el chip sin dañarlo. Lo puso bajo el microscopio y buscó una marca de fábrica o cualquier cosa que pudiera ayudarle a determinar su origen. No encontró nada útil.

La única explicación que se le ocurrió, y que tenía sentido, era que los curadores se lo habían implantado al muchacho. La pista obvia era la presencia del virus en su organismo. Pero, acerca de por qué motivo habían trasplantado los curadores un órgano a Jonathan o insertado un chip de ordenador en la base de su cerebro Frank sólo podía hacer conjeturas.

Guardó el chip en un pequeño recipiente de cristal, luego llamó al forense de la agencia para que realizara un examen más concienzudo del cadáver.

A la mañana siguiente dejó el recipiente encima de la mesa de Peeps.

—¿Has visto alguna vez un chip como éste?

—No me digas que es lo que encontraste dentro de ese tipo.

Frank esperó. Peeps suspiró y colocó el recipiente bajo una lupa unida a su mesa por un brazo móvil.

—Nunca había visto un diseño así. Sea lo que sea, parece capaz de albergar un

montón de memoria.

—¿Quieres decir que almacena datos? —dijo Frank—. Creía que los chips eran sólo procesadores.

—Eso demuestra lo poco que sabes. —Peeps giró el recipiente para que la luz incidiera en el chip de forma diferente—. Espera un segundo —dijo—. Esto podría ser un chip biomédico... ya sabes, de los que podrías encontrar en una prótesis robótica, estimulado por enzimas u hormonas o electrodos neurales, ese tipo de cosas.

—¿Qué quieres decir con «estimulado»?

Peeps se encogió de hombros.

—Bueno, un chip como éste normalmente está en estado latente en el cuerpo. Podríamos decir que está desconectado. Sólo se activa cuando entra en contacto con, a falta de otro término mejor, un jugo interno específico. Si lo alcanza cierta hormona, por ejemplo, se vuelve operativo.

—¿Y qué hace?

—Bueno, ésa es la pregunta del millón. Los chips hacen aquello para lo que han sido diseñados. Algunos, por ejemplo, pueden notificar a los diabéticos que su nivel de insulina está bajo. Podría ser cualquier cosa.

—¿Puedes averiguar qué contiene? ¿Puedes acceder a los datos?

Peeps negó con la cabeza.

—No sin el desencadenante. Tengo que conectarlo primero. Puedo conectarlo a mi sistema, pero sin el desencadenante, no hará nada.

—Entonces tenemos que encontrar el desencadenante.

Peeps se echó a reír.

—Para eso tendríamos que tomar muestras de ese chico, de su sangre o su bilis o lo que sea, y luego ir dejando caer esas muestras sobre el chip con la esperanza de que haga algo, dispare algo, inicie algún proceso. Y nos haría falta muy buena suerte para encontrar a alguien dispuesto a hacer eso.

Frank sonrió y le dio una palmadita a Peeps en el hombro.

—Gracias, Peeps. Sabía que podía contar contigo. Si necesitas ayuda, dímelo.

Se marchó, dejando el frasco en manos de Peeps.

Frank regresó al vestuario dispuesto a entrar en el Nivel 4. Encontró allí al director Irving esperándolo.

—Frank, concédame un momento, por favor.

—Por supuesto, señor.

—Me gustaría que volviera al lugar del accidente esta mañana. Encuentre al ayudante del *sheriff* que vio el accidente. Consiga un informe completo. Me gustaría saber exactamente de dónde salió ese Jonathan Fox. Tal vez el ayudante viera algo que pueda orientarnos en la dirección adecuada.

—Buena idea, señor, pero ¿puedo sugerir que vaya otro miembro del equipo en mi lugar? Iba a examinar el cadáver para...

—Eso puede hacerlo cualquier otro —dijo Irving, impaciente—. Ese chico estaba

infectado, Frank, y es usted nuestro especialista en este asunto del V16. Quiero que se encargue usted.

—Muy bien. ¿A quién debería llevar conmigo, señor?

—¿Llevar con usted?

Frank arrugó el entrecejo, inseguro.

—¿Prefiere que vaya solo?

—¿Qué? ¿Solo? No, no, por supuesto que no. Llévase... a Carter. Llévase al agente Carter. Pero sólo ustedes dos. Y salgan de inmediato. Ni una palabra de esto a nadie. Todo este asunto del trasplante de riñón me pone nervioso, Frank. No quiero aumentar la ansiedad que hay por aquí hasta que sepamos a qué nos enfrentamos. — Se dio un golpecito en la frente con la yema de los dedos, súbitamente distraído.

Frank se quedó un momento a la espera de más instrucciones, mientras Irving contemplaba ausente la puerta. Al cabo de un prolongado silencio, Frank preguntó vacilante:

—¿Eso es todo, señor?

Irving se sobresaltó, como si hubiera olvidado que Frank estaba allí.

—¿Todo? Sí, sí, eso será todo. Hágalo por mí, Frank.

Luego, sin decir nada más, se fue.

Frank lo miró marcharse y advirtió un leve temblor en las manos de Irving.

La oficina del *sheriff* de Lost Hills, que tenía jurisdicción sobre Agoura Hills y estaba situada al norte de Los Angeles, en Calabasas, era poco más que unas cuantas mesas, un depósito de agua y montones de papeles sin clasificar. Frank y Carter encontraron al ayudante Melvin Dixon sentado a una mesa comiéndose un bollo.

Carter le mostró su placa.

—Agente Dixon, soy el agente especial Carter, de la Agencia de Riesgos Biológicos. Éste es el agente Hartman. ¿Le importa si le hacemos unas cuantas preguntas?

Dixon se limpió las manos con una servilleta.

—¿Sobre qué?

—Sobre el accidente del que fue testigo anoche.

Dixon se limpió los dientes con la lengua y sacudió apenado la cabeza.

—Una cosa horrible, lo más espantoso que he visto en la vida. El chico salió de la nada. El camión no tuvo tiempo de dar un volantazo ni nada. Y el sonido cuando lo golpeó... ¿Saben ese sonido, cuando tienes un puñado de palitos en las manos y los rompes contra la rodilla? Terrible. Simplemente terrible.

—¿Por qué estaba allí la víctima? —preguntó Carter.

Dixon se acomodó en su asiento y cruzó las manos sobre el estómago.

—Bueno, no puedo estar seguro, porque ese chico, la víctima, como usted lo llama, me dijo algo que no pude oír. Creo que quería que lo ayudara. Creo que un

hombre estuvo persiguiéndolo.

Carter alzó una ceja.

—¿Un hombre?

—Un tipo grandote. Así de alto. —Levantó la mano por encima de la cabeza para sugerir la altura del hombre—. Y rápido además.

Carter y Frank intercambiaron una mirada.

—¿Dice usted que ese hombre estaba persiguiendo a la víctima? —preguntó Carter.

—Tal vez. Es difícil de decir. Puede que estuvieran juntos. No estoy seguro.

—¿Qué le ocurrió? —dijo Carter—. Al alto. ¿Qué hizo después del accidente?

—Eché a correr hacia el bosque. Rápido como una bala.

—¿Ha informado de todo esto a la ARB? —preguntó Frank.

Dixon volvió a limpiarse la cara con la servilleta.

—Todavía no. Después del accidente terminó mi turno. Menos mal. Me dio un susto de muerte, como pueden suponer. Pero les escribiré un informe, si quieren.

—Cuéntenos más del hombre alto —dijo Carter—. ¿Siguió a ese tipo hacia el bosque?

Dixon se ruborizó.

—Bueno, tuve que quedarme con la víctima del atropello. La ambulancia venía de camino y todo eso. Y el chico estaba allí tirado en la carretera. Tuve que bloquear el tráfico. Cuando la ambulancia llegó y se fue, supuse que el tipo alto se habría perdido de vista.

—¿Puede mostrarnos dónde sucedió eso?

Dixon se puso el sombrero de ala ancha. Siguieron su coche patrulla hasta el lugar donde el camión había atropellado a Jonathan. Dixon bajó, volvió a contar el incidente y les enseñó a Frank y a Carter las huellas de los neumáticos.

—Salió de aquí mismo —dijo, señalando el punto del terraplén por donde había aparecido Jonathan—. Parecía un fantasma, todo lleno de cortes y blanco como la muerte. —Señaló el claro—. Y el tipo alto salió corriendo de entre los árboles, por allí.

—¿Usted encontró también al médico de la ambulancia? —dijo Carter.

Dixon asintió.

—Cuando la ambulancia no apareció por el hospital, me llamaron de la central para que fuera a ver qué había pasado. Encontré al médico a un lado de la carretera y luego descubrí que la ambulancia se había caído por el barranco. —Sacudió la cabeza—. Juro que nunca había tenido una noche como ésa, ni la quiero volver a tener.

—¿No tocó usted a ninguna de las víctimas? —dijo Frank.

—Oh, no —respondió Dixon, agitando rápidamente las manos—. No señor, no las toqué. Ni se me ocurrió. Y menos mal que no lo hice.

Carter y Frank se pusieron sus biotrajés y le dijeron al ayudante Dixon que esperara junto a la carretera. Carter sacó entonces su medidor de contaminación y

condujo a Frank terraplén abajo; juntos cruzaron el claro.

No tardaron en encontrar rastros en la hierba de la sangre infectada de Jonathan. El medidor pitaba y pasaba de blanco a rojo cada vez que detectaba una pisada ensangrentada.

Siguieron las huellas hasta la linde de los árboles, desfundaron sus pistolas y se colocaron las gafas medidoras de contaminación delante de los visores. Con las gafas puestas, el mundo se volvió verde radiactivo. Las manchas rojas del suelo indicaban dónde había pisado Jonathan dejando rastros del V16.

Toda aquella zona tendría que ser puesta en cuarentena, pensó Frank, e incluso quemada.

Guiándose por las gafas, seguir las huellas de Jonathan por el bosque fue sencillo. Sin embargo, avanzaron despacio y con cautela, para que ninguna rama se quebrara y les rasgara el biotraje. Varias veces perdieron las huellas de Jonathan y en dos ocasiones tuvieron que darse la vuelta y probar en una dirección distinta para volver a encontrarlas.

Veinte minutos más tarde encontraron una jeringuilla usada en los matorrales. Riggs le pasó el medidor; el indicador identificó la sustancia como morfina.

—Un analgésico —dijo Frank—. Si el chico acababa de ser operado, tenía que sentir mucho dolor. No habría podido moverse sin tomarlo.

Guardaron la jeringuilla y llegaron al lecho de un riachuelo. Después de caminar arriba y abajo por la orilla, encontraron de nuevo la pista de Jonathan y la siguieron hasta la cima de una colina. Frank tenía ganas de tomar un largo trago de agua, pero no se atrevió a quitarse el casco en una zona repleta de virus.

Quince minutos más tarde llegaron a una verja. Más allá, había un viejo edificio de dos plantas.

—Tendríamos que pedir refuerzos —dijo Frank—. No me gusta el aspecto de esto.

—A mí tampoco —dijo Carter.

Unos fuertes ladridos los sobresaltaron y Frank dio un respingo. Dos dóberman se abalanzaron sobre la verja y siguieron ladrando hasta que Carter sacó un pequeño aerosol de su cadera y les roció el hocico a los animales, que inmediatamente se quedaron flácidos y se desplomaron.

—Buen truco —dijo Frank.

—Yo diría que tenemos unos cuarenta minutos antes de que se despierten y empiecen a ladrar otra vez.

Se quedaron allí en silencio un momento.

—Bueno —dijo Frank—. ¿Vamos o nos quedamos?

—Al menos deberíamos saber dónde nos vamos a meter. Este lugar podría estar vacío.

—Entonces, ¿para qué tienen perros guardianes?

—Tal vez sea un almacén o algo por el estilo. Al menos deberíamos echar un

vistazo.

Carter empezó a escalar la verja. Frank inspiró profundamente, se guardó el arma y escaló tras él.

Cuando estuvieron al otro lado, pasaron con cuidado junto a los perros y se dirigieron a la parte delantera del edificio.

Gran parte de los ladrillos estaban cubiertos de hiedra, y casi la mitad de las ventanas, rotas. Frank apartó la hiedra de un cartel situado cerca de la puerta, cuyo texto era: «Residencia Happy Mountain. Centro de asistencia». Carter empujó la puerta, que se abrió con un fuerte chirrido de goznes. Más allá de la puerta sólo había oscuridad.

—Tal vez esté vacío —dijo.

—Tal vez no —dijo Frank.

Carter sacó la linterna, la encendió y se la colocó a un lado del casco. Frank lo imitó; los dos haces de luz brillaron como largas jabalinas blancas en la oscuridad. Entonces, con las pistolas preparadas, cruzaron la puerta y entraron en el edificio.

El ayudante del *sheriff* Dixon estaba aburrido hasta el punto de la desesperación. Había pasado más de una hora y los agentes de la ARB no habían vuelto todavía. Estaba sentado sobre el capó de su coche patrulla y comprobó el reloj por enésima vez. Estuvo tentado de meterse en el coche y marcharse.

Gruñendo de frustración, saltó del capó, bajó el terraplén y cruzó el claro, cuidando de mantenerse apartado de los puntos donde se veían las manchas de sangre.

Cuando llegó a los árboles, gritó:

—Hola.

Unos cuantos pájaros salieron volando, pero por lo demás, sólo le respondió el silencio.

—Hola —gritó con más fuerza—. ¿Pueden oírme?

Nada.

—Los de la ARB, será mejor que vuelvan. Ya casi es la hora de mi almuerzo.

Los árboles permanecieron en silencio.

Dixon pasó por encima de unos matojos y se internó un poco en el bosque. Todavía podía ver su coche patrulla desde allí, pero si seguía avanzando lo perdería de vista.

Una rama chasqueó a su izquierda.

Dixon se dio media vuelta y no vio a nadie.

—¿Agente como-se-llame? ¿Es usted? ¿Hola?

Una rama chasqueó a su derecha.

Dixon volvió a darse media vuelta. Y, una vez más, no había nadie. Echó mano a la pistolera. Encontró la correa de cuero que mantenía el arma en su sitio y la soltó.

Sus ojos no dejaban de moverse, escrutando el bosque. Estaba muerto de miedo. Sacó la pistola con las manos temblorosas y no vio la figura que se abalanzaba hacia él hasta que fue demasiado tarde. Dixon sintió un pesado puño golpearle la sien. La pistola se le cayó de la mano y todo se volvió negro.

Liquen se arrodilló junto al cuerpo del policía caído y comprobó su pulso. Le parecía que no le había golpeado demasiado fuerte, pero no estaba seguro. A Liquen le costaba determinar cuánta fuerza usar en situaciones semejantes. Demasiada y podía arrancarle la cabeza al hombre. Demasiado poca y podía simplemente enfurecerlo y recibir un tiro.

Lo había hecho bien. Su corazón latía. El ayudante del *sheriff* estaba vivo todavía. Y menos mal. El profeta había dado instrucciones muy claras.

Liquen llamó a los dos curadores que estaban ocultos cerca. Se acercaron corriendo.

—Llévalo a la carretera. Metedlo en la furgoneta, pero cuidado con el tráfico. Que no os vean. Luego, moved los vehículos.

Ellos asintieron. Uno de los curadores se cargó a Dixon al hombro y se marcharon corriendo hacia la carretera.

Liquen se quitó la mochila de los hombros. Dentro había varios pulverizadores, líquidos y otros descontaminantes. Sacó uno, olfateó el aire y siguió el olor hasta que encontró una de las pisadas ensangrentadas de Jonathan en la hierba. Roció la huella y la zona circundante hasta estar seguro de que la sangre estaba lo bastante diluida para que ningún escáner la detectara. Había cientos de huellas, pero ahora que habían cumplido su propósito (los olores de los agentes de la ARB aún estaban frescos en el aire), Liquen inició la tarea de descontaminar toda la zona y borrar cualquier rastro de Jonathan Fox.

Así de sabio era el profeta. Así de intrépido. Sólo él podía haber transformado lo que debería haber sido una inmediata ruina en una oportunidad semejante. ¿Cómo podía nadie poner en duda su grandeza?

Liquen levantó la nariz y olfateó una vez más, buscando en el viento una vaharada de la sangre de Jonathan Fox.

OSCURIDAD

Frank y Carter enfocaban con sus linternas el vestíbulo de la Residencia Happy Mountain.

—No es el Ritz Carlton —dijo Carter.

Frank no pudo sino estar de acuerdo. Lo que en su día fuera un establecimiento bien amueblado e incluso elegante, no era más que un vertedero. Las paredes estaban llenas de pintadas, los muebles, volcados y rotos. Latas de cerveza aplastadas y colillas de cigarrillo cubrían el suelo.

—Un puñado de adolescentes se ha colado en este sitio un centenar de veces —dijo Carter.

—Pero parece que aquí no ha entrado nadie desde hace años —respondió Frank.

Se adentraron en el edificio y llegaron ante unas puertas dobles cerradas con una cadena oxidada y un candado. Carter encontró una barra de hierro en el suelo, la introdujo en uno de los eslabones de la cadena e hizo palanca. El eslabón oxidado se partió y Carter soltó la cadena.

—Esta cadena puede que esté aquí por un motivo, ya sabes —dijo Frank.

Carter le hizo un guiño y abrió la puerta.

La habitación del otro lado estaba aún más oscura que el vestíbulo. Avanzaron con cautela y barrieron el espacio con sus linternas. Era una zona grande, con telarañas y polvo y una amplia isla octogonal en el centro, el tipo de isla que pudo haber servido como mostrador de recepción o puesto de enfermeras. Frank iluminó las paredes con el haz de su linterna. Al parecer, los vándalos no habían llegado hasta tan lejos; en las paredes y los suelos no se veían pintadas ni basura.

Cruzaron la sala y encontraron dos pasillos paralelos que conducían hacia el corazón del edificio.

La luz de Carter iluminó un cartel en la pared.

—Estos pasillos conducen a las habitaciones de los residentes. ¿Las registramos?

—Parecen tan desiertas y oscuras como el resto de este sitio. ¿Qué hay que comprobar?

—¿Te da miedo la oscuridad, Frank?

—Me dan miedo las cosas que acechan en la oscuridad. No deberíamos estar aquí solos.

Carter le indicó a Frank el otro pasillo.

—Tú ve por ése y yo comprobaré este otro.

—No quieres entrar en razón, ¿eh?

—Mira, no me entusiasma tampoco esta situación —dijo Carter—, pero todavía no tenemos nada. Si nos volvemos ahora y traemos al equipo a esta montaña sólo para descubrir que en este edificio no hay más que olores rancios, no le haremos ningún favor a nadie. Sólo nos quedan cuarenta minutos de oxígeno, así que nuestro tiempo es limitado. Si vamos a barrer este lugar, cubriremos más terreno si nos separamos.

Frank empuñó con más fuerza su pistola y tomó por el pasillo asignado. Cuando se volvió a mirar, Carter ya había desaparecido.

Frank se internó en el oscuro pasillo, con los ojos bien abiertos. Se detuvo en la primera habitación que encontró y comprobó el interior. Estaba vacía y se parecía a todas las habitaciones de hospital que había visto; incluso tenía un pequeño cuarto de baño adyacente.

Más adelante, el pasillo describía una curva. Frank dobló una esquina y vio una puerta ante sí con una rendija de luz debajo. Picado por la curiosidad se acercó. La puerta estaba cerrada. Un pequeño teclado en la pared tenía en un lado una lucecita intermitente.

Frank pulsó su comunicador.

—Carter.

La voz de Carter respondió.

—¿Sí?

—Puede que haya encontrado algo. Aquí hay una puerta con luz al otro lado. Y un teclado en la pared. Parece que tiene electricidad.

—Voy para allá.

El comunicador chasqueó cuando Carter soltó su botón.

Frank examinó el teclado con atención. Tenía aspecto moderno, con pantalla digital y de acero pulido, un diseño demasiado nuevo para ser parte del sistema de seguridad original del edificio.

Usando un destornillador pequeño, fino como un lápiz, que llevaba en la bolsa, Frank soltó la tapa del teclado y dejó al descubierto los intrincados circuitos, que sondeó en los lugares adecuados con la punta del destornillador (un truco aprendido en el Ejército). Del teclado saltaron chispas y se cortocircuitó.

Hubo un chasquido cuando el cerrojo se soltó y se abrió la puerta.

Una cegadora luz blanca surgió de la habitación e inundó el pasillo. Frank se llevó una mano al casco y se cubrió los ojos para permitir que se aclimataran poco a poco a la claridad.

Lo que vio a continuación le dio escalofríos. Era un quirófano. Había varias máquinas de monitorización, algunas tan grandes como frigoríficos, junto a dos mesas esterilizadas, colocadas la una al lado de la otra bajo unas grandes y brillantes luces de quirófano.

Frank entró en la habitación y miró hacia arriba. El techo estaba a más de seis metros. A lo largo de la pared, donde tendría que haber estado la siguiente planta,

altos paneles de cristal rodeaban la habitación por completo. Tras el cristal había filas de sillas vacías.

Con cautela, todavía con la pistola en la mano, Frank se acercó a las mesas de operaciones. Todo parecía recién salido de fábrica. Las paredes y el suelo estaban immaculados, la luz era generosa; el metal, pulido y brillante.

Junto a las camillas había bandejas de metal con material quirúrgico. Frank tomó el escalpelo. Destellos de luz de colores se reflejaron en su borde afilado como una cuchilla.

La voz de Carter sonó dentro de su casco.

—¡Frank!

La voz indicaba pánico, frenesí. Tras ella se oían sonidos de pelea.

—Ayuda, yo...

La comunicación se cortó.

—¿Carter?

No hubo respuesta.

Frank soltó el escalpelo y salió corriendo de la habitación. Recorrió el pasillo hasta que llegó a la sala del puesto de enfermeras. Se detuvo, se apretó contra la pared y escuchó. El edificio estaba en silencio.

—¿Carter? —dijo en un susurro.

No hubo respuesta.

Alzó la mano y apagó su linterna (sería un blanco fácil en la oscuridad con ella encendida). La habitación se volvió oscura como boca de lobo.

Dobló la esquina y se encaminó al pasillo de Carter, con la pistola preparada para disparar.

El pasillo estaba vacío. Ni rastro de Carter. Ni rastro de pelea.

Se adentró en el pasillo comprobando cada habitación que encontraba.

Hubo un destello de movimiento justo cuando llegaba a una de ellas y, de repente, le arrancaron la pistola de las manos.

Antes de que Frank tuviera tiempo de darse cuenta de lo que había pasado e intentara defenderse, unas manos enormes lo agarraron y lo lanzaron contra la pared opuesta. Frank rebotó y cayó al suelo casi inconsciente. Los oídos le zumbaban.

—No le hagas daño, Stone —dijo una voz.

Un pie hizo rodar a Frank hasta dejarlo tumbado boca arriba y se plantó sobre su pecho, clavándolo al suelo.

La mente de Frank se despejó y se puso de nuevo alerta. Una figura oscura se cernía sobre él. Se debatió para apartar el pie y liberarse, pero cuanto más se rebullía, más presión aplicaba el otro, hasta que por fin su pecho estuvo tan constreñido que sus pulmones no tuvieron espacio para expandirse y tomar aire.

—Es suficiente, Stone —dijo la voz—. Si le aplastas el pecho no podremos usarlo, ¿vale?

El pie se apartó y la caja torácica de Frank recuperó su posición. El dolor era

abrumador. Le había presionado las costillas casi hasta rompérselas.

—Encended las luces —dijo la voz.

Frank estaba tendido de espaldas, todavía tratando de normalizar su respiración, cuando las luces del techo se encendieron. El pasillo se iluminó, y de pronto todo quedó a la vista. El curador a quien Frank había perseguido en el apartamento de la niña, Stone, se alzaba sobre él. Había otro hombre a su lado. Un hombre mucho mayor, de pelo blanco, con la barba blanca y recortada. Frank había visto esa cara en tantas fotografías en los últimos días que conocía cada uno de sus rasgos de memoria: George Galen.

Lo único nuevo era la cinta negra que Galen llevaba en la frente. Tenía sujeta una pequeña cámara a un lado, y un punto rojo de luz sobre la lente sugería que estaba grabando.

—El doctor Frank Hartman, supongo —dijo Galen, sonriendo—. Es un honor conocerlo. Su director Irving me ha hablado mucho de usted. Me han dicho que ha desarrollado un antivirus para nuestro virus curador. Tengo que admitir que me sentí a la vez impresionado y muy inquieto al oírlo.

Frank se sentó en el suelo, con el pecho dolorido.

—¿El director Irving?

—Oh, sí, últimamente ha resultado una gran ayuda. Aunque no tanto como esperábamos. No nos informó de la redada de anoche, por ejemplo. Como resultado, Stone lo pasó mal. Sus amigos de la ARB le dispararon varias veces. Me atrevería a decir que está un poco molesto por ello. ¿Cómo va su pecho? Espero que no le haya lastimado. Lo necesitamos lo más sano posible, naturalmente.

—¿Dónde está el agente Carter?

—¿El otro que venía con usted? Sí, me temo que está indispuesto en este momento. Pero no se preocupe. No le hemos hecho daño. No somos gente violenta, doctor Hartman. —Con un guiño, añadió—: Al contrario que ciertos agentes federales que conozco y a quienes no voy a nombrar, pero si fuera a nombrarlos usaría las letras B, R y A, no necesariamente en ese orden, por supuesto.

Le dio un codazo a Stone como si hubiera sido un chiste divertidísimo.

Stone miró a Frank, sin sonreír.

—Espero que no le importe esto —dijo Galen, señalando la grabadora que llevaba en la cabeza—. Me gustaría registrar este momento. Por el bien de la historia y todo eso. Un día harán documentales sobre esto y me gustaría tener una imagen fiel de los sucesos. Además, la historia es más memorable cuando está filmada, ¿no cree? Podemos ver las imágenes una y otra vez y tener los hechos grabados tan profundamente en nuestra memoria que sentimos como si nosotros mismos hubiéramos sido testigos de ellos. El asesinato de Kennedy. Los desastres de las lanzaderas espaciales. El 11 de Septiembre.

Se llevó un dedo a la boca, reconsiderándolo.

—Naturalmente, éstos son ejemplos muy deprimentes. Muy tristes. Estoy seguro

de que también los hay buenos. —Chasqueó los dedos y sonrió—. Los Red Sox ganando el campeonato. Eso sí que fue un hermoso ejemplo de historia filmada.

—¿Qué le hicieron a ese chico? —dijo Frank—. A Jonathan Fox.

La sonrisa se evaporó del rostro de Galen.

—La muerte de Jonathan fue una tragedia. Ni más ni menos. Le íbamos a dar una nueva vida, pero él no estaba preparado. Asumo la responsabilidad. Si hubiera esperado tres días enteros, habría visto qué maravilloso regalo le estábamos ofreciendo. —Se encogió de hombros—. Pero, ay, los chicos siempre serán chicos. Yo soy George Galen, por cierto. —Sonrió de nuevo de oreja a oreja y le tendió una mano.

Frank no la aceptó.

—Sé quién es usted, señor Galen.

Galen se ruborizó.

—Dios mío. Ya soy famoso. —Se metió las manos en los bolsillos—. Naturalmente, es a usted a quien hay que conocer hoy en día. —Se volvió e indicó a Frank que lo siguiera—. Venga, me gustaría que conociera a todo el mundo.

Stone empujó a Frank con el pie. Que acompañara a Galen no era una invitación. Frank se levantó y lo siguió.

—Puede quitarse ese casco absurdo —dijo Galen—. No lo necesitará.

Stone siguió a Frank, que notó un leve empujón en la espalda. Que se quitara el casco también era una orden. Frank se lo quitó y de inmediato se vio asaltado por el viejo y mustio olor del edificio.

—Tengo entendido que perdió usted a su hija por la leucemia —dijo Galen—. Siento mucho su pérdida. No hay nada peor que ver a un niño sufrir, sobre todo a tus propios hijos. Pensaba que esa experiencia le haría más comprensivo con lo que estamos haciendo. Tal vez cuando vea la magnitud de nuestro trabajo y el potencial que tenemos para salvar muchas vidas sea un poco más comprensivo. No pretendo parecer presuntuoso, por supuesto, pero creo que sería usted mucho menos hostil con nosotros si supiera de qué somos capaces. Y aquí estamos.

Habían regresado al quirófano, sólo que había unas cuantas personas dentro. Una mujer con una bata quirúrgica azul permanecía quieta como una estatua junto a la mesa de operaciones. Otros curadores, vestidos de forma similar, comprobaban y ajustaban las máquinas de monitorización. Apenas alzaron la cabeza cuando entraron Frank, Galen y Stone.

Galen señaló a la mujer.

—Doctor Hartman, me gustaría presentarle a la doctora Mónica Owens, quien, como le gustará saber, tiene tanto talento como belleza.

Mónica tenía la cabeza gacha. Miraba al suelo y parecía avergonzada.

—¿Talento en qué? —dijo Frank.

—En cirugía cardiotorácica, principalmente —dijo Galen—, pero en realidad puede hacer de todo. Le implantó a Jonathan su riñón nuevo, por ejemplo. Nunca

había hecho una de esas operaciones en la vida, pero se comportó como una auténtica experta. Su mano es muy firme, doctor Hartman, muy firme. Y extenso su conocimiento de la anatomía humana. Tenemos suerte de contar con ella en el equipo.

La doctora Owens no parecía sentirse muy afortunada.

Las puertas del otro lado de la habitación se abrieron y entraron más curadores, empujando cuatro camillas. Las personas de las camillas estaban dormidas, cubiertas hasta el pecho con sábanas blancas y con gorritos quirúrgicos de papel en la cabeza.

Galen los fue señalando por turnos.

—Doctor Hartman, le presento a Byron, Nick, Dolores y Hal.

Frank miró cada una de aquellas caras. No reconoció ninguna. ¿Quiénes eran? ¿Curadores? ¿Indigentes como Jonathan Fox?

Otro hombre entró en la habitación.

—Y éste es el talentoso doctor Kouichi Yoshida —dijo Galen—. Nos ayudará hoy también.

Yoshida saludó a Frank con una amplia sonrisa en los labios.

—Doctor Hartman, es un placer conocerlo. Bienvenido.

Tomó la mano de Frank y se la estrechó.

—Doctor Yoshida —dijo Galen—, ¿le importaría ayudar a la doctora Owens a preparar a todo el mundo?

Yoshida parecía tremendamente feliz.

—Por supuesto, señor. Doctor Hartman, si me disculpa...

Yoshida se apartó y empezó a examinar a las personas dormidas en las camillas.

—Soy una persona muy importante, doctor Hartman —dijo Galen—. El trabajo que hago, los tratamientos que ofrezco pueden curar literalmente al mundo. He estudiado y esperado para esto toda mi vida. Y, como puede usted ver, ha sido una vida larga. —Suspiró apesadumbrado y se palpó el estómago—. Ahora soy un viejo, Frank. No soy joven ni fuerte como antes. Bueno, no tan joven, al menos. Lo cierto es que soy bastante fuerte. Unos cuantos retoques genéticos de mi propia cosecha, pero eso no viene ahora a cuento. La cuestión es que voy a morirme. Este viejo cuerpo acabará por encogerse y decir basta. Oh, claro, probablemente todavía me queden veinte años por delante, pero veinte años de artritis y de arrastrar los pies. Además, sinceramente, no me interesa irme lentamente de este mundo. Los viejos me deprimen. Así que he tomado una decisión, Frank. No voy a morir. No permanentemente, al menos. Mi mente es demasiado valiosa, mi vida es demasiado preciosa para que se pierda para siempre.

»Esto es un nuevo amanecer, Frank. El principio de una raza diferente de hombre. Y yo la estoy liderando. Sin mí el esfuerzo será inútil, y la humanidad estará condenada a sufrimientos y enfermedades mucho más graves. Así que he encontrado un modo, Frank, de preservar mi vida. De escapar a la muerte. De seguir aquí mientras el mundo me necesite. Y voy a hacerlo. Y usted va a ayudarme.

»No se ha ofrecido usted voluntario, por supuesto, y para ser completamente

sincero con usted, iba a usar a uno de mis propios seguidores como quinto participante. Pero cuando apareció usted, realicé un ligero cambio de planes. Improvisé y decidí hacer de usted el quinto participante.

»Y por qué usted, se preguntará. ¿Por qué es tan afortunado? Bueno, por varios motivos. —Los fue contando con los dedos—. Número uno, es usted joven. Tiene buena constitución y su historial indica que goza de una salud de primera. Número dos, y más importante, ha descubierto un modo de detener nuestro virus. Eso lo convierte en nuestro enemigo. —Sonrió—. No me malinterprete. No creo que sea usted mala persona. Creo que es un buen hombre, de hecho. Un servidor ejemplar de su país. Pero ahora mismo es usted la mayor amenaza para nuestra operación. Implicarlo íntimamente en el proceso es una manera de neutralizar esa amenaza. Si comprendiera lo que estamos haciendo, si supiera de qué va todo esto, no intentaría detenernos. Se sumaría a nuestra causa inmediatamente.

»Número tres, es usted guapetón, y nunca he tenido mucha suerte con las damas. Ya es hora de que la cosa cambie.

Frank miró a Stone y luego hacia la salida.

—¿Qué van a hacerme?

Galen empezó a desabrocharse la camisa.

—Es un tratamiento arriesgado, sí, pero es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Nuestra prueba con Jonathan iba como la seda, y si no se hubiera escapado y estropeado el test, todo habría salido según lo planeado. Tanto confío en ello, de hecho, que me juego la vida. Esta vez, la otra persona que habrá en la mesa de operaciones seré yo.

Galen se quitó la camisa y se la tendió a Stone, dejando al descubierto un pecho cubierto de vello blanco.

—Le alegrará saber que su tipo sanguíneo es compatible con el mío. Todo debería salir bien.

Frank se abalanzó. Antes de que Stone pudiera impedirselo, agarró a Galen, le dio la vuelta y le atenazó el cuello con un brazo.

Los curadores presentes en la sala se quedaron boquiabiertos. Stone se dispuso a intervenir.

—¡Atrás! —dijo Frank—. Acérquese más y le romperé el cuello.

Stone se detuvo, manteniendo la distancia.

—Esto es una tontería, Frank —dijo Galen, tan tranquilo—. Sólo se está perjudicando a usted mismo. Puedo liberarme en cualquier momento. Está chupado.

Frank retrocedió hacia la salida, arrastrando a Galen consigo, usándolo como escudo.

—No puede escapar de aquí, Frank —dijo Galen—. Es una tontería intentarlo siquiera.

Llegaron a la puerta.

—No se lo volveré a advertir —dijo Galen—. Suélteme o me veré obligado a

actuar.

Frank tensó su presa sobre la garganta de Galen en un intento de hacerlo callar. Galen alzó una mano con una fuerza y un vigor que Frank no esperaba y tiró de los brazos de Frank, que aflojó la presa. Galen escapó fácilmente.

—Cuando he dicho que era fuerte, Frank, hablaba en serio.

Agarró a Frank por el traje y lo levantó del suelo.

—Ahora ha puesto a prueba mi paciencia.

Galen lanzó a Frank hacia el quirófano como si no pesara nada.

Frank voló por los aires agitando los brazos y chocó contra una de las bandejas de metal situadas junto a las mesas de operaciones. El instrumental quirúrgico se desparramó.

Mónica gritó.

Antes de que Frank pudiera levantarse, Stone se hizo con él. Lo levantó del suelo y lo descargó de golpe contra una de las mesas. Frank pataleó y se debatió, pero la tenaza de Stone, como antes su pie, lo inmovilizaba por completo.

Yoshida se acercó, todavía sonriendo plácidamente, como si aquello fuera el más agradable ejercicio en el que pudiera participar. Traía una bandejita de metal con un único chip informático.

Mónica lloraba a un lado, con las manos sobre la cara.

—Vamos, vamos, doctora Owens —dijo Galen—. Por favor, no se inquiete. Ahora la necesito en plena forma. Que esos ojos suyos no se nublen de lágrimas.

Se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo entregó.

Yoshida empezó a tensar las correas de cuero alrededor de los tobillos y las muñecas de Frank.

Galen se colocó a un lado de la cama. Se quitó la cinta de la cabeza y la grabadora y se las ofreció a Yoshida.

—Grabe también esto, ¿quiere, doctor Yoshida? Quiero que Frank tenga una copia. Lo apreciará algún día.

Yoshida asintió, obediente.

—Por supuesto. Vuelvo enseguida.

Tomó la cámara y la bandeja de metal con el chip y salió de la habitación.

El corazón de Frank latía con fuerza. Se debatió contra las correas, pero éstas no cedieron.

Por encima de él, tras el cristal de la otra planta, vio que los curadores entraban y ocupaban sus asientos. Estaban esperando para ser testigos de aquel momento.

Galen preparó una jeringuilla.

—Me temo que la huida de Jonathan causó todo tipo de problemas —dijo—. Hemos tenido que acelerar un poquito nuestros planes, adelantar un poco el calendario, como si dijéramos. Pronto descubrirán estas instalaciones, así que nos queda poco tiempo. Pero no se preocupe, Frank, cuando hayamos terminado aquí, lo llevaremos a algún sitio donde pueda descansar y recuperarse.

Sacó la aguja de un vial y empujó el émbolo de la jeringuilla para eliminar cualquier burbuja. Una gota de líquido escapó por la punta de la aguja. Galen le volvió el brazo a Frank, revelando la sangría del codo.

Frank lo vio hacer, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieren de mí?

Galen le clavó la aguja en la vena y empezó a inyectar el líquido.

—Todo menos su corazón.

Frank notó la fría sensación de un fuerte sedante correr por su torrente sanguíneo y, en cuestión de segundos, todo se volvió negro.

INTERROGATORIO

La agente Carmen Hernández se hallaba en la sala de interrogatorios de la ARB, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sentado frente a ella, al otro lado de la mesa, con el brazo en cabestrillo, estaba Roland Turner.

—Quiero ver a mi hija —dijo Turner—. Quiero ver a Kimberly.

—Me temo que eso es imposible, señor Turner —respondió Hernandez—. Kimberly está en cuarentena por el momento. Tenemos que observarla durante unos cuantos días para asegurarnos de que el virus que lleva dentro ha sido aniquilado completamente.

Turner se enfureció.

—No pueden quitármela. No tienen ningún derecho.

Volvió la cabeza y miró al espejo unidireccional que tenía delante.

—No tienen ustedes ningún derecho, ¿me oyen? Es mi hija. —Volvió a mirar a Hernandez—. Quiero hablar con mi abogado. Quiero mi llamada telefónica. Ustedes no pueden retenerme así.

—Sólo le pedimos su cooperación, señor Turner. Si coopera, es posible que se retiren los cargos contra usted.

Turner se envaró.

—¿Cargos? ¿Qué cargos?

—Tenía usted en su casa una sustancia dañina e ilegal. Y estaba ayudando a un posible criminal a administrar esa sustancia a su hija.

—¡Iba a curarla! ¿Cree que los hubiese dejado administrársela si no estuviera seguro de eso?

Hernandez se metió las manos en los bolsillos y se acercó a la mesa.

—¿Y cómo está tan seguro?

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué le hace estar tan seguro? ¿Cómo sabía que el virus era tan efectivo como decían los curadores?

Turner miró la mesa.

Hernandez insistió.

—Está claro que ama usted a su hija, señor Turner. No haría nada que pudiera perjudicarla, así que le creo cuando dice que sabía que iba a funcionar. Lo que no sé, y me gustaría saber, es qué le hizo estar tan seguro. ¿Cómo le convencieron los curadores?

—Quiero hablar con mi abogado —dijo Turner, sin levantar la cabeza.

—Esos curadores descargaron el historial médico de su hija del Hospital Infantil. En otras palabras, adquirieron ese historial ilegalmente. ¿Era usted consciente de ello?

Turner no dijo nada.

—Estoy seguro de que quiere cooperar, señor Turner. Estoy seguro de que quiere lo mejor para Kimberly. Pero a menos que empiece a hablar, me veré obligada a llamar a los servicios sociales.

Turner alzó la cabeza bruscamente.

—¿Servicios sociales?

—Considerando la amenaza bajo la que se encontraba su hija, el Estado podrá fácilmente acusarle de ser un padre inadecuado.

Por primera vez, Turner pareció temeroso.

—No pueden hacer eso. Amo a mi hija. Haría cualquier cosa por ella.

—No lo dudo, señor Turner. Pero no estoy segura de que el Estado esté de acuerdo, considerando la gravedad de la situación.

Turner guardó silencio un buen rato. Cerró los ojos y hundió los hombros, apagado todo su fuego interior.

—¿Qué quiere saber? —dijo en voz baja.

Más tarde, la agente Hernandez fue a ver al director Irving a su despacho. Mientras ella permanecía en posición de firmes, Irving estaba sentado a su escritorio desenvolviendo un chicle para metérselo en la boca. La miró.

—No tiene que estar ahí de pie como un soldado de hojalata, agente Hernandez —dijo—. Esto no es la infantería de Marina. —Agitó una mano—. O donde sea que sirviera usted antes de venir aquí.

Hernandez adoptó la posición de descanso, mirando al frente.

—La Armada, señor.

Irving asintió.

—Sí, sí, la Armada. Bonitas gorras blancas y ¡ah del barco!

Hernandez se permitió bajar por primera vez los ojos y observó al hombre.

El director Irving sonrió.

—No se ofenda, agente Hernandez. No siento más que respeto por nuestros chicos de verde... o en su caso, las mujeres de blanco. —Ladeó la cabeza, reflexionando—. En la Armada visten de blanco, ¿verdad?

Un leve atisbo de malestar cruzó la cara de Hernandez.

—A veces, señor.

—Eso pensaba. —El director Irving lanzó el envoltorio del chicle a la papelera y se detuvo delante de la mesa—. Así que ha tenido un bonito encuentro con el señor Roland Turner, ¿no?

—Sí, señor. Se mostró muy cooperador. Con su permiso, me gustaría que se

retiraran los cargos contra él.

Irving alzó una mano y se echó a reír.

—Vamos, no nos demos tanta prisa, agente Hernandez. Este tal Turner es tan criminal como esos curadores, en mi opinión. Devolverlo a nuestra sociedad es poner a esa sociedad en peligro. ¿Quién dice que esto no es el comienzo de la trayectoria delictiva de este hombre?

Hernandez permaneció en silencio, mirando al frente.

—Pero valoro su juicio —dijo Irving—. Si usted cree que debe ser puesto en libertad, consideraré seriamente esa recomendación.

—Gracias, señor.

—Y ahora, resumiendo, ¿qué dijo?

—Los curadores lo abordaron hace varias semanas, señor. Y le dijeron claramente cómo habían conseguido el historial médico de Kimberly.

—¿Kimberly es la niña en cuestión?

—Sí, señor.

—Continúe.

—Así que le dijeron al señor Turner que habían descargado su historial del hospital.

—¿Y él no los echó inmediatamente de su casa? Vaya, vaya. Estoy perdiendo confianza en esa recomendación suya, agente Hernandez. El señor Turner no parece un individuo de fiar.

—Si puedo continuar, señor.

Irving se sentó en la mesa y sonrió.

—Por supuesto.

—El señor Turner explicó que los curadores llevaron a un antiguo paciente a su casa. Un chico a quien los curadores habían curado ya de la anemia depreanocítica.

—O eso dijeron.

—¿Señor?

—Los curadores dijeron haber curado a ese chico de la anemia. ¿Quién dice que sea verdad? Pudo haber sido un actor.

—Según lo contó el señor Turner, fue una presentación de lo más convincente.

—Oh, no tengo duda de eso —dijo Irving—. Déjeme adivinar. —Se llevó una mano a la barbilla, pensando—. Los curadores probablemente le enseñaron al señor Turner el historial médico del chico como prueba de que en efecto una vez tuvo anemia depreanocítica. Luego le mostraron a Turner resultados recientes que demostraban que el chico ya no tenía esa enfermedad. Entonces dejaron hablar al chico, y tal vez quizá también a sus padres, que dieron un apasionado y lloroso testimonio de que los curadores eran un don del cielo y que de no ser por ellos el pobre Timmy allí presente todavía estaría afectado por la enfermedad.

Hernandez lo miró, sorprendida.

—De hecho, señor, eso es exactamente lo que sucedió. En resumen, quiero decir.

El director Irving se levantó y se encogió de hombros.

—Esa gente son todos iguales, agente Hernandez. Lo he visto innumerables veces. Todos usan el mismo sistema, gancho y cebo. Fue un timo, y el incauto Turner, quien, bendito sea su corazón, sólo quería lo mejor para su hija, se lo tragó.

La agente Hernandez pareció confundida.

—¿No es también posible, señor, que el antiguo paciente que lo visitó fuera un caso auténtico?

Irving agitó una mano y se echó a reír.

—Por favor, agente Hernandez. Esos curadores son unos timadores, puros artistas de circo. Lo que probablemente pretendían hacer era regresar más tarde a casa de los Turner después de «tratar» a su hija y pedir amablemente una cuantiosa donación para su «causa». Cosa que, siendo el señor Turner un pobre hombre ingenuo, probablemente habría hecho.

—No hay pruebas que sostengan esa suposición, señor.

—Pues claro que no —dijo Irving, divertido—. Pillamos al hijo de puta antes de que los curadores tuvieran oportunidad de clavar los dientes en su cartera. Debería darnos las gracias. Bien, quiero un informe completo de su interrogatorio y entrégume la única copia. Luego quiero que el señor Turner sea puesto bajo arresto incomunicado. No quiero que hable con nadie.

Hernandez alzó una ceja.

—¿Incomunicado?

—¿Me he expresado mal? Incomunicado.

—¿Podemos hacer eso, señor?

Irving se irguió y alzó un dedo.

—Olvida usted que me nombró el presidente, agente Hernandez. Tengo el apoyo y la protección del presidente de esta gran nación, nuestro comandante en jefe. Él me ha encomendado una tarea, y hasta que este asunto de los curadores quede oculto bajo la alfombra, ese Roland Turner, a quien considero una amenaza, permanecerá bajo nuestra custodia. ¿Queda claro?

Hernandez parecía asustada.

El director Irving sintió cierta satisfacción. Atemorizar a una persona, sobre todo a una mujer hermosa como la agente Hernandez, era de lo más excitante.

—¿Señor? —dijo la agente Hernandez—. ¿Se encuentra usted bien?

Irving parpadeó.

—¿Qué?

—La cara y las manos... le tiemblan.

Irving se apartó de ella, se metió las manos en los bolsillos y se acercó al depósito de agua del otro lado de la habitación.

—Estoy bien. Estoy bien. Es el estrés. Esos curadores me tienen en vilo. Compréndalo.

Llenó un vasito de agua y trató de llevárselo a los labios. Las manos le temblaban

tanto que la derramó casi toda.

—Eso es todo, agente Hernandez.

Ella se quedó allí de pie, con el ceño fruncido, observándolo.

—He dicho que eso es todo, agente Hernandez.

Ella se marchó.

Irving apuró el resto del agua fría de un solo trago, derramando buena parte sobre su cara. Tiró al suelo el vaso de papel y se miró las manos temblorosas. Volvían los temblores. Y esta vez alguien se había dado cuenta.

Abrió el cajón superior de la mesa. El frasco con la saliva de Galen estaba exactamente donde lo había dejado. Lo sacó y trató de abrir la tapa. Se le escapó de los dedos y cayó al suelo. Las manos le temblaban demasiado para sostenerlo. Maldijo en voz alta y luego se arrodilló para recogerlo.

Había esperado demasiado, lo sabía. Había sido una estupidez. Había pasado demasiado tiempo desde su último tratamiento.

Tomó el frasco con una mano y se esforzó por sostenerlo el tiempo suficiente para quitarle la tapa. Gotas de preciosa saliva se desparramaron por el suelo antes de que pudiera echarse unas cuantas en la palma de la mano.

Soltó el frasco, cuidando de no volcarlo y perder el resto de su contenido, cerró los ojos y se llevó la palma húmeda a la frente, imaginando que era el maestro mismo quien le administraba la saliva.

CORAZÓN

Frank despertó tosiendo, con una tos tan cargada de mucosidad que le apretaba los pulmones y le dolía tanto que por un momento estuvo seguro de que se estaba muriendo. Una mano amable sobre su hombro y una voz al oído le hicieron pensar lo contrario.

—Escupa aquí —dijo la voz, y Frank sintió un cuenco junto a sus labios.

Tosió de nuevo, una tos larga y opresora que le llenó los ojos de lágrimas y le dejó jadeando en busca de aire. Cuando pasó, se hundió de nuevo en el colchón, completamente agotado, mientras la sangre volvía a fluir por su rostro.

—Sé que duele —dijo Mónica—, pero toser expande los pulmones y ayuda a impedir infecciones.

Frank trató de sentarse, pero Mónica lo detuvo con una mano delicada.

—Tiene que descansar. Está sanando muy bien y probablemente es seguro moverse, pero dele a la medicación un momento para despertarlo por completo. Se sentirá un poco mareado si se levanta demasiado rápido.

Frank se tumbó y miró al techo: planchas de madera pulida sobre las que danzaba el parpadeo de una chimenea.

—¿Dónde estoy?

—A salvo, por ahora.

Su mente se despejaba poco a poco. El quirófano. Los curadores. Las correas. Atenazado por el pánico alzó los brazos y vio que las correas de cuero ya no lo sujetaban. Estaba libre, pero tenía una sonda intravenosa en la muñeca.

—Quédese quieto —dijo Mónica—. Relájese. Trate de no alterarse.

—¿Dónde estoy? —repitió él, tratando de nuevo de levantarse. Un agudo dolor en el pecho lo golpeó como una jabalina y cayó otra vez en la cama.

—Por favor. No debería hacer ningún movimiento brusco. Creo que las grapas están casi listas para desprenderse, pero será mejor no arriesgarse a reabrir la herida.

—¿Herida? —dijo él, ausente.

—Volveré dentro de poco. ¿Cree que podrá permanecer quieto unos minutos?

El apenas la oía.

—¿Qué? Sí. Me quedaré quieto.

—Le he dado algo para el dolor aunque, si es como los demás, desaparecerá pronto.

—Sí —dijo él, aturdido, mirando el techo.

La doctora Mónica Owens lo dejó, y todo permaneció en silencio durante unos

minutos. Frank contempló el techo mientras sus pensamientos empezaban a organizarse. La niebla de la anestesia se alzó y se sintió despierto.

Volvió la cabeza a un lado y vio la fuente de la luz. Un fuego chisporroteaba suavemente en una gran chimenea de piedra cercana que se elevaba unos cuatro metros antes de desaparecer en el techo. Los muebles alrededor de la chimenea eran rústicos: un sofá de cuero, una alfombra india, una mesita auxiliar que parecía hecha por completo con astas de antílope, un gran sillón tapizado con una otomana a juego. Cubrecamas. Cojines.

Era una cabaña.

Frank sintió ganas de orinar y apartó la manta que le cubría. Llevaba una bata de hospital atada por la espalda. Un catéter le salía de debajo de la bata e iba hasta una bolsa colgada a un lado de la cama. Con un respingo, se extrajo el catéter y bajó las piernas al suelo. Sus pies descalzos apenas tocaban el frío suelo de madera.

No se levantó todavía. Se sentía aún un poco mareado.

Junto a él, varias máquinas de diagnóstico médico pitaban y zumbaban, controlando sus constantes vitales.

Al mirar hacia atrás, Frank vio que no estaba solo. Había otras cuatro camas en la habitación, cada una ocupada por una de las personas que había visto en el quirófano, dormidas en las camillas. Seguían durmiendo, y Frank se preguntó si habían permanecido en ese estado desde la última vez que los había visto.

Una lámpara encendida en el cuarto de baño adyacente llamó su atención.

Tratando de no perder el equilibrio, Frank se puso en pie. Dio un paso hacia el cuarto de baño y sintió un tirón en la muñeca. Bajó los ojos y recordó la intravenosa. Se quitó el esparadrapo y se sacó torpemente el tubo de la vena. Una vez libre, lo dejó caer al suelo y se dirigió arrastrando los pies al cuarto de baño.

Cuando llegó ya se sentía firme en pie. Su mano encontró el interruptor y tuvo que entornar los ojos debido al súbito resplandor. Se acercó a la taza, orinó y luego se acercó al lavabo para lavarse.

Su propia imagen en el espejo le sobresaltó. Tenía la cara pálida y delgada; los ojos, hundidos. No se había afeitado en días. Se pasó una mano por la barbilla, sintiendo el picor de la barba. Se bajó el cuello de la bata de hospital y vio que tenía vendado el pecho. Se sacó la bata por encima de la cabeza y se miró de nuevo en el espejo. Las vendas le cubrían todo el torso, empezando justo por debajo de las axilas y rodeando todo su pecho hasta el ombligo. La piel que asomaba por encima y por debajo del vendaje había sido afeitada, lo que sugería que toda la zona bajo las vendas también lo había sido recientemente.

Frank arañó la venda hasta que encontró el extremo; entonces empezó a desenrollarla.

La venda fue cayendo a sus pies. Cuanto más desenrollaba, más pánico sentía, hasta que acabó por rasgarla y tirar de ella violentamente. Cuando la última tira se soltó, Frank se quedó allí de pie desnudo, mirándose.

Una gruesa cicatriz quirúrgica con grapas le corría por el centro del pecho, desde la parte superior de la caja torácica hasta la base del esternón.

Lentamente, Frank se tocó con un dedo la cicatriz roja, casi curada. Era real.

Se palpó la nuca y encontró los puntos de la cicatriz quirúrgica.

Se agachó, recogió la bata, se la puso y salió del cuarto de baño.

Al otro lado de la habitación había una gran puerta de madera con tallas en los bordes. La abrió. El pasillo estaba oscuro y vacío. Frank lo recorrió, moviéndose con cautela, sin dejar de mirar a un lado y a otro.

Una leve luz salía de una habitación y se extendía por el pasillo. Frank se detuvo a escuchar, pero no oyó ninguna voz. Luego se acercó a la entrada de la habitación y miró en su interior.

El cuerpo desnudo de George Galen yacía boca arriba en una ancha mesa de piedra. Velas encendidas de todas las formas y colores lo rodeaban, y unas cuantas barras de incienso ardían en un rincón... aunque hacían poco por enmascarar el olor de un cadáver en descomposición.

Frank se acercó al cadáver de Galen. Habían abierto el torso del anciano. Habían hecho una incisión que se iniciaba en la parte superior de su cuerpo y se extendía más allá de su abdomen hasta sus genitales. Otras incisiones perpendiculares habían permitido al cirujano abrir el pecho de Galen como si fuera un armario.

Frank retiró las capas de piel y tardó sólo un instante en descubrir que a George Galen le faltaban ambos riñones, el hígado, el pulmón derecho y el corazón.

Frank se sintió asqueado. Se bajó el cuello de la bata y miró de nuevo la cicatriz de su pecho. Galen había dicho que lo quería todo de Frank menos su corazón. Tenía ganas de vomitar. Supo que le habían puesto el corazón de Galen.

Sacudió la cabeza. Los donantes de órganos sólo donaban cuando estaban muertos. Sólo podían hacerlo cuando estaban muertos. George Galen estaba vivo.

Y sin embargo allí estaba ahora, muerto y bien muerto.

Frank salió rápidamente de la habitación, respirando entrecortadamente, desesperado por encontrar una salida y un médico de verdad que lo examinara.

La puerta principal de la cabaña estaba al otro lado del pasillo, y Frank corrió hacia ella. Puso la mano en el pomo pero vaciló. A su izquierda había una ventana. Se acercó y se asomó. Era de noche y Stone estaba en el porche, vigilando la salida, con una escopeta de dardos tranquilizantes a la espalda.

Frank se agachó para que no lo viera. No podía salir por allí, no sin ayuda.

Volvió a asomarse a la ventana. La luz de la luna permitía ver hasta varios kilómetros más allá del porche, pero lo que se veía no era lo que Frank esperaba. Aquello no era la Residencia Happy Mountain. Frank se encontraba en otro lugar. Lo habían trasladado. Y todo lo que podía ver mirara hacia donde mirara era bosque. Ninguna farola. Ninguna casa. Sólo bosque y picos montañosos hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Pensando en dar un paseíto nocturno?

Frank se dio la vuelta y vio a un curador de pelo rizado y capa negra tras él.

—Soy Liquen —dijo el curador amablemente—. No debería haber salido de su habitación. Necesita descanso.

—¿Qué me han hecho?

—Un trasplante de corazón.

Era cierto, entonces. Le habían quitado el corazón. Frank notó que se le doblaban las rodillas.

—¿El corazón de Galen?

—Sí.

—¿Por qué?

—Era la profecía. El profeta predijo su propia muerte y renacimiento como el principio de la Gran Curación.

A Frank las rodillas empezaron a cederle.

—¿Quiere sentarse? —dijo Liquen, ofreciéndole una mano.

—Apártese de mí —respondió Frank, furibundo, rechazando la mano del hombre.

Liquen conservó la calma, la expresión neutra.

—Ahora está enfadado porque no comprende lo que le ha dado el profeta. No comprende su propio potencial. No ha visto lo que el profeta puede hacer a la gente, cómo le ofrece poder, la hace más fuerte, más resistente, más como tendríamos que ser.

—Más locos, querrá decir.

Liquen se rió bajito.

—Comprendo por qué piensa eso. Si el profeta no me hubiera curado, si no hubiera visto y sentido el poder que tiene, yo mismo no lo hubiera creído. Y cuando me curó, me hizo aún más fuerte. Mire.

Liquen sacó una navaja del bolsillo. Abrió la hoja y con un rápido movimiento se hizo un profundo corte en la palma de la mano. Frank retrocedió un paso mientras Liquen alzaba la mano para que la viera. La sangre manaba de la herida y caía goteando al suelo.

Y entonces la hemorragia cesó.

Y mientras Frank miraba, la herida se cerró sola. Luego se formó una postilla. Y en apenas segundos la postilla se endureció, se secó y cayó, dejando sólo una cicatriz roja. Y luego, el color rojo se difuminó también, dejando sólo una cicatriz de color carne.

Liquen se sacó un pañuelo del bolsillo y limpió la sangre restante.

—Llevaré esta cicatriz toda la vida, señor Hartman, como recordatorio de que fui yo quien tuvo el privilegio de mostrarle el poder del profeta.

Frank se había quedado sin habla. Lo que había visto era imposible. Miró al suelo y, sí, la sangre seguía allí. Era real. Todo lo que consiguió decir fue:

—¿Cómo?

—¿Cómo lo logró, quiere usted decir? ¿Cómo abrió el profeta el potencial de

nuestro sistema inmunológico? ¿Cómo aprendió a hablar a nuestros cuerpos, a decirles que se reforzaran aquí, que se endurecieran allá? Él es el profeta, señor Hartman, y eso significa que todos los que lo siguen se convierten en algo superior.

Frank recordó y habló en voz alta.

—*El libro de la conversión.*

—Sí, el libro que muestra cómo podemos convertirnos en algo mejor que lo humano.

Frank miró de nuevo la cicatriz de la palma de Liquen.

—Y si sigue dudando, mírese —dijo Liquen—. ¿Cree que un paciente normal a quien trasplantan el corazón puede levantarse y moverse tan pronto después de la operación? ¿Cree que una herida abierta en el pecho sanaría tan rápido? El virus no ha gestado completamente en su cuerpo, así que no sana usted tan rápido como el resto de nosotros, pero dentro de un día o dos se habrá extendido por todo su organismo, alterado todo su ADN, y tendrá usted el poder completo del profeta.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo puedo tener el virus en el organismo?

—El virus fue inyectado en el corazón de Galen antes de que se lo pusieran a usted.

—Pero eso es imposible —dijo Frank—. No puedo tener el virus, no si fue inyectado en el corazón.

—¿No? ¿Y por qué no?

—Porque cada cepa del virus debe ser fabricada para que sea lo más similar posible al ADN de la persona que lo recibe. De lo contrario el virus destruye las células, erosiona la carne. Si el virus fue inyectado en el corazón de Galen, era compatible con su ADN. Y si así era, mi cuerpo lo rechazaría. Y si la cepa del virus fue fabricada para mi ADN, entonces el corazón de Galen lo hubiese rechazado y se habría encogido como una pasa.

Liquen se echó a reír.

—Piensa usted rápido, ¿eh? Lo que dice es cierto, pero eso es lo asombroso del profeta. Es sabio y sabe cómo superar esos obstáculos. Todo le quedará claro muy pronto. Venga, es tarde, y necesita usted descansar. Podremos hablar de nuevo mañana, cuando haya dormido un poco. Ya ha estado levantado mucho más de lo aconsejable.

Liquen se dio media vuelta y esperó a que Frank lo acompañara de vuelta a su habitación.

Frank miró el arma de dardos tranquilizantes que Liquen llevaba a la espalda. Incluso sin ella, Liquen era un desafío demasiado grande. Frank no podría enfrentarse a él, no en su estado. Y aunque lo hiciera, el ruido de una pelea alertaría a Stone, que estaba al otro lado de la puerta, demasiado cerca. Por no mencionar a los otros curadores que pudiera haber vigilando la cabaña.

Caminaron en silencio, hasta que Frank dijo:

—¿Qué pretenden hacerme ahora?

Liquen pareció sorprendido por la pregunta.

—¿Hacerle a usted? Ha entendido usted mal su misión, señor Hartman. Cuando haya cambiado, seré yo quien haga lo que usted ordene.

Habían llegado a la puerta y Liquen la abrió para Frank.

—Venga, descanse un poco. Por la mañana se le explicarán más cosas.

Frank entró y la puerta se cerró. Se quedó allí de pie y escuchó cómo Liquen echaba el cerrojo por fuera, dejándolo encerrado. El sonido de los pesados pasos de Liquen se perdió pasillo abajo.

—Me alegro de verle levantado —dijo una voz de hombre.

Frank se volvió y vio que uno de los pacientes que antes dormían estaba despierto. Arrodillado junto a la chimenea, movía un leño con el atizador. Le indicó a Frank que se acercara y él obedeció.

—Me llamo Byron —dijo el hombre, tendiéndole una mano y estrechando la de Frank—. Byron Pacheco. Es toda una sorpresa, ¿eh? Despertarse y saber que le han trasplantado a uno un órgano. No es la mejor de las noticias de buena mañana.

Frank lo miró. Era un hombre ancho de hombros, de pelo castaño rizado y mandíbula cuadrada. Llevaba una bata de hospital y calcetines de rombos.

—Soy Frank Hartman.

—Encantado de conocerlo, señor Hartman. Bienvenido al infierno.

Se agachó y volvió a sacudir el tronco. Las ascuas chispearon y cayeron sobre las cenizas.

—Algunos de nosotros pensábamos que no iba a despertar. Sobre todo Hal. Apostó contra usted.

Frank miró las otras camas, donde los otros seguían durmiendo.

Byron señaló con el atizador.

—Ése de ahí es Hal. Es un poco gilipollas, en realidad, pero debería dejar que se forme usted su propia opinión. Y ésa es Dolores, una buena persona. Creo que le caerá bien. Y el chaval de allí es Nick, pero le recomiendo que no lo llame chaval. Es pequeño, pero tiene genio. No lo ha tenido fácil, ya me entiende. ¿Y su pecho? He visto el montón de vendas en el cuarto de baño. ¿Se encuentra bien?

Frank se miró el pecho, pero no respondió.

Byron se subió la bata, revelando un par de calzoncillos, y señaló una cicatriz roja en su abdomen.

—A mí me dieron el hígado. No es tan malo como lo del corazón, supongo, pero me duele una barbaridad de vez en cuando.

—¿El hígado de Galen?

—Todos llevamos algo suyo. Hal y Nick recibieron cada uno un riñón, y Dolores, uno de sus pulmones. Es la que lo ha pasado peor hasta ahora. Ya estaba enferma, para empezar. No lo ha aceptado bien.

—¿Por qué han hecho esto?

Byron se echó a reír.

—¿A mí me lo pregunta? Llevo estos dos días tratando de dilucidarlo.

—¿Dos días?

—Hace dos días que nos operaron —sacudió el fuego.

Frank parpadeó. Había estado inconsciente dos días. Aun así, estar de pie y caminando sólo dos días después de un trasplante de corazón era sorprendente.

—¿Cómo han acabado ustedes en esta situación? —preguntó Frank.

Byron dejó de atizar el fuego y le contó a Frank cómo los demás y él habían sido capturados y llevados a la residencia. Ambos estaban sentados en el suelo delante de las ascuas moribundas cuando Byron terminó.

—¿Pueden caminar los otros? —preguntó Frank.

Byron se encogió de hombros.

—Todos lo llevamos más o menos bien. No creo que Dolores pueda correr una maratón dentro de poco, pero puede moverse bien, sí.

—He echado un vistazo al exterior antes. Creo que al menos falta una hora para que amanezca. Vamos a despertar a los demás.

Byron se levantó de inmediato.

—¿Por qué? ¿Qué tiene en mente?

—Nos marchamos.

—¿Nos marchamos?

—Puede quedarse si quiere.

Byron colocó rápidamente el atizador en su sitio.

—Voy a despertarlos.

PROFECÍA

Después de conocer a Byron, Frank había supuesto que los otros trasplantados estarían igual de ansiosos por ponerse en marcha; pero ahora, con todos ellos alrededor de la chimenea, estaba empezando a descubrir lo diverso que era y también lo dividido que se encontraba el grupo.

Les había explicado que pertenecía a la ARB y sugerido que, si trabajaban juntos, tendrían una posibilidad de escapar.

—¿Una posibilidad? —dijo Hal—. ¿Quiere que me juegue la vida por una posibilidad? Mire, no sé quién se cree que es, amigo, pero no es mi jefe. Me iré cuando yo lo decida.

—Cierra el pico, Hal —dijo Nick—. Nadie quiere que vengas con nosotros, de todas formas.

—No me digas que me calle. Fuiste tú quien nos metió en este lío.

Nick hizo una mueca.

—Anda y que te den.

—¿Es que no podemos mantener una conversación sin que nadie discuta? —dijo Dolores.

—Jonathan y tú —dijo Hal—. Si no hubierais cabreado a Galen constantemente, intentando escapar, el viejo tal vez no nos hubiera hecho esto.

Nick se puso en pie de un salto.

—¡Jonathan estaba tratando de ayudarnos!

—Calmémonos —dijo Byron. Estaba de pie junto a Frank para mostrarle su apoyo, pero se adelantó para quitar hierro a la situación.

—Mantente al margen de esto —replicó Hal, deteniendo a Byron con una mirada amenazadora—. No es asunto tuyo.

—Jonathan arriesgó el cuello por ti.

—Por mí no —dijo Hal—. No le importaba un carajo.

—¿Y por qué tendrías que haberle importado, con la forma en que lo tratabas?

—Nick tiene razón —dijo Dolores—. No tenemos nada que reprocharle a Jonathan.

—Nadie te ha preguntado nada, estúpida —dijo Hal.

—Yo no soy estúpida —respondió ella—. No más que tú. Y no me gusta que me insultes.

—Me importa un bledo lo que te gusta y lo que no te gusta.

Frank trató de llamar su atención.

—Muy bien. Tomémonoslo con calma y...

—¿Y dónde está ahora Jonathan, eh? —le interrumpió Hal—. ¿Dónde está don perfecto? ¿Veis a la policía derribando a patadas la puerta? No, claro que no. ¿Y sabéis por qué? Porque Jonathan no se molestó en ir a la policía. Por eso. Nos dio la patada, ¿vale? Vio una oportunidad para quitarse de en medio y salvar su propio pellejo, no el nuestro.

—Eso no lo sabes —respondió Nick—. No sabes nada. Conozco a Jonathan. Habría acudido a la policía. Habría encontrado ayuda.

—Jonathan no es capaz de encontrarse la polla sin una lupa. No vendrá ninguna ayuda.

—La policía... —empezó a decir Nick.

—La policía nada —dijo Hal—. Si fuera a venir, ya estaría aquí.

—Tal vez vino —dijo Nick—. Tal vez los llevó al otro sitio cuando ya nos habían trasladado aquí. Puede haber pasado cualquier cosa.

Hal abrió la boca para contestar, pero Frank fue más rápido y terminó la discusión.

—Jonathan está muerto.

Se produjo un largo silencio mientras todos lo miraban.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Nick.

—Yo mismo vi el cadáver —contestó Frank—. Lo siento.

—Eso no es verdad —dijo Nick.

—Ojalá no lo fuera. En serio. Pero lo es. Sufrió un accidente.

Hal pareció aún más enfadado.

—¿Lo veis? —dijo, alzando las manos—. ¿Veis adónde nos llevará tratar de escapar? Si intentamos salir de aquí ellos nos matarán de inmediato. Bum. Ni siquiera se lo pensarán dos veces. Y os digo que todo el que intente marcharse se merece exactamente lo que le pase.

Nick saltó sobre el sofá y se enzarzó en una pelea con Hal. Frank y Byron los separaron, pero no antes de que Nick descargara sobre el otro un buen puñetazo.

Hal se puso en pie, frotándose un labio ensangrentado.

—Estáis locos. ¿Me oís? Todos estáis locos.

Nick volvió a abalanzarse hacia él, pero Byron lo contuvo.

—Ya basta —dijo.

Hal señaló a Frank.

—Sea lo que sea lo que esté planeando, amigo, no cuente conmigo, ¿me oye? Si queréis ir a que os maten, adelante. Encantado de librarme de vosotros.

Se fue al cuarto de baño y cerró la puerta de golpe.

En el momento en que se marchó, Nick dejó de forcejear. Frank y Byron lo soltaron. El chico cayó de rodillas, se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar. Dolores se levantó y lo consoló, palmeándolo en la espalda y hablándole con amabilidad.

—Llora, llora. Suéltalo todo.

Continuaron así durante varios minutos.

—Nos trae usted malas noticias, señor Hartman —dijo Dolores por fin—. Malas noticias. Jonathan era un buen chico. Tal vez tuviera problemas con las drogas, pero tenía buen corazón. Y el Señor mira el corazón. Siempre lo ha hecho.

—Se merecen ustedes saber la verdad —dijo Frank—. Sé que Jonathan debió de significar mucho para ustedes. Pero si se escapó para buscar ayuda, entonces es una lástima que se queden aquí y no hagan nada. Significaría que murió en vano.

—Tiene razón —dijo Byron—. Aquí no nos vigilan demasiado. Creen que estamos demasiado débiles para movernos.

—Yo estoy demasiado débil para moverme —dijo Dolores.

Byron le sonrió.

—No puedes engañarme, Dolores. Tienes más fuego en tu interior que todos nosotros juntos. Si alguien puede lograrlo, eres tú.

Dolores sacudió la cabeza y se ruborizó.

—Byron, el Señor dice que confiar en los mentirosos nos conduce al infierno, pero agradezco una buena mentira de vez en cuando. Sigue diciendo esas cosas.

Nick se levantó, y todos volvieron a congregarse alrededor de la chimenea.

—No tiene sentido —dijo Nick, todavía cubriéndose la cara con las manos—. Son demasiado rápidos, demasiado fuertes. Nunca escaparemos. Sólo conseguiremos enfurecerlos aún más.

Dolores suspiró.

—Nick tiene razón, lisos tipos son más de lo que podemos abarcar. Es imposible que los vencamos. No estando así, todavía débiles. Tal vez lo mejor será esperar aquí. Tal vez vengan algunos amigos suyos de esa agencia para la que trabaja.

—Los de la ARB no vendrán —dijo Frank.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Dolores—. Nos estarán buscando, ¿no es así?

—El director de la agencia puede estar compinchado con Galen. Le estaba pasando información. Así que aunque la ARB nos esté buscando, es posible que el director despiste adrede a sus agentes.

Hubo un momento de silencio mientras los últimos atisbos de esperanza se apagaban.

—Hay menos guardias aquí —intervino Byron—. Tal vez podamos escapar de ellos.

—No importa cuántos sean —dijo Nick—. Incluso uno es demasiado. Nunca escaparemos. Y si lo hiciéramos, ¿qué os hace pensar que encontraríamos ayuda antes de que los curadores nos atraparan? Ni siquiera sabemos dónde estamos.

—Tiene razón —dijo Dolores.

—Mirad —dijo Nick—. Quiero salir de aquí tanto como cualquiera, pero si Jonathan no pudo conseguirlo, nosotros tampoco podremos. Él estaba sano. A nosotros nos han operado.

—Jonathan no estaba tan sano como creen —repuso Frank—. Cuando lo encontré, también lo habían operado.

Nick se puso en pie.

—¿Quiere decir como a nosotros? ¿Un trasplante?

—Jonathan fue un sujeto de prueba, un experimento para ver si el trasplante era posible.

—¿Quiere decir un conejillo de Indias? —dijo Nick, con el rostro rojo de ira.

—Nada de lo que hagas podrá devolverte a Jonathan. Sé que era amigo tuyo y que su pérdida debe de ser dolorosa, pero ahora ya no podemos ayudarle. Por difícil que sea, tienes que dejarlo correr y preocuparte por ti mismo. Todos nosotros debemos hacerlo. Ya habrá tiempo para llorar más tarde.

Nick se acercó al fuego y contempló las llamas.

—Hay más —dijo Frank—. Jonathan era portador de un virus cuando lo encontramos. Un virus que le habían administrado intencionadamente. Uno de los curadores me dijo que yo llevo en el organismo el mismo virus.

Dolores se apartó de él unos pasos.

—Creo que todos nosotros lo llevamos —dijo Frank—, no sólo yo.

—¿Un virus? —preguntó Nick—. ¿Quiere decir, como la gripe o algo así?

—No. Como la gripe no. Mucho peor. Tenemos que conseguir ayuda médica lo antes posible.

—No me parece que haya pillado ningún virus —dijo Dolores.

—No es el tipo de virus con el que estamos familiarizados —respondió Frank—. Está programado para alterar el ADN humano.

—No lo entiendo —dijo Nick—. ¿Para qué nos ha dado Galen un virus? ¿Por qué hacernos enfermar si nos dio sus órganos? ¿No nos querría lo más sanos posibles?

—Estamos sanos —dijo Frank—. Por eso creo que tenemos el virus. Miren sus cicatrices. Cada uno de nosotros ha sido sometido a una operación de cirugía invasiva hace muy poco, pero nuestras heridas quirúrgicas están casi curadas. Médicamente, eso es imposible. En condiciones normales, todos estaríamos todavía postrados en cama.

—Espere un segundo —dijo Hal.

Todos se volvieron hacia el cuarto de baño. Hal los había estado escuchando desde la puerta.

—¿Está diciendo que todos tenemos un virus que nos mejora? ¿Que nos hace más rápidos?

—No puedo estar seguro hasta que regresemos a la ARB para someternos a pruebas, pero sí, parece que el virus es la razón probable por la que sanamos tan rápidamente.

Dolores se echó a reír.

—¿Un virus que nos sana en vez de enfermarnos?

—En pocas palabras, sí.

—Bueno, ¿y qué tiene eso de malo? Me ha preocupado y todo durante un momento. Creía que nos íbamos a morir de tifus o algo así. Este virus parece exactamente lo que necesitábamos.

—No piense en el virus como en una medicina. Piense en él como en un medio de alterar nuestra configuración genética. Eso no es nunca una buena idea. Podría tener repercusiones que desconocemos. Efectos secundarios. Además, la de curarse rápido tal vez no sea la única alteración que nos ha causado Galen.

—¿Alteración? —dijo Nick, enderezándose—. No me gusta cómo suena eso.

—No debería —respondió Frank—. Galen creó algo que puede que no comprendiera del todo o no supiera cómo controlar. Por eso necesitamos regresar a la ARB, donde podremos ser examinados y tratados. —Se volvió hacia Hal—. Todos nosotros.

—Pero acaba de decir que el director de la ARB...

—No es de fiar, no. Pero hay gente que nos ayudará.

—A ver si lo entiendo bien —dijo Byron—. Dice que ese virus pudo haber sido programado para alterar el ADN. Bien. ¿Es por eso que algunos de los curadores son tan grandes? ¿Por eso son tan rápidos? ¿Porque su ADN ha sido alterado?

—No es demasiado difícil iniciar genéticamente el crecimiento muscular. Los ganaderos llevan años haciéndolo para engordar a sus animales. Es una cuestión de conectar y desconectar genes que producen proteínas o inician reacciones químicas. Galen pudo haber descubierto cómo manipular genes para iniciar cualquier tipo de mejora genética.

—Entonces tratar de escapar no tiene sentido —dijo Hal—. No estamos a la altura de esa gente.

—No sé los demás, pero yo no voy a poner mi salud en manos de ningún médico o curador de este lugar —dijo Frank tranquilamente—. Hay doctores especializados en la ARB que saben cómo tratar este virus. Preferiría estar a su cuidado. Y eso implica salir de aquí primero. No puedo hacerlo solo. Ninguno de nosotros puede. Tenemos que ayudarnos mutuamente.

—Viene alguien —dijo Dolores.

Frank lo oyó también. Pasos.

Sin decir palabra, todos corrieron a sus camas y se acostaron.

El sonido se detuvo en la puerta, y el cerrojo se descorrió. La pesada puerta de madera se abrió y Mónica entró en la habitación empujando un carrito con varios frascos de medicamentos y jeringuillas.

Con los ojos entrecerrados, Frank vio cómo Mónica se acercaba a su cama.

Detuvo el carro junto a él, le alzó el brazo y se lo giró, buscando una vena.

—¿Se ha quitado la sonda? —preguntó.

En un destello, Frank se levantó de la cama, le cubrió la boca a Mónica y sofocó su grito. Los ojos de ella se abrieron como platos cuando le puso la aguja de una de las jeringuillas del carro en el cuello.

—Clávesela —dijo Hal, saltando de la cama y acercándose—. Es la que nos operó.

Los demás se acercaron rápidamente también. Los ojos de Mónica pasaron de uno a otro mientras la rodeaban.

—¿Me ha oído? —dijo Hal—. Ésta es la que nos rajó a todos. Clávesela.

Frank lo ignoró y acercó la cara hasta pocos centímetros de la de Mónica.

—Voy a quitarle la mano de la boca. No grite. ¿Comprende?

Las lágrimas se acumulaban en los ojos de Mónica. Asintió.

—¿No se la va a clavar? —dijo Hal, incrédulo.

—Calla —ordenó Dolores.

Hal dejó escapar un gruñido de exasperación cuando Frank apartó la mano de la boca de Mónica.

—Byron, cierre la puerta —dijo Frank.

Byron corrió a cerrarla.

—Ahora voy a hacerle unas cuantas preguntas, doctora —comenzó Frank—, y si las responde con sinceridad, nadie resultará herido. Si no lo hace, dejaré que Hal haga las preguntas. ¿Nos entendemos?

Ella asintió.

—Bien. Primera pregunta. ¿Qué hay en la jeringuilla?

Mónica tragó saliva.

—Fármacos para evitar el rechazo. Tiene que recibirlos cada tres horas. De lo contrario, su cuerpo podría rechazar los órganos.

—Está mintiendo —dijo Hal—. Por lo que sabemos, podría ser arsénico.

—Si quisiera matarnos, lo habría hecho en la mesa de operaciones —dijo Dolores—. Ahora cierra esa boca y deja que el señor Hartman se encargue de esto.

Frank miró intensamente a Mónica.

—Segunda pregunta. ¿Dónde estamos?

Mónica dio un respingo.

—No lo sé.

—Está mintiendo otra vez —dijo Hal—. Es una de ellos. Se lo digo.

—No, lo juro. Soy prisionera aquí, igual que ustedes. Pregúnteselo a ellos. — Señaló a Byron y a Dolores.

Byron se encogió de hombros.

—Antes lo pensaba, pero ahora no estoy tan seguro. No parecía estar con ellos, pero Hal tiene razón. Es la que nos operó.

—No tuve más remedio.

—¿No tuvo más remedio? —dijo Hal—. Vaya, qué casualidad. No tuvo más remedio. Perdónenos si nos enfadamos, doctora. Si hubiéramos sabido que tenía más remedio...

—Silencio —dijo Frank.

Hal se volvió hacia él.

—¿Vamos a quedarnos aquí escuchando esto o vamos a hacer algo al respecto?

Corrió hacia la chimenea y se apoderó del atizador.

Mónica jadeó, pero no se atrevió a moverse; la punta de la aguja todavía apretaba la piel de su cuello.

—Suéltelo, Hal —dijo Frank.

—Yo hago lo que quiero. Va a pagar por lo que nos hizo. Ahora quítese de en medio o se llevará unos cuantos palos.

—Frank está al mando —dijo Byron.

—¿Por qué? ¿Qué sabe de lo que hemos pasado, eh? De repente aparece y se cree que es el dueño del lugar. No, yo no acepto órdenes de nadie.

Frank habló con la mayor calma de la que fue capaz.

—Piense, Hal. Si la mata ahora, no seremos mejores que ellos. De hecho, estaremos en peor situación porque tendremos que responder por eso. Estoy seguro de que la doctora quiere ayudarnos. ¿Tengo razón, doctora?

—Sí. Absolutamente.

—¿Ve? Ahora suelte el atizador y deje que nos ayude.

—Necesitamos toda la ayuda posible, Hal —dijo Dolores.

Hal miró a Mónica con los ojos entornados.

—Intente cualquier cosa, señora, y, que Dios me ayude, le hundiré el cráneo.

Mónica no lo puso en duda.

Frank se volvió hacia ella.

—Voy a preguntárselo una vez más, doctora. ¿Dónde estamos?

Mónica no pudo contener las lágrimas.

—No lo sé. A varias horas de Los Ángeles. Me llevaron hacia el norte, creo. No sabría decirle: me vendaron los ojos.

Frank estudió su expresión y supo que no estaba mintiendo. Soltó la aguja.

—¿La va a dejar ir? —preguntó Hal.

—Raptaron a mi hijo —dijo Mónica—. Dijeron que le harían daño si no hacía lo que me decían. No tuve elección. Nunca quise lastimar a nadie.

—¿Nunca quiso lastimar a nadie? —dijo Hal—. Aquí tiene un titular, señora. Hay un montón de gente lastimada por su culpa. Lastimar a la gente es lo único que están ustedes haciendo.

Mónica se cubrió la cara con las manos.

—Cállate —dijo Nick.

—Venga, siéntese. —Dolores llevó a Mónica del brazo hasta la cama de Frank y la sentó—. Llore cuanto quiera. —Tomó una servilleta de la bandeja y se la entregó.

—Gracias —dijo Mónica, secándose los ojos.

—Un curador llamado Liquen dice que me inocularon un virus —dijo Frank—. Dice que lo inyectaron en el corazón de Galen antes de que usted... antes de que me lo pusieran.

Ella asintió.

—Sí. A todos ustedes. En cada uno de los órganos se inyectó una alta concentración del virus antes de que nosotros... quiero decir, antes de que yo... se los pusiera.

—¿Por qué? —dijo Frank.

Mónica sofocó un sollozo.

—Galen había alterado su ADN. Sé que parece absurdo. Yo misma no lo creí hasta que me lo enseñó, pero es cierto. Se cambió a sí mismo. Hizo mejoras genéticas. Para él y para los que le sirven. Una de esas mejoras fue la capacidad de sanar rápidamente. Si se cortaba o se magullaba, la herida se curaba de manera muy rápida.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —dijo Nick.

—Necesitaban esa capacidad curativa. Galen tenía que dársela al mismo tiempo que el virus, para contrarrestarlo.

—¿Contrarrestarlo? No lo comprendo —dijo Frank.

—Todos llevan la misma cepa del virus. Por eso pueden interactuar unos con otros sin enfermar. Normalmente, cuando se inyecta a alguien el virus, debe ser fabricado para que encaje con el ADN de esa persona. Por eso la persona no muere. El virus suele cambiar un único gen. Todo lo demás se sincroniza sin causar daños. Así que el virus de Byron tendría que ser distinto que el virus de Nick, etcétera. Pero en este caso, no lo son. Todos son la misma cepa del virus.

—Pero ¿cómo es posible? —dijo Frank—. ¿Cómo puede aceptar nuestro cuerpo una cepa de virus que no encaja con nuestro ADN?

—Por los órganos —dijo Mónica—. Los órganos tienen la capacidad curativa de Galen. Por eso han sobrevivido al virus. Les dio un pedazo de sí mismo para protegerlos. El órgano está reconstruyendo las células de su cuerpo tan rápidamente como el virus las destruye.

—¿Las destruye? —dijo Nick.

—Sí, pero el órgano las reconstruye instantáneamente, así que ustedes no lo sienten. Sólo que, cuando el órgano reconstruye las células, usa el ADN depositado por el virus.

—Así que nuestro ADN está siendo desconectado sistemáticamente —dijo Frank—. ¿Nos están dando un ADN nuevo?

—Un genoma completamente diferente, sí —dijo Mónica—. En teoría.

—Pero ¿cómo es posible? El virus y el órgano no pueden coexistir. El virus debería aniquilar el órgano. No es el ADN de Galen.

Mónica parecía derrotada.

—Es exactamente eso. El mismo ADN. Por eso el virus y el órgano pueden coexistir. La cepa del virus que llevan ustedes es el ADN de George Galen. Lo fabricó para que encajara con su genoma.

Byron dio un paso adelante.

—¿Está diciendo que ese virus está convirtiendo nuestro ADN en el de George

Galen?

—Eso es lo que estoy diciendo. Fue el objetivo de Galen desde el principio, reestructurar todo el almacén genético de un adulto para convertirlo en el suyo propio, y hacer copias vivas de sí mismo.

De repente todo cobró sentido para Frank. De repente todo encajó. La profecía de *El libro de la conversión* referida a la muerte y el renacimiento del profeta. La última ilustración del libro. *El consejo de los profetas*. Los cinco George Galen idénticos. Somos nosotros, pensó Frank. Somos el profeta renacido.

SUMINISTROS

Todos empezaron a hablar a la vez. Un frenesí de conversación. Ahora que había quedado claro lo que pretendía Galen, cómo planeaba cambiarlos genéticamente para convertirlos en copias de sí mismo, la única opción era la huida inmediata. Nick y Hal discutían cuál sería el mejor momento para intentar marcharse. Byron acribilló a Mónica con una docena de preguntas. Dolores rezó una oración en voz alta. Y Frank... Frank simplemente estaba anonadado. Todo lo que había descubierto sobre Galen y los curadores tenía muchísimo sentido. Galen no se dedicaba al altruista negocio de curar enfermedades. Nunca lo había hecho... o al menos ésa no era su principal preocupación. Curar enfermedades era sólo un paso en su propio empeño egoísta por burlar a la muerte. Curando había obtenido adeptos, había conseguido respeto. Pero no era eso lo que buscaba. No, lo que Galen quería era la inmortalidad, y para conseguir ese imposible, para alterar un genoma completo, sabía que tendría que hacerlo primero a pequeña escala: cambiar el código en un sitio, luego en dos, luego unos cuantos genes a la vez, hasta que por fin estuvo seguro de que era posible un cambio de ADN radical.

Por eso había formado a esos curadores. Había reunido a esos hombres y los había convencido de que estaban empeñados en una causa más noble que ellos mismos, dotándolos de fuerza y habilidades. Y todo el tiempo era él, el autoproclamado profeta, quien se disponía a obtener la recompensa más grande.

Y sin embargo, *El libro de la conversión* era tan convincente... Galen parecía tan apasionado en su obra, tan convencido de su propia teología... Si era un charlatán y su objetivo era auténticamente egoísta, desde luego era un mentiroso convincente.

Y además estaba su conducta al finalizar el Proyecto Genoma Humano. ¿No había sido eso la prueba de que era un hombre que creía fielmente que se podían hacer muchas cosas para curar las enfermedades? ¿Era posible que Galen se creyera de verdad un profeta? ¿Había soñado con eso, como decía, desde su juventud?

Frank sacudió la cabeza. No importaba. Fuera como fuese, Galen no daba vida. No era un curador, sino un ladrón. Así de simple. Y Frank no estaba dispuesto a ceder ante ladrones.

—Que se calle todo el mundo —dijo—. Pensemos un momento en todo esto.

—¿Pensar? —dijo Hal—. No tenemos tiempo para pensar. Ya la ha oído.

—El mejor momento para escapar es ahora —dijo Mónica con cierta impaciencia—. Hay menos curadores de noche. Vendrán más al amanecer.

—Sólo porque Galen pensara que podía hacernos esto, no significa que pueda —

dijo Frank—. Ahora, relájense.

—Pero ¿y si puede? —preguntó Dolores—. ¿Y si estamos cambiando como ella dice? No quiero la mente de ese hombre en mi interior.

Frank se pasó una mano por el pelo.

—Es eso justamente. No tiene la mente de Galen en su interior. Y no la tendrá. Ningún ADN puede controlar el modo de pensar de uno. Galen no puede cambiar nuestros recuerdos. Puede alterar el ADN, pero no puede darnos su mente.

Con el rabillo del ojo, Frank detectó un sutil cambio en la expresión de Mónica que le hizo dudar de sus propias palabras, y en el instante en que llegó la duda supo la causa.

—El chip —dijo.

—¿Qué chip? —preguntó Nick.

—Esa herida con puntos que tiene en la nuca —dijo Frank—. Todos tenemos una. Igual que Jonathan.

Los demás se palparon por instinto la nuca y notaron el pinchazo de los puntos sobre la herida.

—¿Le importa iluminarnos, doctora? —dijo Frank.

Mónica miró al suelo.

—Encontré un chip dentro de Jonathan —dijo Frank, dirigiéndose a todos ellos—. Un chip informático, no mucho mayor que un sello de correos, colocado quirúrgicamente en la base del tallo encefálico. Quien se lo implantó usó la misma incisión que tenemos nosotros, Hal cerró los puños y avanzó amenazador hacia Mónica.

—¿Nos ha implantado un chip?

—No fui yo. Fue Galen. Antes de la anestesia. Él los implantó.

—¿Para qué son? —preguntó Frank.

Mónica sacudió la cabeza.

—No lo sé exactamente. Todo lo que sé es que Yoshida los cargó con toda la investigación de Galen, sus archivos, sus ensayos, sus diarios, todo su conocimiento. Galen incluso grabó gran parte de los últimos años de su vida con una cámara para que las imágenes pudieran descargarse también en el chip. Una biblioteca de datos.

—Pero ¿no su mente? —dijo Byron.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez. El chip no es sólo datos. También contiene *software* desarrollado por Yoshida, *software* capaz de imitar el razonamiento de una persona, prever su reacción a ciertos estímulos. Cuanta más información tiene el *software* sobre la persona (sus decisiones previas, sus opiniones, su estado emocional en diversas circunstancias), más capaz es el *software* de copiar el estado psicológico de la persona.

—¿Copiar? —dijo Frank—. ¿Quiere decir que el *software* puede deducir cómo pensaría Galen?

—Deducir y luego reaccionar. No es un proceso pasivo. Cuando el *software* elige la que cree que será la respuesta de Galen, actúa. Activa receptores neurales y hace que el individuo actúe.

—No lo entiendo —dijo Dolores—. ¿Se supone que pensamos distinto? Yo no noto nada diferente.

—Eso es porque, para empezar, nunca has utilizado el cerebro —dijo Hal.

Dolores le dirigió una mirada de reproche.

—No hemos advertido ningún cambio —dijo Frank—, porque es posible que el chip no haya sido activado todavía.

—¿Activado? —dijo Byron.

—Conectado —respondió Mónica.

—¿Y cuándo sucederá eso? —dijo Nick.

—El virus activa el chip —contestó Mónica—. Cuando el virus se ha esparcido por todo el organismo, los genes virales convergen en el tallo encefálico y activan el chip.

—¿Y eso qué se supone que significa? —dijo Dolores.

—No vamos a esperar a averiguarlo —dijo Frank—. Este virus tiene un período de incubación de tres días, lo que significa que en tres días se habrá esparcido por todo el organismo y hará lo que Galen pretendía. Ya han pasado dos, así que apenas tenemos veinticuatro horas para inocularnos el antiviral. El ARB ha desarrollado uno, igual que los curadores. Si pudiéramos encontrar la versión de los curadores...

Mónica negó con la cabeza.

—No la encontrará. No aquí. Galen mantuvo limpia esta cabaña. No hay muestras del antiviral. Sabía que intentaría usted encontrarlo en cuanto se diera cuenta de lo que pasaba, así que lo trasladó a otro sitio. Su mejor opción es la ARB.

Hal se echó a reír.

—¿Eso es todo?

—Cállate —dijo Dolores.

—¿Qué es lo que os pasa? —dijo Hal—. ¿Soy el único al que no le han dado con un palo en la cabeza? No deberíamos creer ni una palabra de lo que dice esta mujer. Tiene todos los motivos del mundo para mentirnos. Si tuviera ese antiviral, no nos lo daría de todas formas. Porque sabe que en el momento que salgamos de aquí y acudamos a la policía acabará entre rejas.

—No estoy mintiendo. Si quieren perder el tiempo registrando esta cabaña de arriba abajo, adelante. Pero les digo que aquí no hay nada.

Frank tomó una decisión.

—Nos vamos. Ahora.

Se volvió hacia Mónica.

—¿Dónde podemos encontrar ropa y suministros?

—Hay un armario en el pasillo donde guardan equipo suplementario. Allí hay ropa para ustedes.

Frank la tomó por la muñeca.

—Enséñenosla —dijo, y entonces, bajando la voz hasta casi convertirla en un susurro, añadió—: Y si nos está mintiendo, si trata de alertar a alguien, Hal tiene un atizador que está ansioso por utilizar, estoy seguro.

La sonrisa de Hal se convirtió en una mueca.

Frank empujó a Mónica hacia la puerta.

—Esperen —dijo ella. Echó mano al carrito y recuperó las jeringuillas—. Las necesitarán.

Frank hizo un gesto con la cabeza a Byron.

—Byron, lleve las jeringuillas. No quiero que ella tenga nada que pueda emplear como arma.

—No soy una de ellos.

Frank se plantó ante su cara.

—Mire, señora, quiero creerla. De verdad que quiero. Pero ahora mismo hay un montón de pruebas en su contra, la mayor de las cuales es una cicatriz grande y gorda en cada uno de nosotros. Ahora bien, si quiere el beneficio de la duda, si quiere una pizca de confianza de cualquiera de nosotros, va a tener que ganársela. Va a tener que traducir todas esas lágrimas a acción... en otras palabras, si le digo que haga algo, hágalo. Sin preguntas. Sin discusiones. Hágalo sin más.

Ella asintió.

Byron tendió las manos y Mónica le entregó las jeringuillas.

Frank los llevó hasta la puerta, donde se detuvo y miró los pies de Mónica.

—Quítese los zapatos.

Ella obedeció inmediatamente.

—Llévelos en la mano. Quiero que camine tan sigilosamente como el resto de nosotros.

Abrió la puerta. El pasillo estaba vacío y silencioso. Mónica los guió en la oscuridad en dirección opuesta a la que Frank había seguido antes. A cada crujido de las tablas del suelo, a cada roce de sus pies descalzos, Frank daba un respingo. En la habitación podían hablar libremente; podían hacer ruido; pero allí, donde no podían estar, hombres como Stone y Liquen esperaban con armas y aguzando el oído.

Llegaron a una puerta y Mónica la abrió. Todos la siguieron en silencio al interior. Un cordón colgaba del techo y Mónica tiró de él. Una única bombilla desnuda se encendió.

Estaban en el almacén. Hal, el más cercano a la puerta, la cerró tras ellos.

Una estantería cubría la pared del suelo al techo, repleta de suministros médicos y cajas. Mónica se dirigió al fondo de la habitación, al último estante, donde varios trajes grises a juego colgaban dentro de bolsas de plástico para limpieza en seco. En cada percha había una corbata roja. Frank reconoció los trajes. Eran idénticos al que llevaba Galen.

Mónica descolgó uno y leyó la etiqueta.

—Éste es para ti, Nick.

Nick tomó el traje.

—Tiene que estar de guasa. ¿Se supone que tenemos que ponernos esto?

Frank vio que cada traje llevaba la etiqueta con el nombre que correspondía a cada uno de los receptores de órganos. Hal encontró el suyo y lo sacó de la percha.

—¿Qué, vamos a misa o algo? No voy a ponerme esto. Quiero mi antigua ropa.

—Tu antigua ropa olía a perros muertos —dijo Dolores—. Probablemente la quemaron en el momento en que te la quitaron.

Frank tomó su traje. Era tal como Galen los había dibujado en *El libro de la conversión*: cinco George Galen con traje gris y corbata roja. Descartó la idea. Era ropa, eso era lo que importaba; el grueso tejido los protegería del frío y los elementos.

—Es la única ropa que tenemos —dijo—. Así que, a menos que quieran salir ahí fuera en bata, yo me la pondría.

Dolores se vistió detrás del estante del fondo con Mónica mientras los hombres se vestían en la parte delantera. Además del traje y la corbata, cada bolsa incluía una camisa blanca, unos calzoncillos, calcetines oscuros de algodón y un pañuelo blanco perfectamente doblado en el bolsillo del pecho de la chaqueta.

Byron examinó la etiqueta del fabricante.

—Es italiano. —Alzó el traje ante sí, examinándolo—. Probablemente cuesta una fortuna.

—Queda bastante bien —dijo Nick, doblando los codos y examinando cómo la bocamanga de la chaqueta encajaba con la manga—. Nunca había tenido un traje.

El de Frank, confeccionado para otra persona, le quedaba un par de tallas grande. Los pantalones le bailaban en la cintura, pero con el cinturón bien apretado daba lo mismo.

—¿Tenemos que ponernos la corbata? —preguntó Nick.

—¿Qué tontería de pregunta es ésta? —dijo Hal—. No vas a una entrevista de trabajo, idiota. Ni siquiera tienes que ponerte la chaqueta.

Nick miró la chaqueta que llevaba y se dio media vuelta.

—Me gusta la chaqueta.

—Deberíamos llevárnoslas —dijo Frank—. Hace frío ahí fuera. Nos ayudarán a entrar en calor.

Hal parecía a punto de protestar, pero se colgó la chaqueta al hombro y se cruzó de brazos.

—¿Estáis decentes, chicos? —susurró Dolores.

—Sí —respondió Frank.

—Voy a salir, pero si alguno de vosotros se ríe, os hundiré tanto la nariz que echaréis un mojón cada vez que estornudéis.

Dolores salió. Su traje era idéntico al de los hombres, y ella parecía querer llevar cualquier otra cosa menos aquello.

Hal sofocó una risa y Dolores frunció el ceño.

—Se que una *drag queen* es un tío que se viste de mujer —elijo Hal—, pero ¿cómo se llama la mujer que se viste de tío? ¿Un *drag king*? —Volvió a reírse.

—Déjala en paz —dijo Nick. Luego se volvió hacia Dolores y le habló con amabilidad—. Estás muy guapa, Dolores.

—Sí, Dolores —dijo Byron—, muy elegante. Incluso con clase.

Dolores sonrió durante un brevísimo instante, hasta que Hal soltó una risita:

—Sí. Para ser un tío.

Mónica los interrumpió para ofrecerles una caja llena de parejas de relucientes zapatos negros.

—Tomad. Poneos los zapatos.

Frank rebuscó en la caja hasta que encontró el par que llevaba su nombre. No eran los mejores zapatos para una caminata, pensó mientras los sacaba y los flexionaba. Pero al menos tenían la suela de goma; no harían ruido en el suelo del pasillo.

Todavía estaban atándose los cordones cuando oyeron pasos que se acercaban.

Frank les indicó por señas que se escondieran detrás de un estante, y todos menos Mónica obedecieron al momento. Frank la llamó, pero ella negó con la cabeza y le indicó que se ocultara en la oscuridad.

La puerta se abrió justo cuando Frank y los demás se escondían. Entre los artículos del estante, Frank vio a un curador entrar en la habitación, con la cara cubierta por la caperuza de su capa negra.

—He oído voces —dijo. Era una voz que Frank reconoció, pero no pudo situar.

—Oh, era yo —respondió Mónica—. Estaba intentando llegar a esa caja de ahí arriba y rezongaba. ¿Cree que podría alcanzarla por mí?

Frank vio al curador acercarse al estante, de espaldas a él, y tratar de alcanzar la caja. Creyó a Mónica. Si permanecían quietos y en silencio, el curador se marcharía.

Hal hizo girar el atizador para agarrarlo mejor, y el pequeño gancho de su punta rozó el estante con un chirrido.

Hubo un segundo de pánico, y de pronto el curador apareció ante ellos, doblando la esquina. Frank se abalanzó instintivamente y lo agarró por la cintura, haciéndolo chocar con fuerza contra la pared. La caperuza se le cayó. Frank alzó un puño para golpear, y entonces vio el rostro del curador y se detuvo.

El ayudante del *sheriff* Dixon miró a Frank, sin demostrar ningún signo de reconocimiento, y lo empujó con fuerza, enviándolo hacia atrás, contra los otros.

Hal apartó a Frank y atacó con el atizador.

Dixon fue más rápido. Lo esquivó con facilidad y asestó a Hal un codazo en la sien.

Hal cayó, y el atizador resonó en el suelo.

Dixon lo recogió. Las manos le temblaban ostensiblemente, respiraba con dificultad y miró a los demás como un hombre que apenas es dueño de sí mismo.

—No deberían salir de su habitación —dijo—. El maestro los querría a todos en

su habitación.

Sonó un disparo y la cara de Dixon se relajó. Puso los ojos en blanco y se desplomó inconsciente al suelo, mientras el atizador resonaba con fuerza a su lado. Mónica apareció tras él, empuñando una escopeta de dardos tranquilizantes, con el dedo todavía en el gatillo. Miró la escopeta, se cubrió la boca con una mano y la soltó, súbitamente asqueada.

Frank la recogió mientras Byron corría a la puerta y la cerraba.

La escopeta todavía estaba cargada con varios dardos tranquilizantes. Frank le puso el seguro y se arrodilló junto a Dixon para tomarle el pulso. Estaba vivo.

—Hal, Nick, ayudadme a quitarle esta capa.

En cuestión de minutos, el ayudante Dixon yacía en el suelo en camiseta y calzoncillos.

—Dadme las corbatas —dijo Frank.

Se las entregaron.

Mientras ataba y amordazaba a Dixon, Frank advirtió cómo temblaban las manos del ayudante del *sheriff*. Después de apretar el último nudo y asegurarse de que Dixon no podría soltarse si despertaba, se volvió hacia Mónica.

—¿Qué le han hecho?

—¿Conoce a este tipo? —preguntó Nick.

—Es un ayudante de *sheriff*. Fue testigo del accidente que mató a Jonathan. Nos estaba ayudando.

—Pues ahora no es de mucha ayuda —dijo Dolores.

—¿Qué le han hecho? —repitió Frank.

—Galen —dijo Mónica—. Podía controlar la mente de la gente, hacer que obedeciera su voluntad.

—¿Cómo?

Les contó lo que había visto en el caso de Yoshida, cómo había sufrido un ataque y Galen había conseguido que se recuperara besándole la frente.

—¿Así que el viejo junta saliva, te besa la frente y después hace contigo lo que le da la gana? —dijo Nick.

—Sé que parece ridículo, pero tienen la prueba aquí mismo. —Señaló al ayudante Dixon—. Lo trajeron justo antes de la operación. Galen lo besó y el tipo se quedó en blanco, como si le hubieran extraído el alma. Yo misma lo vi.

—Entonces, respóndame a esto —dijo Hal—. Si el vejestorio Galen podía dar besos mágicos que esclavizan a cualquiera, ¿por qué no lo hizo con usted, eh? ¿Por qué no la besó en la frente y le dijo que trasplantara sus órganos? ¿Por qué se tomó la molestia de amenazar a su hijo?

—Porque el temblor y los ataques son efectos secundarios de este estado —dijo Mónica—. Galen no podía arriesgarse a que mis manos no fueran firmes. Sabía que iba a operarlo, así que tuvo que obligarme a cooperar sin su... beso.

Dolores ladeó la cabeza y miró a Dixon.

—Entonces, él es tan víctima como nosotros. No podemos dejarlo aquí.

Frank sabía que tenía razón. No sabían qué le harían a Dixon los curadores cuando lo encontraran allí. Los curadores no habían demostrado dar un valor demasiado alto a la vida humana, a pesar de lo que dijeran. Si le echaban la culpa a Dixon de la huida, acabar con su vida podía ser considerado un castigo adecuado y una pérdida no demasiado grande.

—¿Hay algún modo de invertir el efecto? —preguntó—. ¿Algún antídoto o medicina, tal vez? ¿Algo que lo saque de este estado?

—No, ninguno que yo haya visto —dijo Mónica.

—No puede venir con nosotros —objetó Hal—. ¿Están locos? Ha intentado matarnos.

—Ya has oído a Frank —dijo Nick—. Es un poli.

—Como si es el Papa —dijo Hal—. De ninguna de las maneras lo vamos a llevar a cuestas.

—Ellos podrían hacerle daño —dijo Dolores.

—Es uno de los suyos. No le harán nada.

—Eso no lo sabes.

—Bueno, estoy dispuesto a correr ese riesgo, porque es él o nosotros. Si nos lo llevamos, ninguno de nosotros saldrá de aquí.

Los demás intercambiaron miradas.

—No me parece bien —dijo Dolores.

—Lo que no está bien es lo que nos han hecho a nosotros —dijo Hal—. Pero lo hecho, hecho está. Ahora tenemos una posibilidad de salir de aquí y no deberíamos perderla por este tipo. ¿Qué vamos a hacer, llevarlo a rastras? Y aunque se despierte y pueda caminar por su cuenta, no querrá venir. No nos causará más que problemas. Han jugado con su cabeza. No podemos ayudarlo. Lo mejor que podemos hacer es conseguir ayuda para nosotros y luego enviar ayuda para él. De lo contrario, nadie conseguirá nada. Porque no vamos a salir de aquí si nos lo llevamos.

Frank suspiró.

—Yo tampoco quiero dejarlo aquí, pero Hal tiene razón. No tenemos más remedio. Ahora no podemos ayudarlo. Nuestra mejor opción es encontrar a quienes puedan hacerlo y enviarlos aquí.

—Eso es —dijo Hal.

Frank miró a Mónica.

—¿Y esa escopeta de tranquilizantes? ¿Hay más?

Ella señaló un clavo vacío en la pared.

—Estaba colgada de ahí. No he visto más.

—¿Y los medicamentos para evitar el rechazo?

Ella abrió un gran cajón de madera donde había guardados varios Irascos de medicamentos y jeringuillas.

—Lo guardan todo aquí.

—Recójalos. Nos lo llevamos. Y los cargará usted.

Hal agitó los brazos.

—Eh, eh, eh. Mire, no me importa si está prisionera aquí o no, pero tampoco va a venir con nosotros, no después de lo que nos ha hecho.

—Es médico. Puede que necesitemos su ayuda.

—¿Para hacer qué? ¿Para que vuelva a abrirnos en canal? Nos metió un cuchillo en las tripas y nos sangró. Yo digo que se busque la vida por su cuenta.

Mónica apretó los dientes.

—Ódienme si quieren. Entréguenme a la policía. No me importa. Pero no van a salir de esta cabaña sin mi hijo y sin mí.

—¿Su hijo? —dijo Frank—. ¿Está aquí?

—En el sótano. Y no vamos a marcharnos sin él.

RESCATE

Frank vio venir la discusión antes de que empezara.

—Por favor, dígame que no está considerando en serio llevar con nosotros al crío de esta mujer —dijo Hal.

—Es mi hijo —dijo Mónica—. Sólo tiene seis años. No voy a dejarlo atrás.

Hal hizo una mueca.

—¿Seis? Está de broma, ¿no? ¿Qué somos, canguros? No. Ningún crío va a venir con nosotros. Sólo nos retrasaría.

Mónica los miró con ojos suplicantes.

—Por favor, es sólo un niño.

—¿Y eso le hace merecedor de un tratamiento especial? —dijo Hal—. ¿Sólo porque es más joven que yo?

—Es rápido para su edad. Podrá seguir el ritmo.

Hal la miró, entornando los ojos.

—Lea mis labios, señora. El crío se queda.

—¿En qué parte del sótano está? —preguntó Frank.

—¿Qué más da? —dijo Hal—. No va a venir. Sólo nos retrasará.

—En una habitación, en el ala norte —dijo Mónica—. Hay guardias.

—¿Cuántos?

—Dos, a veces tres.

—¿Hay algún modo de salir del sótano?

Hal se interpuso entre ellos y se encaró a Frank.

—No vamos a perder el tiempo buscando a ese niño. Ya hemos desperdiciado demasiado.

Frank miró a Hal sin decir nada, y luego se dirigió a Mónica.

—¿Hay algún modo de salir del sótano?

Hal alzó los brazos.

—No —respondió Mónica—. La única salida es la puerta principal. La puerta trasera está cerrada por fuera, como todas las ventanas. Pero sólo hay unos cuantos curadores de noche. Los demás vienen por la mañana. Si conseguimos burlar a los de abajo y a los del porche antes de que regresen los otros, podríamos conseguirlo.

—¿Soy el único que piensa que a esta mujer se le ve el plumero? —dijo Hal—. Esto podría ser una trampa. ¿No se le ha ocurrido a nadie? ¿Cómo sabemos que el niño existe siquiera? Todo esto podría ser *un* engaño para que bajemos al sótano, donde quién sabe qué nos está esperando.

—Tiene razón —dijo Nick—. ¿Por qué debemos creer ni una palabra de lo que diga? Yo voto por largarnos ahora mismo.

—Exactamente —dijo Hal, extendiendo la mano y dando dos palmaditas a Nick en la espalda, como si fueran amigos de toda la vida que se comprendían el uno al otro de manera implícita.

—No —respondió Frank—. Esto es distinto. Al ayudante del *sheriff* no podemos ayudarlo. Pero a un niño sí. No vamos a dejarlo aquí.

Mónica se relajó visiblemente.

—Dame la capa —dijo Frank.

Byron se la tendió y Frank se la ató sobre los hombros y se cubrió la cabeza con la capucha.

—Voy al sótano. Si oís ruido o no vuelvo dentro de diez minutos, marchaos sin mí.

—Si oímos ruido —dijo Nick—, entonces ellos sabrán que nos proponemos escapar. Será demasiado tarde para que intentemos nada.

—Tal vez no —replicó Frank—. Tal vez piensen que soy yo quien intenta escapar. No sabrán que lo hacemos todos. Tal vez pueda crear una distracción lo bastante grande para que lleguéis a la puerta. Mientras tanto, empaquetad suministros: comida, agua, todo lo que haya en la habitación que pueda ser útil. Pero no más de lo necesario para un día. No os agotéis. Cuando yo vuelva, estaremos listos.

Sonrió como si fuera un plan que no podía fallar, y pareció que Dolores y Byron lo creían.

—Voy con usted —dijo Mónica.

—No. Si dice la verdad, volveré con su hijo. Si no, bueno, se me acabó la suerte.

—Déjenos el arma —dijo Hal—. Tal vez la necesitemos.

—Va a enfrentarse a unos guardias —recordó Byron—. Nosotros, no.

Frank asintió, mostrando su agradecimiento a Byron.

—¿Cómo se llega al sótano?

Mónica se lo dijo.

—Diez minutos —dijo Byron.

Frank asintió.

—Diez minutos.

Apagaron la luz antes de que Frank abriera la puerta. Encontró el pasillo tal como lo habían dejado: oscuro, silencioso y vacío. Frank advirtió que le faltaba un detalle importante y se dio media vuelta.

—¿Cómo se llama su hijo? —susurró.

—Wyatt —dijo Mónica—. Se llama Wyatt.

Frank corrió al sótano, caminando con paso decidido para no levantar sospechas si lo veía alguien. De lejos podía pasar por el ayudante Dixon: sólo tenía que bajarse la capucha y moverse como si supiera adónde iba.

Wyatt. Lo estoy arriesgando todo por un niño de seis años llamado Wyatt.

Mientras recorría el pasillo, Frank reflexionó sobre la lógica de Hal. Dejar al niño era, en efecto, lo más sensato. Los retrasaría. Y ésa era una oportunidad que sólo tendrían una vez. Si los pillaban ahora, los curadores tomarían precauciones añadidas para impedir otro intento de fuga.

Y sin embargo Frank no podía hacerlo. No podía dejar al niño. Aunque significara no escapar. Era totalmente irracional, pero la sensación en sus tripas era más fuerte que el sentido común. No iban a marcharse sin el crío.

Dos rápidos giros y Frank llegó a la puerta del sótano. Chirrió cuando la empujó, un sonido que retumbó en todo el pasillo y llegó hasta la habitación de suministros. Se detuvo y escuchó, esperando que los curadores se materializaran de un momento a otro.

Después de una larga pausa, estuvo seguro de que no se aproximaba nadie.

Aliviado, acercó la mano a la puerta y la abrió con un rápido movimiento, para que no tuviera tiempo de chirriar.

La escalera era estrecha, de madera, antigua. Unos cuantos escalones incluso mostraban signos de podredumbre. Las paredes no eran más atractivas y se extendían hasta el suelo del sótano, que para decepción de Frank estaba inundado de luz. Esperaba la cobertura de la oscuridad. Sin embargo, lo más sorprendente de todo era el súbito cambio de temperatura. El sótano no tenía calefacción. Y por primera vez desde que salió de Washington, Frank vio su aliento helado ante sí.

Moviéndose despacio, bajó las escaleras.

Seis metros más allá de la escalera un curador dormía en una silla junto a una puerta. Incluso semiinconsciente, con la boca entreabierta, era físicamente impresionante.

Al menos está solo, pensó Frank.

Un pequeño calentador portátil brillaba a los pies del curador y, al acercarse, Frank notó el calor que emanaba de sus resistencias anaranjadas.

Frank apuntó con la escopeta de dardos tranquilizantes y estaba a punto de disparar cuando oyó tirar de una cadena y una puerta se abrió a su espalda.

—¿Qué te trae por aquí, Dixon? —dijo la voz de Liquen.

Frank no se volvió y vio la sombra de Liquen crecer delante de él a medida que el curador se acercaba. Cuando la sombra se detuvo, cubría por completo la suya.

Frank sintió un pesado golpecito en el hombro, donde llevaba la correa de la escopeta de dardos.

—¿Qué es esto? —preguntó Liquen—. ¿Llevas un escupedardos, Dixon?

Dos dedos gigantescos agarraron la punta de la capucha de Frank y tiraron hacia atrás. Frank no tuvo más remedio que actuar. Girándose bruscamente, disparó directamente a la barriga de Liquen.

Cuatro dardos se hundieron en el estómago del gigante antes de que tuviera tiempo de parpadear. Sí le causaron algún dolor, no dio muestras de ello. Miró los

tranquilizantes con expresión de desconcierto, parpadeó, abrió la boca para hablar y cayó de bruces al suelo, inconsciente.

El ruido despertó al curador dormido, que saltó de la silla, desorientado. Frank ya había alzado la escopeta. Apretó el gatillo y envió cuatro dardos contra su pecho.

El hombre se arrancó un dardo, lo miró, y luego cayó al suelo, golpeando el calentador y derribándolo.

El enfrentamiento había sido breve pero ruidoso, y Frank miró por instinto hacia la puerta del sótano, esperando que se abriera y una horda de curadores llegara corriendo.

Pero la puerta permaneció cerrada.

Se preguntó si los otros trasplantados lo habrían oído. Y, si era así, ¿malinterpretarían la conmoción como su intento de distracción y escaparían sin él?

Saltó por encima del curador que estaba más cerca de la puerta cerrada y tiró del pomo. No se abrió. Un candado que colgaba de una burda cerradura la mantenía cerrada. Moviéndose rápidamente, Frank rebuscó en la ropa de Liquen y encontró la llave en una cadena que llevaba al cuello. La soltó, la metió en el candado y la giró. El candado se abrió.

Tras empujar con fuerza la puerta, Frank entró en la habitación.

Wyatt estaba sentado en la cama, en un rincón, con las piernas recogidas contra el pecho y los ojos espantados. Era más pequeño de lo que Frank había esperado, un chiquillo delgado de brillantes ojos verdes como los de su madre.

—No voy a hacerte daño, Wyatt. Soy un amigo. He venido a ayudarte.

El niño no dijo nada, se quedó mirándolo.

—Estoy aquí para llevarte con tu madre. Vamos a intentar salir de aquí.

Le tendió una mano.

Wyatt no se movió.

—No te conozco. Eres un desconocido. No puedo irme con desconocidos.

—Así es, Wyatt. No debes hacerlo. Pero hoy es la excepción. ¿Sabes lo que significa excepción?

Wyatt alzó una ceja.

—No soy estúpido.

—Pues claro que no. Escucha, sé que soy un desconocido, pero tienes que confiar en mí.

—¿Eres policía?

—Algo así, sí.

—Entonces muéstrame la placa.

Aquello era una locura. Los curadores podían llegar de un momento a otro.

—No tengo placa, exactamente.

—Entonces, ¿cómo sé que eres policía? Vas vestido como uno de los malos.

—Esto es un disfraz —dijo Frank, abriendo la capa y mostrándole el traje que llevaba debajo—. ¿Ves?

—Llevas un traje. Los policías no llevan traje.

Aquello había llegado demasiado lejos.

—Chico, o vienes conmigo o te quedas. Si sigues sin fiarte de mí, hazte esta pregunta: si yo fuera uno de los malos, ¿les habría disparado a esos guardias del pasillo?

Señaló hacia fuera y Wyatt salió corriendo. Los curadores yacían tendidos donde habían caído.

Wyatt miró a Frank con los ojos como platos.

—Guau. ¿Por qué no lo has dicho antes? Vamos.

Echó a correr hacia la escalera y, cuando llegó a ella, subió de dos en dos los escalones. Frank le pisaba los talones. Recorrieron el pasillo sin toparse con nadie.

Cuando llegaron al almacén, Mónica abrazó a Wyatt con fuerza.

—¿Por qué ha tardado tanto? —dijo Hal—. Ha sonado a pelea. Hemos estado a punto de irnos.

—Si hubiera sido por Hal, nos habríamos ido —dijo Nick.

Byron se cargó una pequeña mochila a la espalda.

—Hemos encontrado botellas de agua y algo de comer. ¿Y ahora qué? Casi es de día.

Dos minutos más tarde estaban todos agazapados en el pasillo, ante la habitación principal. El porche se veía por la ventana más cercana y el resplandor del amanecer se arrastraba por el horizonte. Stone seguía en su puesto en el porche, contemplando el valle y bloqueando la única salida.

Frank se levantó y se puso la capucha. Dixon era unos centímetros más bajo que él, así que encogió los hombros para parecer más pequeño.

Luego empuñó la escopeta de dardos y comprobó la carga. Sólo quedaban cuatro dardos. Cada uno de ellos tendría que dar en el blanco.

—¿A qué estamos esperando? —dijo Hal—. Deprisa.

—No te veo correr a enfrentarte con ellos —dijo Nick.

—No ha sido idea mía —contestó Hal.

—Silencio —dijo Frank—. Quedaos aquí y agachaos.

Escondió la escopeta bajo la capa y, tras tomar aire, se acercó a la puerta.

La fría brisa de la mañana lo asaltó cuando abrió. El aire estuvo a punto de quitarle la capucha y sintió un instante de pánico. Pero la corriente amainó cuando abrió un poco más la puerta y su cabeza permaneció cubierta.

Stone estaba apoyado en un poste cerca de los escalones delanteros. Frank no podía verle la cara con la capucha tan baja, pero sus pies eran enormes.

—Buenos días, Dixon —dijo Stone.

Era entonces o nunca. Frank alzó el arma y disparó hasta vaciarla. Los cuatro dardos alcanzaron a Stone en el estómago, como habían hecho con Liquen y el otro.

Pero para Stone, un blanco mucho más grande, más grueso y más corpulento, al parecer cuatro dardos no fueron suficientes.

La capucha de Frank cayó hacia atrás y dos manos enormes lo empujaron con fuerza. Fue como ser atropellado por un camión a toda velocidad: todo el aire de sus pulmones escapó a la vez. Voló hacia atrás, atravesó la puerta y cayó en la habitación. Antes de aterrizar contra el sofá, su brazo chocó con una lámpara que había en una mesita. Frank sintió una terrible sacudida de dolor cuando algo afilado se le clavó en el brazo y el cristal explotó en todas direcciones.

Intentó gritar, pero no tuvo aire para hacerlo.

De repente, Stone se le echó encima, lo levantó y acercó la cara de Frank a la suya.

—No me obligue a hacerle daño —dijo. Entornó un poco los párpados y Frank vio que los tranquilizantes estaban haciéndole un poco de efecto. Se echó hacia atrás y, como sospechaba, la tenaza de Stone fue lo bastante débil para que pudiera liberarse. Cayó al suelo y allí, mientras tomaba dolorosamente aire, recuperó el resuello.

Stone echó mano a la escopeta de tranquilizantes que llevaba a la espalda y apuntó con ella a Frank.

—No me queda más remedio.

Frank cerró los ojos y esperó el sonido inevitable del dardo al dispararse, pero en cambio oyó cristales rotos. Abrió los ojos y vio a Stone inclinarse de lado antes de desplomarse inconsciente al suelo. Byron, detrás de él, sostenía los restos de otra lámpara de cristal.

—¿Está bien?

—Eso creo, sí —dijo Frank, sacudiéndose los cristales. Dio un respingo cuando sintió un súbito dolor en el brazo.

—Está herido —dijo Mónica, acercándose.

—Ya lo comprobará más tarde. Primero, vámonos de aquí. Casi es de día.

—Está sangrando.

Frank miró la manga de la túnica y vio que, en efecto, estaba manchada de sangre.

—Todos fuera —dijo—. Los curadores podrían llegar en cualquier momento.

Ella no discutió y salió al porche, con Wyatt agarrado con fuerza a su cintura y mirando a Frank con algo parecido al asombro. Frank le dio la vuelta a Stone y le quitó el arma de las manos.

Nick se agachó junto a Stone y rebuscó en sus bolsillos.

—¿Qué haces?

—Una vieja costumbre. Nunca dejes a un hombre tirado. —Sonrió—. ¿O era nunca dejes tirada la cartera de un hombre?

La sonrisa se le borró cuando encontró algo en el bolsillo de Stone. Sacó la mano y mostró una pistola semiautomática.

—Yo me quedaré con eso —dijo Frank, intentando quitársela.

Nick se dio media vuelta, alzando un hombro para desviar la mano de Frank.

—La estoy mirando.

Frank volvió a tender la mano, cautelosamente ahora, y con cuidado la puso sobre el brazo de Nick.

—No es un juguete, Nick. Debería llevarla yo.

Nick le entregó la pistola, ruborizado.

—No iba a dispararle a nadie. Sentía curiosidad, eso es todo.

Frank sacó el cargador del arma y se lo guardó; luego se metió la pistola en el cinturón, a la espalda.

Fuera, los cegadores rayos de la mañana se arrastraban sobre los picos de las montañas, bañando la cabaña de un tono ámbar y reflejándose en el rocío helado que cubría la hierba.

—Hace frío aquí fuera —dijo Dolores, cerrándose la chaqueta.

Nick bajó los escalones del porche y se reunió con los otros en el patio. Contempló el valle.

—¿Vamos a ir por ahí?

Por respuesta, Frank pasó de largo ante él y se acercó a los árboles al sur de la cabaña, precisamente hacia donde señalaba Nick.

—Pero ¿hasta dónde? —dijo el chico—. No veo nada desde aquí. Ningún pueblo. Ninguna carretera. Nada.

—Entonces sugiero que nos pongamos en marcha —dijo Frank, continuando hacia los árboles.

Mónica y Wyatt los siguieron. Hal, Byron y Dolores se miraron y luego corrieron también detrás de Frank.

Nick contempló la cabaña, vaciló un momento y luego corrió con los demás hacia el bosque.

PISTA

El agente Riggs se dirigía al norte, hacia Agoura Hills, dándole vueltas siempre a lo mismo. Habían pasado dos días desde la desaparición de Carter y Frank, dos días desde que aquellos dos, según el registro de vehículos de la ARB, habían salido de la agencia en una furgoneta. Riggs sólo podía imaginar adónde habían ido y por qué. No tenía sentido. Ahí estaban, en el curso de una investigación crucial, ganando terreno en la crisis de los curadores, y Carter y Frank se habían largado como si ya no hubiera colegio.

—Tal vez recibieron una llamada o algo por el estilo —dijo Peeps, que iba sentado a su lado—. Tal vez alguien telefoneó con una pista o un soplo.

Riggs negó con la cabeza.

—He comprobado el registro de llamadas. No he encontrado nada de particular. Además, si hubieran encontrado una pista me lo habrían dicho.

Riggs se pasó una mano por la barba crecida. Sentía cada partícula de su cuerpo cansada, sobre todo la mente. Durante dos días había intentado encontrar respuestas y llevaba dos días con las manos vacías. Primero estaban Frank y Carter, dos agentes que habían desaparecido de la faz de la tierra sin decir ni adiós. Luego estaban los curadores. Jonathan Fox, que Riggs esperaba que fuera un avance en el caso, había resultado ser un callejón sin salida. Los agentes habían peinado cada centímetro de la carretera donde el camión había atropellado al chico sin encontrar nada. Ningún virus. Ni sangre. Nada. Era como si el muchacho se hubiera caído del cielo, una idea que Riggs había empezado a considerar algo más en serio. Y el ayudante del *sheriff*, el único testigo que tenían del caso, al parecer había salido del pueblo a la mañana siguiente del accidente para atender a un pariente moribundo en otro estado. Todos los intentos por contactar con el hombre habían resultado infructuosos.

Así que allí estaban, de regreso a Agoura Hills una vez más, esta vez para hablar con el supervisor del ayudante en persona. Aparcaron junto a la oficina del *sheriff* y entraron. Una mujer gruesa con uniforme de ayudante los recibió en el mostrador.

—¿Puedo ayudarlos, caballeros?

Riggs le mostró la placa.

—Agente Riggs, de la Agencia de Riesgos Biológicos. Éste es el agente Waters. Nos gustaría poder hablar con el teniente Yontz, por favor.

Ella señaló un despacho situado al otro lado de la habitación y descolgó el teléfono.

—Le diré que han llegado ustedes.

Riggs le dio las gracias, y se dirigieron hacia el despacho de Yontz.

Leroy Yontz colgó el teléfono y los invitó a pasar, indicándoles que tomaran asiento frente a su mesa y ofreciéndoles café, cosa que ambos rechazaron amablemente. Yontz era un hombre delgado de unos cuarenta y tantos años, pelo escaso y bifocales de montura dorada.

—Lo han tenido ustedes difícil con este caso —dijo—. A veces hay que renunciar a algunos casos. Ésa es mi política. Te empeñas demasiado en resolver los difíciles y acabas quemándote.

—Me temo que en este punto eso no es una opción —dijo Riggs.

Yontz se encogió de hombros.

—Bueno, les dije por teléfono todo lo que sabía, que no es gran cosa. Era el caso del agente Dixon. No sé qué más puedo hacer para ayudarlos.

—¿Alguna noticia de Dixon?

Yontz negó con la cabeza.

—Le he dejado mensajes en el móvil, pero no ha contestado. Tiene un pariente moribundo o algo así. Espero que sepa que estos días le serán descontados de las vacaciones.

—¿Qué hay del conductor del camión?

—Me he puesto en contacto con la compañía. Un abogado gilipollas me llamó para decirme que, si quería hablar con su cliente, tendría que concertar una cita. Dije que no había cargos contra el hombre: fue un accidente puro y simple. Todos pudieron verlo.

Yontz puso los pies sobre la mesa y se hurgó los dientes con un palillo.

—El mundo sería un lugar más feliz si nos dejaran pegar un tiro a los abogados de vez en cuando. Nada fatal, por supuesto, sólo para fastidiarlos.

—¿Podría llevarnos al lugar del accidente? —dijo Riggs—. Nos gustaría echar un vistazo.

Yontz bajó los pies y trató de no parecer molesto.

—Ya he llevado a su gente allí. Examinaron la hierba durante unas cuantas horas y no encontraron nada. No veo que volver a ese sitio vaya a cambiar eso.

Riggs se levantó y Peeps lo siguió.

—Sólo unos minutos de su tiempo, teniente —dijo—. Se lo agradeceríamos.

Yontz murmuró algo entre dientes y recogió su sombrero.

Diez minutos más tarde llegaron al lugar del accidente. Yontz aparcó el todoterreno en la cuneta de la carretera y Riggs aparcó su sedán detrás. Bajaron a echar un vistazo. A la luz del día, aquel tramo de carretera parecía exactamente igual que todos los demás kilómetros de carretera rural de esa zona. De no haberlos escoltado Yontz, Riggs no estaba seguro de haber podido encontrar el lugar.

Contempló el claro y el bosque.

—¿Qué hay tras esos árboles? —preguntó.

—Más árboles —contestó Yontz—. Ya no hay muchas residencias ni comercios

por aquí.

¿Ya no?

—¿Hubo alguna vez algún negocio allí arriba, alguno que haya sido abandonado? Yontz se frotó la barbilla y pensó un momento.

—Bueno, está la antigua Residencia Happy Mountain. —Señaló al noreste—. A unos tres kilómetros en esa dirección. Ese sitio lleva años vacío.

Riggs chasqueó los dedos para llamar la atención de Peeps.

—Informa a Hernandez. Quiero un equipo de asalto en helicóptero volando hacia esta dirección en dos minutos.

Frank encontró un estrecho sendero no muy lejos de la linde del bosque y decidió seguirlo. Llegaría a la civilización mucho más rápido que dando tumbos entre los árboles. Además, un sendero sería más seguro; no tendrían que preocuparse por ningún agujero inesperado ni por barrancos ni por invadir la madriguera de un animal hostil. Y, con menos obstáculos que vigilar, podrían moverse más rápido. El aire de la mañana era frío, pero al rápido paso que Frank marcaba habían entrado en calor. Hal había decidido ponerse la chaqueta, y el grupo avanzaba con sorprendente facilidad.

Frank pasó por encima de un tronco caído en el sendero y se maravilló. Lo habían operado hacía poco más de cuarenta y ocho horas, y ya se sentía tan ágil y ligero como siempre. Wyatt era el único que parecía tener ciertas dificultades. Tenía que dar dos pasos por cada uno de Frank. Y aunque por el momento seguía el ritmo, Frank sabía que no podría mantenerlo. El chico se cansaría. No podría mantener aquel paso eternamente.

—Debería echarle un vistazo a su brazo —dijo Mónica, acercándose a él.

—Ya no me duele —respondió Frank, todavía manteniéndolo tieso al costado—. Pongamos más distancia tras nosotros.

—Hemos recorrido casi cinco kilómetros —dijo Mónica—. Podemos parar el tiempo suficiente para que le eche una ojeada. No nos servirá de nada si se muere desangrado.

—Tiene razón, Frank —dijo Byron—. Deje que lo examine. Es doctora.

Yo también soy doctor, quiso recalcar Frank. Pero sabía que era inútil discutir. Tenían razón. Las heridas sangrantes requieren atención inmediata. Además, su sangre estaba contaminada. Cada gota que cayera al suelo era como una semilla de virus.

Frank se detuvo de golpe.

—Un momento.

¿Cómo podía ser tan estúpido? Debía de estar perdiendo la cabeza.

—No puede examinarme esta herida. No debería estar cerca. Podría infectarla.

—No pasa nada —dijo Mónica.

—No, claro que pasa. No sabe lo virulento que es este virus. No puedo

arriesgarme a que mi sangre la toque.

—Estoy inmunizada —dijo ella—. Wyatt y yo lo estamos, los dos. Galen nos vacunó cuando nos capturó. Sabía que yo manejaría el virus, y no quería que Wyatt se infectara tampoco. No olvide que ya he metido las manos en su interior. Su sangre me ha manchado. Si pudiera infectarme, hace tiempo que estaría muerta.

Frank vaciló un momento y luego cedió y asintió para indicarle que actuara.

Ella le ayudó a quitarse la capa y la chaqueta. Frank se sorprendió de que casi no le doliera ya mover el brazo. Había pensado que desnudarse sería una hazaña dolorosa y lo había pospuesto en parte por ese motivo. Sin embargo, no sentía ningún dolor. Sólo había sangre. Y en cantidad. La manga de su camisa blanca estaba roja de codo para abajo.

Los demás se congregaron a su alrededor.

—Qué desagradable —dijo Dolores.

—Se ha hecho un buen corte —dijo Nick.

Frank pensó lo mismo y le sorprendió ver tanta sangre propia: no creía que el corte fuera tan profundo.

—Siéntese —dijo Mónica, abriendo la bolsa de medicinas que se había llevado del almacén y señalando una gran roca junto al sendero.

Frank se sentó y los otros lo rodearon. Wyatt se abrió paso hasta la primera fila y miró la manga roja.

—¿Duele? —preguntó Mónica.

—No —respondió Frank, sin mirarla—. La verdad es que no. Me encuentro bien. Sano como una manzana.

Mónica, que se estaba poniendo guantes de goma, se detuvo de pronto y lo miró.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho que me encuentro bien. Sano como una manzana.

—¿Por qué usa esa expresión? ¿Lo dice siempre así?

Frank frunció el ceño.

—Es una simple expresión.

Mónica advirtió que todos la estaban mirando. Incluso Wyatt parecía preocupado. Forzó una sonrisa y continuó poniéndose los guantes.

—Lo siento. Es algo que Galen me dijo una vez.

—¿Galen? —preguntó Nick.

—La primera vez que nos vimos. No tiene importancia.

—Demonios, sí que la tiene —dijo Nick—. Tal vez ese chip ya esté conectado.

Frank negó con la cabeza.

—Ya digo que no es más que una frase hecha. Mi abuelo solía usarla.

Nick seguía escéptico.

—Ningún viejo muerto controla mi forma de hablar. —Se volvió hacia Mónica—. Acabemos con esto.

Moviéndose rápidamente, Mónica cortó la mitad inferior de la manga y dejó al

descubierto la herida, que estaba situada por encima del codo, en el dorso del antebrazo. En vez de mirar la herida, Frank observó la reacción de todos. Nick y Hal dieron un respingo al principio, pero luego sus caras fueron de asombro.

—¿Veis eso? —dijo Hal con un silbido.

—Parece que ya está curado —dijo Nick.

Frank volvió el brazo y vio que, en efecto, la herida se le había curado sola: una cicatriz de unos seis centímetros se había formado en el músculo y había detenido por completo la hemorragia. Seguía muy roja, estaba hinchada y era sensible al contacto, pero no era la herida abierta de unos minutos antes.

Mónica humedeció una gasa con alcohol y limpió la sangre seca.

—Es cierto, entonces —dijo Byron—. Todo lo que dijo sobre este virus. La curación rápida, todo.

Hal aplaudió con fuerza.

—Que me aspen. El corte se ha cerrado solo.

—¿Cómo se siente? —preguntó Mónica.

Frank dobló el brazo.

—Un poco tenso pero, aparte de eso, bien.

—Voy a vendarlo, por si acaso.

Abrió un paquete de vendas y empezó a trabajar.

Hal se sentó junto a ella mientras le vendaba el brazo.

—Es usted médico, ¿no? ¿Cuánto tiempo tardaría en curar un corte como ése? En circunstancias normales, quiero decir.

—Es difícil de decir. No hay forma de saber la profundidad del tajo. Pero considerando la sangre que ha perdido, además del hecho de que atravesó el tríceps por aquí, yo diría que al menos unas cuantas semanas. Por no mencionar que hubieran hecho falta un montón de puntos de sutura.

Hal asintió vigorosamente, satisfecho con la respuesta.

—¿Oís eso? —dijo, mirando a los demás—. Unas cuantas semanas. Un corte como ése tarda normalmente semanas en cicatrizar. —Se echó a reír—. Y aquí el de nuestro hombre lo ha hecho en menos de diez minutos.

Le dio una palmadita a Frank en la rodilla como si hubiera hecho algo increíblemente osado.

—No lo comprendo —dijo Wyatt.

Hal se lo explicó ansiosamente.

—¿Viste cómo su brazo chocó con esa lámpara, no? Cristales por todas partes.

Wyatt asintió.

—Bien, pues el cristal se le clavó, ¿ves? Profundo. Hasta el hueso, tal vez.

—No seas tan gráfico —dijo Dolores—. Es un niño.

—Un niño que ha hecho una pregunta, tonta del culo. Así que cierra el pico.

Se volvió hacia Wyatt, de nuevo con expresión agradable.

—Así que el corte es profundo, ¿vale? Pero ahora míralo. —Señaló la herida,

aunque ya estaba vendada—. Curada. Magia.

Frank se puso en pie.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Mónica recogió la bolsa.

—Debería quitarle las grapas —dijo—. Las ha llevado lo suficiente. A todos los demás se las quitaron antes de que usted despertara.

Frank se palpó la hilera de grapas del pecho.

—Puede esperar. Ya tendremos tiempo luego.

Ella no puso objeciones.

—Vamos, Wyatt —dijo, cogiéndole la mano.

Frank se puso la chaqueta y la capa sobre los hombros, y luego se guardó en el bolsillo la manga ensangrentada que Mónica había recortado.

Se pusieron de nuevo en marcha y recuperaron rápidamente su antiguo ritmo. Frank se sentía lleno de vigor. Sabía que hubiera tenido que estar agotado después de caminar cinco kilómetros, pero respiraba con calma y facilidad, como si acabara de despertar de un descanso profundo.

Wyatt trotaba a su lado, aunque no le resultaba fácil. Tenía el pelo mojado de sudor y respiraba entrecortadamente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Frank.

—Es justo que sepa tu nombre, ya que tú sabes el mío.

—Supongo.

Wyatt evitó una roca del sendero.

—¿Eres de verdad policía?

—No, en realidad no.

—Ya me parecía. ¿Qué eres entonces?

—Virólogo. Estudio los virus.

—¿Eso es una especie de médico?

—Sí, una especie de médico.

—Mamá es cirujana torácica. Eso significa que abre el pecho de la gente.

—Sí, lo sé. Demasiado bien.

Se permitió una mirada atrás para ver si Mónica estaba escuchando. No lo hacía. Iba casi la última, esforzándose más que nadie por seguir el ritmo. Wyatt había encontrado su apoyo, pero Mónica no había tenido tanta suerte.

—Mi padre es médico también —dijo Wyatt—. Cirujano ortopédico. Eso es médico de los huesos.

—Bueno, si me rompo el brazo, ya sé a quién llamar.

—Pero sólo lo veo un fin de semana de cada dos. Mamá y él se divorciaron.

Eso pilló a Frank desprevenido.

—Lamento oírlo.

Wyatt se encogió de hombros.

—Mi padre tenía una novia mientras seguía con mi madre.

Frank no supo qué decir a eso. La conversación se estaba volviendo incómoda.

—Pero creo que se supone que no debo saber eso, ya que mis padres no hablan del tema conmigo.

Los niños eran sorprendentes, pensó Frank. Sin rodeos. Lo decían todo tal cual, incluso a un perfecto desconocido.

Pero Frank sabía que no era un desconocido para Wyatt. Ya no. En la hora transcurrida desde su encuentro, Frank de algún modo había pasado a ser algo distinto a los ojos del niño. Algo más grande. Wyatt permanecía cerca de él, haciendo todo lo que Frank hacía, saltando sobre un tronco o evitando una raíz, incluso imitando su forma de andar. ¿Qué era eso? ¿Respeto, tal vez? ¿Una sensación de protección, de seguridad? El niño había pasado por una experiencia terrible aquella semana, por algo de lo que muchos niños podían no recuperarse nunca. Y ahora tenía a su lado a un hombre que podía disparar a los malos balas tranquilizantes y guiarlos por el bosque hacia la salvación. No, Frank era algo diferente para Wyatt ahora. Y por el momento, a Frank no le importaba.

Víctor Owens conducía hacia el norte por la autopista del Pacífico, con el móvil pegado al oído. Después de los timbrados de rigor, una voz familiar dijo:

—Hola. Soy la doctora Mónica Owens. Lamento no poder atenderte en estos momentos. O estoy con un paciente o hablando por la otra línea. Si es una emergencia...

Victor cerró el móvil y lo lanzó al asiento de al lado. Era impropio de Mónica no contestar a sus mensajes. Y a lo largo de los últimos días le había dejado un montón. Sí, era una ex esposa que creía tener un puñado de motivos para estar resentida, pero ése no era el estilo de Mónica, nunca lo había sido. Si Víctor dejaba un mensaje, Mónica lo llamaba; tal vez no inmediatamente; tal vez lo dejaba sudar un día o dos. Pero nunca más. Y ahora habían llamado a Victor del colegio de Wyatt para preguntarle si el niño se encontraba bien. Le habían explicado que llevaba más de una semana sin ir a clase y que habían llamado a la madre de Wyatt repetidamente sin obtener respuesta.

Victor no estaba seguro de si debía estar furioso o asustado. No era propio de Mónica hacer las maletas y llevarse a Wyatt de vacaciones sin consultárselo antes. Podían estar divorciados y no estar de acuerdo en muchos asuntos como padres, pero una cosa que habían acordado era la comunicación abierta; bueno, abierta en todo lo relacionado con Wyatt, al menos. Los otros aspectos de su vida eran asunto de cada cual. No es que Victor sospechara que Mónica tuviera otra vida que su carrera. No tenía mucha vida mientras habían estado casados, por el mismo motivo.

Victor se dirigió al norte en Cahuenga y subió la colina hasta Pacific Palisades. ¿Qué le quedaba por hacer, entonces, sino ir a ver por sus propios ojos si Mónica se

había marchado de casa? Tal vez hubiera dejado una nota. Tal vez alguien hubiera entrado en la casa y... Víctor descartó la idea. No estaban heridos. Mónica era demasiado lista. Y Victor había gastado demasiado dinero en el sistema de seguridad cuando estaban casados para que les pasara nada malo sin que saltara la alarma.

El camino de acceso estaba vacío. El monovolumen de Mónica no estaba allí. Victor no supo si tomar eso por una buena señal o no.

Aparcó el Mercedes en la acera, se bajó y buscó en el llavero la llave de la puerta principal. Para no precipitarse, llamó primero al timbre y se sorprendió cuando Rosa lo atendió casi inmediatamente, con una escoba en la mano.

—Rosa.

—Buenas tardes, doctor Owens —dijo Rosa en español. En la cara tenía una sonrisa peculiar que inquietó a Victor.

—¿Dónde está Mónica?

—La doctora Owens no está aquí —dijo ella, tan plácidamente como si se estuviera metiendo en un *jacuzzi* caliente.

—Bueno, ¿dónde está? Le he dejado media docena de mensajes y no me ha llamado. He llamado a la clínica. Nadie la ha visto allí tampoco.

—La doctora Owens no está aquí —repitió Rosa.

Víctor suspiró, irritado. La pobre comprensión de Rosa del inglés era intolerable. Sólo era capaz de responder a frases sencillas y breves. Probablemente ni siquiera comprendía la mitad de lo que le estaba diciendo.

Habló más despacio.

—¿Dónde está Wyatt? ¿Está con Mónica?

Rosa reflexionó largamente.

Víctor empezó a impacientarse. Ella no le entendía.

—Con, con —repitió—. ¿Comprende la palabra «con»? Como chile con carne. ¿Mónica con Wyatt?

Apuntó con dos dedos hacia arriba y los unió. Lenguaje de signos improvisado.

—Con. ¿Mónica con Wyatt?

Rosa se lo quedó mirando, todavía sonriendo. No divertida, sino... sonriendo.

—La doctora Owens no está aquí.

—Maldita sea, eso lo ha dicho ya. Ahora estaba preguntando por Wyatt. Quiero saber dónde...

—Wyatt está con la doctora Owens.

Victor se irguió, sorprendido por la súbita comprensión de la mujer y un poco avergonzado por haber perdido la calma. Rosa, sin embargo, no parecía molesta en lo más mínimo por su conducta. Pero ¿por qué había tardado tanto en responder? Era como si su cerebro estuviera funcionando con un desfase temporal.

—¿Wyatt está con Mónica? ¿Dónde? ¿Le dijo adónde iban?

—La doctora Owens fue con el maestro.

Victor alzó una ceja.

—¿Fue con el maestro? Pero si no está en el colegio...

—La doctora Owens volverá dentro de unos cuantos días —dijo Rosa—. ¿Quiere que le deje un mensaje?

—¿Están de vacaciones en alguna parte?

Rosa lo consideró.

—Sí, de vacaciones.

Victor se pasó una mano por el pelo, aliviado.

—Bueno, ¿por qué no lo ha dicho antes? Sí, por favor, dígame que me llame inmediatamente. Me había preocupado.

Rosa abrió un poco más la puerta.

—¿Quiere té o café?

—No. Tengo que volver al hospital. Pero, por favor, dígame a Mónica que me llame.

—Le daré el mensaje —dijo Rosa, la sonrisa todavía congelada en sus labios.

Victor le dio las gracias y regresó al coche. Rosa se quedó en el porche, con la escoba en la mano, viéndolo marchar. Victor miró atrás varias veces mientras se iba. Rosa permaneció allí, con la misma sonrisa vacía.

CONTACTO

Cuando Liquen despertó se encontró en el suelo de cemento del sótano de la cabaña. Se sentó, se frotó los ojos y pensó en cómo había podido ser tan descuidado como para quedarse dormido en el suelo. Bostezó perezosamente, luego vio a Pine también en el suelo, todavía dormido. De repente lo recordó todo. Se miró el estómago, donde cuatro dardos tranquilizantes todavía le sobresalían de los músculos abdominales. Se levantó de un salto, se los arrancó y los arrojó a un lado.

—Despierta, Pine.

Le dio al gigante caído una patada en el costado. Pine se agitó.

Liquen corrió a la habitación de Wyatt, y su peor temor se convirtió en realidad. Wyatt no estaba. Frank el receptáculo había tratado de escapar con el niño.

Se volvió y le dio otra patada a Pine.

—El niño se ha ido.

La noticia despertó a Pine. Abrió unos ojos como platos.

—¿Se ha ido?

Liquen no se quedó para darle explicaciones. Subió los escalones de cuatro en cuatro. Todo estaba silencioso en la planta baja, y la luz del sol se colaba por las ventanas. ¿Cuánto tiempo habían estado dormidos?

Llegó a la habitación donde los receptáculos se estaban recuperando y abrió la puerta. La chimenea se había apagado y las camas estaban vacías. Un golpeteo llegó a sus sensibles oídos. Ladeó la cabeza y escuchó. De alguna parte del pasillo llegaba un traqueteo. Liquen encogió los hombros, centrando su peso corporal, colocándose en posición de ataque, y avanzó lentamente por el pasillo, acercándose al ruido.

El traqueteo lo condujo al almacén. Abrió la puerta. El hombre conocido como Dixon, que había venido a ellos como ayudante del *sheriff*, yacía atado y amordazado en el suelo. Sufría un ataque. El ruido se debía a las sacudidas de su cuerpo contra el suelo. Había pasado demasiado tiempo desde su último tratamiento y su cuerpo pedía violentamente otra dosis.

Liquen corrió hacia él y soltó de un tirón las corbatas que lo ataban. Dixon continuó dándose golpes; tenía la cabeza y el cuerpo magullados. Liquen le sostuvo la cabeza, sacó de su bolsillo un frasco de medicina y le dio a Dixon lo que su cuerpo anhelaba.

El hombre empezó a calmarse inmediatamente. Sus miembros dejaron de sacudirse y su cuerpo se quedó quieto.

Liquen bajó lentamente la cabeza de Dixon hasta el suelo. Viviría. Qué necios los

receptáculos al ser tan crueles con quien sólo quería protegerlos. Liquen dirigió una última mirada al hombre, lleno de compasión, y luego salió corriendo de la habitación. Tenía trabajo que hacer.

La habitación principal estaba hecha un caos. Las lámparas se hallaban rotas y había cristales por todas partes. La puerta estaba abierta. Y allí, en el centro de la habitación, como un oso dormido, yacía Stone.

Liquen corrió a comprobar sus constantes vitales. Stone estaba vivo. Bien, pensó Liquen, será necesario. Pero ¿cómo despertarlo? Stone no despertaría con un buen bofetón: le habían dado la mayor resistencia al dolor, y por tanto el dolor no podría despertarlo.

Liquen le tapó la nariz con dos dedos y puso una mano sobre su boca, bloqueando su respiración. Pasaron unos segundos antes de que los ojos de Stone se abrieran mientras su cuerpo asfixiado se obligaba a despertar.

Liquen arrancó del estómago de Stone los dardos tranquilizantes.

—Los receptáculos han escapado.

Pine entró dando tumbos en la habitación.

Stone se levantó y añicos diminutos de la lámpara rota cayeron de su pelo blanco.

—Tenemos que recuperarlos —dijo simplemente—. El renacimiento será dentro de menos de un día. Liquen, tú eres el más rápido. Adelántate y deténlos. Yo llamaré a los demás y nos reuniremos contigo en el bosque. No pueden haber llegado muy lejos.

Liquen salió por la puerta antes de que Stone hubiera terminado la frase siquiera. De un salto dejó atrás los escalones del porche. Luego cruzó el patio, ganando velocidad, con la capa ondeando. No necesitaba pararse a buscar huellas. El olor de los receptáculos era todavía fuerte en el aire de la mañana.

Riggs dio la orden al piloto y el helicóptero descendió rápidamente hacia la Residencia Happy Mountain, de aspecto abandonado. Cuando el helicóptero se posó, la puerta se abrió y el grupo de asalto, todos sus miembros ataviados de pies a cabeza con bioequipo y blindaje, salió corriendo hasta tomar posiciones defensivas a la entrada del edificio. Riggs fue el último en bajar. Cerró la puerta y le dio un golpe, indicando al piloto que volviera a despegar. Las aspas giraron más rápido y el helicóptero se marchó, levantando nubes de polvo.

Riggs corrió hacia la puerta principal y se apretujó contra la pared. Preparó el rifle de asalto y lo amartilló. Pudo sentir todos los ojos sobre él. El equipo esperaría su orden para avanzar.

El sonido de ladridos taladró el silencio. Todos se volvieron justo cuando dos dóberman de aspecto feroz llegaban corriendo desde el otro lado del edificio.

La agente Hernandez no esperó la orden. Desenfundó la pistola de tranquilizantes que llevaba en la cadera y abatió los dos animales antes de que estuvieran a veinte

metros de ningún miembro del equipo. Los dóberman se quedaron tendidos de costado, con los ojos en blanco y la lengua colgando.

Peeps silbó desde su posición, tras un árbol en el patio delantero.

—No sé vosotros, chicos, pero yo me alegro de haberla invitado.

Hubo unas cuantas risas que se transmitieron por los altavoces, hasta que Hernandez dijo:

—Sigue haciendo chistecitos, Peeps, y a lo mejor te meto accidentalmente un dardo tranquilizante en ese culo flaco tuyo.

—Vaya —dijo Peeps—. Las mujeres ni siquiera aceptan un cumplido.

La voz de Riggs los hizo callar.

—Concentraos. Podría haber más dóberman dentro. Y quién sabe qué más.

Todos se pusieron serios y prepararon sus armas.

—Luces —dijo Riggs.

Se ajustaron una linterna al casco.

—Luces comprobadas —dijo Peeps, cuando tuvo confirmación visual de que todos los miembros del equipo estaban listos.

Riggs dio la señal.

—Adelante.

Agachado, Riggs entró en el destrozado vestíbulo de la residencia. El resto del equipo lo siguió, todos manteniendo la posición asignada, dispuestos a atacar en cualquier momento.

—Peeps —dijo Riggs—. ¿Qué tienes?

Un esquema en 3-D del edificio apareció en el visor de Riggs, y la voz de Peeps sonó en su oído.

—Esto es el vestíbulo. La puerta que tenemos delante conduce al puesto de enfermeras, más allá del cual están las antiguas habitaciones de los residentes.

Riggs ordenó que le siguieran y se acercó con cautela a la puerta abierta que conducía al interior del edificio. Se apretó contra la pared, y luego asomó rápidamente la cabeza por la puerta para echar un vistazo al pasillo que había más allá.

Sonaron disparos en alguna parte, pasillo abajo, y Riggs apartó la cabeza justo cuando una bala alcanzaba el marco de la puerta y arrancaba lascas de madera.

—¡Alguien nos está disparando! —gritó uno de los agentes.

—Alguien con buena puntería —dijo Riggs, mirando los agujeros del marco de la puerta, justo donde antes estaba su cabeza—. Nández, ilumínanos.

La agente Hernandez sacó una gruesa bengala de su mochila, la encendió hasta que brilló en verde y la lanzó pasillo abajo en dirección a los disparos. Hubo un breve estallido cuando sonaron unos cuantos más, y luego todo quedó en silencio. Un brillante resplandor rojo emanaba ahora del pasillo.

Dos agentes se colocaron en el lado derecho del marco de la puerta, mientras que Riggs se quedaba en el izquierdo. Cuando vio que estaban preparados, asintió y,

como un solo hombre, entraron disparando.

El tirador era un curador con una capucha negra que le cubría la cara, agazapado tras el puesto de enfermeras del centro de la sala, ahora iluminada por la bengala. La mayoría de las balas alcanzaron el puesto, pero una le dio en el hombro y lo hizo caer de espaldas. El arma escapó de su mano.

Riggs y los otros agentes entraron corriendo, las armas listas, preparados para volver a disparar, pero no hubo más disparos. El tirador estaba solo. Riggs corrió hacia el curador, que yacía revolviéndose en el suelo, con un charco de sangre alrededor del hombro.

Era un curador pequeño, del tamaño de un hombre normal. Riggs se arrodilló y le quitó la capucha, descubriendo el rostro del hombre.

—Me habéis hecho soltarlo —dijo el curador débilmente—. Lo tenía en la mano y me habéis hecho soltarlo.

Estupefacto, Riggs siguió la mirada del curador hacia un frasquito que yacía roto en el suelo junto a la mano derecha del hombre. Un líquido claro y viscoso, parecido a la saliva humana, se había derramado.

Otros agentes llegaron.

—Detened la hemorragia —dijo Riggs.

Dos agentes empezaron inmediatamente a tratar la herida.

—Debo proteger el edificio —le dijo el curador a Riggs, impaciente—. He de cumplir mi deber con el maestro.

—¿Hay alguien más en el edificio? —preguntó Riggs.

—Sólo uno —contestó el curador.

—¿Dónde?

—Encerrado en su habitación. No puede salir. Yo me encargo de eso. El maestro me pidió que me encargara.

Riggs alzó la cabeza.

—¿Peeps? Envía para acá el helicóptero con los médicos. Los demás, escuchad. Quiero registrar este edificio de arriba abajo. Si hay indicios de contaminación, a la bolsa. Si se mueve, detenedlo.

Frank yacía en el sendero, tratando de recuperar el aliento. Llevaban caminando dos horas ya sin ningún rastro de los curadores ni, por desgracia, de ayuda. Los demás yacían desparramados cerca, apoyados contra un árbol o sentados en una roca. Dolores estaba tumbada boca arriba, abanicándose. Nick y Hal se habían sentado cerca de un manantial de agua fresca que caía por el centro de la cara de granito de un acantilado.

Hal se acercó al manantial y llenó de nuevo la botella de agua.

—Tal vez ya sea hora de que beba alguien más —dijo Nick, tendiendo una mano.

—Tal vez ya sea hora de que cierres el pico y esperes tu turno —replicó Hal.

—Los demás tenemos tanta sed como tú, ¿sabes? —dijo Dolores.

Hal sonrió.

—Si sabes la sed que tengo, entonces cierra la boca y déjame beber.

Dolores hizo una mueca, pero se calló.

—¿Siempre eres tan respetuoso con las mujeres? —dijo Mónica.

Hal se encogió de hombros.

—No veo a ninguna que merezca respeto.

Mónica apartó la mirada y rodeó a Wyatt con un brazo.

Hal tomó otro largo trago, hizo gárgaras y luego escupió.

—Bien, doctora Owens —dijo—. ¿En qué está especializada cuando no anda rajando a gente inocente y quebrantando la ley?

Mónica lo ignoró.

—Es cirujana torácica —dijo Wyatt.

Hal sonrió como un loco.

—¿Torácica? Vaya palabra tan difícil para un niño de seis años. Torácica.

—¿Qué significa eso de torácica? —preguntó Dolores.

—Cirujana del pecho —dijo Mónica—. Cirugía cardiovascular, principalmente.

—¿Quiere decir del corazón? —preguntó Dolores.

Mónica asintió.

Dolores miró a Hal.

—Es médica del corazón.

—Ya la he oído, estúpida —contestó él. Miró a Mónica—. Así que médica del corazón, ¿eh? Qué suerte tiene Frank, ¿eh? Corazón nuevo. Médica del corazón. Qué bien. ¿Y los demás? ¿Cuántos trasplantes de riñón ha hecho?

—¿Incluyendo los tuyos y el de Nick?

Hal asintió.

—Tres.

—¿Tres? —Hal se puso en pie—. ¿Qué clase de experiencia es ésta? ¿Nos raja sin saber siquiera cómo?

—Lo hice lo mejor que pude para mantenerlos con vida.

Hal gruñó, disgustado.

—¿Y el pulmón? —dijo Dolores, sentándose—. ¿Cuántos pulmones había trasplantado antes que el mío?

Mónica negó con la cabeza.

—Ninguno.

Dolores se llevó la mano al pecho.

—¿Ninguno? ¿Está segura de que lo hizo bien? ¿Puso todos los tubos y cables donde se supone que tienen que ir?

—Tú no tienes cables, ignorante —dijo Hal—. Sólo venas y esas cosas.

Dolores gruñó.

—Mira quién fue a hablar, como si supieras lo que dices.

—Eh, sé un montón más que tú, ¿vale? Al menos no hablo en sueños.

—Al menos yo no soy una borracha —replicó Dolores.

Hal pareció a punto de reaccionar, pero Byron interrumpió.

—¿Y los trasplantes de hígado? —dijo—. ¿Había hecho alguno antes?

—Una vez —respondió ella, mirando al suelo—. En la facultad. A un cadáver.

—¿Un cadáver? —dijo Hal.

—¿Qué es un cadáver? —preguntó Nick.

—Tío, eres un pelín ignorante, ¿no? —dijo Hal.

—Un muerto —explicó Byron—, usado para investigar.

—Bueno, es usted todo un elemento, ¿eh, doctora Owens? —dijo Hal—. Una verdadera milagrera. Supongo que el viejo George pensó que, si podía cambiar un corazón, también podía cambiar un riñón. Qué afortunados fuimos, ¿eh?

—¿Quién tiene el otro riñón? —preguntó Nick—. Ha dicho que fueron tres.

Mónica lo miró, vaciló.

—Jonathan —dijo.

La cara de Nick enrojeció y apartó la mirada, los ojos llenos de lágrimas.

—Se escapó antes de que el virus tuviera tiempo de iniciar la curación —dijo Mónica—. Nunca quise hacerle daño.

—Bueno, pues lo hizo, doctora —contestó Hal—. Y cuando llegue el día, voy a verla arder. Sí, señor. Estaré en primera fila. Tal vez incluso pulse yo mismo el interruptor.

—Ya basta —dijo Frank, poniéndose en pie—. Sin la ayuda de la doctora Owens, no habríamos escapado. Se merece respeto por eso, al menos. Si quieren seguir molestos, vale. Pero por su propio bien, y por el bien de Wyatt, guárdenlo para otro momento. Ahora mismo nuestra única preocupación es conseguir ayuda lo antes posible. Y si malgastamos todas nuestras energías discutiendo y peleando, no conseguiremos nada. Ahora, en marcha.

Todos se pusieron en pie.

—Hal, me gustaría que tú fueras delante ahora, si no te importa. Sigue el sendero y no te alejes del grupo.

Hal pareció complacido.

—Si todos pueden seguir el ritmo...

Frank se acercó a Byron.

—¿Has disparado un arma alguna vez? —dijo, ofreciéndole la escopeta de dardos tranquilizantes.

Byron la sopesó.

—Nunca he disparado una de éstas, pero no debe de ser demasiado difícil.

En menos de tres segundos comprobó el seguro, la amartilló, se apoyó la culata en el hombro y apuntó a un blanco imaginario.

—Lo haces con mucha facilidad —dijo Frank, impresionado.

—Crecí en Montana. Mi padre nos llevó de caza en cuanto fuimos lo bastante

mayores para acompañarlo legalmente. —Sonrió—. Y a veces antes.

—Esperemos que nunca tengas que usarla.

Byron comprobó el cargador y lo devolvió a su lugar.

—Siento curiosidad... Eres el único del grupo que no es un indigente.

—Aparte de ti, la doctora y el niño.

—Y sin embargo Galen pensó que lo eras.

—Tenía un aspecto deplorable la noche que me recogió. Había estado recorriendo el Bosque Nacional Los Padres y no me había bañado ni afeitado desde hacía días. Regresaba a Los Angeles cuando se me averió el coche. Galen me vio haciendo dedo y supuso... —Se encogió de hombros.

—Tu familia debe de estar preocupada.

Byron alzó la mano para que viera que no llevaba anillo.

—No estoy casado. Y vivo solo. Las únicas personas que me echarán en falta son los de mi oficina. Pero estoy sin clientes tan a menudo que me pregunto si alguno sabrá que he desaparecido. Sea como sea, no quisiera ver cómo tengo ahora el correo.

—¿A qué te dedicas?

—Soy asesor fiscal. Lo sé, parece increíblemente aburrido y superficial, pero créeme, no tienes ni idea de lo aburrido que es realmente. —Se colgó al hombro la correa del arma—. Cada tres meses o así tengo que escaparme unos días para despejarme. Fue mala suerte que decidiera estar fuera la noche que Galen estaba buscando voluntarios.

—Creía que había dicho que el descanso se ha acabado —dijo Dolores, las manos en jarras—. ¿Nos movemos o seguimos jugando a quién-es-quién?

Se pusieron de nuevo en marcha; Hal, el primero, y Frank, el último. Para alivio de Frank, Hal llevaba un ritmo razonable, ni demasiado lento ni demasiado rápido, para no agotarlos demasiado pronto. Y ahora que habían descansado un momento, Mónica volvía a seguir el paso sin problemas.

—¿Cómo le va? —le preguntó Frank—. Antes le costaba un poco seguirnos.

Mónica consiguió sonreír.

—Sí, y Wyatt lo está haciendo bien. Estaba preocupada por él y soy yo la que nos frena.

Caminaron en silencio un momento.

—No me tiene en demasiada estima, ¿no? —dijo ella por fin, mirando al frente—. Todo eso de darme un poco de cuerda, lo agradezco, pero sé que no lo dice en serio. No es que se lo reproche. Yo tampoco me tengo en demasiada estima. —Se arrebujó en su chaqueta e inclinó la cabeza.

Frank la miró con el rabillo del ojo y se permitió sentir lástima por ella. Vio que estaba agotada, y no sólo por la caminata. Estaba fatigada emocionalmente. ¿Y por qué no iba a estarlo? Galen la había utilizado tanto como había utilizado a Frank y a los demás; más aún, porque Galen la había obligado a actuar, a infligir dolor, a amenazar a inocentes, mientras que Frank sólo había sido objeto de esas acciones. ¿Y

no era eso peor? Frank había sido tocado por el mal, pero Mónica había sido obligada a volverse malvada, a cometer actos que ni ella ni su profesión podrían olvidar jamás.

Todo por el niño.

Frank se imaginó a Galen mostrándole a Wyatt en su poder, prometiendo arrancarle la vida si Mónica no cooperaba. ¿Qué elección tenía ella, en realidad? Frank sabía que hubiese hecho sin dudar lo mismo por Rachel. Habría matado, mutilado, se habría arrancado su propio corazón si eso hubiera podido salvarla.

Mónica se secó el sudor de la frente, o tal vez las lágrimas de los ojos. Frank no podía asegurarlo.

—Sé que es un tópico —dijo—, pero estudié medicina porque quería ayudar a la gente. Quería crear una diferencia. Que las cosas le fueran bien a la gente en la vida. Sin embargo, si no hubiera sido médica nada de esto habría sucedido. Galen no nos habría apresado a Wyatt y a mí, y nadie habría resultado herido.

—Habría escogido a cualquier otra persona —dijo Frank—, a cualquier otro médico. No habría sido tan distinto.

Ella asintió, sabiéndolo, pero necesitando tal vez que otra persona lo dijera.

—Sé que parecerá increíblemente insuficiente que lo diga, y sé que no cambiará un ápice lo poco que me aprecian, pero lamento todo lo sucedido. Ojalá pudiera enmendar las cosas. Pero no puedo.

Tenía razón, parecía insuficiente. Lo siento es lo que se dice a un desconocido cuando tropiezas con él en el supermercado o a una persona a la que haces esperar cuando has quedado para almorzar. No lo que le dices a alguien a quien has estado a punto de matar o después de quitarle décadas de vida.

Sin embargo, no se podía negar su sinceridad.

Frank abrió la boca para decir algunas palabras de consuelo cuando un grito frenético en la distancia lo interrumpió.

—¡Eh! ¡Aquí! —chillaba alguien—. ¡Ayúdenos!

—Parece Hal... —Manifestó Mónica, mirando hacia el sendero y comprobando que estaba vacío. Su conversación los había retrasado y se habían quedado rezagados. Ahora los demás llamaban pidiendo ayuda.

—¡Aquí! —gritó la voz de Dolores.

Frank y Mónica echaron a correr. Al doblar un recodo, llegaron a un amplio lago. Byron, Hal, Dolores y Wyatt estaban en la orilla, saltando y agitando los brazos, haciendo señas a un pequeño bote de pesca que había en el agua a unos cien metros de distancia. Nick, por su parte, estaba sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas, pálido y agotado.

—¡Ayúdenos! —gritó Hal.

Frank oteó el lago y vio que el viejo del bote se daba la vuelta hacia ellos y saludaba.

—Nos ha visto —dijo Hal, entusiasmado—. Mirad, creo que viene hacia aquí.

Frank vio que el viejo ponía en marcha el motor y viraba el bote para acercarse a

ellos. Sintió una oleada de alivio, y entonces advirtió la situación. Todos estaban infectados con el virus. Incluso Mónica y Wyatt lo llevaban probablemente en la ropa en cierta medida. No se contagiaba por vía aérea; sólo podía ser transmitido a través de los fluidos corporales, pero seguía siendo muy contagioso. Si iban a pedirle ayuda al pescador, tenían que hacerlo con cuidado, asegurándose de que el viejo no se contagiara. Pero ¿cómo? ¿Cómo podía Frank contener el virus? La gente mayor era mucho más propensa al contagio. Bastaría con una simple picadura de mosquito o un corte en la mano o tal vez una gota de sudor para que el viejo contrajera el virus. No, la única opción era adueñarse del bote, llevarse la embarcación sin el hombre, y asegurarse de que no se acercaba a ellos.

—Rápido. Todo el mundo de vuelta al bosque.

Todos lo miraron, asombrados.

—¿Por qué? —dijo Dolores—. Ese hombre tiene un bote. Puede rescatarnos.

—No hay tiempo para explicaciones. Vuelvan al bosque.

Nadie se movió.

—Es una broma, ¿no? —dijo Dolores.

—Frank —dijo Hal—. Este tipo puede llevarnos a un embarcadero o al sitio de donde haya venido. Podría ser nuestro billete para salir de aquí.

Frank miró el bote. Estaba sólo a cincuenta metros de distancia y ganaba velocidad. El viejo lo miró a los ojos y volvió a saludar.

—Yo me encargo —dijo. Sacó la pistola y la mantuvo pegada al costado, apartada del campo de visión del pescador.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Dolores, con miedo en la voz.

Frank señaló con la mano libre.

—Al bosque. A esos árboles de allí. Todos.

Mónica agarró de la mano a Wyatt.

—Vamos, Wyatt.

Lo llevó rápidamente hasta los árboles y se agazaparon tras unos matorrales.

—Ya lo habéis oído —dijo Byron, empujando a los demás—. Vamos.

Hal y Dolores obedecieron, reacios, y Byron tuvo que llevar prácticamente en brazos a Nick. Frank vio que parecía más que cansado: tenía la boca abierta y los ojos inyectados en sangre.

Frank se quedó solo en la orilla y el pescador redujo la marcha y dirigió el bote hacia él. Vaharadas blancas de humo brotaron del motor. El viejo sonrió amablemente, los cebos de pesca que llevaba clavados en el sombrero chispeaban al sol.

—Les he oído gritar pidiendo ayuda —dijo el pescador—. ¿Necesitan ustedes algo?

Frank escondió la pistola a su espalda. El bote probablemente ya estaba lo bastante cerca.

Muy bien, amigo, esperemos que tengas un corazón mejor que el mío.

Hal apartó las ramas del matorral que tenía delante y trató de ver mejor.

—¿Qué está haciendo? ¿Por qué nos escondemos? ¿Alguien quiere decírmelo?

—Silencio —dijo Byron—. Estoy tratando de escuchar lo que dicen.

—Estamos demasiado lejos —dijo Hal—. Esto es una estupidez. ¿De qué tiene miedo? ¿De que no quepamos todos en el bote?

—Silencio —repitió Byron.

Hal lo había dicho, pero no en serio. Ahora que el bote estaba lo bastante cerca para verlo bien, parecía un motivo legítimo de preocupación. No cabrían todos. Era sólo una barquita con motor fuera borda. Tendrían que hacer varios viajes, eso estaba muy claro.

Bueno, yo voy a ir en el primer viaje. De eso puedes estar seguro.

Lo que sucedió a continuación hizo que Hal parpadeara, sólo para asegurarse de que había visto bien: Frank sacó la pistola y encañonó al viejo, apuntándolo al pecho como un poli que acorrala a un vendedor de *crack*.

—¿Qué está haciendo? —dijo Byron, lleno de pánico.

—Va a pegarle un tiro —dijo Dolores—. Dios del cielo, va a dispararle a ese hombre.

Mónica se agarró a Wyatt y le volvió la cabeza para que no viera nada.

Frank le estaba diciendo algo al pescador, que había levantado las manos y parecía asustado y a punto de orinarse encima, pero Hal no pudo oír nada.

—¿Qué está haciendo? —repitió Byron.

Yo sé lo que está haciendo, pensó Hal. Está haciendo lo que haría cualquier persona sensata que valore su vida.

—Va a quedarse con el bote para él solo.

Los demás se volvieron hacia Hal.

—¿Para él solo? —dijo Dolores.

—Nos va a dejar tirados. Es un bote pequeño y se lo va a quedar para él. Mirad, está haciendo bajar al viejo.

Los demás miraron de nuevo el bote. En efecto, el viejo se disponía a desembarcar.

—Eso no puede ser —dijo Byron.

—¿Es que estás ciego? Nos ha utilizado para que le ayudáramos a escapar y ahora nos da la patada a la primera oportunidad. —Hal se puso en pie—. No sé los demás, pero no voy a quedarme aquí sentado y dejarlo largarse con nuestro único medio de escape.

Byron intentó agarrarlo.

—Espera.

Pero era demasiado tarde. Hal corría hacia el bote. El viejo tenía un pie en el agua cuando lo vio llegar, se sobresaltó y casi cayó de cabeza al lago.

Frank levantó una mano.

—¡Hal, quédate ahí atrás!

Hal corrió y saltó al agua. El bote estaba sólo a cinco metros, así que Hal estaba seguro de que podría alcanzarlo sin tener que nadar.

Frank le gritó:

—¡Hal, no! ¡Alto!

Pero Hal no se detuvo. Continuó avanzando hacia el bote, con el agua por la cintura, luchando contra el barro que le tiraba de los zapatos, rezando para que Frank no le disparara por la espalda.

El viejo abrió aún más los ojos cuando vio acercarse a Hal y cayó de espaldas en el bote.

Dolores salió corriendo de entre los árboles.

—Esperad. Esperadme.

Corrió a la orilla y tropezó al borde del agua. Cayó de bruces en el lago levantando un chorro de agua.

—¡Alto! —gritó Frank—. ¡Quedaos atrás!

Pero ni Hal ni Dolores le hicieron caso. La libertad estaba sólo a unos metros de distancia. Dolores se movió con rapidez, ya también con el agua por la cintura.

Los dedos de Hal estaban a escasos centímetros del casco del bote cuando el disparo resonó en el aire. Durante una décima de segundo, Hal pensó que le habían dado y por instinto se miró el pecho, esperando que un chorro rojo le brotara de allí. Pero no había sangre. Miró hacia la orilla. Frank estaba al borde del agua, apuntando al cielo con el arma.

—Alejaos del bote —dijo—. Los dos.

Dolores empezó a retroceder.

—Lo quiere para él solo —dijo Hal. Quería que ella permaneciera entre ambos y recibiera la bala si Frank llegaba a dispararle. Entonces, volviéndose hacia el bote, intentó agarrarse al casco. Tocaba ya la superficie de fibra de vidrio cuando el motor rugió y el bote dio marcha atrás.

—¡No! —dijo Hal.

—¡Espere! —gritó Frank.

Pero fue inútil, el pescador estaba demasiado asustado. Hal hizo un último intento de nadar hacia el bote, pero sabía que era inútil antes de empezar siquiera. Nunca había sido un buen nadador. Y el pescador había acelerado a fondo.

—¡Espere! —gritó de nuevo Frank.

Cuando el bote estuvo a doce metros de distancia, el pescador agarró el timón, hizo girar la embarcación en la dirección adecuada y aceleró de nuevo. El motor rugió y escupió una nube de humo mientras el bote se perdía de vista.

Hal se quedó en el agua viendo cómo su única oportunidad de escapar se convertía en un puntito oscilante en la distancia. Todavía no se había movido cuando la ola llegó y lo cubrió hasta el cuello.

FIEBRE

Riggs vio cómo el helicóptero despegaba de la Residencia Happy Mountain. Dentro del helicóptero viajaba un curador atado a una camilla, a quien los médicos de la ARB atendían el brazo herido.

—Le han hecho algo a ese hombre —dijo Riggs—. Es como si estuviera en trance o algo por el estilo.

Peeps, que acompañaba a Riggs, contempló el ascenso del helicóptero.

—Algo así —dijo.

Riggs se volvió hacia él.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

Peeps le pasó el escáner de contaminación que tenía en la mano.

—He escaneado el líquido del frasquito que tenía ese tipo.

Riggs leyó la pantalla.

—¿Saliva humana?

—En su mayor parte. También contenía sustancias desconocidas que el escáner no puede reconocer. Mi deducción es que son proteínas.

—¿Proteínas?

—Proteínas humanas todavía por descubrir.

Riggs alzó una ceja.

—¿Me he perdido algo? No te sigo.

—Galen tiene un historial por modificar el ADN, ¿no? Sabe cómo manipular los genes de forma que inhiban o refuercen la producción de proteínas. Si manipuló su producción lo suficiente, si experimentó lo suficiente, tal vez descubrió la manera de imitar ciertas reacciones bioquímicas.

—En cristiano, Peeps.

—Drogas, tío. Control mental. Tal vez Galen aprendió a convertir la saliva en una droga.

—No lo dirás en serio.

—¿Tienes una explicación mejor?

La voz de la agente Hernandez resonó en sus comunicadores.

—¡Señor! Hemos encontrado al agente Carter.

—¿Dónde? —respondió Riggs—. ¿Está vivo?

—Vivo y bien. Le envió la localización ahora.

El esquema del edificio volvió a aparecer en el visor de Riggs; una habitacioncita situada hacia el centro se iluminó.

—La veo —dijo Riggs.

—Estoy indicando la mejor ruta para llegar aquí —dijo Hernandez.

El camino más directo hasta el punto de destino se iluminó en el esquema.

—De momento, el edificio está limpio —añadió Hernandez—. Hay equipo de sobra para sugerir que los curadores han estado mucho más ocupados de lo que pensábamos, pero ya no están. Parece que el que encontramos en la entrada se quedó a proteger el edificio y vigilar a Carter.

Riggs y Peeps corrían ya siguiendo las indicaciones hasta la posición de Hernandez.

—¿Has dicho vigilar a Carter? ¿Estaba prisionero?

Cuando llegaron a la celda donde estaba Carter, vieron la respuesta con sus propios ojos. La habitación era de hormigón sólido, sin ventanas, probablemente la garita de un conserje. La puerta, en aquel momento abierta, había sido reforzada recientemente con varios candados, todos en la parte exterior. En el interior había un único jergón junto a un cubo sucio y un plato de comida vacío. Carter estaba sentado contra la pared, en el pasillo, con el biotraje roto, y bebía el agua de la botella que le había ofrecido uno de los agentes.

—Eres todo un espectáculo —dijo Riggs.

—Empezaba a pensar que no ibais a venir —respondió Carter.

—¿Estás herido?

Carter negó con la cabeza y bebió más agua.

—Yo de ti no entraría en la celda. No tiene el más agradable de los aromas.

Riggs se agachó junto a él.

—¿Dónde está Frank?

Carter volvió a negar con la cabeza.

—No lo sé. Encontramos estas instalaciones. Íbamos a pedir refuerzos, pero pensé que teníamos que hallar alguna prueba antes de haceros venir. Así que nos desplegamos. Lo siguiente que supe fue que alguien me arrancaba el casco y me golpeaba en la cabeza. Unas cuantas horas más tarde me desperté aquí dentro. Habían roto mi comunicador, así que no pude llamar a Frank. Luego un curador me trajo comida, y supe que tenía problemas. Hace dos días, oí un montón de ruido y movimiento en el pasillo. Por lo que fui pillando, parecía que todo el mundo se largaba con viento fresco. Lo siguiente que supe fue que todos los curadores menos uno se habían marchado.

—Lo hemos encontrado —dijo Riggs.

—Eso me han dicho. Está loco como una cabra, como si estuviera hechizado o algo por el estilo.

—¿Alguna idea de adónde pueden haberse ido los curadores?

—Nada de nada. Intenté escuchar, pero no oí nada. Parecía algo que llevaran tiempo planeando. No fue una evacuación a lo loco, sino sistemática.

—¿Y en todo este tiempo no has sabido nada de Frank?

—No éramos compañeros de celda, si es eso lo que estás preguntando. Debieron de atraparlo también, supongo. Y pensaba que llegaríais antes. Dejamos a un ayudante del *sheriff* en la carretera, con la furgoneta. Pensé que pediría refuerzos al ver que no regresábamos.

—¿El ayudante Dixon? —preguntó Riggs.

—Sí.

—Se acabó lo de la muerte en la familia.

—¿Qué quieres decir? —dijo Carter.

—Olvídalo. El ayudante Dixon ha desaparecido también. Y si dejaste la furgoneta de la ARB en la carretera, alguien debe de habérsela llevado de allí, porque no está.

—No me extraña.

—¿Por qué os marchasteis Frank y tú sin notificármelo? —preguntó Riggs.

—El viaje fue cosa de Frank. Dijo que tenía que registrar el lugar del accidente y me pidió que lo acompañara. Supuse que tenía tu permiso.

—Ni mucho menos —dijo Riggs. Se incorporó—. Muy bien, todo el mundo. En marcha. Todavía tenemos que encontrar a dos hombres.

Frank echaba chispas. Hal y Dolores estaban chorreando en la orilla, con la cabeza gacha. Mónica, Wyatt, Byron y Nick esperaban a un lado, sin atreverse a hablar.

—He sacado la pistola porque se negó a bajar del bote y dejarnos subir —dijo Frank—. He tratado de pedírselo con amabilidad y lo he asegurado que se lo devolveríamos, pero no me ha hecho caso. No pretendía asustarlo, pero no tenía más remedio. No podía venir con nosotros. Podríamos haberlo infectado. Nuestra única opción era que bajara del bote. Entonces hubiéramos podido apoderarnos de él. Todos nosotros.

—Pero ¿por qué no nos lo ha dicho? —preguntó Dolores—. Creíamos que intentaba quedarse el bote para usted solo.

Frank miró a Hal, que estaba apartado del grupo, con los brazos en jarras, mientras a sus pies se formaba un charco de agua.

—Lamento haber dado esa impresión —dijo—. Creía que había dejado claro antes de ponernos en marcha que esto sería un esfuerzo de grupo.

—Lo dejaste muy claro —dijo Byron, mirando a Hal con el ceño fruncido.

—Y yo lo creí también, Frank —dijo Dolores—. Es que Hal no paraba de decir que intentaba darnos la patada.

Hal la miró con los ojos entornados.

—¿Por qué no te metes un calcetín mojado en esa boca? Tal vez así te callarías un rato.

—Tú eres el que tiene que callarse —replicó ella—. Si hubieras hecho lo que Frank nos dijo, ya estaríamos camino de la policía.

—No podemos acudir a la policía —dijo Byron—. Ya has oído lo que ha dicho.

Antes tenemos que ir a la ARB.

—Lo que sea —contestó Dolores—. Lo único que sé es que estaríamos en un sitio mucho mejor si no fuera por este tarambana.

—Eh, tú estabas tan ansiosa como yo por subir al bote —dijo Hal—. No trates de cargarme el muerto. Si no hubieras asustado al hombre con tu zambullida, tal vez no se hubiese dado la vuelta.

—¿Mi zambullida? ¿Quién ha salido corriendo de los árboles?

Hal apuntó a Frank con un dedo chorreante.

—Él estaba apuntando al tipo con una pistola. No yo.

—Sí, pero intentaba ayudarnos. Tú querías quedarte el bote para ti solo.

Frank suspiró. Aquello era inútil.

—Olvidadlo —dijo—. Estaremos mejor sin el bote. Cruzar el lago no habría mejorado mucho nuestra situación. Además, habríamos tenido que dejar el bote en alguna parte, contaminado. Y si alguien lo hubiera encontrado... Confiad en mí, estaremos mejor sin bote.

—Estaremos mejor si nos libramos de él —dijo Dolores en voz baja, señalando a Hal con un pulgar.

El rostro de Hal se tensó y trató de abalanzarse hacia ella, pero una mirada de Frank lo detuvo.

—Basta —dijo Frank—. Si quieres echarle la culpa a alguien, échamela a mí. Tendría que haber explicado mejor lo que es el virus.

—Deberías haber hecho un montón de cosas mucho mejor —dijo Hal—. Como decirnos por qué teníamos que escondernos en el bosque. —Miró a Frank con disgusto de arriba abajo—. Los médicos sois siempre iguales, ¿sabes? Os creéis que podéis manejar a la gente como ganado, tratar a todo el mundo como si fuera un parvulito porque tenéis un título y nosotros no. No somos más que un puñado de brutos, ¿verdad? Sólo un puñado de simios estúpidos. No podéis pararos a explicarnos las cosas porque somos demasiado ignorantes para entenderlas.

—No había tiempo —dijo Frank.

Hal descartó sus palabras con un gesto y se plantó ante Frank.

—No voy a obedecer ninguna orden tuya. ¿Lo entiendes? Si quieres ir a la ARB o como se llame, adelante. Me importa una mierda lo que hagas. Yo iré a donde me dé la gana. Cuando me dé la gana.

Frank no pestañeó.

—Te quedarás con nosotros. Es tu única posibilidad.

Hal encogió los hombros, como si se rindiera, y entonces le dio un puñetazo a Frank en el estómago. El golpe le alcanzó justo donde las grapas sujetaban la parte inferior de su cicatriz. Sintió la pieza de metal clavarse en su abdomen. El dolor fue abrumador y se dobló y soltó la pistola.

Hal se lanzó sobre él al instante, lo derribó al suelo y siguió golpeándolo, apuntando al pecho de Frank, donde tenía la herida.

—¡Basta! —dijo Mónica.

Byron se dispuso a intervenir, pero Hal recogió la pistola y lo apuntó con ella. Byron se detuvo.

Frank aprovechó la distracción momentánea. Con una mano encontró un punto de presión en el brazo de Hal y golpeó con la otra. La pistola voló a tres metros de distancia. Hal aulló, y Frank se movió, giró y se quitó a Hal de encima. Hal podía ser fuerte, y probablemente era capaz de vencer en una pelea callejera, pero no era soldado. No estaba entrenado en el combate cuerpo a cuerpo.

En vez de intentar hacerse con el arma, Frank agarró a Hal en una llave de lucha y rodó con él para apartarlo de la pistola. Era mejor incapacitarlo con una maniobra táctica que arriesgarse a que Hal volviera a empuñar el arma y la utilizara.

Hal pateó y se retorció mientras giraba con él, pero luego Frank lo sujetó y ya no pudo moverse.

Habría sido el final de la confrontación si la pistola no hubiera disparado.

Frank y Hal dejaron de luchar y miraron hacia atrás. Nick, con los ojos hinchados, apuntaba al cielo con el arma, mientras un leve hilillo de humo brotaba del cañón. Bajó el arma y los apuntó a ambos.

—Alto. Basta de peleas.

Frank soltó a Hal y se puso en pie despacio. A Nick le pasaba algo. Parecía confuso, acalorado, como si acabara de despertar de un sueño profundo.

—Dame la pistola, Nick —dijo con calma.

—No se la des —dijo Hal—. Nos está fastidiando, ¿no lo ves? No nos permite ir a la policía. No nos permite recibir ayuda.

—¡Cállate! —gritó Nick, la voz aguda y rota.

El chico está a punto de venirse abajo, pensó Frank, si no lo ha hecho ya.

—Suelta la pistola, Nick —dijo Byron, haciendo un gesto muy despacio con las manos.

Nick se dio media vuelta, agitando la pistola, como si no supiera que Byron estaba allí. Byron levantó las manos y retrocedió.

—Atrás —dijo Nick—. Todos atrás. —Estaba frenético, confuso.

Mónica se puso delante de Wyatt y retrocedió lentamente hacia los árboles. Dolores fue menos sutil. Soltó la chaqueta que tenía en la mano y corrió hacia los matorrales. Nick la siguió con los ojos y la pistola pero, para alivio de Frank, no disparó.

—Dame el arma, Nick —dijo Frank.

Nick se giró de nuevo, con los ojos desencajados, respirando entrecortadamente.

—Estoy enfermo.

Frank avanzó un paso.

—Lo sé, Nick. Ya veo que estás enfermo. Quiero ayudarte.

Nick parpadeó, apartó la mirada y pareció perdido en sus pensamientos un momento. Los brazos le temblaban. Frank pensó en abalanzarse hacia la pistola, pero

Nick se estremeció, volvió a enderezar los brazos y apuntó con más firmeza.

—Jonathan está muerto. ¿Verdad? Ellos lo mataron.

Estaba llorando. Frank avanzó otro paso.

—Si me das la pistola, Nick...

—¡Dispárale! —dijo Hal de pronto.

Tanto Frank como Nick se sobresaltaron, y Nick apuntó a Hal momentáneamente.

—A mí no —dijo Hal—. A él. Ha tratado de matarme. Dispárale.

Nick apuntó de nuevo a Frank, frenético.

—¡No! —dijo Byron—. Nick, escúchame.

Frank alzó una mano, haciendo un gesto a Byron.

—No le habléis todos a la vez. —Bajó la voz—. Nick, tienes que creerme. Quiero ayudarte.

—No le escuches —dijo Hal—. Sólo se preocupa de sí mismo. Ya lo viste intentar quedarse con el bote. Se lo iba a quedar para él solo.

—Quiero ayuda —dijo Nick.

—Y yo quiero ayudarte, Nick —dijo Frank—. Dame la pistola que tienes en la mano.

Nick se miró las manos y vio la pistola. La sopesó en su palma, dejando de apuntar.

—Es muy pesada —dijo.

Hal y Frank tuvieron la misma idea, pero Frank estaba más cerca. Saltó, le arrebató la pistola a Nick, y apuntó a Hal, que se detuvo con el arma ante la nariz.

—Atrás —dijo Frank.

Hal palideció y retrocedió lentamente.

Nick se tambaleó y Frank lo sujetó con un brazo para mantenerlo en pie. Mónica acudió al instante. Tocó la frente de Nick.

—Está ardiendo. Necesita atención médica. Todos la necesitan.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Frank—. El pescador podría alertar a la policía. Puede que vengan a buscarnos.

—Tiene mucha fiebre —informó Mónica—. No está para moverse. Mírenlo. Apenas puede mantenerse en pie.

Era cierto. Nick se apoyaba en Mónica. Tenía los ojos abiertos, pero sólo era parcialmente coherente.

—Yo puedo llevarlo —dijo Byron.

Frank lo miró.

—¿Estás seguro?

—¿Tienes una idea mejor?

Frank no la tenía. Byron tomó a Nick en brazos, con cuidado.

—No pesa tanto. Puedo hacerlo.

—Sujétalo con fuerza —dijo Mónica.

Sacó una jeringuilla y un frasco de medicina de su mochila.

—Súbele la manga.

Frank obedeció y Mónica le administró la dosis.

—Necesita descansar —dijo ella.

Frank asintió. Luego se volvió hacia Dolores, que tiritaba.

—No puedes seguir con esa ropa mojada. —Miró a Hal—. Ni tú tampoco. No con este frío. Tendremos que encontrar un sitio cálido donde podáis secaros. Y será mejor que yo lleve eso —añadió, acercándose a la escopeta de dardos que colgaba del hombro de Byron.

Byron no puso objeciones. Miró a Hal y Frank supo que lo comprendía sin necesidad de decirlo. Si Frank tenía todas las armas, las probabilidades de que Hal se apoderara de alguna eran menores.

Frank se echó la correa al hombro y empuñó la pistola.

—Muy bien, Hal. Tú delante. Sigue por el sendero hasta que te diga que pares.

Liquen no hizo ningún esfuerzo por evitar las ramas bajas del sendero. Le azotaban la cara y el cuello cuando pasaba corriendo entre ellas, rasgándole las mejillas y a veces haciéndole cortes profundos. De los cortes manaba sangre que chorreaba hacia sus orejas hasta que los cortes se cerraban solos y se convertían de nuevo en piel lisa.

A Liquen le complacía saber que tenía en su interior el don curador del profeta. Hubiese querido tener un espejo para ver las curaciones mientras tenían lugar. Eran testimonios, después de todo, prueba visible de que el profeta era en efecto el heraldo de una especie superior, la Gran Clave, el camino a la conversión.

Liquen no había sido bendecido con los mismos dones que poseía Stone. El profeta no le había dado la incapacidad de sentir dolor. El dolor seguía siendo una parte de su ser. Y sin embargo, a pesar del dolor, Liquen no parpadeaba ante las ramas y los cortes que éstas le producían. El dulce picor era una bendición por la que estaba agradecido. El dolor le recordaba que el profeta lo había hecho único.

—En vez de falta de dolor, te doy velocidad, Liquen —había dicho el profeta—. Que tus pies sean un arma asombrosa para traer esa obra que curará a un mundo perturbado.

A Liquen en aquel momento le había parecido poesía, y lo había aceptado alegremente. Combinada con la fuerza y la rapidez curativa, la velocidad le convertiría en un siervo digno. Sabía que sus piernas no se moverían más rápido, por supuesto. Eso era imposible. Pero el profeta había reforzado sus piernas para que no se le cansaran nunca. Mientras las piernas de otros curadores cedían por agotamiento, las de Liquen continuaban manteniendo un ritmo rápido y firme.

Había momentos, claro, en que Liquen deseaba no sentir dolor.

La muerte de Jonathan había sido uno de esos momentos. Había sido el dolor lo que había hecho que Liquen soltara al muchacho y le permitiera llegar a la carretera. Sin dolor, la afilada piedra que Jonathan empuñaba habría aplastado el cartílago de la

oreja de Liquen sin que lo sintiera ni le importara.

Y Jonathan hubiese estado vivo todavía.

Liquen miró por encima del hombro mientras corría por el sendero. Los otros curadores se habían perdido de vista, aunque estaba seguro de que no podían andar muy lejos. Ya habían tenido tiempo de movilizarse, y su velocidad los habría animado a sacar el máximo partido de su propia capacidad de aguante y resistencia.

Un disparo lejano resonó en el aire y Liquen se detuvo a escuchar. Era el segundo disparo que oía, y éste estaba mucho más cerca. Se encaramó a un árbol alto y recio y contempló desde las copas de los árboles el lago.

Allí, en la orilla, estaban los receptáculos del profeta. Apenas podía distinguir sus siluetas en la distancia, pero estaba seguro de que se trataba de ellos. Parecían estar discutiendo.

Liquen se quedó observándolos desde el árbol hasta que abandonaron el lago y continuaron por el sendero. Quería asegurarse de qué dirección tomaban.

Cuando bajó del árbol, los otros curadores lo habían alcanzado.

—Están junto al lago —dijo—. Se dirigen al este.

Pine olfateó el aire.

—¿A qué distancia?

—Lo bastante cerca para alcanzarlos —dijo Liquen. Giró sobre sus talones y los condujo cuesta abajo, la capa ondeando una vez más a su espalda.

PROFETA

La puerta del establo se abrió con un crujido mohoso y Frank entró. Telarañas y maderos podridos colgaban de las vigas, y el aire estaba lleno de polvo. Había unos cuantos aperos de labranza oxidados en un rincón. Un rayo de luz se abría paso por un gran agujero del tejado. Frank dedujo que el lugar llevaba años abandonado, quizá décadas.

—No es gran cosa, pero nos protegerá del viento un rato.

Los demás entraron tras él. Dolores agitó la mano ante su cara.

—Huele fatal.

—Aquí solían cagar los animales —dijo Hal—. ¿Qué esperabas?

Nick dormía en brazos de Byron, y Mónica los guió hasta un lugar blando en una de las casillas del establo. Byron dejó a Nick en el suelo sin despertarlo, y Mónica se aseguró de que estuviera cómodo.

—Estoy muerta de hambre —dijo Dolores.

Byron rebuscó en su mochila y sacó unas cuantas barritas de cereales que se habían llevado del almacén. Las repartió y Dolores devoró la suya. Wyatt aceptó una agradecido y se tumbó a comérsela, pero se quedó dormido antes de dar un bocado. Todos parecían igual de agotados.

Byron repartió entonces las botellas de agua, que vaciaron rápidamente.

Minutos más tarde, Mónica salió de la casilla con la bolsa de las medicinas.

—¿Cómo está? —preguntó Frank.

—Estable. Necesita descansar. Me gustaría que le bajara la fiebre antes de que volviéramos a ponernos en marcha.

—En caso de que alguien lo haya olvidado —intervino Hal—, es muy posible que esos curadores nos estén buscando. Sugiero que no nos quedemos a esperarlos.

—Nos hemos apartado del sendero —dijo Frank—. Y hemos tenido cuidado de ocultar nuestras huellas al hacerlo. Creo que podemos descansar a salvo unos minutos.

—Lo único que hacemos es descansar —dijo Hal.

—Estás tan cansado como los demás —dijo Dolores—. No finjas que no lo estás.

—No estoy hablando contigo, así que guárdate tus comentarios.

Mónica empezó a preparar más jeringuillas.

—Ni hablar —dijo Hal—. No me importa lo que sea. No voy a recibir otro pinchazo. Y punto.

—Son medicamentos para evitar el rechazo —le informó Mónica—. Ya te lo he

dicho. Tu cuerpo los necesita. Tendría que habérselos administrado hace horas.

—Y si yo fuera un imbécil la creería —dijo Hal—. ¿Cómo sé que no es una medicina para dormir lo que pretende darnos? Todos la habéis visto. Le ha inyectado lo mismo a Nick. Y miradlo ahora. Está fuera de combate. ¿Cómo sabemos que no intenta acabar con todos nosotros? —Miró a Mónica—. Le gustaría, ¿eh? Drogamos y dormimos a todos. Luego usted y el crío podrían largarse solos.

—Eres el tipo más paranoico que he conocido en mi vida —dijo Byron.

—Ella no es uno de ellos —dijo Dolores—. Lo ha demostrado. De la única persona que no se fía nadie es de ti.

Hal sonrió.

—Muy bien, vale. Si tanto te fías, tú primero. Que te pinche el brazo. Todos nos sentaremos aquí a esperar. Y si no te desmayas ni la palmas, sabremos que está bien.

Dolores pareció vacilar.

—¿Por qué tengo que ser yo la primera?

Hal se partió de risa.

—Estúpida e hipócrita. Me encanta.

—Yo lo haré —dijo Frank, subiéndose la manga—. Seré el primero.

Hal dejó de reír.

—Y si la palmo, podéis continuar sin mí y acudir al primer doctor que encontréis.

—¿Y si no? —preguntó Dolores.

—Espera un momento —dijo Hal—. Me gusta esa opción.

—Si no, entonces os inyectáis todos.

Frank esperó a que pusieran objeciones, pero no hubo ninguna. Extendió el brazo y Mónica frotó la zona con cuidado y luego le administró la dosis. Dolores dio un respingo cuando la aguja atravesó la piel.

Cuando Mónica sacó la aguja, Frank vio cómo la diminuta herida se cerraba y se convertía de nuevo en piel inmaculada.

Dolores pidió una explicación.

—¿Bien? ¿Cómo se siente?

Frank se encogió de hombros.

—Bien.

Entonces parpadeó.

—No, esperad. Tengo una extraña sensación.

Se llevó las manos a la cabeza, cerró los ojos, y empezó a balancear se de un lado a otro, gimiendo en voz baja.

Dolores estaba demasiado asustada para gritar, pero no lo suficiente para quedarse quieta. Frenética, retrocedió hasta la puerta del establo y sólo se detuvo porque Frank se quedó quieto y sonrió. Hasta que Byron empezó a reírse no se dio cuenta.

—¿Está bromeando? —dijo, enfadada.

Hal se rió también.

—No ha estado mal.

Dolores se puso en jarras.

—¿Cree que es el momento de jueguecitos? ¿Una mujer tiene un pulmón nuevo dentro y quiere asustarla?

Frank no dejó de sonreír.

—Tiene razón. Lo siento. La medicación está bien, Dolores. Debería tomarla. Ya me siento mejor.

Era cierto. Frank sentía que recuperaba la energía y que el dolor de sus músculos remitía.

Los otros aceptaron la inyección sin más objeciones.

—Ahora dormid un poco —dijo Frank—. Nos quedaremos aquí una hora más o menos, y nos pondremos de nuevo en marcha cuando Nick esté mejor.

Cada uno eligió un lugar en el suelo y se tendió a descansar. Frank se acercó a Mónica y le pidió hablar con ella fuera. Salieron al sol. Frank mantuvo abierta la puerta del establo y no le quitó ojo de encima a Hal.

—¿Cómo está Nick realmente?

Mónica suspiró.

—No estoy muy segura. Tiene más de cuarenta de fiebre. Eso es peligrosamente alto. No parecía muy coherente antes de quedarse dormido.

—¿Un infarto?

Ella se encogió de hombros.

—Es posible, pero no lo creo. No muestra los síntomas típicos.

—¿Será capaz de caminar? No podemos seguir cargando con él.

Ella pareció dubitativa.

—Ya lo has visto. Antes apenas podía mantenerse en pie.

—Ha sido repentino. Parecía actuar igual que el resto de nosotros.

—Acaba de someterse a un trasplante hace cuarenta y ocho horas. No olvidemos eso. No debería poder correr.

Guardaron silencio. Entonces Mónica dijo:

—Hay algo más que deberías saber. No quise decírselo a los demás para no asustarlos, pero al menos tú deberías saberlo. Es el chip.

Frank la miró, esperando.

—Ya te he dicho lo que contiene el chip. Los archivos de Galen, vídeos, diarios... y que Yoshida desarrolló el *software* para prever las decisiones y pensamientos de Galen. Pero lo que no he contado es cómo se dispara y cómo funciona.

—Adelante.

—Hace unos años ese doctor, Kouichi Yoshida, hizo unos cuantos avances muy significativos en la copia de la memoria, para tratar de ayudar a los amnésicos a recuperar sus recuerdos a largo plazo perdidos. Supongo que, como médico, estás familiarizado con la memoria genética.

—Ilumíname.

—Los recuerdos se forman cuando las neuronas de un circuito aumentan la fuerza

de sus conexiones. Para que se desarrollen los recuerdos a largo plazo, por ejemplo, la conexión debe reforzarse permanentemente. Todo esto es instigado por genes del núcleo de las neuronas, que producen proteínas que refuerzan la sinapsis.

—Me estoy perdiendo.

—Básicamente, la teoría de Yoshida era que al manipular los genes de las neuronas se podía controlar el flujo de proteínas, su difusión celular y cuáles de los miles de sinapsis se reforzaban. En otras palabras, se podía controlar qué recuerdos se formaban y cuáles se descartaban, qué circuitos se mantenían y cuáles de pronto se desactivaban.

—Circuitar el cerebro.

—A pequeña escala, sí. Sin embargo, lo que Galen esperaba conseguir era una alteración global mucho más grande de todo el circuito, conectando miles de millones de neuronas inactivas y desconectando todas las neuronas activas. En otras palabras, si sólo usamos el diez por ciento de nuestro cerebro, Galen quería desconectar ese diez por ciento y usar en cambio otro diez por ciento, un diez por ciento que pudiera definir.

—Con sus propios recuerdos.

—Sí. Desconectar vuestros recuerdos y conectar los suyos. No lo imagines como un disco duro con toda la memoria almacenada, sino como un programa químico que generaría todos esos recuerdos a la vez, haciéndote creer que los has experimentado.

—¿De modo que Galen suministró todos sus archivos y diarios y datos con la esperanza de poder convencer a nuestras mentes de quílos habíamos experimentado, de que eran nuestros recuerdos reales?

—En esencia, sí. No es cuestión de cargar unas cuantas opiniones tuyas y mezclarlas con las vuestras. Como está haciendo con vuestro ADN, Galen está eliminando lo viejo y creando lo nuevo.

—Es imposible —dijo Frank—. Eso no podría suceder nunca.

—Que pueda o no pueda no es la cuestión —respondió Mónica—. La cuestión es cómo pensaba Galen que podía hacerse.

Frank permaneció en silencio, esperando a que ella continuara.

—Alterar todo el circuito activo de una vez requiere un nivel casi letal de descarga eléctrica —dijo Mónica—. Es como arrancar un coche con pinzas. Para disparar todas esas sinapsis a la vez en una pauta que refuerce ciertas conexiones a lo largo de una amplia red neural hace falta una descarga masiva de energía programada.

Le tembló la voz y dejó de hablar.

Frank esperó. Y, mientras lo hacía, sintió otro arrebato de conmiseración. Nada de aquello había sido culpa de Mónica. Y, sin embargo, debido a sus circunstancias, formaba parte de todo.

Quiso abrazarla, como amigo, como un hombre que da consuelo a una mujer, tal vez acariciarle suavemente la espalda como solía hacer con Rachel cada vez que se

despertaba de noche, asustada por un sueño.

Mónica se recuperó.

—Cuando el chip se dispare, su primera misión es enviaros una descarga masiva de electricidad, una descarga que, me temo, puede mataros.

Frank se tomó su tiempo para considerarlo.

—Entonces vas a tener que quitarnos el chip.

—Soy cardióloga, no neurocirujana. No sabría cómo hacerlo.

Byron salió dando tumbos del establo, cubriéndose la frente con una mano ensangrentada.

—¿Adónde ha ido? —dijo.

Frank miró hacia el interior del establo. Hal no estaba. Había dejado de mirarlo sólo un momento, pero al parecer era lo que Hal estaba esperando. Frank corrió al interior.

—¿Qué ha pasado? —oyó preguntar a Mónica.

—Me ha golpeado con una piedra. Se ha llevado las medicinas. ¿No ha salido por aquí?

Frank corrió hacia la parte trasera. Un trozo de pared se había podrido y había caído, dejando un gran boquete en el costado del establo. Lo atravesó de un salto y vio a Hal, lejos ya, corriendo hacia el sendero con la bolsa de las medicinas de Mónica.

Miró hacia atrás y echó mano a la pistola.

—Esperad aquí. —Se dio la vuelta y echó a correr colina abajo detrás de Hal.

Hal miró por encima del hombro, vio a Frank y aceleró. Frank se abrió paso entre los matorrales como pudo, siguiendo al otro hasta abajo y luego por el sendero. Hal continuó por el sendero sin bajar el ritmo, en una loca carrera por escapar.

Varias veces el sendero giraba bruscamente, y Hal siempre desaparecía de la vista cuando llegaba a la curva antes que Frank, que se acercaba a los puntos ciegos con cautela, la pistola en alto, preparado para el tipo de emboscada que tendería una persona como Hal. Pero nunca hubo ninguna emboscada. Hal no frenó ni una sola vez.

Corrieron casi una hora, abriéndose camino por el sendero de la montaña, atravesando riachuelos poco profundos, saltando por encima de troncos caídos, esquivando ramas bajas. Frank ganó terreno lentamente, pero los dos estaban casi igualados en velocidad y fuerza.

Finalmente, Hal se detuvo y Frank vio por qué. Se encontraba al borde de un precipicio. El río corría doce metros más abajo. Hal se volvió a mirar a Frank y sostuvo la bolsa sobre el vacío.

—Atrás, o la dejo caer.

Frank se detuvo.

—La necesitas tanto como los demás, Hal.

—Lo haré. Juro que lo haré.

Frank se acercó un paso.

—Dame la bolsa, Hal, y volveremos juntos.

Hal hizo una mueca.

—¿Volver? No voy a volver. Y si sabes lo que es bueno para ti, tampoco lo harás. Ya has visto a Nick. Está medio muerto. Sólo nos retrasará.

—No vamos a dejar a Nick atrás.

—Entonces, ¿vas a morir intentando arrastrar su cadáver por la montaña? Oh, qué noble. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que a nadie más en el mundo le importas una mierda y que a ti no debería importarte nadie una mierda? Aprendí eso hace mucho tiempo, Frank, y por eso sigo vivo. Soy un superviviente. Y si quieres estar vivo mañana por la mañana, tienes que empezar a actuar también como un superviviente. Te estoy ofreciendo una posibilidad. Ven conmigo ahora o quédate aquí y púdrete en el bosque. Vive o muere. Así de sencillo.

Frank se acercó más.

—Sólo quiero lo mejor para todos nosotros, Hal. Lo sabes.

Hal estiró el brazo y sostuvo la bolsa sobre el precipicio.

—Atrás.

Frank apuntó con la pistola.

—No.

—Tú y yo estamos en el mismo bando, Frank. Lo sabes. Los curadores son los malos. Si quieres apuntar a alguien con tu pistola, que sea a ellos.

Frank vaciló.

Hal metió la mano en la bolsa, sacó varios frasquitos y jeringuillas y los sostuvo sobre el precipicio.

—¿Crees que voy de farol?

—Creo que eres una persona inteligente. No vas a hacer algo que te perjudique.

—Te equivocas.

Hal arrojó lo que tenía en la mano.

—¡No!

—He dicho que atrás.

Frank vio caer los frasquitos y las medicinas al río y cómo se los llevaba la corriente.

—Tiraré el resto, Frank. No me presiones. Lo haré.

—Muy bien. Cálmate.

—Suelta la pistola.

—Muy bien.

Frank dejó el arma en el suelo.

—Ahora acércamela con el pie.

—¿Para que puedas dispararme? Ni hablar.

—Lánzala al río de una patada.

—Piensa en lo que me estás pidiendo que haga, Hal. Ahora mismo hay un grupo

de personas persiguiéndonos, y nuestra única defensa contra ellas es esta pistola, y no es gran cosa. Si la lanzo...

—Cállate. Cállate, ¿quieres? Siempre tienes que ir de listo, ¿no? Siempre tienes que ser el que tiene todas las respuestas. Tienes que ser el que diga la última palabra. No comprendo cómo te soportan. Vamos, ¿quieres la bolsa? Cógela.

Lanzó la bolsa hacia Frank.

Los ojos de Frank la siguieron, y extendió los brazos para agarrarla justo cuando Hal lo embestía y lo derribaba al suelo. La bolsa cayó y rodó hacia el borde del precipicio mientras Frank pugnaba por quitarse a Hal de encima. La pistola seguía en el suelo, a varios metros de distancia.

Hal tenía la cara roja de furia. Agarró a Frank por la garganta y apretó. Frank tiró de sus manos, pero el otro mantuvo su presa y apretó con más fuerza, enseñando los dientes.

Y de repente Hal se quedó rígido, se llevó las manos a las sienes y gritó, como si lo hubiera asaltado un millar de ensordecedores decibelios. Frank se lo quitó de encima mientras caía al suelo y se revolvía, lleno de agonía. Sus gritos continuaron, un alarido que resonó en el acantilado reverberó por todo el cañón.

Frank retrocedió horrorizado mientras Hal se revolvía en el suelo entre convulsiones.

Y de pronto se detuvo. De golpe. Los gritos se apagaron y Hal quedó tendido de espaldas, con los ojos cerrados.

Frank esperó un momento a que se moviera y, cuando no lo hizo, buscó la pistola. La vio en el suelo y se levantó para recuperarla justo cuando Hal empezaba a reírse. Frank se detuvo y se volvió hacia él. La risa de Hal aumentó, una risa profunda y estentórea que le agitaba el pecho. Se miró las manos y siguió riendo, se palpó la cara y rió, se levantó y dio saltos arriba y abajo y rió.

Y entonces vio a Frank, y una expresión de sorpresa se apoderó de él.

—Frank. Mírate. Estás hecho una pena. Todo lleno de tierra.

Frank no parpadeó.

—Sigues siendo Frank, ¿verdad? No me has ganado, ¿no? —Le hizo un guiño.

Frank se lo quedó mirando.

—¿Galen?

Hal extendió los brazos.

—¡*Tachán!* Nuevo y mejorado, versión dos punto cero. Cielos, había olvidado lo que es ser joven. ¿Has visto lo rápido que puedo moverme?

Saltó de un lado a otro como un escolar probando un nuevo trampolín. Luego se quedó quieto.

—¿Qué estamos haciendo aquí, por cierto?

Miró a su alrededor y luego al precipicio.

—¿Dónde está Liquen?

—Aquí —dijo una voz. Y entonces Liquen y otros tres curadores salieron

corriendo de los árboles.

Frank echó mano a la pistola y la empuñó, pero Liquen lo alcanzó inmediatamente y se la quitó con facilidad. Los curadores lo apuntaron con sus armas de dardos tranquilizantes, y Frank se quedó quieto.

Hal sonrió.

—Liquen, hijo mío, tu sentido de la oportunidad nunca deja de sorprenderme. — Los observó a todos—. Cielos. Estáis hechos una pena. Todos. Liquen, estás peor que Frank. Naturalmente, supongo que yo no estoy mucho mejor. —Se sacudió el polvo de la chaqueta—. Mátalo y marchémonos de aquí.

Liquen pareció confuso.

—¿Señor?

Hal se enfadó.

—Soy tu profeta, Liquen. Te he dado una orden. Obedecerás.

Liquen hizo un gesto a los otros cuidadores.

—Comprobadlo.

Hal extendió el brazo y esperó mientras el curador sacaba un pequeño escáner y lo colocaba sobre él. Se oyó un pequeño chasquido. Hal dio un respingo cuando la aguja se le clavó. El escáner pitó y el curador leyó la pantalla.

—Iguales genéticos —dijo.

—Pues claro que iguales. ¿Crees que me permitiría morir sólo para quedarme así? El curador se guardó el escáner y secó la gota de sangre del brazo de Hal.

—Discúlpanos por asegurarnos, señor —dijo Liquen, inclinando la cabeza.

—Sigues el protocolo. No tienes que pedir disculpas por hacer exactamente lo que te pedí. Ahora, deshaceos de ése. —Señaló con indiferencia a Frank.

Liquen miró a Frank y luego a Galen.

—No comprendo. Nuestras órdenes no han sido nunca matar a los receptáculos, señor.

—Eso es porque yo no he dado nunca la orden. Ahora, haz lo que Ordeno.

Liquen siguió vacilando.

—Pero, señor, el consejo...

—Ah, sí, el consejo —dijo Hal—. Lo había olvidado. Mis recuerdos vuelven de forma aleatoria. Tendréis que ser pacientes mientras los organizo. ¿Dónde están los demás?

—En un establo —contestó Liquen—. Unos cuantos kilómetros más atrás.

Frank se sintió desfallecer. Habían encontrado a Mónica y a los demás.

Hal hizo una mueca.

—¿Un establo?

—Los seguimos hasta allí —dijo Liquen—. Stone está con ellos ahora, esperando nuestro regreso. Yo me habría quedado también, pero Frank y tú, o más bien Frank y Hal, salisteis corriendo. He tenido que dejarlos para alcanzarlos.

—Entonces iremos a ese establo —dijo Hal—. Espera, ahora lo recuerdo. Un sitio

terrible. Me escapé de allí, ¿no? Y tú intentabas detenerme, Frank. Ahora lo recuerdo todo. Querías esto.

Se acercó a la bolsa de medicamentos de Mónica y la recogió.

—Todos estos problemas por una bolsa estúpida.

La arrojó al precipicio.

Frank la vio caer y desaparecer en el agua.

Hal le quitó a Liquen la pistola de Frank.

—Éste no es digno de ningún consejo, caballeros. No ha hecho nada más que interferir en nuestra obra y nuestra misión. No podemos permitirnos ser influenciados por su descarado desprecio a la mejora de nuestra especie. —Apuntó a Frank con la pistola—. No es muy agradable, ¿verdad, Frank? Que te apunten con un arma... Un poco de tu propia medicina, como dice el refrán. —Dio un paso hacia él—. Leí tu historial militar, ¿sabes? Increíblemente aburrido pero, si la memoria no me falla, tienes una desagradable acrofobia. —Apoyó la pistola contra el pecho de Frank—. Es sorprendente lo completos que son esos historiales, ¿no te parece?

Frank se quedó quieto y no dijo nada.

—Hay un largo camino hasta el fondo, Frank. Imagino que eso te pone muy nervioso. —Empujó con la pistola a Frank hasta el borde del precipicio—. Es curioso. Estaba seguro de que no tendría ningún recuerdo del anfitrión. Pero Hal me ha dejado algunos. Unos cuantos no son demasiado agradables, me temo. Hal no era precisamente un angelito, si entiendes lo que quiero decir. Estas manos, tristemente, han matado antes.

Con el rabillo del ojo, Frank vio el saliente, apenas a unos centímetros de distancia.

—Pero uno de los recuerdos más claros que tengo es el de cómo has tratado a Hal, Frank. Cómo me has tratado a mí. Siempre como a un imbécil.

Frank se detuvo. Sus talones rozaban el precipicio. El agua embravecida rugía al fondo.

—Estás sudando, Frank. Veo las gotitas de sudor. Tienes miedo, ¿verdad? Bueno, déjame que te lo ponga fácil. Si ya estás muerto, no tienes nada que temer.

Frank se volvió y se lanzó hacia atrás justo cuando Hal apretaba el gatillo.

La fuerza de la bala lo hizo girar y lo lanzó aún más lejos. Sintió su cuerpo retorcerse, caer, revolverse en el aire. Sonó otro disparo y Frank se hundió en las aguas heladas y rugientes, y su conciencia se apagó y el mundo se volvió negro.

FUEGO

El director Irving dio la bienvenida a su despacho al agente Carter con una sentida palmadita en la espalda.

—Me alegro de verlo con vida, Carter. Nos ha dado un buen susto a todos. Pase, tome asiento.

—Gracias, señor.

Carter se sentó frente a la mesa de Irving. Se había duchado y cambiado y parecía descansado.

Irving se acercó a la ventana, miró el pasillo a un lado y a otro, y luego cerró las persianas.

—Ha comido algo, ¿no? ¿Ha llenado ese estómago vacío?

—Sí, señor. Gracias, señor.

Irving se metió las manos en los bolsillos y sacudió la cabeza compungido.

—Le han pasado cosas terribles. Terribles. Me alegro de que esté bien. No sabía que estuviera allí dentro.

Carter ladeó la cabeza.

—Pues claro que no, señor.

—¿Cómo?

—Ha dicho que no sabía que estuviera allí dentro. Supongo que se refiere a la residencia, al complejo de los curadores.

Irving pareció, por un instante, desorientado, luego volvió a sonreír.

—¿He dicho eso? —Dio unos rápidos pasos hacia el depósito de agua y se sirvió un vaso—. Lo que quería decir es que no sabía que estuviera en un... —Buscó la palabra adecuada—. Aprieto. No sabía que tuviera un problema.

Apuró el vaso de un solo trago.

—Pues claro que tenía un problema —dijo Carter sin alterarse—. Había desaparecido.

Irving se lamió los dientes superiores, sonrió de nuevo y se sirvió otro vaso.

—Por supuesto. Por supuesto. A eso me refería.

Apuró el segundo vaso, atragantándose esta vez. Lo arrugó y lo tiró antes de dejar de toser.

—¿Se encuentra bien, señor?

—¿Yo? Estoy bien. Estoy bien. Me he atragantado, eso es todo.

Acercó una silla a Carter y se sentó, tratando de parecer lo más relajado posible. Se frotó las manos.

—Me ha llamado usted a su despacho, señor —dijo Carter, expectante.

Irving dio una palmada.

—Sí, sí. Quería darle la bienvenida en persona y decirle lo contentos que estamos de tenerlo de vuelta.

—Gracias de nuevo, señor... ¿Eso es todo?

El ojo izquierdo de Irving empezó a temblar y se lo frotó con un dedo hasta que dejó de hacerlo. Compuesto de nuevo, sonrió como si nada hubiera sucedido.

—No, también lo he llamado por otro motivo. —Se inclinó hacia delante en la silla, con cara de indisimulada preocupación—. Quería asegurarle que no sabía que Frank encontraría ese edificio cuando lo envié allí.

—¿Cuándo lo envió usted allí?

—Parecía un buen modo de obrar examinar a conciencia el escenario. Pero no quería invadir de gente el lugar, ya sabe. Con dos hombres sería suficiente, me dije. Carter y el nuevo, el doctor Hartman. Ellos valdrían. Por eso los envié a ustedes dos. Estoy seguro de que Frank le dijo que le había encomendado esa misión, y simplemente quería aclarar el asunto. No quería que pensara que los envié allí... — Se rió—. Intencionadamente. Puedo asegurarle que no tenía ni idea de los peligros que les esperaban.

Carter se rebulló en su asiento.

—Lo cierto, director Irving, es que el doctor Hartman no me explicó nunca que usted hubiera ordenado la misión. Es la primera noticia que tengo.

La sonrisa de Irving se desvaneció.

—Comprendo. Bueno, da igual, no quería que hubiera ninguna confusión. Usted me entiende.

—Oh, lo entiendo, señor. Lo entiendo perfectamente. Se está volviendo torpe.

Irving estaba seguro de haber oído mal. Sonriendo amablemente, preguntó:

—¿Cómo dice?

—Digo que se está volviendo torpe, señor. Mírese las manos. Le tiemblan. Ha esperado demasiado entre dosis.

Irving se puso pálido.

—¿De qué está hablando? No sé de qué me habla.

Carter se metió la mano en el bolsillo y sacó un frasquito de líquido denso y transparente.

—El tratamiento, señor.

Irving se puso en pie, cubriéndose la boca con el dorso de la mano.

—¿Dónde ha conseguido eso? Quiero decir, ¿qué es?

—Mírese —dijo Carter, con una expresión de disgusto en el rostro—. Está hecho una mierda. Ni siquiera puede pensar de manera coherente.

Se levantó, se acercó a la mesa de Irving y empezó a abrir los cajones.

—¿Qué está haciendo? —dijo Irving—. Apártese de ahí. Ésas son mis cosas.

—Por favor —dijo Carter—. Deje de lloriquear como un bebé que quiere su

sonajero.

Abrió el cajón de arriba y encontró lo que buscaba: un frasquito de líquido idéntico al suyo. Excepto que el de Irving estaba prácticamente vacío.

—Casi no queda nada —dijo Carter, alzándolo—. Está usando demasiada y demasiado rápidamente. Tiene que racionarla.

Irving se quedó inmóvil como una estatua, con la boca abierta.

—El tratamiento nos afecta a todos de formas distintas, Eugene. Los débiles de mente se convierten en idiotas babeantes, mientras que los fuertes, los que son como usted y como yo, naturalmente, se vuelven fríos como bloques de hielo. Sólo que usted ya no es tan frío, Eugene, ¿verdad? —Le lanzó a Irving su frasquito y éste lo atrapó al vuelo—. Se está derritiendo, Eugene. Lo está perdiendo. Se rompe por las costuras. Y a menos que espabile, decepcionará al maestro. Y no querrá eso, Eugene. No querrá decepcionar al maestro.

Irving cerró los ojos y sollozó en silencio. Sacudió la cabeza. No quería decepcionar al maestro.

—Y por eso estoy aquí —dijo Carter—. Por eso el maestro me eligió. —Se sentó a la mesa del director Irving y apoyó en ella los pies—. Está un poco descontento con su actuación hasta el momento. Primero no le informa de que los agentes vigilaban la casa de sus clientes potenciales y Stone casi muere acribillado. Luego le pide que envíe al doctor Hartman al complejo y, por algún motivo, usted me pide a mí que lo acompañe. El profeta se sorprendió por eso y se vio obligado a improvisar. Así que me tomó también bajo su tutela. Y mi misión, Eugene, es asegurarme de que no la cague más. Considéreme el plan de seguridad del profeta. Es propio del maestro, ¿no? Siempre pensando con antelación.

Irving asintió. Era propio del maestro, sí. Irving no estaba seguro de por qué estaba tan convencido de eso, no tenía ninguna prueba que lo apoyara, pero el maestro era bueno en muchas cosas, después de todo, así que debía de ser cierto.

—Me alegro de que nos veamos las caras, director Irving. Porque no ha terminado todavía. —Carter bajó los pies, tomó un bolígrafo de la mesa y lo hizo girar entre sus dedos—. Respecto a ese curador a quien sus muchachos hirieron y detuvieron, ¿qué vamos a hacer con él?

Frank abrió los ojos e inmediatamente vomitó agua. Todavía estaba en el río, apoyado en un árbol caído, entre las rocas. La corriente se agitaba a su alrededor, tirando de sus pies y amenazando con apoderarse de nuevo de él. Pero sus brazos sujetaban con fuerza el tronco y tenía la cabeza fuera. Extendió el brazo que no le dolía, agarró una rama y salió del agua.

La superficie del árbol estaba resbaladiza, pero se equilibró lo suficiente para examinarse el hombro. La bala había entrado justo por debajo de la clavícula. Una fea cicatriz circular era la prueba. Pero el agujero de la espalda era mucho más grande

(salir es siempre más desagradable que entrar) y, en vez de una cicatriz, todo lo que notaba era cartílago. Eso tardaría más tiempo en curar.

Al menos estaba curando. Se sentía agradecido por ello. Y al menos la bala lo había atravesado limpiamente: no le había dado en el pulmón ni en la clavícula. Era una de las heridas a quemarropa más afortunadas jamás infligidas.

Corriente arriba vio el acantilado, a un kilómetro de distancia. De algún modo había llegado hasta allí flotando sin ahogarse.

Pasó una pierna sobre el tronco y se sentó a horcajadas en el árbol. Atravesado en la superficie del río actuaba como filtro, por lo que lo había retenido no sólo a él, sino también todos los residuos que flotaban en la corriente. Había palos y basura enganchados en sus ramas. Y entonces la vio, la bolsa, atrapada en una rama cercana y oscilando con la corriente. Se arrastró hasta ella y la recuperó. Estaba empapada y casi vacía, pero dentro quedaban todavía unos cuantos frasquitos de medicina. Cerró la cremallera y se la pasó por el hombro bueno.

Luego, arrastrándose por el tronco, llegó a la orilla. Una vez en tierra firme se tumbó de espaldas y descansó. Tenía la ropa empapada y los músculos doloridos. No recordaba haberse sentido nunca tan agotado, sólo quería dormir.

Pero sabía que no podía hacerlo. No había tiempo.

Se puso en pie. Si seguía el río corriente abajo, probablemente encontraría una carretera. Estaba al pie de la montaña. La civilización tenía que estar cerca. Y eso significaba libertad y seguridad. En cuanto a los demás, encontraría un teléfono, llamaría a la ARB, les comunicaría su situación y esperaría a que llegaran refuerzos.

Pero ¿cuánto tardarían en llegar? ¿Una hora? ¿Dos? No había forma de saberlo. Y todo dependía de encontrar un teléfono que estuviera lejos de civiles... No era una tarea fácil.

Miró corriente arriba. Si seguía el río en esa dirección, probablemente encontraría de nuevo el sendero. Eso le llevaría al establo. De vuelta con Wyatt y Mónica, quienes sin duda estarían asustados y corrían más peligro que nunca. Si no estaban muertos ya.

Alzó los ojos al cielo. El sol se ponía y se acercaban negros nubarrones. Tenía que tomar una decisión. Corriente arriba o corriente abajo. Seguridad o peligro.

Echó a correr, deduciendo que habría oscurecido cuando llegara al establo.

La lluvia caía con tanta intensidad que una densa cortina de agua cerraba la capucha de Liquen. Se la había echado sobre la cabeza para protegerse el rostro del aguacero, pero le servía de poco. Estaba completamente empapado. Y para empeorar las cosas, el profeta los guiaba montaña arriba a paso de caracol, insistiendo en ir delante y negándose a dejar que los guiara nadie. Liquen gruñó. Le parecía ridículo avanzar tan despacio.

Se acercó al oído de un curador.

—Podría estar a cubierto y secándome ahora mismo si no camináramos tan lentos por este barro.

—Tu lugar está al lado del profeta —dijo el curador.

—Suponiendo que este hombre sea el profeta.

El curador le dirigió una mirada de reproche.

—La sangre no miente, Liquen. Es su igual. Tú mismo lo viste.

—Y sin embargo lo encuentro raro.

—Tus sentimientos, Liquen, no tienen ninguna importancia en esta obra. Tu servicio al profeta debería ser tu única preocupación.

—Tomó la vida de otro. Nosotros teníamos que esperar a que nacieran todos los receptáculos. Y entonces tenían que reunirse y luego dispersarse. Todos tenían que vivir. Éste ha cambiado el plan.

—El cambio, Liquen, viene de tu propia falta de fe. El profeta hace todas las cosas por un motivo.

Liquen guardó silencio. No servía de nada discutir.

Poco después, un leve resplandor anaranjado brilló en la oscuridad ante ellos. Liquen entornó los ojos y vio que las puertas del establo estaban abiertas y habían encendido un cálido fuego en la tierra. Pine estaba en la puerta. Los vio acercarse y saludó.

Hal respondió al saludo.

—¿Veis cómo me adoran? —dijo—. Mirad cómo dan la bienvenida a su profeta.

Liquen se sintió aún más incómodo. Incluso la forma de hablar del hombre era diferente. Tenía autoridad, sí, pero también orgullo, presunción. Había desaparecido la amabilidad de su voz. Aquél no era el profeta a quien Liquen conocía.

Entraron en el establo y rápidamente rodearon la hoguera, agradecidos por su calor.

Pine miró a Hal y le habló a Liquen.

—¿Dónde está el otro?

—Muerto —dijo Hal.

El rostro de Pine se endureció.

—No hablarás hasta que se te diga.

Hal lo abofeteó.

Pine se sorprendió tanto que, simplemente, se quedó allí de pie, boquiabierto.

—¿Soy un perro para ti? —dijo Hal.

Pine miró a Liquen, suplicando una explicación.

—Nuestro profeta ha regresado —dijo Liquen.

Pine, mortificado, se arrodilló.

—Te suplico perdón, señor. No me había dado cuenta.

Y eso que estaba saludando al profeta, pensó Liquen.

—Un simple error, Pine. Parezco diferente. No debería esperar que me reconocieras sólo con verme. Sin embargo, no puedo tolerar ni siquiera ese desafío

por error. Por tu insolencia esperarás bajo la lluvia.

Pine alzó la cabeza.

—¿Señor?

—Has insultado a aquel que te dio Vida Superior. Creo que tu castigo es especialmente suave. ¿No estás de acuerdo?

Liquen miró a algunos de los otros curadores y se preguntó si encontraban aquello tan ridículo como él.

—¿Te parece divertido, Liquen?

Liquen advirtió que estaba sonriendo y dejó de hacerlo.

—Sólo me parece divertido, señor, que Pine sea tan tonto que no te haya reconocido inmediatamente.

Hal reflexionó acerca de sus palabras.

—Tonto, sí. Fuera, Pine, antes de que cambie de opinión y opte por una forma de castigo más humillante.

Pine se levantó, todavía con expresión de asombro en el rostro, como si pensara que todos iban a empezar a reírse y a decirle que se trataba de una broma pesada. Pero nadie habló. Y cuando salió a la lluvia, les dio la espalda e inclinó avergonzado la cabeza. Liquen se compadeció de él. El profeta nunca haría esto, pensó. Construía la especie, no la destruía.

Hal se quitó la chaqueta.

—Quitaos la ropa mojada, caballeros. Sequémonos y hablemos de nuestro futuro.

Colgó la chaqueta en una pared del establo y miró a Mónica a los ojos. Estaba acurrucada en un rincón con Wyatt, Byron y Dolores. Nick yacía en el suelo, cubierto con la capa de uno de los curadores.

—Le agradezco su trabajo, doctora. No tuve ocasión de hacerlo. Permítame que lo haga ahora.

Mónica no dijo nada. Besó a Wyatt en la coronilla y lo abrazó con fuerza.

—¿Ni siquiera un «no hay de qué»? —dijo Hal—. Vamos, doctora. Usted y yo hemos dado juntos un paso de gigante. ¿No quiere reconocer al menos nuestro logro?

—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó Dolores.

Hal bajó la voz.

—Por muy divertida que te encuentre, Dolores, sólo puede haber uno de nosotros. Un líder. Fue un error por mi parte pensar lo contrario. Los recuerdos de Hal han sido muy útiles, mucho más de lo que hubiese sospechado. Gracias a él, ahora sé lo indignos que sois todos de uniros a mí en esta empresa.

—¿Vas a Pialarnos a todos? —dijo ella.

Hal frunció el ceño.

—No seas desagradable, Dolores. Hay un niño delante.

Se dio la vuelta y encontró una caja para sentarse junto al fuego.

—Caballeros, quiero felicitaros. Este día ha tardado mucho en llegar. Muchos de vosotros me habéis servido fielmente durante algún tiempo, y espero que os sintáis

recompensados. Nuestra situación es muy delicada. Y no me refiero al frío y a que estemos empapados por la lluvia.

Algunos de los hombres se rieron, quizá demasiado ansiosamente, le pareció a Liquen. Se preguntó si era porque deseaban con todas sus fuerzas que aquel hombre fuese el profeta y estaban dispuestos a fingir que era tan carismático como solía ser, o si sólo le estaban siguiendo la corriente para que no los enviara fuera, bajo la lluvia.

—Sé que os expliqué al detalle los pasos que seguiríamos después de mi renacimiento, cómo esparciríamos el don de la curación por todo el mundo, detendríamos gran parte del sufrimiento humano, acabaríamos con las enfermedades que innecesariamente nos afligen. Y era nuestra creencia que si había cinco yoes, cinco profetas comprometidos en esa obra, situados en puestos clave por todo el mundo, entonces podríamos dividir nuestros recursos y alcanzar más fácilmente nuestros objetivos. «Un consejo de profetas es mejor que un solo profeta», dije. —Hizo una pausa y miró el fuego con dramatismo. Luego alzó la mirada—. Pero me equivocaba.

Los congregados murmuraron en voz baja y Hal levantó las manos para silenciarlos.

—Nuestra misión no ha cambiado, hermanos. Nuestro objetivo no es menos ambicioso. Conseguiremos lo que esperábamos. Pero suponer que un consejo es más fuerte que el hombre a la imagen del cual se crea es una tontería. Sólo puede haber un profeta. Un único líder, una única mente. ¿Qué tienen de bueno cinco mentes idénticas conferenciando juntas? ¿No son lo mismo su conocimiento y su experiencia compartida? ¿No coincide ya su pensamiento con el de los demás? ¿De qué le sirve a un hombre hablar solo?

»No. El consejo no es necesario. De hecho, creo que el consejo es la mayor amenaza para nuestra supervivencia. —Hizo de nuevo una pausa y los curadores se agitaron, incómodos—. Lo que os digo es duro, sí. Es diferente de aquello para lo que os he preparado, por lo que he luchado, incluso por lo que he muerto. Pero es sabio. Si el mundo descubriera que han nacido cinco profetas, los que nos oprimen se alzarían contra nosotros. Nos llamarían bárbaros de la ciencia, monstruos sin ética. Nuestra obra sería destruida. Aquellos a quienes tratásemos de sanar nos rechazarían y el mundo continuaría en la miseria. La única esperanza de sobrevivir nosotros y lograr el bien que esperamos conseguir es tener un profeta. Uno.

—Pero ¿y los demás? —preguntó un curador—. Pronto cambiarán también.

—Sí —dijo otro—. ¿Qué hacemos con ellos?

Hal asintió.

—Sí, ¿qué hacemos con ellos? —Unió las manos y pareció meditar profundamente, como si no se hubiera planteado la pregunta hasta entonces—. La nuestra es una misión difícil, hermanos. Para lograrla, unos pocos deben caer. Es una desgracia, pero la culpa no es nuestra. No se puede evitar. Nos hemos visto obligados a protegernos de aquellos que nos oprimen, hasta el punto de destruir nuestros

laboratorios para asegurar que nuestros secretos no caigan en sus manos. Y como resultado, se han perdido algunas vidas inocentes. Naturalmente, por cada una que caiga, sanaremos mil más. Pero unos cuantos deben caer. Y por mucho que me entristezca, no veo otra alternativa para los receptáculos restantes. Deben ser eliminados.

No hubo ningún murmullo esta vez, sólo silencio.

—Recordad a quiénes elegimos para que fueran receptáculos, hermanos. A aquellos a quienes la sociedad había rechazado. Incluso podría decirse que ya estaban muertos, esclavos como eran del alcohol o las drogas o la ignorancia. Durante un tiempo les dimos motivos para vivir. Pero ese motivo ha expirado. Y por eso vuelven a estar muertos. Les hacemos un servicio librándolos de una vida de sufrimiento y dolor. —Alzó un ejemplar de *El libro de la conversión*—. Oíd las palabras que nos han guiado, hermanos, y veréis que hay sabiduría en mi pensamiento. —Abrió el libro para seleccionar un párrafo y, con su voz más persuasiva y doctrinal, empezó a leer.

Frank vio al curador montando guardia bajo la lluvia y decidió acercarse al establo por la parte de atrás. La tormenta proporcionaba una buena cobertura y llegó sin ser visto. Se asomó al interior. Allí estaba Hal, hablando a los curadores y llamando su atención. Era la mejor distracción que Frank podía esperar, así que entró arrastrándose y permaneció en la oscuridad hasta que llegó a la casilla donde retenían a Mónica y a los demás.

Dolores lo vio y jadeó, pero no lo suficientemente fuerte para que la oyera nadie. Y Byron, que había estado escarbando furiosamente la tierra junto a la pared, alzó la cabeza igualmente sorprendido.

—Creíamos que estaba muerto —susurró Dolores.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Frank—. ¿Puede andar?

Señaló a Nick y supo la respuesta antes de que Mónica la diera.

—No se ha movido desde que te marchaste. Y le ha subido la fiebre.

—Toma.

Le tendió la bolsa con las medicinas. Ella la abrió y preparó una jeringuilla. Nick recibió la inyección y gimió en sueños.

—Todos necesitáis una dosis —dijo Mónica.

—Cuando hayamos salido de aquí —contestó Frank—. Byron, ¿crees que podrás llevarlo en brazos otra vez?

—No veo otra alternativa.

—No podremos correr más que ellos —dijo Dolores.

—Encontré otro sendero cuando volvía del río —dijo Frank—. Si podemos llegar a los árboles, creo que conseguiremos despistarlos en la tormenta. No podrán seguirnos. Wyatt, tú conmigo, te llevaré a hombros.

Wyatt se agarró a su madre y no se movió.

—Tiene miedo —dijo ella.

Frank se agachó ante el niño.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes miedo de que te deje caer?

Wyatt negó con la cabeza.

—¿Temes no poder agarrarte con fuerza?

—Puedo agarrarme fuerte.

—No puedes.

—Ajá.

—Demuéstralo.

Wyatt no picó.

—Quiero ir con mi madre.

—Ella irá justo detrás de nosotros.

Wyatt miró a su madre, reflexionó y luego se volvió hacia Frank.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Wyatt alzó el meñique.

—¿Palabrita?

Frank enganchó el meñique con el suyo.

—Palabrita.

Wyatt se subió a la espalda de Frank. Byron se agachó para recoger a Nick, pero antes de que lo tocara éste soltó un grito que resonó en el silencio y llenó todo el establo. Byron retrocedió. Y antes de que nadie pudiera detenerlo, Nick se puso en pie de un salto y salió corriendo de la casilla.

Hal dejó de hablar y todos los curadores se volvieron cuando Nick se abalanzó hacia ellos. Unos cuantos retrocedieron, sorprendidos por aquel enloquecido asalto. Y entonces, de súbito, Nick se quedó quieto y guardó silencio. Se quedó allí plantado, recuperando el equilibrio y parpadeando, como si despertara de un sueño profundo. Todos lo observaron en silencio.

Recuperó el porte y los miró a la cara.

—Liquen, me preocupaba no volver a verte. —Tomó las manos de Liquen—. Espero que estés bien. He echado de menos tu compañía.

—El profeta —dijo un curador.

—No lo es —dijo Hal—. Está fingiendo.

—Comprobadlo —dijo Stone.

El curador con el escáner sanguíneo se acercó a Nick.

—¡No! —dijo Hal—. Te ordeno que no lo hagas. Eliminaremos a éste como a los demás.

El curador del escáner se detuvo y miró a Stone, sin saber cómo actuar.

—Hay que estar seguros, señor —dijo Stone—. Tal vez éste haya cambiado también.

—¿Desobedeces a aquel que te dio Vida Superior? Te ordeno que devuelvas a este impostor a su encierro.

—No soy ningún impostor —dijo Nick.

—¡Silencio! Stone, ordena a tu hombre que se siente.

El curador del escáner esperó.

—Sólo puede haber un profeta —dijo Hal—. Uno. Nick no es más que un niño insolente.

—No soy ningún niño —dijo Nick, erguido, la voz vibrante.

—¡No hables! —gritó Hal—. Stone, que tu hombre se siente.

Stone le hizo un gesto al curador del escáner, para que obedeciera.

—No —dijo Liquen, y agarró el escáner.

—Siéntate tú también, Liquen —dijo Stone.

—¿Y darle la espalda a lo que hemos construido? No. Si hay un charlatán entre nosotros, es éste. —Señaló a Hal. Los demás emitieron jadeos de estupor.

—¿Cómo te atreves? —dijo Hal, hirviendo de ira.

—Nos da órdenes contrarias a las que dio el profeta. ¿Qué mayor prueba necesitamos?

—Soy sangre de su sangre —dijo Hal—. Carne de su carne.

Nick apretó el escáner contra su propio brazo. El aparato pitó y trinó, y entonces lo alzó para que todos lo vieran.

—Igual que yo.

Liquen leyó la pantalla.

—Es cierto. Mirad.

—Es un truco —dijo Hal—. Stone, detén a ambos.

Nick sonrió y habló amablemente.

—No te molestes, Stone. Creo que todos podemos ver claramente quién está fingiendo y quién no.

—¡Yo soy George Galen! —dijo Hal.

—No —respondió Nick—. Eres Galen y Hal. Lo que significa que estás manchado. Los recuerdos de uno han influido en los recuerdos del otro. No eres más que una triste imitación mía.

—Y tú no eres más que un chiquillo —dijo Hal—, débil y alocado, igual que Jonathan.

—¡No pronuncies su nombre! —dijo Nick, súbitamente enfurecido—. Jonathan era más hombre y más amigo de lo que tú serás nunca.

Hal sonrió.

—¿De verdad? No recuerdo haber pensado eso. Parece que eres tú quien está manchado, no yo.

Nick agarró un grueso palo. Quemó la punta en el fuego y lo convirtió en antorcha.

—Eres tan repelente, Hal. Todo el mundo está equivocado menos tú. La única

persona a la que merece la pena escuchar es a ti mismo. Curiosa forma de pensar, para un borracho balbuceante.

—Cierra la boca.

—Naturalmente, lo que me intriga es que, si tienes todos mis recuerdos, entonces debes de recordar lo patético que eras cuando te encontré en el parque. Apestando a vómito y a licor barato. Tirado en la arena, borracho y babeando. Podría haberte meado en la oreja y ni te habrías dado cuenta.

Hal se envaró y cerró los puños.

—Y a pesar de todo eso, a pesar de ser posiblemente el ejemplar más triste de ser humano que haya visto en la vida, sigues teniendo agallas para amedrentar a la gente, para tratar a todos como si fueran inferiores a ti. —Se echó a reír—. Hay que tener pelotas, Hal. Verdaderos cojones. O eso, o eres aún más... ¿Cuál es la palabra que te gusta usar? Capullo de lo que pensaba.

Hal atacó, pero Nick lo estaba esperando. Se hizo a un lado y empuñó el palo como un bate, golpeando a Hal en la espalda cuando pasó de largo y dejando marcas de ceniza en su camisa blanca mojada. Hal se desplomó al suelo.

Stone corrió a intervenir, pero Hal alzó una mano.

—Atrás. Esto es entre el mocoso y yo.

Se levantó, y Nick se acercó a él con el palo. Hal lo esquivó y el palo golpeó en una viga. Ceniza caliente y ascuas se desprendieron de la punta, cayeron entre la paja podrida y, en un destello, la hicieron arder.

Hal aprovechó que Nick perdía el equilibrio y le lanzó una patada alta. Hubo un fuerte crujido cuando las costillas se rompieron. El chico voló hacia atrás, atravesó la pared de un cubículo y aterrizó dentro de otro. La antorcha se le escapó de la mano y cayó contra la pared. Incluso con la humedad del aire, las vigas empezaron a arder. El fuego se esparció por el establo como si lo hubieran rociado con queroseno.

Nick se puso en pie, se frotó el cuello y sonrió.

—Todos mis mejores movimientos, pero nada de mi buen sentido. Aunque tengo que reconocer una cosa, Hal. Tenías razón. Sólo puede haber un profeta. Pero desde luego no eres tú.

Corrió hacia Hal y se lanzó con los pies por delante y juntos. Golpeó con tanta fuerza a Hal que se dobló y atravesó la pared y cayó de espaldas al exterior, bajo la lluvia. Antes de dejar de deslizarse por el barro, Hal se puso en pie de nuevo. Corrió al interior con los dientes apretados. Pine corrió tras él, sorprendido.

—Todos mis mejores movimientos, en efecto —dijo Hal, agarrando otro palo. Lo blandió varias veces ante Nick, que lo esquivó una y otra vez, hasta que logró apartarlo. El palo giró por los aires y cayó a tierra, todavía ardiendo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Liquen.

Stone no reaccionó.

Frank se agazapó en la entrada del cubículo e indicó a los demás que lo siguieran.

—Vamos.

Corrió junto a la pared, agachado, con Wyatt a la espalda. Podrían llegar a la parte trasera si se apresuraban.

Las llamas se extendían rápidamente por todas partes. Una humareda negra se concentraba en las vigas del techo.

—Se escapan —dijo Hal.

—No los dejéis escapar —dijo Nick simultáneamente, señalando a Frank y a los demás, que corrían hacia la salida trasera.

Varios curadores, Liquen entre ellos, obedecieron la orden y corrieron a bloquear la salida. Frank se detuvo, con Mónica a su lado.

Liquen intentó agarrarlos, pero Frank giró y empujó a Mónica, de manera que Liquen dio un manotazo al aire.

Los brazos de Wyatt se tensaron alrededor del cuello de Frank mientras se agarraba por su vida.

—Atrás —dijo Frank por encima del hombro—. Salgamos por delante.

Byron y Dolores se dieron media vuelta y corrieron en dirección contraria, hacia las puertas abiertas del granero.

Frank agarró la mano de Mónica y trató de retroceder también, pero dos curadores se interpusieron y le bloquearon el paso. Estaban rodeados.

Dolores los vio atrapados y se detuvo.

Frank le indicó con la mano que se fuera.

—Continúa.

Byron agarró a Dolores por el brazo.

—¡Vamos!

La sacó por la puerta, a la lluvia.

Cuatro curadores se cernieron sobre Frank, Wyatt y Mónica. Frank vio en el suelo el palo ardiendo.

—Cruza los pies en torno a mi cintura —le dijo a Wyatt.

El niño obedeció y Frank pudo soltarle las piernas el tiempo suficiente para agacharse y recoger el palo. Lo agitó amenazador ante los hombres que lo rodeaban.

—El fuego no nos hace daño —dijo un curador.

—Sí, pero deja cicatrices desagradables —contestó Frank—. Puede que no lo sintáis, pero os dejará muy feos.

—¿Podéis sanar más rápido de lo que quema el fuego? —dijo Mónica tras él.

—No queremos hacerte daño, receptáculo —dijo Liquen. Avanzó, pero se apartó rápidamente cuando Frank agitó la llama. La pregunta de Mónica estaba calando en él.

Por el momento, Frank los mantenía a raya. Pero sabía que no sería por mucho

tiempo. Tarde o temprano uno de ellos se acercaría lo suficiente. Y entonces todo habría terminado.

Hal le descargó a Nick un golpe que lo hizo chocar contra una de las vigas de sujeción. Crujió bajo el peso de Nick, que gritó, ensangrentado y dolorido.

Hal, igualmente magullado y lleno de cortes, agarró a Nick por la camisa antes de que el profeta más joven pudiera reaccionar y lo hizo chocar contra la viga por segunda vez. La madera volvió a crujir. Otro empujón. Y otro crujido. Toda la estructura temblaba por los golpes.

En las vigas del techo, la madera chisporroteaba y crujía, cediendo y enviando nubes de humo por los agujeros del tejado.

Desesperado por liberarse, Nick agarró a Hal por la garganta y le dio un rodillazo en la entrepierna. Hal inmediatamente dejó de empujar; las rodillas se le doblaron. Colgó flácido en manos de Nick mientras el otro le apretaba la laringe.

El rostro de Hal se puso rojo; luego, púrpura. Agitó frenéticamente las manos llamando a Stone.

—Ayúdame —jadeó.

Stone corrió hacia él, agarró las manos de Nick y trató de soltarlas. Nick no cedió. Su rostro era hosco y decidido. No estaba dispuesto a soltarlo. Hal iba a morir.

Frank agitó de nuevo el palo ardiente, haciendo retroceder a los curadores. Mónica estaba de espaldas a él, girando a la vez, de modo que se movían como una sola persona.

Otro curador atacó. Era el que Frank había estado esperando, el de la capa seca, el que no había salido a la lluvia. En vez de agitar el palo sin más, Frank se abalanzó, golpeando al hombre en el costado.

El curador retrocedió lleno de pánico al ver que su capa ardía. Se tiró al suelo y rodó frenéticamente, tratando de apagar las llamas. Pero todo lo que consiguió fue extenderlas a la estructura que lo rodeaba.

Los otros curadores lo vieron horrorizados y retrocedieron aún más. Frank aprovechó la ocasión. Agitó el palo en amplios arcos y retrocedió hasta el centro del círculo, agarrando a Wyatt con una mano y manteniendo a Mónica tras él.

—Ayudadme —solicitó Stone, que pugnaba por soltar las manos de Nick del cuello de Hal.

Liquen corrió a ayudarlo y los otros curadores que trataban de apoderarse de Frank, Wyatt y Mónica corrieron tras él.

Libres de momento, los tres salieron por la parte trasera del establo. Byron y Dolores estaban esperándolos bajo la lluvia.

—Por aquí —dijo Frank, guiándolos hacia el sendero que había seguido desde el

río.

—¿Y Nick? —preguntó Dolores.

—Nick no es Nick —dijo Frank.

Ella se detuvo.

—Entonces, ¿vamos a dejarlo?

Por respuesta, Frank tiró de su mano hasta que volvieron a correr con Mónica al otro lado y Byron detrás.

—Apártale las manos —ordenó Stone.

El curador más cercano agarró las manos de Nick y, con la ayuda de Stone, las soltó del cuello de Hal, que cayó al suelo, jadeando y tosiendo.

—Sujétalo —dijo Stone.

Nick rechazó a los curadores.

—No me toquéis.

Hal se levantó en un instante, empujó a Stone a un lado y atacó a Nick. Los curadores corrieron a separarlos, pero los dos cayeron al suelo rodando y desaparecieron en una nube de humo negro.

—Encontradlos —dijo Stone, tosiendo y cubriéndose la boca con la capa.

Los curadores se dispersaron entre el humo, tosiendo y agitando los brazos para apartar las cenizas de sus rostros.

Y entonces Hal apareció volando hacia atrás por el aire. Golpeó la viga de sujeción con tanta fuerza que Stone no estuvo seguro de si el crujido que oyó procedía de la madera o de la espina dorsal de Hal.

Un segundo más tarde la viga se rompió y el techo en llamas se vino abajo; las gruesas vigas ardiendo cayeron amontonadas.

Stone cayó de lado cuando un curador lo empujó para librarlo de los escombros.

Entonces, como queriendo imitar el tejado, el resto de la estructura se desmoronó, añadiendo más vigas a la creciente pila y levantando una densa nube de ascuas.

Stone rodó y apartó la madera que lo cubría.

—¡Galen!

No hubo respuesta, sólo el chisporroteo de la lluvia sobre la pila ardiente. Se levantó, se quitó el hollín de los ojos y se acercó al lugar donde Hal y Nick yacían bajo los restos.

Los curadores acudieron uno a uno y se pusieron a ayudarlo, pero cuando hubieron apartado un tercio de los escombros, Stone supo que ya era demasiado tarde.

Cuando finalmente los encontraron, la madera estaba negra y empapada por la lluvia. Hal y Nick estaban quemados e irreconocibles, el uno al lado del otro, tratando todavía de estrangularse mutuamente.

—Los demás han huido al bosque —dijo Liquen—. ¿Deberíamos dividir a los

hombres?

Stone se secó la lluvia de la cara, tiznándose.

—No. Enterremos a nuestros muertos.

—Pero si no actuamos...

—Le mostraremos a nuestro maestro el respeto que se merece. Luego recuperaremos a Byron y a Dolores.

—¿Y Frank Hartman? —preguntó Liquen.

—No es digno del cargo —dijo Stone—. Ha demostrado que es un obstáculo amenazador. Debe ser eliminado para evitar más pérdidas.

—Entonces deberíamos darnos prisa. Puede que todavía consigamos localizarlos.

—No hace ninguna falta —dijo Stone, abriendo su teléfono móvil—. Sabemos adónde los lleva.

RECEPTÁCULOS

El descenso por la montaña había transformado el río, de por sí ya veloz, en un violento torrente de agua atropellada. Frank se mantuvo a distancia de la orilla, pero sin perder nunca la corriente de vista. No había ningún sendero y no podía arriesgarse a perderse alejándose demasiado del cauce.

Pasaron el punto donde el árbol caído cruzaba el río, aunque el árbol había desaparecido, arrastrado sin duda por la fuerza de la corriente.

Wyatt se agarraba al cuello de Frank y botaba arriba y abajo mientras éste se internaba en la maleza. Mónica y Byron seguían su ritmo, pero Dolores se retrasaba considerablemente. Ya se habían detenido tres veces a esperarla.

—No me esperéis —les había dicho ella—. Seguid adelante. Ya os alcanzaré.

Pero ellos esperaban siempre. Y durante su última espera dejó de llover.

—Eh —dijo Byron, mirando el cielo nocturno—. Ha parado.

—¿Y qué diferencia hay? —dijo Mónica—. Ya no podemos mojarnos más.

Era cierto. Tenían la ropa empapada; el pelo, mojado y lacio. Frank estaba tan mojado como cuando había salido del río.

—Mirad las estrellas —dijo Wyatt.

Alzaron la mirada. Las nubes se habían despejado, revelando incontables lucecitas contra un lienzo negro.

—Increíble —dijo Mónica—. Cuando uno vive en Los Ángeles, se olvida de cómo es realmente el cielo.

—Así son todas las noches en Montana —dijo Byron—. Nada más que estrellas.

—¿Cuántas crees que hay? —preguntó Wyatt.

—Oh, más o menos un bajillón —dijo Byron.

Wyatt hizo una mueca.

—¿Un «bajillón»?

—¿Qué, nunca has oído hablar de un bajillón? Es lo que viene después de un trillón. Ya sabes: millón, billón, trillón, bajillón. Y luego, naturalmente, viene el fubajillón.

Wyatt parecía escéptico.

—Sí, sí...

—No, es verdad. Pregúntaselo a Frank.

Los dos miraron a Frank. Byron hizo un guiño.

—Oh, sí —dijo Frank—. Así es. Fubajillón. Y después viene... oh, ¿cómo se llama?

—Fubadubajillón —dijo Byron, la cara seria.

—Eso es, fubadubajillón. ¿Cómo he podido olvidarme del fubadubajillón?

—Os lo estáis inventando —dijo Wyatt.

—Oh, no —respondió Frank—. De hecho, he leído hace poco que los científicos han determinado que hay exactamente seis fubadubajillones y un grano de arena en la Tierra.

—¿De verdad? —dijo Byron.

—Sí, es un hecho científicamente probado. Bueno, aunque no es completamente preciso. La última vez que fui a la playa me tragué por accidente un granito de arena, así que calculo que ahora hay seis fubadubajillones justos.

Mónica se echó a reír.

—Sabía que estabais bromeando —dijo Wyatt.

—¿Fubadubajillón? —dijo ella—. Parece un helado de fruta hawaiana.

Todos se rieron entonces, incluso Wyatt, que probablemente no entendía la broma pero sabía que había una. Era agradable reírse; casi una liberación que les permitía olvidar por un momento lo sucedido en el establo. Todavía estaban riéndose cuando llegó Dolores, cansada y sin aliento.

—Podríais despertar a los muertos con todo el ruido que estáis haciendo. ¿Qué pasa? ¿Estamos celebrando algo? ¿Los curadores han decidido dejarnos en paz o algo por el estilo?

Mencionar a los curadores enfrió el buen humor al instante.

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo Frank.

Un kilómetro más adelante encontraron una carretera pavimentada. La siguieron a lo largo de unos cuantos centenares de metros y llegaron a un *camping* privado. El cartel de la cancela decía que no estaba abierto, pero entraron de todas formas.

La oficina estaba cerrada. Frank miró por una ventana pero no vio ningún teléfono. O bien estaban fuera de temporada o la gente se había marchado cuando había empezado a llover.

Un pequeño edificio de hormigón cercano resultó ser una lavandería automática para los campistas. No había nadie dentro, pero dos secadoras giraban, llenas de ropa. Frank hizo entrar a todos y cerró la puerta; no podía arriesgarse a que entrara nadie inesperadamente.

La ropa de la máquina estaba seca y cálida al tacto. Frank lo sacó todo y lo arrojó sobre el mostrador. Parecía que las prendas pertenecían a una pareja, a un hombre y a una mujer de estatura y constitución medias. Había suficiente para que todos tuvieran una camisa seca. Y todos menos Frank consiguieron pantalones.

—¿Dónde nos cambiamos? —preguntó Mónica.

—Nos daremos la vuelta —contestó Frank—. Las mujeres se cambiarán primero. Poned la ropa mojada en un montón, aquí.

—Si crees que quepo en estos pantalones —dijo Dolores, alzando los que Frank le había dado—, estás fumando algo verde e ilegal. Es imposible que mi culo quepa

aquí dentro. No a menos que me saquen todos los otros órganos que tengo.

Frank rasgó la cintura de los pantalones.

—Toma.

Ella los aceptó, pero seguía dudando.

—Bueno, pues date la vuelta entonces. Una mujer necesita su intimidad.

Los muchachos se sentaron en el suelo, detrás de las lavadoras. Al cabo de un minuto, Dolores reapareció.

—¿Qué os parece?

—Deslumbrante —dijo Byron—. Decididamente te queda mejor que un traje de hombre.

Ella sonrió.

—Eso pensaba yo. Ya podéis cambiaros.

Cuando se levantaron para recoger su ropa, Mónica se estaba secando el pelo con una toalla y llevaba un jersey de manga larga y unos pantalones caqui. Vio que Frank la miraba y dejó de secarse.

—¿Has acabado con eso? —preguntó él rápidamente.

Ella le arrojó la toalla.

—Gracias.

Wyatt se puso una sudadera que le llegaba hasta las rodillas y unos pantalones cortos de hombre que le llegaban hasta los tobillos. Dolores le dio su cinturón, al que Frank abrió un agujero para que Wyatt pudiera ponérselo.

—Parezco tonto —dijo el niño.

—No, no lo pareces —respondió Frank—. Pareces guai. La ropa ancha es lo último.

—Esto no es ancho —dijo él—. Parecen sábanas.

—Eh, demasiado grande es mejor que demasiado pequeño —dijo Byron—. Apenas puedo respirar con esto.

Dolores echó un vistazo a la camiseta de Byron y sonrió.

—Pareces uno de esos tipos musculosos de la playa de Venice.

—Pero sin los músculos —dijo él.

—Por favor. Tienes músculos. No estás en forma, eso es todo. Diez flexiones al día durante una semana y todas las chicas se volverán a mirarte.

Byron sonrió.

—¿Eres preparadora física de repente?

—Ja. Lo que faltaba. Yo con trabajo.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Porque soy una indigente, por eso.

—Lo que pienses que eres, lo serás.

Ella hizo una mueca.

—¿Quién dijo eso? ¿El presidente? Por favor, pensar que eres alguien y ser

alguien son dos cosas distintas. Que yo crea que soy una *top model* no me convierte en una.

Byron puso cara de incredulidad.

—¿Quieres decir que no eres una *top model*?

Ella le dio un empujón.

—Hablo en serio. Tiene que haber un trabajo en alguna parte para una mujer tan tozuda como tú.

—No lo hay. No tengo nada que quiera la gente.

—¿Has tratado alguna vez de conseguir un empleo?

Ella se puso en jarras.

—Pero ¿qué es esto? ¿El programa de Oprah? Los indigentes no consiguen trabajo. ¿Qué es lo primero que te preguntan cuando solicitas un trabajo? ¿Eh? Apuesto a que ni siquiera lo sabes. Probablemente nunca has tenido que rellenar uno de esos impresos.

—Estoy pez en eso. Digamos... el nombre.

—Eso es. Y después ya no tengo nada que escribir. Ninguna dirección.

—¿Y la familia? —preguntó Byron—. ¿No hay ningún pariente con quién puedas alojarte?

Dolores se dio una palmada en la frente.

—¿Cómo no se me había ocurrido eso? Llamaré por teléfono a mi hermano rico de Beverly Hills. Estoy segura de que tiene una habitación de más en esa mansión suya.

—Lo siento. Sólo pretendía...

—Nadie elige ser un indigente, Byron. Si lo eres significa que no tienes a nadie, o al menos a nadie que te reclame. El único amigo que tengo es Jesús. Y me parece muy bien.

—¿Seguro que es tu único amigo?

—Nunca me ha olvidado. Pues cuando tengo hambre me da de comer y, cuando estoy desnuda, me viste. —Señaló su ropa nueva—. ¿Ves?

—Lo que quiero decir es que tal vez haya otras personas que quieran ser amigas tuyas.

Ella bufó.

—¿Como quién?

—Como yo.

Dolores lo miró, sorprendida.

—¿Tú?

—¿Tan difícil es de creer?

—¿Quieres ser mi amigo?

—Sí. Pensaba que ya lo éramos.

Ella pareció sorprendida.

—Pero si soy fea.

Él se echó a reír sin poder evitarlo.

—No, no lo eres. Nos has ayudado en toda esta historia. Mónica, ¿crees que Dolores es una persona hermosa?

—Hermosísima.

—¿Ves? ¿Qué piensas tú?

—Una entre un millón. Una joya de mujer.

—¿Ves?

—A mí me caes muy bien —dijo Wyatt.

Byron se echó a reír.

—¿Ves? Incluso Wyatt te aprecia, y es un juez de personalidades severísimo.

—Sólo tratáis de ser amables porque os doy lástima.

—Si alguien te dice que quiere ser amigo tuyo, Dolores, le dices que sí o que no.

—Te esperamos, Dolores, porque eres una de nosotros —dijo Frank—. Si quieres ser de algún sitio, eres de los nuestros.

—Así es —dijo Byron.

Ella los miró uno a uno y luego asintió, sonriendo.

—De acuerdo. Me parece bien.

Frank reunió las prendas mojadas cuando terminaron, además de todo lo que habían tocado, y lo arrojó a la basura. Luego cerró la bolsa de basura, sacó tres bolsas más de un armario y metió una bolsa dentro de otra hasta asegurarse de que no se abriría si se desfondaba. Luego lo arrojó todo al contenedor de atrás.

Cuando volvió a entrar, Mónica estaba preparando más jeringuillas.

—¿Otra vez? —dijo Dolores. Pero no discutió. De hecho, incluso se subió la manga sin que se lo pidieran.

Cuando todos hubieron recibido su dosis, Mónica sacó las pinzas de la bolsa.

—Tengo que quitarte esas grapas —dijo.

—Puede esperar —respondió Frank.

—Ya ha esperado suficiente. Quítate la camisa.

Frank se quitó la camisa y se tumbó en el frío suelo. Ella se arrodilló y sujetó delicadamente cada grapa antes de sacarla. Frank se sentía cohibido, allí tirado en el suelo con ella tan cerca. En vez de mirarla mientras trabajaba, miró las losas del techo.

—Ya está —dijo, extrayendo la última—. Ahora deberías sentirte mejor.

—Gracias.

Se levantó y se puso rápidamente la camisa. Se sentía mejor. Mucho mejor. De hecho, advirtió que la mayor parte de la incomodidad que había sentido hasta entonces era a causa de las grapas y no por la herida misma.

—¿Y ahora qué? —dijo Byron.

—A cenar —respondió Frank.

Se acercó al expendededor de comida basura del rincón y dio una patada al plástico. Hicieron falta dos patadas más para abrir un agujero lo bastante grande para

alcanzarlo todo. Hacía tiempo que no reponían el contenido de la máquina, pero había suficientes patatas fritas y barras de chocolate para repartir. Wyatt y Dolores no podían estar más felices.

Al cabo de quince minutos, Frank deseó no haber comido tanto.

—¿Quién quiere la última barra de Snickers? —preguntó Dolores.

—Es toda tuya.

Dolores se puso a comérsela mientras Frank iba al armario a buscar más bolsas de basura. Las llenó con los envoltorios de comida. Luego vació el frasco de limpiacristales y lo llenó de lejía. Mientras los demás miraban, roció todo lo que habían tocado: la secadora, la máquina, los mostradores. Incluso volvió a la oficina y roció la ventana a la que se había asomado y la puerta a la que había llamado.

Vació en el suelo el cubo de lejía. Cuando terminó, la lavandería olía tan fuerte que era dudoso que nadie entrara sin baldear antes.

Los demás esperaban fuera.

—¿Ha habido suerte? ¿Algún coche? —preguntó.

—Uno —respondió Byron—. Detrás de aquella tienda de campaña. Un hombre y una mujer. Creo que son los dueños de esta ropa.

Frank distinguió la tienda y el coche en la distancia.

—Pero están durmiendo dentro —dijo Byron—. La tienda debe de haberse inundado con la lluvia.

—Entonces no nos sirve. No podemos arriesgarnos a infectarlos. Tenemos que seguir buscando. Mientras tanto, nos mantendremos apartados de la carretera. Puede que todavía nos estén buscando. Wyatt, ¿quieres ir a hombros o caminando?

—¿Bromeas? —dijo Mónica—. Está hasta arriba de azúcar. Él podría llevarnos a nosotros a hombros.

—Iré andando.

Se internaron en el bosque, pero permanecieron cerca de la carretera. De vez en cuando pasaba un coche.

—¿Por qué no paramos un coche? —preguntó Dolores.

—Por el mismo motivo por el que no deberíamos haber llamado al del bote —dijo Frank.

—Entonces, ¿tenemos que encontrar un coche sin ocupantes? Oh, eso estará chupado, aquí, en medio de la nada. La gente abandona siempre coches que funcionan perfectamente en la cuneta.

—Eres una mujer de fe, Dolores —dijo Frank—. Reza por un milagro.

—Oh, estoy rezando ya. Confía en mí. Y cuando ese coche caiga del cielo por arte de magia, ¿entonces qué? ¿Vas a romper un cristal y hacer un puente? ¿O tengo que rezar también para que tenga la llave puesta en el contacto? —Gruñó exasperada.

Pasaron junto a una señal de tráfico y Byron se acercó a leerla.

—Según esto estamos en el Parque Nacional Kings Canyon.

—¿Dónde está eso? —preguntó Frank.

—A un par de horas al norte de Los Ángeles, en la Sierra Nevada.

—A un par de horas en coche, tal vez —dijo Dolores—. No a pie.

—Entonces sugiero que sigas rezando —dijo Frank. Ella le dirigió una mirada que indicaba que estaba en parte molesta y en parte divertida.

Se pusieron de nuevo en marcha y nadie dijo ni una palabra a lo largo de tres kilómetros. Finalmente, Wyatt se acercó a Frank y rompió el silencio.

—¿Dónde aprendiste a disparar un arma? —preguntó.

Frank lo miró. Con aquella ropa, parecía un adulto al que hubieran alcanzado con un rayo reductor.

—En el Ejército.

—¿No eras médico?

—Lo soy. Trabajo para el Ejército.

—Oh. ¿Y ahí es donde aprendiste a luchar?

—Supongo.

—¿Crees que podrías enseñarme unos cuantos movimientos?

Frank alzó una ceja.

—¿Por qué lo dices?

—Hay un niño en mi clase. Keener Kiner. Un tipo grande, papanatas total. La tiene tomada conmigo y mis amigos.

—Alguien que se llame Keener Kiner no tiene derecho a tenerla tomada con nadie.

—Eso es lo que yo le dije.

—¿Y qué dijo él?

—Me dio un puñetazo en el estómago.

—Oh. ¿Así que quieres aprender a devolverle el puñetazo?

Wyatt se encogió de hombros.

—¿Le has dicho a tu profe que la tiene tomada contigo?

—Eso es lo que me dijo mi madre. Pero no funciona. Si se lo dijera, entonces sí que vendría por mí.

—Pegarle a alguien no es fácil, ¿sabes? No es como en las películas. Te lastima la mano. Es como golpear un árbol.

—Entonces, ¿no vas a enseñarme?

—Podría, pero no creo que sea una buena idea.

—Déjame adivinar. Ahora vas a darme un sermón diciendo que pelear está mal.

Frank sonrió.

—No, voy a darte una dosis de realidad. Digamos que ese Keener *el Cretino* te acorrala, y tú le das un puñetazo. Y digamos que es un puñetazo de los buenos. ¿Qué pasará a continuación?

—Bueno... ¿Me pegará él?

—Eso es. Y si te pega, y recuerda que a esas alturas estará realmente cabreado, ¿cómo te sentirás?

—Me dolerá.

—Eso es. Y probablemente mucho. Y luego, ¿qué vas a hacer tú?

—Hummm, ¿pegarle otra vez?

—Vale, le pegas otra vez. Y os ponéis a pegaros el uno al otro. Zas, zas, zas.
¿Cómo terminará?

—¿Me gano una paliza?

—No te ofendas, pero probablemente.

—Bueno, al menos me habré enfrentado a él. Eso es algo, ¿no?

—¿Y de qué te habrá servido? ¿Crees que de pronto Keener va a dejarte en paz? No, habrá demostrado que puede darte una paliza y se sentirá incluso más confiado que antes. Y aunque puede que a tus amigos les impresione que puedas haberle dado unos cuantos puñetazos, eso no cambia el hecho de que te habrá dado una paliza.

—Pero ¿y si gano yo? Es posible.

—Vale, supongamos que tú le das la paliza a él. El labio reventado, todo. Tus amigos te sacan a hombros y eres el héroe del día. Pero ¿qué pasará al día siguiente? ¿Crees que Keener jugará limpio? No, es una rata. Tiene que salvar su honor. Así que llamará a sus amigotes, o peor, a unos niños mayores, y te acorralarán. Y entonces te darán una paliza de verdad.

—Entonces, ¿qué hago?

—Ignóralo. Nunca estés solo. Si ves que alguien va por ti, no te separes de un adulto.

—¿Huyo?

—Huir de una pelea que no puedes ganar no significa que seas un cobarde. Significa que eres listo. ¿Qué crees que estamos haciendo ahora? ¿Crees que debería haberme quedado en el establo y luchado contra todos esos curadores, plantarles cara, demostrarles que no soy un cobarde?

—Eso es diferente.

—¿Por qué? Son más grandes que yo, más fuertes que yo, igual que Keener con respecto a ti.

—Pero tú te enfrentaste a algunos.

—Sólo porque no tenía elección. Sólo porque la alternativa era mucho peor. En cuanto pude, eché a correr. Salí de allí. ¿Crees que eso me convierte en un cobarde?

—No. Pero aunque yo no sea un cobarde los otros niños me lo seguirán llamando.

—Tal vez. ¿Te importa eso?

Wyatt se encogió de hombros.

—Bueno, ésa es la pregunta que tienes que hacerte. ¿Qué es más importante para ti, que te llamen cobarde unos gusanos mocosos que no son más valientes que tú o que te den una paliza tras otra hasta que te gradúes en el instituto?

—Mi padre probablemente diría que es preferible que me acusen de cobarde.

—Bueno, tu padre tiene su opinión. En cuanto a mí, tengo cosas mejores que hacer que recibir tortas todos los días. Pueden llamarme lo que quieran.

De pronto el bosque desembocó en un amplio prado, más allá del cual había árboles frutales en ordenadas filas. La carretera giraba bruscamente hacia el sur. Frank y Wyatt se detuvieron y esperaron a los demás.

—Bueno, ¿qué os parece? —dijo Byron—. ¿Deberíamos seguir por la carretera?

—Este huerto pertenece a alguien —dijo Frank—. Vamos a echar un vistazo.

Nadie puso objeciones. Se acercaron al surco más cercano y llegaron enseguida a un camino de tierra que dividía el huerto y conducía a una casita de campo. Todas las luces estaban apagadas, pero delante había aparcada una desvencijada camioneta blanca.

—No se oye nada —dijo Mónica.

—¿Crees que habrá alguien en casa? —preguntó Byron.

—Esperemos que no —dijo Frank—. Quedaos aquí.

Mónica y los demás se agazaparon tras algunos árboles, al borde del camino, mientras Frank se acercaba a la casa. Cuando estuvo a un par de metros de la camioneta, un perro encadenado a un poste en el patio cobró vida desde las sombras y empezó a ladrar con fuerza.

—Calla, perro —susurró Dolores.

—Va a despertarlos —dijo Byron.

En efecto, la luz del porche se encendió. Frank se escondió detrás de la camioneta justo antes de que se abriera la puerta.

Un hombre de mediana edad en camiseta y calzoncillos se asomó. Bostezó, se rascó la espalda, no vio nada de interés en el patio y luego le dijo al perro que se callara. Como no le hizo caso, le lanzó al animal uno de los zapatos que había en la esterilla junto a la puerta. Pilló desprevenido al perro, que se marchó y guardó silencio.

—Vaya, qué amable —dijo Dolores.

Byron le ordenó callar con un siseo.

El hombre murmuró unas cuantas obscenidades y desapareció en el interior de la casa.

Frank se acercó a la puerta del acompañante, al otro lado del perro, se asomó y luego la abrió y subió a la camioneta. El perro se volvió loco y se puso a ladrar y a tirar de la cadena, arañando el suelo con intención de liberarse.

—¿Qué está haciendo? —dijo Byron—. Están despiertos. No podrá hacer un puente tan rápido.

El camión cobró vida.

—Vale, sí que puede.

La camioneta salió del patio marcha atrás justo cuando el hombre en calzoncillos salía de la casa corriendo y gritando. Frank giró el volante y la camioneta viró. Hubo un rechinar de marchas y el vehículo salió disparado y dando botes por el camino de

tierra. El hombre en calzoncillos corrió tras ella mientras el perro tiraba en vano de la cadena. Mónica y los demás corrieron hasta el camino y Frank se detuvo y abrió la portezuela del lado contrario.

—Adentro.

No hubo que decírselo dos veces. Mónica y Wyatt subieron primero, seguidos de Dolores y Byron. Frank pisó a fondo antes de que Byron hubiera cerrado la puerta.

—¿Cómo demonios has hecho eso? —dijo éste, gritando por encima del ruido del motor.

—Agradéceselo a Dolores —respondió Frank—. La llave estaba en el contacto.

Frank se mantuvo en las carreteras rurales, yendo siempre hacia el sureste: la temblequeante brújula del salpicadero resultó muy útil en ese sentido. La pantalla LCD de la radio indicaba que era la una de la madrugada, lo cual explicaba que hubiera tan poco tráfico.

La cabina estaba abarrotada. En el espacio destinado a tres personas había cuatro y media. Menos mal que Wyatt iba sentado en el regazo de Mónica, pero no por eso ella iba más cómoda. Y cuando Wyatt se quedó dormido, fue todavía más incómodo acunarlo sin invadir el espacio de los demás.

Al menos la calefacción funcionaba, para gran placer de Dolores. Poco después de que Frank la pusiera al mínimo, Dolores se apoyó en el hombro de Byron y se quedó dormida. Éste, acurrucado contra la ventanilla, no tuvo más que imitarla y pronto se quedó dormido también.

—¿Crees que podrás permanecer despierto? —preguntó Mónica.

Frank se frotó los ojos.

—Si condujera solo tendría puesta la radio a toda pastilla y las ventanillas bajadas.

—¿Quieres que conduzca yo?

—No, estoy bien. —Trató de encogerse un poco más en su asiento para darle otro milímetro de espacio—. No puedes estar cómoda sujetándolo así. ¿Por qué no lo cruzas sobre el regazo de todos?

—No quiero molestarlos.

—Una bomba atómica no los molestaría. Venga.

Ella se inclinó hacia delante y colocó con cuidado las piernas de Wyatt en el regazo de Byron y Dolores. Luego suspiró y movió la pierna.

—Se me ha quedado dormida —dijo.

—Es por la tensión —dijo él—. Que se te quede la pierna dormida, quiero decir.

—Ya.

Él había querido hacer un chiste, pero vio lo tonto que era en cuanto terminó de hablar. Claro.

—Espero que no te haya dado mucho la lata —dijo Mónica.

—¿Wyatt? No, en absoluto. Después de todo lo que ha pasado le conviene hablar.

—Creo que le caes bien.

—Bueno, he oído decir que es duro juzgando a la gente, así que me lo tomaré como un cumplido.

Ella sonrió.

—¿Tienes hijos?

Una vez más, lo había atrapado la pregunta.

—Una hija —respondió por fin.

—¿Qué edad tiene?

—Habría cumplido ocho años. Murió hace año y medio.

Hubo un breve silencio.

—Lo siento mucho. No pretendía...

—No, no importa.

—No puedo imaginar lo difícil que debe de haber sido.

—No fue repentino. Llevaba mucho tiempo enferma.

—Lo siento mucho —repitió ella.

—No te preocupes. Me hizo muy feliz. —Frank sonrió para sí—. Te habría gustado. Era una niña loca. Le encantaban los Bee Gees.

—¿Los Bee Gees?

Él se echó a reír.

—Lo sé, ¿a qué niña de seis años le encantan los Bee Gees? La culpa es de mi padre. Compró un viejo tocadiscos y un puñado de álbumes para que los tuviera en el hospital. Y ella se lo pasó genial. La mayoría de las enfermeras ni siquiera habían oído hablar de *Fiebre del sábado noche*. Incluso imitaba aquel baile en la cama moviendo las caderas y la mano. Me partía de risa.

Wyatt se agitó un poco para acomodarse, luego se quedó quieto.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Mónica.

—Rachel. Rachel Evelyn.

—Bonito nombre.

—Son nombres de la familia de mi esposa.

—¿Y cómo se llama tu esposa?

—Ex esposa, en realidad. Nos divorciamos poco después de que Rachel muriera.

—Oh. Lamento oír eso.

—Rachel era el pegamento que nos mantenía unidos. Cuando murió... no sé. Si hubiéramos tenido otros hijos, tal vez habría sido distinto. Pero estaba tan enferma desde el principio que tener más hijos era lo último que se nos hubiese ocurrido. No porque nos sintiéramos decepcionados. En absoluto. Necesitaba toda nuestra atención. ¿Sabes lo que quiero decir?

Ella asintió.

—Es probablemente más de lo que querías oír —dijo él.

—No, no me importa. En realidad, es casi terapéutico oír a otra persona hablar de

su divorcio. Parece que sea lo único que he hecho este último año: divorciarme.

Él la miró.

—Todo terminó hace unos meses. Una experiencia algo surrealista. Firmas en un documento legal y de un plumazo todo lo que creías tener estructurado en la vida desaparece de repente. —Guardó silencio y, al cabo de un momento, se secó los ojos con la mano—. Tendrás que disculparme. Soy un despojo emocional. Y no sólo por mi divorcio. Por todo.

Frank mantuvo la mirada fija en la carretera. No quería molestarla. Mejor dejarla llorar.

—No llegaste a conocer a Jonathan —dijo ella, recuperada la calma—. No vivo, quiero decir. Era un buen chico... Equivocado, tal vez, pero un buen chico. Con un poco de ayuda, un chico con futuro, tal vez. Y ahora, no queda nada.

—No puedes echarle la culpa por...

—¿Por qué no? Fue cosa mía, ¿no? Maté al hijo de otra para salvar al mío. Y a Hal y a Nick. Has visto hundirse el establo. No pueden haber sobrevivido a una cosa así.

—Entonces los ha matado el incendio, no tú —dijo él, intentando ser convincente aunque él mismo no estuviera del todo convencido.

—No me sigas la corriente. Por favor. Creo que no podría soportarlo.

Mónica guardó silencio un buen rato, con la mirada perdida. Los únicos sonidos que se oían eran el ronroneo del motor y el leve zumbido de la calefacción.

—No te he dado las gracias —dijo ella—. Por rescatar a Wyatt. Antes de marcharte. Arriesgaste la vida. Después de todo lo que te hice. Te estoy agradecida por ello.

—No lo hice por ti. Lo hice por Wyatt.

—Lo sé —dijo—. Eso lo hace todavía más maravilloso.

Frank no dijo nada, sólo asintió levemente. Entonces ella se apoyó en el hombro de Dolores y se quedó dormida.

El golpecito contra la ventanilla del conductor despertó a Frank. Era de día. Se irguió y vio al viejo con peto delante de la camioneta, sonriendo. Estaban en medio de un campo. Frank recordó vagamente haber salido de la carretera después de haber estado a punto de quedarse dormido al volante.

—¿Están ustedes bien? —preguntó el hombre.

—¿Dónde estamos? —dijo Dolores, despertando.

Frank puso la camioneta en marcha sobresaltando al hombre, que retrocedió cuando Frank lo saludó con la mano amablemente y avanzó marcha atrás.

—¿Qué pasa? —dijo Byron.

—¿Dónde estamos? —repitió Dolores.

Mónica y Wyatt despertaron mientras Frank regresaba dando tumbos a la

carretera. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Dos horas? ¿Tres? No podía haber sido mucho. Estaba amaneciendo. Frank sacudió la cabeza. Era un estúpido. No tendría que haber aparcado.

Pronto estuvieron inmersos en medio del tráfico de trabajadores madrugadores que se dirigían a Los Angeles desde el valle de San Fernando.

A las ocho tomaron la salida de Wilshire camino del Edificio Federal. Cuando se incorporaron a la avenida Veteran para entrar en el aparcamiento del edificio, un atasco los detuvo. Más adelante la carretera estaba bloqueada por media docena de agentes de la ARB con traje de biocontención. Los agentes paraban a todos los coches que se acercaban y miraban en el interior antes de darles paso.

—Están buscando algo —dijo Mónica.

Tres coches por delante, un agente se agachó junto a la ventanilla del conductor y lo miró. En la mano tenía un papel con la foto del rostro de alguien.

—Algo no —dijo Frank—. Están buscando a alguien.

El agente decidió que el coche que inspeccionaba estaba limpio y le dijo al conductor que continuara.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Mónica.

—Sí —contestó Frank—. Yo también.

El agente se acercó al siguiente coche. Le separaba sólo un vehículo de la camioneta. Cuando le indicó al conductor que bajara la ventanilla, Frank vio la cara de la foto.

—Eres tú —dijo Mónica.

—Nos están buscando a nosotros —dijo Dolores—. Estamos salvados.

—Agarraos. —Frank arrancó marcha atrás, giró el volante y pisó a fondo el acelerador. La camioneta viró en redondo y estuvo a punto de chocar con un coche que venía de frente y giró al este en Wilshire.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Dolores.

—¿Nos siguen? —preguntó Frank.

—No —dijo Mónica—. No lo creo. Otro coche ha dado la vuelta también.

—Esperad —dijo Dolores—. ¿Alguien quiere decirme qué está pasando? Creía que íbamos a la ARB. ¿Ahora nos damos la vuelta?

—Me están buscando —informó Frank—. Sabían que intentaba volver a la ARB y pretendían detenerme.

—Pero ¿por qué querrían hacer eso?

Frank supo la respuesta en el momento en que le planteó la pregunta.

—Es Irving —dijo—. Por supuesto. Tiene que ser él.

—¿Quién?

—El director Irving, el jefe de la ARB. Galen dijo que le había estado ayudando. Tal vez los curadores siguen en contacto con Irving. Si es así, pueden haberle puesto al corriente de nuestra huida y le habrán pedido que utilice a la ARB para impedirnos que lleguemos al antivirus.

—Espera un momento —dijo Dolores—. Tú dijiste que la ARB era el único lugar de la Tierra donde estaríamos a salvo. ¿Y ahora nos alejamos? No, déjame salir de esta camioneta.

Echó mano a la manilla de la puerta, pero estaba cerrada.

—Quieta —dijo Frank—. Relájate. Déjame pensar.

—¿Pensar? ¿Pensar? Todo lo que hemos estado haciendo es pensar y pensar.

Frank aceleró, sorteando el tráfico que se dirigía al este por el bulevar Wilshire.

—Pero no lo entiendo —dijo Byron—. ¿Cómo ha movilizado ese director a toda la ARB contra ti?

—No lo sé —contestó Frank—. Puede haberles dicho cualquier cosa, inventado todo tipo de pruebas contra mí. Es el director. ¿Quién habrá que no le crea?

—A lo mejor estamos paranoicos —dijo Mónica—. A lo mejor nos estamos inquietando por nada. Es posible que te estén buscando para ayudarte.

—Si quisieran ayudarme me buscarían en cualquier parte menos en la ARB. Los curadores son los únicos que sabían que volveríamos a la ARB esta mañana. Y en ese control me estaban esperando.

Mónica se frotó los ojos, derrotada. Sabía que él tenía razón.

—Pero ¿y si hablas con ellos? —dijo Byron—. ¿Y si les dices que eres inocente de lo que se te acusa? Tal vez lo único que haga falta sea contarles tu versión de la historia.

—¿Y si eso no resulta? —replicó Frank—. ¿Quién dice que me permitirán siquiera contar mi versión? Podrían tener órdenes de detenerme inmediatamente. Tal vez Irving les haya dicho que soy un riesgo biológico y que debería ser puesto en cuarentena. Soy portador del virus, después de todo. Sería fácil demostrarlo. —Sacudió la cabeza—. No, el director Irving es demasiado listo. Habrá previsto que intentaré demostrar mi inocencia. Seguro que tiene un plan.

—Tiene razón —dijo Mónica—. No hay tiempo para correr ese riesgo. Vuestros chips podrían dispararse en cualquier momento.

Guardaron silencio. Mencionar los chips era mencionar a Nick y Hal. Y nadie parecía dispuesto a abordar ese tema. Frank lo había dicho antes: ya habría tiempo para llorar, luego.

—¿Y si vamos todos juntos? —dijo Byron—. Será nuestra palabra contra la suya. Somos cuatro, y él uno. —Dio un puñetazo al salpicadero y los sobresaltó a todos—. Pues no tenemos ninguna opción. No hay nada que podamos hacer.

—Agarraos —dijo Frank. Dio un brusco volantazo a la derecha y trazó un amplio arco que lo llevó a Westwood, un hermoso parque urbano situado detrás del Edificio Federal. Encontró aparcamiento en un rincón, alejado de los otros coches, y apagó el motor.

—Quedaos aquí. No salgáis por ningún motivo.

—¿Adónde vas? —dijo Byron.

—Entraré. Si puedo llegar al antivirus...

—Joder, joder, joder —dijo Byron—. ¿Dentro? ¿Te has vuelto loco? No puedes entrar por la cara en el Edificio Federal. Has dicho que te están buscando. Si el director trabaja para los curadores, tendrá a toda la agencia en tu contra. Además, ¿cómo puedes entrar y salir sin infectar a nadie?

—Estoy abierto a otras ideas.

Nadie tenía ninguna.

—Entonces quedaos aquí. Volveré en cuanto pueda.

Frank bajó de la camioneta, escaló la reja del parque y saltó a la parte trasera del enorme aparcamiento del Edificio Federal. Tomó aire y corrió hacia la entrada trasera sin la menor idea de cómo entrar.

INFILTRACIÓN

El aparcamiento del Edificio Federal era una enorme extensión de vehículos aparcados. Frank corría por detrás de una fila de coches, agachado, usándolos para cubrirse. Se detuvo cuando tuvo a la vista las puertas traseras del edificio. Comprendió que entrar sería imposible. Había seis agentes montando guardia. Cada uno llevaba un traje de biocontención blindado e iba armado. Había dos agentes más junto a una furgoneta de asalto de la ARB aparcada junto al camino de acceso. Además, unos seis o siete agentes mantenían el bloqueo al otro lado del aparcamiento, en la avenida Veteran. Era una fortaleza.

Frank se agazapó detrás de un coche. La cabeza le daba vueltas. No había forma de entrar.

Las puertas traseras del edificio se abrieron y Frank entornó los ojos, tratando de ver mejor.

El agente Carter salió del edificio, con el casco bajo el brazo. Los otros agentes lo saludaron y Carter se puso el casco y amartilló el arma.

Naturalmente, pensó Frank. Carter. Galen lo había apresado en la residencia antes de capturarlo a él.

Frank había dado por hecho que habían eliminado a Carter, que Galen lo habría considerado un obstáculo que era mejor quitar de en medio. Pero Galen se había apoderado de la mente del ayudante del *sheriff* Dixon, ¿no? ¿Qué le impedía apoderarse también de la mente de Carter? Frank sólo se había salvado de compartir ese mismo destino porque Galen tenía planes mejores para él.

¿Y Riggs? ¿Dónde estaba? ¿Estaba también bajo el control de Galen? No había manera de cerciorarse. Lo único seguro era que toda aquella demostración de fuerza era intencionada. Frank era un objetivo. Los curadores habían perdido su confianza en él como uno de los sucesores de Galen y estaban usando la ARB para eliminarlo.

Frank miró el traje gris que llevaba. Estaba hecho un desastre: roto, embarrado y manchado de hierba. No pasaría ante los agentes vestido de aquel modo. Pero si tuviera un biotraje podría contener el virus y usarlo como disfraz para entrar en el edificio.

La furgoneta de la ARB estaba aparcada a cuarenta metros de la entrada trasera. Tenía que haber en ella un biotraje de repuesto. El único problema era que no podría llegar a la camioneta sin que los dos agentes que la ocupaban se dieran cuenta.

Lo que necesitaba era una distracción.

Observó el coche que tenía al lado. Estaba en muy mal estado, con una de las

ventanillas delanteras cubierta por un plástico. Dio la vuelta hasta ella, quitó el plástico, abrió la puerta y se metió dentro.

Era un coche de cambio manual. Ocupó el asiento del conductor, abrió la puerta de ese lado y lo puso en punto muerto. Luego, empujando con la pierna izquierda en el asfalto, sacó marcha atrás lentamente el coche del aparcamiento y lo hizo girar noventa grados. La furgoneta y los agentes estaban una fila de coches más allá, así que seguían sin poder verlo.

Dejó el coche en punto muerto, se agachó, enderezó el volante y se agazapó junto al guardabarros delantero.

Entonces empujó.

El coche recorrió unos metros antes de ganar velocidad, pero pronto avanzó sin ayuda. Frank se apartó y se escondió detrás de otro automóvil mientras el coche rodaba a buen paso.

Chocó contra un Mercedes aparcado a cincuenta metros de distancia y la alarma del otro coche saltó. No podría haber sido más perfecto.

Varios agentes pasaron corriendo junto a Frank, que permaneció escondido. Luego, cuando estuvo seguro de que no se acercaban más hombres a investigar, se escabulló hasta la furgoneta. Ambos agentes habían salido y, situado a ese lado de la furgoneta, no se le veía desde el edificio. Abrió la puerta trasera y se coló en el interior.

Los biotrajés de repuesto se guardaban en un kit de emergencia en la parte de atrás. Se puso uno, se colocó el casco y se abrochó el cinturón de herramientas. Tenía el equipamiento estándar: un sedante en aerosol, una caja de bolsitas de contención, un botiquín de primeros auxilios, un recipiente vacío. Buscó una pistola, pero no encontró ninguna; luego conectó el comunicador.

La voz de un agente que gritaba por encima del alarido de la alarma del coche sonó en su oído.

—... Dentro del coche, señor.

—¿Estás seguro? —dijo la voz de Carter.

—Afirmativo. Las barras están en rojo, señor. No hay duda. Encuentro V16 en todo el interior.

Frank se estremeció. Todavía estaba infectado con el virus.

—Roger —dijo la voz de Carter—. Voy de camino.

Frank vio por el parabrisas cómo Carter y otros tres agentes corrían al lugar del accidente, dejando sólo a cuatro hombres en la entrada principal. Era entonces o nunca.

Salió por la parte trasera de la furgoneta y luego corrió con aplomo hacia el edificio, como si lo hiciera desde el lugar del accidente. Los cuatro agentes no parecieron prestarle atención. De hecho, dejaban sus puestos para echar un vistazo a la conmoción del aparcamiento. Frank mantuvo la cabeza gacha y se mantuvo a distancia de ellos procurando que no pareciera que lo hacía a propósito.

Uno lo vio.

—Eh.

Frank se detuvo con el corazón en la boca.

—¿Qué está pasando ahí abajo?

Frank se apoyó las manos en las rodillas, fingiendo estar sin aliento, pero sobre todo manteniendo el rostro fuera de la vista.

—Hay V16 —dijo con voz levemente más grave—. Creo que tengo una fuga en el traje. Tengo que comprobarlo.

Esperando que eso fuera respuesta suficiente, corrió a la puerta y entró, aliviado por que nadie trató de detenerlo.

Un guardia de seguridad especialmente nervioso lo saludó en el vestíbulo.

—¿Qué está pasando ahí fuera? ¿Es él?

Frank mantuvo la cabeza baja y conectó su micro exterior.

—Señor, apártese, por favor, estoy en una situación de biorriesgo.

Tendió un puño cerrado y el guardia de seguridad retrocedió, con los ojos desorbitados de terror.

Frank corrió al ascensor y pulsó el botón. La puerta se abrió y entró en la cabina. Advirtió al instante que no tenía la llave que el ascensor requería.

El guardia de seguridad lo observó con morbosa fascinación desde el punto más alejado del vestíbulo.

—Oficial —gritó Frank—. No tengo mi llave. Necesito usar la suya.

—No puedo dársela sin permiso —gritó el guardia débilmente.

—Entonces déjeme explicárselo. En la mano tengo un patógeno de Nivel 4 capaz de provocar una epidemia que *no se* ha visto en este planeta desde la peste negra. Ahora, a menos que no le importe que los ojos se le conviertan en gelatina mientras esperamos ese permiso, le sugiero que me dé su maldita llave.

Un grueso anillo de llaves resbaló por el suelo de losas y se detuvo en el ascensor. Frank se agachó a recogerlo.

—Gracias.

Insertó la llave correcta y las puertas se cerraron. Mientras el ascensor bajaba se dio cuenta de que tenía que planificar un poco más. ¿Qué se encontraría a continuación? A un guardia de seguridad de la ARB *con* un medidor de contaminación. ¿Y después, qué? Una puerta que requería una llave de tarjeta y un escáner de retina. Y, más allá, una habitación con cincuenta personas y el director de la agencia. Perfecto.

Muy bien, no tienes armas. Ni llave de tarjeta. Y tienes dos retinas inútiles. Piensa.

El ascensor se paró, y las puertas se abrieron. Un guardia sonriente se volvió hacia él.

—Antes de hacer nada —dijo Frank—, escúcheme.

El guardia dio un respingo, retrocedió de un salto y echó mano a su radio. Frank

no tuvo más remedio que rociarle la cara con la lata de aerosol. El guardia puso los ojos en blanco y se desmoronó.

Frank encontró la llave del hombre y luego lo arrastró por los tobillos pasillo abajo hasta la entrada de la ARB. Pasó la llave de tarjeta y sostuvo al guardia por los sobacos para auparlo.

En el escáner retinal se encendió una luz roja y una voz femenina computerizada dijo: «Error. No se detecta ninguna retina». La luz se apagó.

Magnífico. Así que tendría que sostener primero al tipo y luego pasar la tarjeta.

Con gran esfuerzo, sostuvo al guardia semiincorporado. Pero necesitó las dos manos para hacerlo y la cabeza seguía cayéndole a un lado, apartada del escáner. Finalmente optó por empujar al guardia contra la pared y sostenerle la cabeza con la suya propia. Luego, usando las rodillas para sujetarse mejor, pasó la tarjeta y rápidamente alzó las manos y abrió los párpados del guardia.

De nuevo la luz roja y la voz de mujer, que dijo: «Error. Por favor, mire directamente a la luz».

Frank apartó la cabeza y vio que el hombre seguía teniendo los ojos en blanco. Maldición.

Le sacudió la cabeza. Eso no funcionó. Entonces acercó delicadamente el dedo enguantado a los ojos del hombre y le movió manualmente los globos oculares. El guardia miró directamente al frente con expresión letal. Frank apoyó de nuevo la cabeza contra la pared y pasó la tarjeta. La luz brilló y la puerta se abrió.

Frank colocó con cuidado el cuerpo en el suelo y atravesó la puerta. En el centro de mando había un zumbido de actividad, como siempre. Si mantenía la cabeza gacha, tal vez lo ignoraran, tal vez pudiera mezclarse con los demás.

Frank bajó las escaleras y se dio cuenta enseguida de que un agente con biotraje integral era un espectáculo demasiado extraño en el centro de mando para pasar inadvertido. Los agentes que allí había eran analistas vestidos con trajes conservadores, no con equipo de biorriesgo. Frank cantaba.

Uno a uno los analistas dejaron de mirar sus terminales mientras él iba pasando. Unos cuantos se apartaron de su camino. Todos lo estaban observando.

Con la cabeza todavía gacha y caminando deprisa, Frank vio a uno de los analistas correr al despacho del director Irving. Un momento más tarde salió éste en persona. Se plantó delante de Frank con las manos en los bolsillos.

—Doctor Hartman, qué sorpresa. Supongo que ha venido a entregarse.

Frank alzó la cabeza. La sala permanecía en silencio. Todos lo estaban mirando.

—Sé lo suyo, Irving. Les dio información a los curadores. Me preparó una trampa.

Irving se echó a reír.

—¿De verdad cree que alguien de esta sala va a creer lo que dice, doctor Hartman? ¿Después de todas las pruebas que hemos reunido en su contra?

—¿Qué pruebas?

—Que estaba usted ayudando a los curadores. George Galen le hizo una oferta que no pudo rechazar. Debe de haber sido una suma importante para un hombre de su talento.

—Ha dicho pruebas, no acusaciones sin fundamento.

—Tenemos retenido a un curador —dijo Irving, alzando la voz—. Ha sido una buena fuente de información. Nos dijo cómo asesinó usted a esos dos indigentes, cómo los quemó vivos porque George Galen le ordeno hacerlo. ¿Cómo lo llamó? ¿Una prueba de obediencia?

Y también nos dijo dónde podríamos encontrar los cadáveres. Los llevamos al depósito. Podría llevarlo a verlos ahora, pero algo me dice que no le sorprendería demasiado su aspecto después de haberlos quemado usted mismo.

Frank se quedó de piedra. Los curadores habían urdido bien su treta, usando los cadáveres de Hal y Nick en su provecho.

—Ha dejado usted en ridículo a esta agencia, doctor Hartman. Que Dios tenga piedad de su alma. Agente Atkins.

A la derecha de Frank, el agente Atkins alzó una pistola. Frank no se movió.

—Escolte al doctor Hartman arriba, donde el agente Carter se encargará de seguir interrogándolo.

Frank alzó una mano ante Atkins.

—Espere. Escúcheme. Carter y el director Irving están trabajando para los curadores.

—Agente Atkins —dijo Irving—. Saque a este hombre de las instalaciones, por la fuerza si es necesario.

Atkins avanzó.

—Mírele las manos —señaló Frank—. ¿Ve cómo le tiemblan? Está drogado. Galen lo ha estado manipulando.

Atkins miró a Irving. Otros agentes estaban haciendo exactamente lo mismo.

—Está usted sacando los pies del tiesto, doctor Hartman —dijo Irving—. Mi estado de salud no le convierte en inocente.

—Está trabajando para Galen —dijo Frank—. Él y Carter, los dos.

—¡Basta! —gritó Irving, un poco más frenéticamente de lo necesario. Algunos analistas que tenía cerca se sobresaltaron y se apartaron de él con cautela. Irving se enderezó, tratando de controlarse.

—Galen me infectó con el V16 —dijo Frank—, junto con otras cuatro personas más. Estaba tratando de crear copias genéticas de sí mismo trasplantándonos sus órganos.

Irving estaba rojo de ira.

—Agente Atkins, detenga a este hombre.

Atkins no se movió.

—La persona que se ocupó de las operaciones, especialista en cardiología, está probablemente en la lista de personas desaparecidas. Si no me creen, compruébenlo.

—Otra de sus víctimas, sin duda —dijo Irving—. Agente Atkins, no se lo volveré a repetir. Detenga al doctor Hartman o dispárele si opone resistencia.

Frank miró a Atkins.

—Puedo demostrarlo. Está ahí fuera y confirmará todo lo que le he dicho.

Irving se puso blanco.

—¿Ella está fuera?

—Además de otras tres personas que testificarán a mi favor, dos de las cuales también están infectadas.

Irving corrió a un teléfono y descolgó el receptor.

—Póngame con Carter.

—No —dijo Frank.

Atkins apuntó al director Irving con su arma.

—Espere. Suelte el teléfono.

Irving se sobresaltó.

—¿Está usted loco?

—Ha dicho usted «ella» —dijo Atkins.

—¿Qué?

—Ha dicho usted «ella está fuera». Sabía que el especialista en cardiología es una mujer.

—Él ha dicho que es una mujer —se defendió Irving.

—No, no lo he dicho.

—Suelte el teléfono —dijo Atkins.

—No haré nada de eso. Y usted, señor, es culpable de insubordinación. —Volvió su atención al teléfono—. Carter, soy el director Irving. Yo... ¿hola?

Miró la base del teléfono. Una joven analista había cortado la llamada con un dedo.

Atkins avanzó lentamente.

—Si se trata de un error, lo resolveremos sin la ayuda del agente Carter. Y sin la suya —dijo.

—Esto es una locura. ¿Qué les ocurre? —Irving se apartó de la mesa—. Van a creer a un asesino antes que a su superior. ¡Me nombró el presidente!

Vacilaba mientras retrocedía hacia su despacho. Chocó contra un agente, se volvió, tendió la mano hacia la chaqueta del agente y sacó una pistola. Antes de que el otro pudiera reaccionar, Irving apuntó a la cabeza del hombre.

—Atrás —ordenó.

Todos se quedaron quietos.

—Suelte el arma —le pidió Atkins.

—Le dije que no le metiera en esto, doctor Hartman —dijo Irving—. Sabía que sería problemático. Pero no quiso escucharme. Y ahora va usted y lo estropea todo.

—Suéltela —repitió Atkins.

—¿Cree que voy a permitir que consiga el antivirus? ¿Cree que voy a permitirle

que acabe con todo?

Apuntó a Frank con el arma y disparó. Las balas rebotaron en la pared mientras Frank se ocultaba detrás de una mesa, cuyo canto quebraron otras dos, no muy lejos de su cabeza.

La gente gritó y se puso a cubierto.

—Alto —dijo Atkins, corriendo hacia el fondo de la sala.

Frank se asomó y vio que Atkins perseguía a Irving pasillo abajo. Corrió tras ellos.

Alcanzó a Atkins en la puerta que conducía al ferrocarril subterráneo. Estaba cerrada.

—Ha entrado —dijo Atkins.

—Ábrala.

—No puedo. Los analistas no tenemos acceso a la T4.

Frank golpeó la puerta con el puño. Aquello no podía estar sucediendo. Irving se dirigía al metro. Y de allí a la T4, donde se guardaban los únicos viales de antiviral. Y a menos que Frank lo detuviera, estaba seguro de que Irving destruiría los viales. Ahora que su tapadera se había descubierto, Irving no tenía nada que perder. Haría lo que fuera necesario para impedir que Frank y los demás erradicaran el virus y detuvieran la transformación.

—Tenemos que abrirla —dijo Frank. Miró a su alrededor, desesperado por encontrar algo que sirviera de cuña y le permitiera abrir la puerta. Vio una manguera de incendios enroscada detrás de un cristal en la pared—. Rompa el cristal.

—¿Por qué?

—Porque yo no puedo. Podría romperme el traje. Hágalo.

Atkins dio un codazo al cristal y lo rompió. Frank metió la mano, sacó la manguera y la desenroscó rápidamente. Blandió la boquilla como un martillo y golpeó el espacio donde se encontraban las dos puertas deslizantes. El sonido resonó por toda la sala, pero el golpe sólo hizo una pequeña mella en la superficie.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Atkins.

Pero Frank continuó golpeando en el mismo punto una y otra vez, con una fuerza tremenda, ampliando gradualmente la mella hasta que el metal se combó lo suficiente para poder meter los dedos dentro.

—Nunca la abrirá así —dijo Atkins.

Frank se esforzó y las puertas se abrieron unos centímetros.

Atkins estaba anonadado.

—¿Cómo lo hace?

Frank tiró de nuevo. La maquinaria chirrió mientras separaba las puertas un palmo. Logró pasar justo cuando el vagón de metro salía de la estación. Saltó por encima del encargado, que yacía boca abajo en el andén, y corrió hacia el vagón que ya se marchaba. Aceleró. El vagón estaba sólo a unos cuantos palmos de distancia, pero su velocidad iba en aumento. Justo antes de que desapareciera en el túnel y antes

de que él chocara con la pared de hormigón del final del andén, Frank saltó con los brazos extendidos hacia los peldaños de la escalerilla de la parte trasera del vagón.

Agarró uno y se quedó colgando con los pies apenas unos centímetros por encima de la vía. La fuerza de su aterrizaje sacudió el vagón.

Sonó un disparo, y una bala abrió un agujero en el metal, a unos centímetros a la derecha de Frank. Se aupó al siguiente peldaño y buscó asidero con los pies.

Justo cuando alcanzaba el tercer peldaño el vagón osciló a la izquierda. Frank se soltó de la escalera y chocó contra el vagón. Se agarró con una mano y pateó desesperadamente para volver a enderezarse.

Otro disparo y otro agujero, esta vez en el centro de la escalera, exactamente donde Frank estaba agarrado sólo un segundo antes.

La vía se enderezó de nuevo y Frank se aferró a los peldaños. Recuperó rápidamente pie y subió hasta el techo del vagón. Las paredes del túnel y el techo pasaban veloces y sintió la fuerza del viento empujándolo mientras el tren aceleraba.

Se tendió boca abajo y se agarró a los pequeños remaches del exterior del vagón, esperando que Irving no lo hubiera oído.

Al parecer, lo había hecho.

Sonaron cristales cuando el director rompió la ventanilla del vagón del metro. Irving asomó la cabeza, se volvió y miró hacia el techo. Vio a Frank y alzó la pistola justo cuando éste le descargaba una patada en el brazo que le hizo golpear la pared del túnel. Hubo un breve destello de chispas cuando el arma rozó el muro y escapó de la mano de Irving. El director de la ARB gritó y apartó la mano ensangrentada de la pared, mientras el arma volaba y desaparecía en las vías tras ellos.

Irving miró a Frank, con el rostro tembloroso y retorcido de furia, y luego desapareció en el vagón. Pero sólo un momento. Cuando volvió a aparecer ya no llevaba chaqueta. Y cuando salió por la ventanilla y subió al techo, Frank comprendió por qué. Irving se había envuelto la mano varias veces con ella, pero no para vendársela sino a modo de improvisado guante. Empuñaba un trozo de cristal de un palmo.

—Podrías haber sido el maestro, Frank. Podrías haber hecho grandes cosas. Pero vas y lo estropeas todo, todo. Stone tenía razón. Ya no eres digno.

Frank le lanzó una patada para desarmarlo, pero Irving estaba preparado. La esquivó y atacó con el cristal. Le abrió un tajo en el biotraje y le cortó la pierna.

Frank dio un respingo. El corte no era profundo, pero la expresión en los ojos de Irving daba a entender lo que estaba por venir. Frank avanzó arrastrándose contra el viento, intentando poner distancia entre ellos.

De repente el vagón aceleró.

Irving se aplastó contra el techo y se agarró con fuerza mientras el viento los azotaba. Una vez reafirmado, empujó con los pies y se obligó a avanzar lentamente a pesar del huracán, hacia Frank, que se agarró al techo, incapaz de seguir moviéndose. El viento era demasiado fuerte. Todo lo que podía hacer era no resbalar hacia atrás.

Volvió la cabeza para mirar. Irving estaba detrás de él y se arrastraba para alcanzarlo.

En un segundo lo tendré encima, pensó.

Volvió la cabeza hacia el frente y vio la curva del túnel justo antes de que el coche oscilara hacia la izquierda. La fuerza del balanceo le soltó las manos y sintió que resbalaba del techo.

Se agarró a la barra del borde justo cuando su cuerpo caía. Quedó colgado con las vías corriendo bajo sus pies y la pared del túnel sólo a unos centímetros de distancia. Miró hacia atrás y vio cómo Irving caía también, se agarraba a la barra y casi salía despedido del vagón.

Colgaron el uno al lado del otro. Antes de que Frank pudiera detenerlo, Irving lo atacó con el cristal y le cortó el brazo.

Frank gritó. De la herida manó sangre que se desparramó por el biotraje.

Un destello de victoria brilló en los ojos de Irving. Echó atrás de nuevo su arma, pero Frank fue más rápido. Cargó a un lado y golpeó a Irving con el hombro. El golpe impulsó la cabeza de Irving hacia atrás y cuando la alzó de nuevo tenía la cara llena de sangre. Pero no de su propia sangre, sino de la de Frank. La sangre del corte que tenía en el brazo.

El virus atacó al instante, horadando y quemando la piel de Irving. El director gritó, soltó el cristal y se frotó la cara frenéticamente con la mano libre. Pero le sirvió de poco. En un segundo el virus se extendió por su mano y por su rostro.

Miró a Frank con la cara hinchada y negra.

—Le ha fallado al maestro.

Y se soltó.

Frank vio caer el cuerpo de Irving hacia la oscuridad y desaparecer de la vista. Muerto. O igual que muerto. Si la caída a esa velocidad no lo mataba, lo haría el virus al cabo de poco. Frank se sintió asqueado. Nunca había pretendido matar. Sólo quería recuperarse. Pero Irving no estaba dispuesto a permitirlo. Frank era una amenaza para el plan del maestro. El maestro. ¿Maestro de qué? ¿Del engaño? ¿De la manipulación? ¿Del egoísmo? Frank se dijo que no era él quien había matado a Irving. Eugene Irving había muerto en el momento en que su voluntad había quedado en manos de George Galen. Galen era el asesino, el maestro de la muerte, incluso después de muerto. Y Frank podía convertirse en Galen en cualquier momento.

Fatigado y dolorido, Frank logró auparse al techo y se tendió. Momentos más tarde el coche empezó a frenar. Cuando se detuvo en el andén, un agente armado y con biotraje le estaba esperando.

—No dispare —dijo Frank.

—Soy yo. Hernandez. Atkins nos ha llamado. Nos lo ha explicado todo.

Frank se bajó del techo.

—Déjame ver tus manos —dijo.

—¿Mis manos?

—Extiéndelas.

Ella así lo hizo. Las manos enguantadas eran firmes y tranquilas.

—¿Vas a leerme la palma o algo por el estilo? —preguntó.

No era parte del juego.

—¿Por qué no has detenido el tren? —preguntó.

—Lo he intentado. Irving debió de anular el sistema en el andén de salida. ¿Te encuentras bien? Estás sangrando.

—Se curará solo. No te acerques a mí.

Sacó una venda del botiquín de primeros auxilios y empezó a vendarse el brazo, cubriendo la sangre y conteniendo el virus.

Ella miró dentro del vagón.

—¿Dónde está Irving?

—Un kilómetro más atrás. ¿Tienes la llave de esa puerta?

Ella lo acompañó a la entrada y pasó la tarjeta. El escáner retinal confirmó su identidad y la puerta se abrió. Había dos agentes tendidos en el suelo ante ellos, con dardos en la espalda. Frank y Hernandez corrieron a ayudarlos.

—¿Qué ha pasado aquí? —dijo él.

—No lo sé. Llevo toda la mañana en el andén. Antes todo era paz y tranquilidad. ¿Están...?

Frank encontró un pulso.

—No, sedados. Son dardos de los curadores. ¿No has oído nada?

—Las puertas son demasiado gruesas.

—¿Quién más ha entrado?

—Nadie. No por la línea de metro. No desde que Carter se marchó.

Frank recogió la pistola de uno de los agentes.

—Llama a Atkins. Dile que busque una camioneta blanca en Westwood. Dile que está contaminada y que requiere contención máxima. Dentro hay gente que necesita atención inmediata.

—Creo que Atkins está ocupado con Carter, pero se lo diré. ¿Qué vas a hacer tú?

—Recuperar las muestras del antivirus.

—¿De la enfermería? Tú solo no. Iré contigo. Llamaré a Atkins por el camino.

Pospuso la llamada y guió a Frank por el laberinto de la T4. Él agradeció tenerla a su lado. Encontraron a más agentes sedados por el camino, todos tendidos junto a sus mesas o en el suelo de los pasillos. No había signos de resistencia: al parecer, los ataques habían sido simultáneos y los habían pillado desprevenidos.

Doblaron una esquina cerca de la enfermería y se detuvieron.

—¿Has oído eso? —dijo ella.

—Parece un niño llorando.

Prestaron atención y volvieron a oírlo. Decididamente era una niña. Una niña pequeña.

—Vamos —dijo ella.

Irrumpieron en el vestuario, con las armas preparadas. Al otro lado de la

habitación estaban las puertas del Nivel 4, abiertas de par en par. Con cautela, Frank y Hernandez se acercaron. Todo estaba en silencio en el interior. Atravesaron otra serie de puertas y llegaron a la enfermería. Las puertas de las habitaciones de los pacientes estaban abiertas también.

—Ésta está vacía —dijo Hernandez, tras comprobar una habitación.

—Ésta también. ¿Cuánta gente había aquí?

—Siete u ocho personas.

Frank comprobó que todas las habitaciones estaban vacías. La ropa de cama revuelta y los artículos personales dispersos sugerían que sus ocupantes se habían marchado a toda prisa. Corrió al puesto de enfermeras, tomó una jeringuilla y se dirigió al lugar donde había dejado el baúl de metal.

El baúl había desaparecido. No había antivirus.

En la distancia, una niña chilló.

Frank se guardó la jeringuilla en una bolsa del cinturón mientras salía corriendo con Hernandez de la enfermería hacia el ascensor, de donde procedía el sonido. Cuando doblaron la esquina vieron a Stone llevando el baúl con el antivirus hacia el ascensor. Liquen iba tras él, llevando en brazos a la pequeña Kimberly Turner, que lloraba y parecía angustiada. Varios pacientes más esperaban dentro del ascensor, con aspecto asustado.

—¡Alto! —dijo Frank.

Stone los vio, se volvió con su escopeta de dardos y disparó. Frank apartó a Hernandez de un empujón y se puso a cubierto mientras una andanada de dardos acribillaba la pared.

—No podemos dejar que escapen —dijo ella.

—No podemos arriesgarnos a herir a los pacientes.

Las puertas del ascensor se cerraron. Frank y Hernandez se pusieron en pie y corrieron hacia el ascensor.

—¿Puedes detenerlo? —dijo él, pulsando el botón de llamada.

—No. Pero mira.

Señaló la rejilla de ventilación de la pared. De una patada la hundió y reveló un ancho conducto de aire.

—La chimenea —dijo—. Lleva el aire viciado a la superficie. Sin ella, nos asfixiaríamos.

Se metió en el agujero.

Frank la siguió y miró hacia arriba. Por la rejilla abierta, al menos a dieciocho metros por encima de ellos, la luz del sol se colaba en el pozo. Las enormes palas del ventilador giraban sobre la reja, absorbiendo el aire rancio. Unos peldaños en la pared del pozo empezaban donde ellos se hallaban y ascendían hasta la superficie. Hernandez agarró uno y empezó a escalar.

—Vamos.

Frank suspiró. Más alturas y espacios estrechos. Se guardó el arma y subió tras

ella.

A medio camino oyeron el motor del helicóptero que arrancaba y las aspas que empezaban a girar.

—Rápido —dijo ella.

Pero Frank ya se movía todo lo rápido que podía, convenciéndose constantemente a sí mismo para no mirar hacia abajo. El motor alcanzó la plena potencia antes de que llegaran arriba. Y cuando Frank por fin salió al helipuerto, el aparato ya estaba lejos, al sur, hacia Los Ángeles.

Hernandez volvió a la chimenea.

—Vamos. Si nos damos prisa, podremos rastrearlo.

Frank no se movió, no podía. Su única esperanza de derrotar a Galen, la única esperanza para Dolores y Byron, era una mota que desaparecía en el horizonte. ¿Por qué se habían llevado el antídoto? ¿Para impedir que él lo tuviera? ¿Y por qué se habían llevado a los pacientes?

—Frank —lo llamó Hernandez. Él se volvió hacia ella, cansado—. ¿Vas a quedarte ahí plantado? ¿O vas a ayudarme a tomar un helicóptero?

Él no respondió. Se sacó la jeringuilla del cinturón (una jeringuilla que debería haber contenido el antiviral) y se sentó, desesperado.

Y entonces sucedió.

Una descarga eléctrica lo atravesó, tan potente e implacable que no pudo hacer otra cosa que hincarse de rodillas y gritar. Cada músculo de su cuerpo se contrajo, mientras por su mente destellaban imágenes a velocidad cegadora, rostros que nunca había visto pero que reconocía, lugares que nunca había visitado pero que conocía bien, acontecimientos que nunca había experimentado pero que le resultaban familiares.

Se está apoderando de mi mente. Está quitándome lo último que queda de mí.

Obligándose a moverse a pesar del terror que lo atenazaba, Frank quitó el capuchón de la jeringuilla, se palpó la nuca hasta que encontró la pequeña cicatriz quirúrgica y se clavó allí la aguja. El dolor añadido fue como otra descarga de electricidad. La espalda de Frank se arqueó. Su grito se intensificó. Pero siguió presionando, clavando la aguja más profundamente en la carne.

De repente, la punta de la aguja encontró algo duro y lo perforó. Y, de inmediato, la descarga de electricidad cesó.

Frank se desplomó en el helipuerto. Un instante después, Hernandez estaba a su lado; le sacó la aguja y le dio la vuelta.

—¿Frank?

No estaba muerto.

—Sí, soy yo.

Ella miró la aguja.

—¿Te has vuelto loco?

—No del todo.

Hernandez lo ayudó a incorporarse.

—No te molestes en rastrear el helicóptero —dijo Frank—. Sé exactamente adónde va.

DISPERSIÓN

El agente Atkins permanecía agazapado tras el Audi mientras una lluvia de balas rompía lo que quedaba del parabrisas. Los trozos de cristal le llovieron encima. No podía quedarse allí. Carter estaba mejor entrenado, era mejor tirador y, desde luego, no se dejaba intimidar por el grupito de analistas de Atkins que había salido a apresarlo. Los analistas se habían ocultado detrás de varios coches y estaban tan acorralados e indefensos como el propio Atkins.

Miró a la derecha. Un agente con un traje de biocontención yacía boca abajo en el asfalto, sin moverse. Carter le había disparado. Le había puesto el arma en la espalda y le había disparado. Había abatido a todos los agentes armados, tan rápidamente que Atkins ni siquiera había disparado su arma. En cuanto Carter supo que había sido descubierto, se había desatado el infierno.

En los auriculares de Atkins sonó la voz de un analista.

—Necesitamos refuerzos, blindaje.

—Tenemos que encontrar esa camioneta —dijo Atkins—. Hernandez ha dicho que es una camioneta blanca.

—No encontraremos nada si estamos muertos.

Una razón de peso. Atkins pidió refuerzos por radio una vez más. Deseaba que el agente Riggs estuviera allí, él y su equipo de asalto. Ellos hubieran sabido cómo manejar la situación. Hubieran podido encargarse de Carter. Pero el director Irving los había enviado a todos a una misión esa mañana... probablemente para mantenerlos fuera del edificio y que Carter y él manejaran el cotarro sin impedimentos. Eso estaba meridianamente claro.

Otra ráfaga de balas se hundió en el Audi, y Atkins se enroscó mientras una densa lluvia de cristal y metralla caía a su alrededor.

¿Dónde demonios estaban los refuerzos?

El sonido de un helicóptero que se acercaba sonó como música en sus oídos. Ya era hora. Se arrastró a lo largo del coche hasta que pudo ver el aparato que se acercaba desde el norte. Era de la ARB y volaba bajo. Pero ¿quién lo pilotaba? ¿Hernandez?

El helicóptero descendió rápidamente hacia Carter. La puerta se abrió y Atkins vio la capa negra de un curador. Atkins apuntó y disparó, pero Carter ya estaba subiendo, así que salió de detrás del coche y alcanzó con dos tiros la parte trasera del aparato. Pero ya era demasiado tarde. Volvía a elevarse. Cuando llegó a una altura segura, aceleró hacia el sur.

Mónica y Wyatt se apretaban cuanto podían contra el salpicadero. Byron estaba encogido junto a la puerta del acompañante, y Dolores yacía en el asiento, dormida. Los disparos habían sido ensordecedores. Y cercanos. Mónica no veía por entre las enredaderas que cubrían la verja del Edificio Federal, pero los disparos procedían claramente de esa dirección. Cómo era posible que Dolores siguiera dormida con todo aquel jaleo era un misterio.

—Oigo un helicóptero —dijo Byron.

Mónica lo oyó también, y luego lo vio, por encima de la verja. Descendió rápidamente hasta el aparcamiento del Edificio Federal y desapareció de la vista un momento. Luego, tan rápidamente como había llegado, el helicóptero volvió a alzar el vuelo. Hubo unos cuantos disparos y luego silencio.

—Creo que se ha terminado —dijo Byron.

Esperaron, y el silencio continuó.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Mónica.

—Frank nos ha dicho que nos quedáramos aquí.

—¿Y si le ha pasado algo y no regresa? ¿O si nos están buscando? ¿Vamos a quedarnos aquí sentados esperando?

—Tengo miedo —dijo Wyatt.

Mónica lo abrazó más fuerte.

—Lo sé, cariño. Yo también.

Dolores se envaró de pies a cabeza. Abrió los ojos y gritó.

Los demás se taparon los oídos mientras el angustiado y penetrante alarido reverberaba en la cabina de la camioneta.

Mónica rodeó a Wyatt con el brazo para protegerlo. Cuando los gritos cesaron, Dolores se desmayó.

Byron descubrió que también estaba gritando cuando Dolores dejó de hacerlo. Se calló, se puso una mano sobre el corazón y trató de controlar su respiración.

El corazón de Mónica latía frenético. Todos los nervios de su cuerpo estaban en tensión. Wyatt seguía con la cara enterrada en su estómago.

Dolores se agitó y abrió los ojos.

—Se está despertando —dijo Byron.

Dolores se irguió de pronto, asustándolos a todos. Se sentó y se frotó los ojos, confusa.

—¿Dolores? —La llamó Mónica.

Dolores se llevó la mano a la cabeza, todavía mareada, y se miró en el espejo retrovisor.

—¿Qué ha pasado?

—Te has quedado dormida. Luego te has puesto a gritar.

—¿A gritar? —Miró a Mónica con expresión neutra—. Lo siento. A veces tengo pesadillas. No pretendía asustaros.

—No importa. Ahora estás a salvo.

—¿Dónde estamos?

—Detrás del Edificio Federal. Frank ha ido en busca de ayuda.

—¿No ha vuelto todavía?

Mónica negó con la cabeza.

—No podemos quedarnos aquí. Podrían encontrarnos. —Dolores echó mano al volante.

Mónica la detuvo.

—No estás para conducir. Y Frank nos ha dicho que esperáramos.

—Ha pasado casi una hora —dijo Byron—. Ha habido muchos disparos. ¿Y si...? ¿Cuánto tiempo vamos a esperar?

Mónica miró a Wyatt y vio que se retorcía nervioso el índice derecho.

—¿Y adónde podríamos ir? —dijo—. ¿Quién podría ayudarnos?

Byron no respondió. No había respuesta.

Una furgoneta de la ARB entró en el aparcamiento por Sepúlveda. Vaciló a lo largo de unos metros y, como si buscara la camioneta y la hubiera localizado de pronto, conectó la sirena y se lanzó hacia ellos.

—Nos han encontrado —dijo Dolores, aterrorizada—. Tenemos que salir de aquí.

Agarró el volante. Mónica no supo si detenerla o ayudarla. Tampoco habría supuesto mucha diferencia. La furgoneta se detuvo cerca de ellos y cuatro agentes con biotraje salieron y rodearon la camioneta. No desenfundaron las armas, pero tenían las manos sobre ellas, preparados para usarlas si hacía falta.

—¿Doctora Owens? —dijo uno de ellos.

Mónica sintió pánico. ¿Cómo responder? Asintió.

—Soy el agente Atkins, amigo del doctor Hartman. Estoy aquí para ayudarlos.

—No le creas —dijo Dolores.

—Abra la puerta y salgan de la camioneta.

—No lo hagas —dijo Dolores—. Es un truco.

Mónica acercó la mano a la manilla de la puerta.

—Mamá.

—No pasa nada, cariño. Todo saldrá bien.

Abrió la puerta. El agente Atkins le ofreció una mano y la ayudó a apearse. Luego abrió los brazos y recogió a Wyatt. Entonces Mónica lo supo. Eran sinceros. Estaban allí para ayudarlos. Tomó a Wyatt en brazos y lloró.

Por el lado opuesto de la camioneta otro agente ayudó a salir a Byron, quien le dio las gracias efusivamente e incluso le dio al hombre una palmada en la espalda. El agente le ofreció una mano a Dolores. Ella tendió la suya como si fuera a aceptarla, pero lo agarró por la muñeca, lo hizo girar y le dio una patada que lo derribó al suelo.

—¡Dolores! —gritó Mónica.

Los agentes corrieron a someter a Dolores, que regresó a la camioneta y cerró las puertas antes de que la alcanzaran. El motor cobró vida y Dolores salió marcha atrás,

obligando a varios agentes a saltar para evitar ser arrollados. Cambió de marcha y pisó a fondo, cargando directamente contra Mónica, quien se quedó petrificada, incapaz de moverse. El agente Atkins saltó a un lado y, en el último segundo, Dolores dio un volantazo y pasó junto a Mónica en vez de atropellada. Bajó la ventanilla el tiempo suficiente para decir:

—Le agradezco su trabajo, doctora. No tuve la oportunidad de darle las gracias... aunque, claro, tal vez lo hiciera otro de mis yoes.

Los agentes echaron a correr, pero Dolores ya se alejaba. Salió del aparcamiento, evitó por los pelos provocar un accidente en Sepúlveda y se perdió de vista.

Byron acudió corriendo junto a Mónica.

—¿Te encuentras bien?

Ella lo miró aturdida, luego asintió. Durante aquellos instantes en la camioneta no había estado hablando con Dolores, sino con Galen. Miró a Wyatt.

—¿Estás herido?

Él negó con la cabeza.

El agente Atkins se levantó.

—Hay un motivo por el que no soy agente de campo. ¿Todo el mundo está bien?

Sonó otra sirena y varias furgonetas de la ARB llegaron al aparcamiento. Antes de que la primera se detuviera, Frank saltó de ella y corrió hacia Mónica, que sintió un alivio inmenso. Estaba vivo. Había imaginado que le sucedían un centenar de cosas diferentes, pero estaba vivo.

Él llegó a su lado con el rostro tenso y expresión preocupada.

—Estoy bien —le aseguró Mónica—. Wyatt y Byron están bien. Pero Dolores... Se ha llevado la camioneta. Se ha... transformado.

Él asintió. Comprendía.

Los agentes salieron corriendo de los vehículos e instaron a los curiosos a apartarse mientras establecían una zona de contención.

—¿Tienes el antivirus? —preguntó ella.

Frank suspiró.

—No hay tiempo para explicarlo. Quédate con Wyatt.

—¿Por qué? ¿Adónde vas?

—A terminar con esto. —Se volvió hacia Byron—. Tú te vienes conmigo. En el momento en que tengamos el antivirus, tendrás que estar cerca para inyectártelo.

—Estás herido. —Mónica había advertido el vendaje rojo en su brazo.

—Me curo rápido, ¿recuerdas?

Ella no se rió.

Frank la sujetó por los brazos y la miró a los ojos. Mónica vio que quería decirle algo... tranquilizarla, tal vez, calmarla, quizás. ¿O era algo más? En parte quería que así fuera. En parte quería oírlo hablar de algo diferente a todo aquello, algo normal, incluso algo de lo que ya hubieran hablado. Pero él no dijo nada. Simplemente sonrió y subió a la furgoneta.

—No te vayas —dijo Wyatt.

—Necesito que cuides de tu madre. ¿Podrás hacerlo?

Wyatt agarró la mano de su madre y asintió. Un agente ayudó a Byron a subir a la parte trasera de la furgoneta, y las puertas se cerraron. Mónica se quedó allí de pie y vio cómo salía del parque.

—¿Doctora Owens?

Se volvió hacia un agente.

—¿Sí?

—Señora, necesito que usted y su hijo se pongan estas bolsas hasta que podamos llevarlos a descontaminación.

Ella se frotó los ojos y tomó las bolsas.

—Naturalmente. Gracias.

Miró hacia Sepúlveda, pero la furgoneta de Frank ya había desaparecido.

—Dejemos esto claro. Tienes algunos de los recuerdos de Galen —dijo Byron—, pero ¿no todos?

Daba brincos en la parte trasera de la furgoneta para ponerse un biotraje.

—He roto el circuito antes de que todo quedara instalado —dijo Frank.

—Entonces hazme a mí lo mismo. Ahora. Rómpelo para que no se produzca el cambio.

—¿Y arriesgarnos a perder el chip? Estamos hablando de tu tallo encefálico. Yo me lo he hecho porque no tenía más remedio. Podría haberme matado o haberme causado la muerte cerebral. Prefiero no hacerte eso. Si podemos inyectarte primero el antivirus, la reacción no se producirá.

—Pero ¿y si no conseguimos el antivirus a tiempo? Prefiero estar muerto que ser él.

—Por eso la agente Hernandez está preparando un collar de PEM. En el momento en que sientas una descarga anormal de energía en el cuerpo te golpeará con un pulso electromagnético, que esperamos que cortocircuite el chip y lo detenga.

—¿No podéis hacerlo ahora y acabar de una vez?

—También existe la posibilidad de que el PEM te pare el corazón. Así que no, el antivirus es nuestra mejor opción. El collar es un plan de contingencia.

Hernandez alzó un collar de aspecto burdo con un aparatito en la parte interior. Se lo colocó a Byron en el cuello y conectó el interruptor.

—Trate de no generar demasiada electricidad estática o podría dispararlo sin darse cuenta. No conecte nada eléctrico y aléjese de los cables y esas cosas.

—Lo recordaré —dijo él, un poco incómodo.

—Y no te frotes las manos rápidamente ni saques la ropa de la secadora —dijo Frank.

—Me alegro de que encuentres esto gracioso —dijo Byron.

Frank le ayudó a colocarse el casco y a conectar el flujo de aire. Luego pulsó el comunicador.

—Pareces muy cómodo con el biotraje, Byron. ¿Planeas un cambio de carrera, tal vez?

—¿Y que me disparen todos los días? No, gracias. Aceptaré un aburrido trabajo de despacho y moriré por causas naturales.

El conductor llamó desde la parte delantera.

—Nos acercamos al aeródromo, señor.

—¿Vamos a subir a un avión? —preguntó Byron.

—No, vamos a impedir que lo hagan otros. Galen planeó un éxodo. Estaba haciendo copias de sí mismo para formar lo que llamaba el consejo de los profetas. Cada uno de los cinco miembros del consejo supuestamente iba a llevar a un grupo de curadores a una ciudad densamente poblada: París, Londres, Tokio, Sao Paulo y Beijing eran las de la primera oleada.

—¿Para hacer qué?

—Continuar curando, esparcir el virus, conseguir adeptos. Cada grupo estaría formado por diez curadores, así que puedes imaginar lo rápidamente que se esparciría el virus.

—Eso son cincuenta curadores. Por favor, dime que no hay tantos en el lugar al que vamos.

—Los habrá a mediodía, cuando lleguen los reclutas.

—¿Reclutas?

—Galen no cuidaba a la gente por bondad intrínseca, Byron. Estaba formando un ejército. Las personas curadas en el sur de California creían que la cura era gratis, pero no era así. Tenía un precio elevado: el reclutamiento.

—¿Está obligando a todos sus antiguos pacientes a convertirse en curadores?

—Ninguno de ellos lo sabe, claro. Creen que se reúnen para un reconocimiento médico rutinario. Cuando se enteren de que han sido reclutados, me atrevo a decir que se llevarán una sorpresa.

Giraron al oeste y se incorporaron a una carretera llena de baches que conducía a un aeródromo abandonado. La mayor parte del terreno había sido arrasado, incluida la pista; lo único que quedaba era un hangar, un gran edificio para ensamblar aviones y un puñado de edificios más pequeños de una sola planta en diversos grados de conservación.

—Esto es el antiguo aeropuerto Hughes —dijo Byron—. Nadie podrá despegar de aquí. Desmantelaron la pista hace años.

—Galen nunca planeó huir desde aquí —dijo Frank—. Despegarán de LAX, situado un kilómetro al norte. Hughes es un punto de reunión, no sólo porque no llama la atención y está convenientemente cerca del aeropuerto, sino también porque Galen necesitaba un edificio lo bastante grande para ocultar sus dos autobuses robados.

Byron alzó una ceja.

—Cuando todos los reclutas hayan llegado, los drogarán, les darán tarjetas de embarque, los subirán a los autobuses y los llevarán a LAX... Los verá todo el mundo pero nadie reparará en ellos, serán gente corriente que toma el autobús para ir al aeropuerto. Luego subirán a sus aviones y se dirigirán a esas cinco ciudades.

—Pero ¿por qué hacen esto los curadores? No hay consejo de profetas. Fracaso.

—No del todo. Tienen a uno de sus miembros.

—¿Te refieres a Dolores? ¿Crees que va a venir aquí?

—Si es Galen, hará lo planeado. Estará aquí. —Miró por el parabrisas y le habló al conductor—. Aparque detrás de ese edificio de allí y quédese donde no le vean desde el hangar.

Aparcaron y bajaron. Frank los hizo esconderse bajo unas cuantas cajas abandonadas mientras escrutaba el hangar con unos binoculares. La camioneta blanca estaba aparcada delante.

—Dolores está dentro —dijo—. Cabe suponer que Carter y los demás también. Ahora esperemos a los reclutas.

—¿Seguro que vendrán todos? —preguntó Byron.

—Contamos con ello —respondió Hernandez—. Puede que ésta sea nuestra única oportunidad para atender a todos los que ha tratado Galen.

—Dejó instrucciones concretas de no dejar a nadie atrás —dijo Frank—. Por eso se llevaron a los pacientes de la enfermería. Se va todo el mundo. Confía en mí, vendrán.

—Entonces, ¿esto es todo? —dijo Byron—. ¿Dos furgonetas de agentes de la ARB contra todo el ejército de curadores? No es por nada, pero se parece un poco a lo de David contra Goliat, ¿no os parece?

—Vamos a entrar en una zona caliente —dijo Hernandez—. Un sitio repleto de virus. No podemos enviar a la caballería. Antes tenemos que establecer un perímetro de contención.

—Lo dice como si fuera tan fácil como poner el mantel en la mesa. Son curadores. He visto lo que pueden hacerle a la gente. No se rinden fácilmente.

—No todos los curadores han sido alterados genéticamente —dijo Frank—. Los que no lo han sido no deben preocuparnos tanto.

—Sí, y los que lo han sido tienen que preocuparnos mucho.

—¿Qué le preocupa? —dijo Hernandez—. Tenemos a Frank.

Le hizo un guiño a Frank y ambos sonrieron. Byron no le veía la gracia.

Frank observó con los binoculares la carretera por la que habían entrado. Unos minutos después, llegó un coche.

—Creo que llegan nuestros primeros reclutas —dijo.

El sedán se acercó al aeródromo, al hangar de los curadores, y aparcó. De él se apeó una mujer con un conservador traje chaqueta. Una puerta lateral del hangar se abrió y Stone la hizo pasar. Poco después llegó otro coche. Y luego otro más. Al final,

un convoy de coches entró en el aeródromo y se dirigió hacia el hangar. Dos curadores salieron a dirigir el tráfico. Stone se quedó en la puerta, tachando nombres de una lista a medida que la gente iba entrando.

—¿Dónde está esa caballería de la que hablabas? —dijo Byron—. ¿Cuándo vais a pedir refuerzos?

—Si llamamos ahora, todo esto se llenará de sirenas —respondió Frank—. Los curadores sabrán que los hemos localizado. Entonces tendremos una situación con rehenes. Para que nuestro plan funcione, debemos esperar.

—¿Y yo no debería saber cuál es ese plan?

—No te preocupes. Tu plan es que no te vean. En cuanto consigamos el antivirus, volveremos con él.

Frank se volvió hacia Hernandez.

—Recuerda, Galen planeó almacenar las muestras de virus y antivirus en dos bolsas de lona distintas. También tienen el baúl con mi antivirus. No llamaremos hasta que lo hayamos asegurado todo.

Ella asintió.

—¿No deberíamos avisar al menos a las líneas aéreas? —preguntó Byron—. Advertirlas con antelación.

—La FAA^[4] está al tanto de la situación —dijo Frank—. Pero esperemos que no tenga que intervenir. El plan es detener a los curadores aquí. Que nadie llegue al aeropuerto.

La afluencia de vehículos disminuyó y por fin aparcó el último coche. Stone tachó el nombre de la lista e hizo señas a los curadores que dirigían el tráfico para que entraran.

—Ya están todos —dijo Frank, entregando los binoculares a Hernandez—. Deséame suerte.

—Espera, ¿vas a ir tú solo? ¿Ése es el plan?

Frank respondió con un guiño, se incorporó y se marchó solo al hangar.

Liquen trataba de ocultar su decepción. De todos los receptáculos que iban a convertirse en el profeta, Dolores era el que más incómodo le hacía sentirse, y no porque fuera una mujer, aunque ése era su mayor motivo de incomodidad. Simplemente, no le parecía bien. Galen siempre había sido una figura paternal, y a Liquen le costaba demasiado admitir que fuera de pronto una figura maternal que actuaba con paternalismo.

—Me estás observando fijamente otra vez, Liquen —dijo Dolores, que miraba uno de los autobuses aparcado en el hangar y veía el reflejo de Liquen en el chasis.

—Perdóname, señor. Simplemente me abrumba la gratitud de que hayas regresado. Ella se echó a reír.

—No, no es eso. Te preguntas por qué soy una mujer.

Liquen no dijo nada.

Ella se volvió a mirarlo.

—Todo va bien, Liquen. Ten fe. Ahora puedo ver que éste era el mejor curso de acción. No lo lamento. De hecho, he abierto los ojos. Hasta ahora, sólo comprendía a la mitad de los miembros de nuestra especie. Ahora veo el cuadro completo. Las mujeres son fascinantes.

Carter se acercó.

—Están preparados, señor.

—Gracias, Carter. —Le dio una palmadita a Liquen en el brazo—. Ten fe, Liquen.

Liquen no se estremeció debido al contacto, pero tuvo ganas de hacerlo. No había ninguna duda de que ella era el profeta, él mismo había comprobado su sangre. La cuestión era si debía o no serlo.

La siguió hasta la zona despejada donde esperaban todos los reclutas. Era una gran multitud, y todos estaban presentes, incluso los que habían estado en la enfermería de la ARB. No había sido tarea fácil sacarlos de allí, y Liquen se enorgullecía sabiendo que había hecho algo bien para variar. Localizó a la niñita negra en primera fila y le sonrió. Ella lo vio pero no le devolvió la sonrisa.

Como se les había dicho que hicieran, cada recluta se encontraba dentro de uno de los círculos pintados en el suelo, formando filas. Eran un ejército en formación, aunque no lo supieran todavía.

—Soy George Galen —dijo Dolores en voz alta para que todos la oyeran—. Sé que puedo no parecerme a George, pero no siempre somos lo que parecemos, ¿verdad? Fijaos en vosotros mismos. Hasta hace poco, todos parecíais causas perdidas. Vuestros médicos os habían desahuciado; en muchos casos, vuestra familia había perdido la esperanza. Vuestros amigos os miraban con lástima. Pero para mí erais diferentes: me parecíais llenos de vida. Os miré y vi los años que os quedaban por vivir todavía, los recuerdos por crear. Y por eso mis socios y yo os hemos dado una segunda oportunidad en la vida y hemos puesto fin al sufrimiento que os atenazaba injustamente. —Sonrió—. Me hace feliz veros a todos sanos ahora. Con un cuerpo fuerte, capaces de hacer tantas cosas. Quiero desearos a todos lo mejor.

Se acercó a la primera persona de la fila y la besó en la frente. Luego a la siguiente y la besó, y así con todos los de la fila.

Liquen advirtió que algunos de ellos se intercambiaban miradas. Aquello no era lo que esperaban. Pero cuando ella los besó, se les relajó el rostro.

Cuando Dolores terminó de besar a todos, regresó al frente.

—Ahora os pido algo —dijo—. *El Libro de la conversión* nos enseña que, cuando nuestras vidas han sido elevadas, nos toca elevar otras. Continuaréis con este empeño, lo multiplicaréis, lo llevaréis adelante, ayudaréis a aquellos hermanos y hermanas que carecen de esperanza en el mundo. Lo que os pido es un sacrificio: que dejéis vuestra actual vida y os dediquéis a obedecer una llamada superior. ¿Hay alguno de vosotros

que tenga algo que objetar?

Nadie dijo ni una palabra.

—Bien. Ahora, saltad sobre un pie.

Todos lo hicieron. Dolores se rió.

Liquen se sintió molesto. Burlarse de su sacrificio le parecía inadecuado. ¿Era cosa de Galen o de lo que quedaba de la mujer Dolores?

—Tocaos la nariz —dijo ella. Todos lo hicieron. Algunos continuaron también saltando sobre un pie.

—Muy bien. Simon dice «alto».

Se quedaron quietos y ella volvió a reírse.

Hubo un barullo en la puerta y Liquen se volvió para ver a un curador que escoltaba a la fuerza a Frank al interior. Dolores dejó de reír. Todos se quedaron mirando.

Frank se quitó el casco.

—Maravilloso. Estamos todos aquí.

Carter se abalanzó hacia él y lo agarró amenazadoramente.

—Vamos, Carter, ¿éste es el respeto que me demuestras ahora?

—No mereces ninguno —dijo Carter.

—Estoy aquí por el consejo. ¿No soy bienvenido?

Carter lo soltó.

—¿El consejo?

Frank se abrió el traje, revelando su cuello.

—Liquen, demuéstrole a este infiel que soy quien digo que soy.

Liquen miró a Carter, vaciló y luego se acercó con la caja y la colocó contra el cuello de Frank. Tomó una muestra de sangre y la caja pitó. Todos esperaron mientras Liquen miraba la lectura.

—Es igual —dijo.

Carter le quitó la caja de las manos.

—No lo creo.

—Déjame ver eso —dijo Dolores.

Carter se la entregó. Ella la miró, luego se volvió hacia Frank, estudiándolo.

—Nos está engañando de algún modo. Es propio de él.

Frank sonrió.

—¿Lo dices porque, como Hal y Nick, crees que sólo puede haber un profeta, o es simplemente escepticismo cauto?

—Es un truco —dijo Dolores.

Frank suspiró.

—Preferiría no perder el tiempo discutiendo. Tenemos demasiado trabajo por hacer. ¿Queréis una prueba de que soy Galen? Bien, preguntadme lo que queráis. Preguntadme algo que sólo lo pueda saber Galen.

—¿Qué don me diste? —preguntó Liquen, sorprendiendo a todo el mundo por

hablar sin que fuera su turno. No pudo evitarlo. La perspectiva de que un hombre, un hombre cuerdo, fuera Galen era demasiado emocionante.

Frank hizo una mueca.

—Liquen, incluso Frank sabía eso. Tu don es la velocidad, entre otros. Tal vez te convenza más si te digo bajo qué puente te encontré hace tres años, flaco, sin hogar, medio muerto de hambre, con sólo una manta ajada para calentarte.

Liquen abrió mucho los ojos. Sólo Galen sabía eso.

—¿Queréis más pruebas? —dijo Frank—. Detrás de aquel edificio, al este, hay dos furgonetas con agentes de la ARB vigilando este hangar.

Varios curadores se alarmaron. Carter se asomó a la ventana.

—Les he convencido de que todavía soy Frank —continuó—. Cuando el chip entró en funcionamiento, Frank trató de detenerlo clavándose una aguja en la nuca, pero por fortuna golpeó un segundo demasiado tarde. Yo ya me había convertido en quién soy. —Rió para sí—. Lo gracioso es que la ARB cree que Frank tuvo éxito y que yo sigo siendo él con algunos recuerdos de Galen. Fue muy fácil convencerlos. Simplemente, aceptaron mi palabra.

Liquen sonreía.

—Si eso es cierto —dijo Carter—, ¿por qué los has traído aquí? ¿Por qué revelar nuestra posición? ¿Por qué amenazar la diáspora?

—Porque era la única forma que tenía yo mismo de llegar aquí. Si hubieran sabido quién era, me habrían detenido. Además, tenía que traer a Byron. No ha experimentado aún la transición. Sin Hal y Nick, no podemos arriesgarnos a perder a otro miembro del consejo. Tres tendrán que valer.

—¿Byron está aquí? —preguntó Carter.

—¿Estoy hablando solo? Sí, Byron está con ellos. Piensa que ha venido porque el antivirus está cerca. Por cierto, lo tenemos, ¿no?

—Sí, señor —dijo Liquen, señalando el baúl—. La versión que Galen... quiero decir, la versión que tú creaste. Y la versión que creó el doctor Hartman en ese baúl.

—Maravilloso —dijo Frank.

—Espera —dijo Carter, todavía escéptico—. ¿Cómo sabemos que no hay mil agentes federales ahí fuera, esperando a que salgamos del hangar?

Frank puso los ojos en blanco.

—¿Siempre tienes que ser tan melodramático, Carter? Hay dos furgonetas. Dos. No he permitido que pidieran refuerzos con la excusa de que eso os alertaría. Si quieres pruebas, envía allí a Stone, sin llamar la atención, te lo aconsejo, y que los capture. Necesitamos a Byron, de todas formas. Los demás esperaremos aquí. Si estoy mintiendo y no regresan dentro de unos minutos, podéis dispararme.

Carter lo consideró.

—Hacedlo —dijo Dolores.

—Pero yo recomendaría que les quitéis las armas y los maniatéis, no que les disparéis tranquilizantes —dijo Frank.

—¿Por qué? —preguntó Carter.

—Porque tendremos que cubrir nuestras huellas cuando nos hayamos dispersado y, a menos que los sometamos y hagamos que nos obedezcan, pondrán a las autoridades al corriente de nuestras intenciones. Si eso sucede, tendremos agentes federales abordando nuestros aviones en Londres o Tokio o donde sea en el momento en que aterricemos.

Señaló al puñado de gente que todavía permanecía de pie dentro de su circulito.

—Éstos demostrarán ser compañeros efectivos. ¿Por qué no aumentar su número? Cuantos más, mejor. Y mirad a Carter. Ha demostrado ser una herramienta de lo más eficaz. Esos agentes de la ARB podrían ser igualmente valiosos.

Carter y Dolores intercambiaron una mirada.

—O si pensáis que es una mala idea —dijo Frank—, o si seguís convencidos de que intento engañaros de algún modo, entonces adelante, sédalos. Pero vosotros tendréis que cargar con los cuerpos, no yo. No estoy de humor. Pero bajo ningún concepto sedéis a Byron. Lo necesitaremos en el momento en que renazca. No voy a esperar a que se le pase el efecto del sedante. Tenemos que ponernos al día en nuestros planes.

Dolores chasqueó los dedos ante Stone.

—Nada de tranquilizantes —dijo—. Amarradlos si es necesario, pero dejadlos despiertos.

—Yo iría por detrás si fuera vosotros —dijo Frank—, y trazaría un amplio círculo para rodearlos. Están vigilando la parte delantera. Si os ven llegar, pedirán refuerzos. La sorpresa total es la única garantía que tenemos de que no alertarán a los demás.

—¿Y cómo sabemos que no los han alertado ya? —dijo Carter.

Frank suspiró.

—Eres un poco latoso, ¿no? Hazte la pregunta, Carter. Si yo hubiera alertado a las autoridades y estuviera planeando un ataque masivo a este complejo, ¿me molestaría en venir aquí ahora? No, vendría con el grupo de asalto. Bueno, en realidad lo que probablemente haría sería esperar hasta después del asalto, cuando se hubiera despejado el humo. —Sonrió—. Fingí alertar a las líneas aéreas, eso sí. Fue divertido. Hice como si llamara a la FAA, pero naturalmente estaba llamando a información para preguntar por el tiempo. Se espera sol, por cierto. —Se rió. Liquen lo imitó.

Diez minutos más tarde los curadores regresaron con las furgonetas. Liquen abrió la puerta del hangar lo suficiente para que pudieran pasar. Las puertas de las furgonetas se abrieron y Stone obligó a salir a los agentes. Había seis en total, incluidos Hernandez y Byron, todos con las manos atadas a la espalda.

—¿Veis? —dijo Frank—. Os los he entregado tal como prometí.

—¡Nos has mentido! —dijo Hernandez. Atacó, pero un curador la detuvo.

—No te enfades conmigo, agente Hernandez —dijo Frank—. Fuiste lo bastante ingenua para creerme. —Miró a Carter—. Si todavía no estás convencido de que soy quien digo que soy, quítale el casco a Byron. Encontrarás una carga de PEM

alrededor de su cuello, una carga que interrumpirá el chip si se inicia.

—Quítale el casco —dijo Dolores.

El curador sacó el casco a Byron y le quitó el collar.

—Maldito hijo de puta —dijo Byron.

Frank frunció el ceño.

—Qué lenguaje, Byron. Espero que cuando seas yo tengas un poco más de educación. —Se acercó a Hernandez, la hizo girarse y comprobó las cuerdas que le ataban las manos—. ¿Las habéis atado bien? No quiero que se suelten.

—Sí, señor —dijo el curador.

—Bien. Ponedlos en aquel rincón y vigiladlos atentamente. —Se volvió hacia Carter—. Ahí los tienes, Don Paranoico. ¿Vamos a perder más tiempo poniendo en duda mi lealtad o continuamos con la diáspora?

Carter inclinó la cabeza.

—Mis disculpas.

Frank se frotó las manos.

—Muy bien, hagamos inventario. ¿Qué me he perdido? ¿Tenemos las tarjetas de embarque?

—Sí, señor —dijo Stone, cogiendo la caja donde las tenía guardadas.

—Maravilloso. ¿Y el virus y el antivirus? Quiero ver esas dos bolsas de lona con mis propios ojos.

—Aquí, señor —dijo Liquen, acercando las bolsas. Frank las abrió y vio que estaban llenas de viales de V16 y del antivirus creado por los curadores—. Excelente. Por favor, cuidado con esto. Ahora, enseñadme el contenido del baúl.

Liquen abrió los cierres del baúl y alzó la tapa. Los frascos verdes del antivirus que Frank había creado estaban alineados perfectamente dentro de la gomaespuma negra.

—Todo a salvo y bien —dijo Liquen.

—Maravilloso. Gracias.

—¡Eres un sucio cobarde! —dijo Hernandez—. ¿Lo sabes? ¡Un sucio y apestoso cobarde!

Frank cerró la tapa del baúl, se acercó a Hernandez, le puso una mano en la espalda y otra en la parte superior del casco y le echó hacia atrás la cabeza.

—Y tú, buena mujer, olvidas que tengo el poder para quitarte la vida, si se me antoja.

La soltó, y ella guardó silencio.

Frank se irguió y se alisó el pelo.

—¿Por dónde íbamos?

—El inventario —dijo Liquen.

—Ah, sí, el inventario. —Miró a Dolores—. A menos que un miembro del consejo disienta, distribuyamos las tarjetas de embarque.

—De acuerdo —dijo Dolores.

—Muy bien —dijo Frank—. Stone.

Stone fue por el pasillo repartiendo las tarjetas a quienes correspondían. Frank fue a inspeccionar los autobuses.

—¿Seguro que cabrán todos los reclutas?

—Sí, señor —dijo Liquen—. Hemos contado los asientos. Llegaremos a la terminal, los dejaremos ante sus puertas y nos iremos.

—Estará chupado —dijo Frank.

Liquen sonrió, reconociendo la expresión. Era el profeta, no había duda.

—Sí, señor. Estará chupado.

Byron oyó la voz de Hernandez en su oído.

—No te muevas —dijo—. Esto va a dolerte.

Tenía razón. Byron sintió la aguja pincharle en el cuello y luego el frío fluido entrar en su torrente sanguíneo. Como le habían pedido, no reaccionó, ni apartó los ojos del curador que tenía a diez pasos de distancia, de espaldas a ellos.

Hernandez sacó la aguja.

—¿Qué era eso? —susurró.

—Ponte el casco. Despacio.

Byron obedeció. Ahora la voz de ella sonó clara por el intercomunicador.

—Enhorabuena. Acabas de recibir una buena dosis de antivirus.

Él la miró.

—¿Cómo?

—Sigue mirando al frente.

Byron se volvió.

—Me la ha dado Frank —dijo ella.

—¿Cómo?

—Éste era el plan, Byron. Lamento que no lo supieras, pero no sabíamos si eras buen actor o no.

Byron notó que cortaba las ataduras de sus manos.

—Mantén las manos a la espalda —dijo ella.

—¿Frank está actuando?

—Teníamos que conseguir una muestra para ti y sabíamos que no podíamos meternos en peleas.

—¿Te la ha dado él?

—Le he llamado cobarde, y esa distracción le ha bastado para hacerse con un vial. Luego, al echarme atrás la cabeza, me la ha puesto en la mano. Practicamos el movimiento antes de recogerte.

—¿Cómo te has soltado las manos?

—Me ha pasado la navaja cuando comprobaba las cuerdas. No es un mal plan, la verdad. Aunque me sorprende que haya funcionado.

—Casi te has descubierto con lo de «sucio cobarde».

—¿Demasiado exagerado?

—Me ha parecido estar en una peli mala del Oeste. ¿Y la carga PEM?

—Una excusa para que te quitaran el casco y yo pudiera ponerte la inyección. La carga son componentes informáticos inservibles.

—Qué bien. ¿Y ahora qué?

—Cuando te avise, sube al primer autobús y agárrate fuerte. Ahora quítate el casco antes de que se den cuenta.

Frank se portó con tanta indiferencia como le fue posible mientras inspeccionaba los dos autobuses. Miró de reojo a Hernandez y ella asintió de manera discreta, dándole la señal. Estaba hecho. Le había administrado a Byron el antivirus. Frank sintió que los hombros se le relajaban.

—¿Tienen tu aprobación? —preguntó Liquen.

—Los mejores autobuses de Los Angeles —respondió Frank—. Mi única pregunta es: ¿qué haremos si hay alguien esperando en alguna parada?

Luego se rió para que Liquen supiera que era un chiste, y Liquen se rió con él.

Stone se acercó.

—Las tarjetas de embarque están repartidas, señor.

—Bien. ¿Y los baúles?

—En los autobuses y listos para ser transportados.

—Excelente. Entonces que la gente suba también a los autobuses. Byron se está tomando su tiempo y no los quiero ahí de pie eternamente. Es decir, si el buen miembro del consejo está de acuerdo.

—¿Si estoy de acuerdo con qué? —dijo Dolores, reuniéndose con ellos.

—Sugiero que todo el mundo suba a los autobuses. ¿Por qué tenerlos ahí de pie? Nos pondremos en marcha en el momento en que Byron haga la transición.

—Muy bien. —Dolores se volvió hacia Liquen—. Que suban.

Liquen dirigió a la multitud hacia los autobuses.

Cuando todo el mundo estuvo a bordo, Frank rodeó a Dolores con un brazo.

—¿Por qué no les dices que se relajen? Tienen un largo viaje por delante y algunos parecen un poco nerviosos.

Ella estuvo de acuerdo. Subió a cada autobús y dijo a los pasajeros que se relajaran. Muchos se quedaron dormidos inmediatamente.

Cuando terminó, Frank la alabó por su generosidad.

—Sólo te estás alabando a ti mismo —dijo ella con una sonrisa.

Él se echó a reír.

—Sí que es verdad. —Se rascó la barbilla—. Ahora deberíamos tratar el asunto de los sustitutos provisionales para Nick y Hal en el consejo. Suponiendo que todo vaya bien con Byron, seremos tres. Quedarán dos vacantes. Reunamos a los

curadores y discutámoslo.

Ella accedió.

Frank hizo bocina con las manos.

—¿Puede todo el mundo prestarme atención, por favor? ¿Podemos todos reunirnos aquí, por favor? Sólo curadores.

Los llevó al otro lado del hangar, lo más lejos posible de los autobuses sin que fuera demasiado obvia su intención.

El único curador que no acudió fue el que vigilaba a los agentes. Frank se situó de forma que los curadores dieran la espalda a los autobuses para prestarle atención.

—Como todos sabéis, no tenemos un consejo completo.

Se llevó la mano a la frente. Era la señal; sólo esperaba que Hernandez la hubiera visto. Al parecer así había sido. La vio soltar de su cadera el sedante en aerosol.

—Propongo que elijamos a dos de nosotros que puedan ocupar los puestos de Nick y Hal en el consejo.

Hernandez se acercó con sigilo al curador que los vigilaba y le roció la cara con el *spray*. Cuatro agentes lo recogieron en silencio y lo arrastraron fuera de la vista.

—Será un nombramiento provisional, naturalmente —dijo Frank, entreteniéndose a los curadores—. Haremos dos copias más de George Galen en cuanto sea posible. Pero hasta entonces necesitaremos un líder para cada uno de los cinco grupos.

Los agentes se dividieron y subieron en silencio a los dos autobuses. Hernandez se puso al volante de uno y Byron se sentó junto a ella. Por el retrovisor, Hernandez vio a otro agente al volante haciéndole una señal con el pulgar hacia arriba.

Frank vio que los agentes estaban preparados y se dirigió a los curadores.

—Me gustaría nombrar a Liquen y a Stone como posibles sustitutos. Me han servido fielmente durante mucho tiempo. ¿Se opone alguien a estas nominaciones?

Los curadores parecieron contentos con la sugerencia, sobre todo Liquen.

Frank tendió la mano.

—Stone, entrega tu arma. Como miembro del consejo, las armas no son dignas de ti.

Stone, el más grande y más fuerte de todos los reunidos, entregó a Frank la escopeta que llevaba al hombro. Frank comprobó el cargador y vio que estaba lleno de dardos. Disparó cinco veces contra la barriga de Stone.

Aturdidos y confusos, los curadores soltaron un grito de asombro y retrocedieron. Stone se envaró, entonces los tranquilizantes le hicieron efecto y cayó inconsciente al suelo. Era la primera señal, y Hernandez debió de haberla visto, porque un segundo después ambos autobuses se pusieron en marcha. Los curadores retrocedieron con torpeza mientras Frank continuaba disparando. Abatió a tres más antes de que los demás advirtieran que los autobuses escapaban.

Byron salió disparado hacia delante cuando su autobús embistió la puerta del hangar

y la sacó de su carril. Las ventanas del autobús se rompieron. La gente gritó. La puerta del hangar cayó encima de los autobuses y resbaló cuando éstos continuaron su marcha.

—Agárrate a algo —dijo Hernandez.

Byron recuperó el equilibrio y se agarró a la barra situada junto al asiento del conductor. Miró por la ventana justo cuando un curador saltaba a un lado del autobús y metía las manos por el cristal para agarrarse. Otro curador le imitó, y el autobús se inclinó hacia un lado por el peso. Hernandez dio un volantazo para compensar.

Un tercer curador irrumpió por la puerta del autobús, aterrizó en los escalones junto al contador de billetes y llenó a Byron y los primeros pasajeros de cristales rotos. Con una mano en el volante, Hernandez desenfundó su arma y disparó varias veces contra el pecho del curador, hasta que éste cayó por la puerta y acabó rodando por el suelo.

Los pasajeros continuaron gritando mientras Hernandez le lanzaba el arma a Byron.

—Hazte valer.

Byron agarró el arma, bajó dando tumbos los escalones, se sujetó a la puerta con una mano y se asomó.

Los curadores que colgaban fuera del autobús vieron el arma y se soltaron.

Desaparecido el exceso de peso, el autobús volvió a enderezar su rumbo; Byron se tambaleó y estuvo a punto de perder pie. Se agarró a la puerta y recuperó el equilibrio.

Un coro de sirenas sonó ante ellos, y Byron miró en esa dirección. Un puñado de vehículos de las autoridades corría hacia ellos: coches patrulla, coches sin insignia, furgonetas de la ARB, todoterrenos de los SWAT.

—Ahí tienes tu caballería —dijo Hernandez.

—¿Ya los habíais llamado?

—Los llamamos antes de venir. ¿Crees que habríamos intentado esto solos? Han estado ocultos, esperando a que rescatáramos a los rehenes y recuperáramos el antivirus.

Usando su intercomunicador, Hernandez le dijo al otro conductor que parara. Los autobuses frenaron y agentes con biotrajés salieron de las furgonetas de la ARB y subieron a los autobuses, confiscaron los dos baúles y calmaron a los pasajeros.

Byron siguió a Hernandez al exterior. Ella se hizo con un rifle de asalto de uno de los agentes y se subió a la parte trasera de la furgoneta.

—¿Te marchas? —preguntó él.

—Todavía tenemos a un hombre dentro.

Byron subió detrás de ella.

—Voy con vosotros.

—Esta vez no. Ayuda a calmar a estos civiles.

Hernandez cerró la puerta y la furgoneta se marchó veloz.

Frank continuó disparando contra la multitud de curadores hasta vaciar el cargador. El plan era eliminar primero a los más peligrosos. Y eso había funcionado a la perfección: Stone yacía inconsciente a sus pies. Y como no había ningún otro curador armado cuando Frank había empezado a disparar, le había sido fácil abatir a varios más. Unos cuantos habían corrido tras los autobuses y otros habían salido afuera tratando simplemente de escapar. Frank sabía que no tenían ninguna posibilidad de hacerlo: todo el aeródromo estaba rodeado. Y esta vez las autoridades sabían contra qué se enfrentaban. Si habían seguido el consejo de Frank, habían venido equipadas.

Carter corrió a escudarse tras un montón de escombros. Frank lo alcanzó con tres tranquilizantes, derribándolo y haciéndolo caer inconsciente al suelo.

Con el rabillo del ojo, Frank vio a Dolores correr hacia una habitación lateral. Corrió tras ella. Tenía que sedarla antes de que un policía demasiado ansioso le disparara o antes de que, actuando como Galen, hiciera algo drástico para evitar la derrota.

Cruzó la puerta y entró en un taller poco iluminado donde antiguamente se fabricaban o se reparaban componentes de aviones. Varios tornos oxidados se repartían por la habitación, además de grandes máquinas de hierro para dar forma y cortar metal. Todo tenía décadas de antigüedad. Hubo un destello de movimiento a la derecha de Frank, y entonces un objeto metálico y duro lo golpeó. Sintió que algo se le rompía por varios sitios y chocó contra unos estantes de la pared opuesta.

Los estantes se desmoronaron con el impacto, y a su alrededor cayeron todo tipo de herramientas pesadas.

Permaneció tendido un instante, tratando de orientarse. La cabeza le palpitaba. Le dolía respirar. Trató de incorporarse pero no pudo. El dolor era demasiado intenso. Alzó la cabeza y escupió sangre.

Dolores surgió de las sombras.

—He intentado entender tu punto de vista, Frank —dijo—. De verdad que lo he intentado. Me he devanado los sesos cien veces y sigo sin comprenderos a los de la ARB. ¿Tienes idea de a cuántos centenares de personas podríamos haber curado cada día juntos, siendo el consejo? ¿Cuántas vidas podríamos haber mejorado? —Hizo una mueca—. ¿Te gusta saber que hay niños enfermos en este mundo? ¿Es eso? ¿Es lo que quieres? ¿Eres una especie de sádico o algo por el estilo? ¿Te pone ver a gente enferma muriendo lentamente de enfermedades incurables? Yo voy a cambiar el mundo, Frank. Voy a darle poder a la gente. Puede que no estés de acuerdo con nuestra religión, pero no puedes negar el hecho de que estamos haciendo el bien. Y lo has estropeado. Has tomado algo bueno y lo has destruido. Te has hecho con la última esperanza para millones de personas y la has tirado por el desagüe. No me importa lo que pienses de mí, Frank, pero eso te convierte en el malo.

Frank pugnó por ponerse a cuatro patas.

—La ciencia salva, Frank —dijo Dolores—. Siempre lo ha hecho. Y sin embargo,

cada vez que aparece la chispa del descubrimiento, la civilización también engendra a alguien como tú, alguien que lo manda todo al infierno. Entonces, gente que no tendría que morir, muere. —Se puso en jarras—. Tu hija estaría orgullosísima de ti, ¿no? Papá acaba de joder al mundo.

—Deja de hablar como si fueras él —dijo Frank débilmente.

—¡Soy él! —dijo Dolores—. Soy George Galen.

Frank consiguió ponerse de rodillas.

—No, no lo eres. Sólo crees que lo eres. Tu verdadero nombre es Dolores Arlington, y eres una de las mujeres más valientes que conozco.

—Dolores Arlington está muerta.

—No me pareces muerta. Vamos, Dolores, ¿crees que acabo de caerme de un guindo? Reconozco a una persona viva cuando la veo. Confía en mí, no te pareces en nada a George Galen. Y menos mal.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

—Porque George Galen, Dolores, es un falsario, un embaucador untuoso, una gran bolsa de gas. Pretendía ser el gran salvador de la gente, el heraldo de la salud, la cura del sufrimiento humano. Pero en realidad a George Galen no le importaba ninguna de esas cosas. Lo único que le importaba a George Galen era George Galen. ¿Curar al mundo? Por favor. Más bien curar la increíblemente baja autoestima de George Galen. Estaba tan inseguro de sí mismo, tan inseguro de su capacidad para convencer a la gente de su forma de pensar que inventó un modo de obligar a la gente a obedecerlo. Hablaba de curar a niños, pero en realidad lo que hacía era crear esclavos.

—Pero Liquen y Stone y...

—Oh, claro, tenía amigos que lo seguían voluntariamente, sin haber sido coaccionados, pero lo mismo sucedió con Adolf Hitler. —A pesar del dolor, Frank consiguió sonreír—. Y lo más gracioso de todo esto, lo verdaderamente tronchante, es que el viejo George Galen trabajó tanto tiempo y tan duro en su timo que él mismo empezó a creerse la mentira. Picó con su propio engaño. Se convenció a sí mismo de que realmente era un salvador. Pero tú no eres así, ¿verdad, Dolores?

—Yo... no lo sé.

—No, no eres así. Dolores, tú eres diferente. Te importa la gente. Eres auténtica. George Galen creyó que podría quitarte tu mente. Creyó que podría sustituirla por la suya. Pero no pudo. No pudo cambiar tu mente. Todo lo que hizo fue añadir sus recuerdos a los tuyos. Por eso Hal seguía siendo Hal, incluso después de que George Galen lo convenciera de que ya no era Hal. Galen no puede apoderarse de nuestras mentes, Dolores, no si no dejamos que lo haga. Mírate las manos.

Ella se miró las manos.

—¿Son las manos de George Galen? No, no lo son. Ahora tócate la cara. ¿Es ésa la cara de George Galen? No, no lo es. Está intentando empujar tu mente, Dolores. Tienes que empujar tú también.

El dolor había remitido lo suficiente para que Frank pudiera ponerse en pie.

—¿Te acuerdas de la lavandería? ¿Te acuerdas de lo que dijo Byron? Dijo que eras uno de nosotros. Y tenía razón. Sigues siendo uno de nosotros, Dolores. Pero ¿George Galen? No es de nadie. Porque ya no existe. Su tiempo se acabó. Tuvo una oportunidad, pero la echó a perder. No hay ningún George Galen. George Galen está muerto.

Ella lo miró largamente. El labio inferior le temblaba. Se cubrió el rostro con las manos y sollozó.

—Tengo mala suerte —dijo entre lágrimas—. Nada más que mala suerte.

Frank se acercó a ella y la abrazó.

Los agentes de la ARB asaltaron la habitación, dispuestos a disparar, pero Frank les indicó que todo estaba despejado y bajaron las armas. Después siguió abrazando a Dolores y la dejó llorar.

AGENTE

El doctor Kouichi Yoshida entró en el vestíbulo del US Bank Tower, en el centro de Los Angeles, llevando un traje azul de mil rayas y una cesta de mimbre. Había comprado el traje unos minutos antes, en una sastrería de caballeros de la esquina, por once mil dólares. Era un precio absurdo, sobre todo para un hombre que estaba todavía hasta el cuello de préstamos estudiantiles y deudas de tarjetas de crédito, pero a Yoshida le había parecido adecuado para la ocasión y no había pestañado al ver la etiqueta. Lo había pagado en metálico y le había dado al dependiente una propina de cien dólares.

Para la gente del vestíbulo, Yoshida tenía el aspecto de otro joven inversor bancario bien trajeado. Miles de hombres vestidos de forma similar entraban y salían de aquel edificio cada día, y para todo el mundo Yoshida era sólo otro rostro en la multitud. Eso quería Yoshida, naturalmente. Quería confundirse. Era improbable que su cara hubiera aparecido en los carteles policiales tan pronto después de la operación, y aún menos probable que en aquel lugar alguien hubiera reparado en ese cartel si lo hubieran pegado. Pero Yoshida no quería correr riesgos. Sin quitarse las gafas de sol se dirigió hacia los ascensores con paso decidido, como si supiera exactamente adónde iba e hiciera el trayecto todos los días.

El guardia de seguridad sentado detrás del mostrador de mármol no levantó la vista de la revista deportiva cuando Yoshida pasó. Era una victoria minúscula, pero Yoshida sintió de todas formas un subidón de adrenalina porque había sorteado un obstáculo. Había decidido antes de entrar en el edificio que, si el guardia de seguridad lo reconocía, no echaría a correr. Simplemente se entregaría y se dejaría arrestar. Nunca había sido un luchador, ni un gran corredor, y aquél no era el momento de empezar.

Sólo que Yoshida no quería ser arrestado. No habría podido soportar la humillación. Habría un frenesí en los medios de comunicación, con *flashes* fotográficos y micrófonos ante su cara cuando los agentes federales lo escoltaran al tribunal cada día. Luego, sin duda, la CNN entrevistaría a todos sus antiguos mentores y profesores y les preguntarían si creían que Yoshida era un monstruo cuando estaba bajo su tutela y, de no ser así, cómo demonios podía un hombre de tanto potencial volverse tan malo de golpe.

No, Yoshida no hubiera podido soportarlo. No quería soportarlo. Era culpable, sí, pero él decidiría su propio destino.

En el ascensor, unas cuantas personas miraron con recelo la cesta de mimbre,

pero Yoshida contestó a sus miradas inquisidoras con una sonrisa amistosa. Había atado un lazo rojo a un asa con la esperanza de que la gente creyera que la cesta era un regalo, fruta tal vez, o quesos. El truco parecía haber funcionado, porque nadie dijo una palabra, y Yoshida subió sin incidentes.

La planta superior era la setenta y tres, y cuando Yoshida la alcanzó estaba solo. Salió del ascensor y se acercó a la ventana más cercana. La vista era sobrecogedora. Atardecía y estaba en el piso más alto del edificio más alto de Los Ángeles. A sus pies, los coches se arrastraban por la Cuatrocientos cinco como una larga fila de hormigas.

Se alejó de la ventana y deambuló por los pasillos hasta que encontró la puerta que rezaba: «Acceso al tejado». Estaba cerrada, naturalmente, pero Yoshida ya lo había previsto. Sacó una bolsita y se la abrió en la mano para sacar varias ganzúas. Escogió dos de la longitud y la forma adecuadas y, después de hurgar un rato, la cerradura chasqueó y se abrió la puerta. Un corto tramo de escalones lo condujo hasta el tejado.

La vista desde allí era aún mejor. Al oeste el sol desaparecía en el horizonte, hundiéndose en el océano como una naranja gigantesca que hubiera decidido darse un baño. Cubría la superficie del agua un titilante fulgor blanco. Era precioso. A Yoshida se le llenaron los ojos de lágrimas a su pesar. Se quedó allí de pie, sin moverse, absorbiendo el viento y la vista y el olor de la ciudad, hasta que la luz se difuminó y cayó la noche.

Los Ángeles fue entonces un tapiz de luces parpadeantes que se extendía en todas las direcciones. Yoshida contempló el cielo y se maravilló de las tenues estrellas. La luz de la ciudad hacía difícil distinguir ninguna constelación, pero pudo identificar unas pocas y se sintió feliz por haberlo hecho.

Finalmente se sentó y abrió la cesta de mimbre. Dentro había una caja de comida para llevar, en concreto de ternera de P. F. Chang's, su restaurante favorito, y una botella de vino caro. Yoshida rara vez bebía vino, pero le parecía adecuado para la ocasión. Comió despacio, saboreando la ternera, y bebió sólo media copa antes de volver a cubrir la botella y apartarla. Con la comida venía una galleta de la fortuna, y Yoshida la abrió y desplegó la tira de papel: «Estás destinado a hacer grandes cosas».

Yoshida sonrió, dobló con cuidado el papel y se lo guardó en el bolsillo del pecho de su chaqueta. Dentro del mismo bolsillo llevaba un frasquito. Lo sacó y lo mantuvo cerca de su cara. El frasquito estaba vacío y llevaba vacío varias horas. Vibró levemente en sus manos temblorosas. Yoshida sabía que el temblor empeoraría. Sería mucho peor. Siempre era así. Y Yoshida se había cansado de él. Se había cansado de muchas cosas; sobre todo del maestro. Odiaba al maestro. Lo despreciaba. Y cuando se enteró de que los receptáculos supervivientes habían sido encontrados y tratados, sintió un profundo alivio. Se merecían sus vidas.

Yoshida quería vivir también, pero no tanto como para acudir a la ARB. Algunas de las personas de las que el profeta se había aprovechado estaban allí bajo

tratamiento, pero Yoshida sabía que él no encajaba entre ellas. Había hecho demasiado, había causado demasiado mal.

Se guardó el frasquito en el bolsillo, se secó la boca con una servilleta y se enderezó el nudo de la flamante corbata de doscientos dólares. No había muro en el borde del tejado. La última planta simplemente terminaba, una caída en picado hasta la calle. Yoshida miró de nuevo al oeste, hacia el océano. Allí el agua negra se fundía con un horizonte negro, y le pareció el final del mundo y el principio del espacio. Tras llenar sus pulmones con una última bocanada de aire, Yoshida corrió hacia ese espacio tan rápido como pudieron llevarlo sus piernas.

Frank condujo hasta el Edificio Federal y entró por la parte de atrás sin que los guardias de seguridad le pidieran siquiera su identificación. El más nervioso insistió en escoltarlo hasta el ascensor e incluso pulsó por él el botón. Otras personas lo vieron atravesar el vestíbulo e incluso se susurraron cosas cuando pensaban que no podía oírlas.

Frank le dio amablemente las gracias al guardia y subió solo en el ascensor.

Diez minutos más tarde lo conducían al despacho de la nueva directora, que había elegido sabiamente un nuevo espacio para su oficina, lejos de donde la había tenido Irving. Al parecer, no quería que su influencia negativa gravitara sobre ella.

A Frank le había sorprendido que hubieran elegido tan rápidamente una nueva dirección; sólo habían pasado unos días desde la desdichada muerte de Irving, pero los chicos de Capitol Hill ya estaban intentando rectificar el desastre mediático en que se había convertido la ARB.

—Doctor Hartman, soy la directora Nichols. Por favor, tome asiento.

Él así lo hizo mientras observaba los nuevos muebles. No había ni el menor rastro de Irving en aquella habitación.

La directora se inclinó hacia delante por encima de la mesa y sonrió amablemente.

—El agente Atkins me ha informado de su licencia con honores del Ejército. ¿Debería ofrecerle mis condolencias o mis felicitaciones?

Frank, que estaba observando el lugar, la miró intensamente por primera vez. Era el tipo de mujer que vestía de modo que nada en ella quedara realzado excepto el hecho de que no quería que la miraras. Tela oscura que dejaba al descubierto poca piel pero mucho porte. No la hacía poco atractiva. Simplemente comunicaba que no estaba interesada en usar su apariencia como arma de influencia. Estaba diciendo sí, soy una mujer, pero no por eso quiero tu atención. Cabello castaño sencillo. Rostro delgado. Labios tensos. Ninguna joya.

—Me encantaba mi trabajo, señora. Servir a mi país ha sido un honor. No es algo de lo que me despida feliz, si es eso lo que está preguntando.

—Entonces, mis condolencias, y como ciudadana de este país le agradezco su

servicio.

Él supo que no hablaba de boquilla. Cuando aquella mujer hablaba, lo hacía en serio.

—Gracias —dijo.

Ella se acercó a la ventana y contempló a los analistas que trabajaban en sus puestos.

—Soy yo quien debería darle las gracias, doctor. Gracias a usted hemos encontrado y destruido todos los laboratorios de los curadores ocultos por todo el país.

—Dele las gracias a George Galen. Él puso los emplazamientos en mi cabeza.

Se volvió hacia él.

—Sí, puso muchas cosas en su cabeza, ¿verdad? —Cruzó los brazos—. Dígame, ¿cómo es tener dos memorias?

—No se lo recomendaría. El jefe te despide y de pronto te sientes como si hubieras vivido ciento veinte años.

Ella sonrió, cosa que sorprendió un poco a Frank y lo relajó aún más. Se sentó junto a él.

—El Ejército hizo bien en licenciarlo, doctor Hartman.

—Estoy de acuerdo.

—Pero también pienso que la pérdida del Ejército puede ser nuestra ganancia. Me gustaría poderle ofrecer un puesto aquí. Lo tendríamos bajo fuerte vigilancia durante un tiempo para asegurarnos de que es usted...

—¿Estable?

—Digamos de que es adecuado para la tarea. Y si es así, seríamos tontos de no contar con usted. Conoce ya el alcance de las operaciones de esta agencia aún mejor que yo, y posee dos de las mentes médicas más grandes que existen. No mucha gente puede decir lo mismo. —Volvió a sonreír.

—Es muy generoso por su parte.

—No actúo por generosidad, doctor Hartman. Tomo mis decisiones basándome en lo que creo que contribuirá al propósito de esta agencia, que es proteger al pueblo norteamericano.

Él la creyó.

—¿Está segura de que es políticamente aconsejable hacerme esta oferta? La ARB no es la más popular de las agencias federales en este momento. Aceptarme no contribuiría exactamente a su causa.

Ella se echó a reír.

—Listo y con conciencia política. Algunos podrían pensar que es una combinación peligrosa. —Le dio una palmadita en el brazo. A él no le importó—. Deje que yo me ocupe de Washington. El presidente considera que un incidente como éste es la prueba de que la ARB es un componente necesario de nuestra defensa nacional. No van a enviarnos a ninguna parte.

—Eso parece una respuesta ensayada.

—He estado practicando. ¿Cree que los medios se la creerán?

—Viniendo de usted, ¿quién podría dudarlo?

Ella sonrió más ampliamente esta vez.

—Me gusta usted, doctor Hartman. Me alegra que se una a nuestro equipo.

—Todavía no he aceptado su oferta.

—No, pero lo hará. —Le hizo un guiño—. Y para ayudarle a convencerse de esto le he preparado una visita a la T4 para que vea qué es exactamente lo que le ofrezco. El agente Pacheco le escoltará. Está ansioso por verlo.

Se levantó y llamó a su secretario.

Un minuto más tarde, Byron apareció en la puerta vestido con un conservador traje oscuro y una brillante tarjeta de identidad en la solapa. Asintió.

—Hola, Frank.

Frank aceptó su mano.

—Te has acicalado bien.

Byron no perdió tiempo.

—¿Vamos?

Tomaron el tren subterráneo. Frank advirtió que la agencia ya lo había reparado y había colocado una ventanilla nueva.

—Así que al final decidiste cambiar de profesión —dijo Frank.

—Sigue siendo un trabajo de burócrata. Nadie me dispara.

—¿Qué hace un asesor fiscal para la ARB, exactamente?

—Estoy demasiado verde para hacer gran cosa. Ahora mismo cuento un montón de historias junto a la máquina de refrescos para impresionar a las mujeres. Aparte de eso, me están entrenando. No te aburriré con los detalles. Pero hay buenos beneficios. Y un buen seguro dental.

—Entonces, ¿te han enviado para convencerme de que acepte la oferta?

—¿Quieres una respuesta sincera?

—No espero menos de ti.

Byron se aflojó el nudo de la corbata y se inclinó hacia delante.

—Hay dos filosofías. La mitad de la gente de por aquí se caga en los pantalones pensando que todos podéis volveros psico-Galen en cualquier momento. Así que os quieren cerca para vigilaros. La otra mitad se caga en los pantalones ante la idea de todo el bien que puedes hacer por la agencia con tu mente y la de Galen trabajando juntas.

—Eso es un montón de mierda. ¿Dónde encaja la directora?

—Decididamente, en lo segundo. Es optimista.

—¿Y tú?

—¿Tienes que preguntarlo?

No lo hizo.

—¿Y cómo te sientes? —preguntó Byron—. Había cierta preocupación por aquí

de que, en cuanto nos hubieran administrado el antivirus, nuestros cuerpos rechazaran los órganos.

Frank negó con la cabeza.

—El antivirus simplemente detiene la replicación. No la invierte. Mi ADN es igual que el de Galen ahora, así que el corazón no tiene motivos para rechazarlo. Lo mismo le pasa a Dolores. Eres tú quien me preocupa.

—¿Yo?

—El virus no se esparció completamente por tu organismo. De lo contrario, el chip de tu tallo encefálico se habría disparado.

—Entonces, ¿una parte de mí es Galen y una parte de mí soy yo?

—Sólo genéticamente —dijo Frank—. Sigues teniendo tu mente. Alégrate de eso.

—¿Si te quedas por aquí, podrías librarme del Galen que hay en mí?

—¿Eso es un intento de hacerme aceptar el empleo?

Byron se echó a reír.

—No, es puro egoísmo. Aunque no aceptes el empleo, quiero volver a ser yo. Puedes montar un laboratorio en mi apartamento si es lo que hace falta. Pero claro, no es un apartamento muy grande, así que sí, sería preferible que aceptaras el empleo.

El vagón llegó al andén, donde los estaba esperando la agente Hernandez.

—Me alegro de verte, Frank.

Los llevó al interior de la T4. Todo estaba en orden. No había ningún agente en el suelo con dardos en la espalda. De hecho, Frank reconoció a unas cuantas personas al pasar como las que habían sido sedadas aquel día. Era inspirador: esa gente se había sacudido el polvo, había hecho crujir los nudillos y había vuelto al trabajo.

—Vaya, mira lo que ha traído el gato —dijo Peeps, saliendo de una oficina para saludarlos—. Riggs, ven a ver quién ha decidido regalarnos con su presencia.

Riggs salió e intercambiaron halagos.

—Lamento haberme perdido toda la acción aquella mañana.

—Yo no —dijo Peeps.

—Irving nos envió a una operación de registro y rescate, dijo que tenía nuevos datos sobre tu situación. Todo era para mantenernos alejados del edificio, claro.

—Eso he oído —dijo Frank—. No os preocupéis, no os perdisteis gran cosa.

—Tal vez te veamos por aquí más a menudo —dijo Peeps, al/ando una ceja.

—Tal vez —contestó Frank.

Peeps y Riggs se despidieron y los dejaron.

Byron y Hernandez llevaron luego a Frank al Nivel 2, donde se hallaba Dolores. Estaba sentada en la cama comiendo un plato de pollo frito.

—Tienes un aspecto espantoso —dijo.

—Fuera está lloviendo.

—Entonces me alegro de estar aquí dentro. Lo único peor que una acera helada es una acera helada y mojada.

—Veo que te dan bien de comer.

Ella le dio un bocado a un muslito de pollo y sonrió.

—No es del Kentucky Fried, pero tampoco está medio comido. Al menos no lo tengo que sacar de la basura. —Se terminó el muslito en dos bocados más—. Me han dicho que puede que empieces a trabajar aquí de manera permanente.

—Parece que las noticias vuelan.

Ella frunció el ceño.

—No me parece justo. A mí me dan una cama de hospital y a ti un trabajo. ¿Dónde está la justicia? Tú estás tan loco como yo.

Él sonrió.

—Creo que un poco más.

—También dicen que podrías ayudarme a librarme de, ya sabes, los recuerdos del viejo.

—Me gustaría mucho.

—Cuanto antes mejor, digo yo. Byron dice que va a ayudarme a buscar un sitio donde vivir cuando salga de aquí. Tal vez incluso me ayude a encontrar trabajo. Dice que me dará referencias.

—Me alegro de oír eso —dijo Frank—. Yo seré tu segunda referencia si la necesitas.

—Bien. Me han dicho que al menos necesitaré tres.

—Tendríamos que irnos —dijo Hernandez, dirigiéndose hacia la puerta.

Frank apretó la mano de Dolores.

—Me alegro de verte —dijo.

—Lo dices como si fuera un adiós. Pero me verás mucho en el futuro.

—No se me ocurre otro sitio donde quisiera estar —dijo él.

Ella se ruborizó.

—Es mentira, lo sé, pero me gusta una buena mentira de vez en cuando.

Él le dio una palmadita en la mano y siguió a Byron y a Hernandez a la salida. A continuación fueron al Nivel 3, donde estaban alojados todos los reclutas de Galen. Frank se sorprendió de ver a Liquen fregando el suelo: había dado por hecho que los curadores estarían encarcelados en alguna parte, bajo siete llaves, como Carter.

—¿No deberías estar en una celda? —le preguntó Frank fríamente.

Liquen dejó de barrer y miró a Hernandez pidiendo permiso para hablar. Hernandez asintió.

—Estoy cooperando —dijo.

Frank se sintió aliviado, en parte por ver a Liquen ileso y en parte por ver que un curador trataba de rectificar lo que él y los demás habían hecho. Pero a Frank le molestaron sus sentimientos. La parte de él que se alegraba de ver a Liquen era la parte de Galen, la parte que se colaba tan subrepticamente en su yo real que era imposible distinguirla en ocasiones. Galen estaba presente en sus pensamientos y sentimientos, y Frank se sentía asqueado en momentos así.

—He cometido graves errores —dijo Liquen—. Creía que estaba haciendo el

bien, pero no era así. Es justo que trate de enmendar el daño que he hecho.

Si cualquier otra persona lo hubiera dicho, Frank la habría tachado de mentirosa: un criminal haciéndose el arrepentido con la esperanza de conseguir privilegios especiales. Pero se trataba de Liquen, un hombre que no mentía, un hombre que siempre era sincero. Esperaba verdaderamente corregir un error.

—Está controlado —dijo Hernandez—. Si trata de salir de la habitación, recibirá una descarga de electricidad por todo el cuerpo. Es tan efectivo como cualquier celda.

—Es innecesario —dijo Frank—. No va a intentar escapar.

Hernandez pareció tan sorprendida como el propio Liquen.

—Gracias, señor —dijo Liquen, inclinando levemente la cabeza.

Frank hizo entonces un rápido recorrido por las celdas. La niña Turner se recuperaba en una. Su padre le hacía compañía. Había otros a quienes Frank reconoció también, incluido el ayudante del *sheriff* Dixon y la niñera de Wyatt, Rosa. Estaban vivos, al menos. Eso era algo.

—Están esperando a que eliminen de su organismo la droga de obediencia de Galen —explicó Byron—. Será tu primera misión si decides quedarte. A algunos les damos medicación que los mantiene estables, pero necesitan mucho más que eso. Necesitan a alguien que pueda ayudarlos, alguien que comprenda qué es exactamente lo que les dio Galen.

—Estás construyendo tu caso, ¿eh? —dijo Frank.

—La ARB necesita a Galen tanto como te necesita a ti, Frank —dijo Hernandez.

—Esa residencia es un bonito montón de escombros —dijo Byron—. Eso debería hacerte feliz. Antes confiscamos todo el equipo de Galen y Yoshida, naturalmente. Eso no fue destruido. Todo está en el Nivel 4. Tendrás acceso a ello.

—Bajo férrea vigilancia —dijo Frank.

—Muy férrea, me temo —dijo Hernandez.

—Es mejor que estar en paro —dijo Byron.

Frank asintió. Sí que lo era.

—Piénsalo, Frank —dijo Hernandez—. Galen tenía algunas ideas maravillosas. Si la mitad de lo que empezó es posible y puede hacerse con seguridad, lo cambiará todo. Tienes una oportunidad para hacer bien las cosas, para ayudar a un montón de gente. Piénsalo.

Fue fácil encontrar la casa de Mónica. La dirección constaba en la guía.

Frank no había llamado con antelación. Sabía que probablemente debería haberlo hecho, por educación, pero no se sentía cómodo hablando por teléfono. Los teléfonos eran embarazosos.

El timbre tenía un sonido agradable, una de esas melodías de campanitas. El timbre de una persona rica.

Un hombre de mediana edad en bata abrió la puerta.

—¿Puedo ayudarle?

Frank deseó de pronto haber llamado primero.

—Soy Frank Hartman. Ni siquiera estoy seguro de que ésta sea la casa correcta. Soy amigo de Wyatt y Mónica Owens.

El hombre pareció cortado.

—Por supuesto. —Tendió una mano—. Soy Victor Owens. Soy el padre de...

—¿Papá, quién es? —dijo Wyatt, abriéndose paso para llegar al porche—. ¡Frank! Has venido a casa.

Frank deseó no haberlo hecho.

—Sí, espero que no importe.

Victor estrechó la mano de Frank.

—Gracias. Gracias por ayudar a Mónica y a mi hijo. Me lo han contado todo. No puedo expresarle lo agradecido que estoy.

Aquello pasaba de embarazoso a extremadamente embarazoso.

Todas las respuestas que se le ocurrían a Frank parecían forzadas, así que simplemente sonrió y dejó que el hombre le estrechara la mano, circunstancia que duró mucho más de lo que le hubiese gustado.

—Wyatt no para de hablar de usted —dijo Victor—. Frank esto y Frank lo otro.

Frank miró a Wyatt, que sonreía de oreja a oreja.

—Bueno, yo también tengo que decir un montón de cosas sobre él. Es un jovencito muy valiente.

—Sí que lo es. Por favor, ¿no quiere pasar?

—No, gracias. Es muy amable. Pero iba de paso. No puedo quedarme. Sólo quería saludar.

—Mónica lamentará no haberlo visto.

—Sí, díglele que todos le mandamos saludos. Todos nosotros. Hubo unos cuantos implicados, ya sabe. No sólo yo.

—Se lo diré, sí.

—¿Te marchas? —preguntó Wyatt, abatido.

Frank se agachó hasta su nivel.

—Sí, tengo que irme. Pero me alegro de haberte visto.

—¿Cuándo vas a volver?

Frank dirigió una mirada subrepticia a Victor.

—Oh, no lo sé. Soy un tipo ocupado últimamente.

Wyatt miró por encima del hombro de Frank y sonrió.

—Mamá ha llegado.

Frank se volvió para ver cómo el monovolumen de Mónica aparcaba en el camino de acceso, junto a su coche de alquiler. ¿Por qué no había llamado primero?

Mónica bajó del vehículo y se puso las gafas de sol en la cabeza para sujetarse la melena.

—¡Mamá, mira quién está aquí!

—Ya lo veo. Hola, Frank.

—Hola.

Él no sabía si debía ir hacia ella o esperar allí, en el porche. Lo que quería hacer era echar a correr hacia su coche y quitarse de en medio.

Ella buscó en el monovolumen y sacó una bolsa de la compra.

—Victor, hay unas cuantas bolsas más en la parte de atrás. ¿Te importa?

El padre de Wyatt corrió a ayudar. Sacó las bolsas y desapareció dentro de la casa.

Mónica se detuvo en el porche.

—¿Victor no te ha invitado a pasar?

—Sí que me ha invitado —dijo Frank—. Le he dicho que tenía que irme. Sólo me he pasado a saludar.

Ella pareció decepcionada.

—Oh. ¿Seguro que no quieres pasar?

—No, no quiero molestar. Es que estaba en el barrio. —Frank había olvidado lo sorprendentes que eran sus ojos.

—Te acompaño al coche —dijo Mónica. Antes de que Frank pudiera poner pegos, le pasó a Wyatt la bolsa de la compra—. Llévatela adentro, ¿quieres, campeón?

—Hasta luego, Frank —dijo Wyatt, tomando la bolsa y dejando a Frank y a Mónica solos en el porche.

Caminaron juntos hasta el coche.

—Me alegro de que te hayas pasado por aquí —dijo ella.

—Tendría que haber llamado primero.

—No tienes que hacerlo. Ven cuando quieras.

—Muy amable por tu parte. Gracias.

—Wyatt querrá verte.

—Sí. Me gustaría.

Se detuvieron junto al coche.

—Tienes buen aspecto —dijo ella—. No te vi cuando terminó todo. Me alegro de que estés bien.

—Lo mismo digo. Me alegré cuando me enteré de que los dos estabais bien. Ya sabes, libres de virus.

—Sí, eso fue un alivio. Y tú también.

—Cierto. No más virus.

Ella suspiró.

—Escucha, respecto a Victor... Todo este asunto lo preocupó mucho. La idea de perder a Wyatt... no ha parado de pasar tiempo con él desde que volvimos. Más que nunca, en realidad. Incluso insistió en dormir aquí unos cuantos días para poder llevar a Wyatt a la cama y despertarse antes que él.

—Eso es magnífico. Los niños necesitan a su padre.

—Es que no quería que pensaras que él y yo, ya sabes... —Buscó el modo de decirlo—. No vamos a volver a estar juntos ni nada de eso. Quiero decir, no es que a

ti te importe, pero tiene una novia en su casa.

—Oh. Bueno, es magnífico que quiera estar con Wyatt.

—Sí, sólo espero que dure.

—Yo también.

—Pero eso no significa que Wyatt no quiera verte a ti, por supuesto. Querrá. Es decir, si no vas a marcharte de la ciudad.

—No, estaré aquí.

—¿Permanentemente?

—Por ahora, al menos.

Ella asintió.

—Bien. Entonces volveremos a verte.

—Sí.

Él se sacó las llaves del bolsillo y jugueteó con ellas hasta que encontró la que necesitaba. Cuando volvió a mirarla, Mónica estaba sonriendo. La suya no era una sonrisa amable y vecinal, sino una sonrisa que indicaba que disfrutaba de su compañía. O al menos eso era lo que él esperaba.

—Adiós —dijo.

—Por ahora —dijo ella.

Abrió la puerta y subió al coche. Mónica lo vio marcharse y saludar dos veces con la mano antes de que el coche desapareciera colina abajo, de vuelta a Los Ángeles.

Consideraciones finales

por Orson Scott Card

Allá por 1976, yo trabajaba como redactor jefe de la revista *The Ensign*, en Salt Lake City, y mis colegas redactores Jay Perry y Lane Johnson y yo solíamos almorzar juntos y hablábamos de nuestras ideas para historias de ciencia ficción. Les había mostrado mi relato «El juego de Ender», que había revisado hacía poco y enviado a Ben Bova, de *Analog*. A todos nos entusiasaban las posibilidades que, como escritores, nos ofrecía la ciencia ficción.

Llegó el día en que aparecí por el trabajo blandiendo la respuesta de Ben Bova a mi segundo borrador de «El juego de Ender»: un cheque por el importe de trescientos dólares. De repente no era sólo un sueño: uno de nosotros había vendido una historia. Todo parecía posible. Y empezaba a parecer que las ideas de las que hablábamos llegarían realmente a alguna parte.

En esas conversaciones surgieron las ideas que se convirtieron en mi segunda novela, *Un planeta llamado Traición*, y muchos de mis primeros relatos, incluida mi colaboración con Jay Parry, «Vida de perros»^[5], y unas cuantas historias más que nunca se han publicado.

Hablábamos como si supiéramos algo de escribir profesionalmente. En realidad, sólo sabíamos emocionarnos con las ideas de los demás e insuflarnos valor para sentarnos a escribir.

Sin embargo, como yo era el que había vendido una historia, en mí recaía la carga de producir. La siguiente historia que envié a *Analog* me fue devuelta con el consejo de Ben de que lo que tenía era el principio de una historia, y que necesitaba terminarla. Me quedé de piedra: después de todo, se la había enviado porque creía haberla terminado. Pero no fui tan estúpido como para no escuchar un buen consejo, y encontré más cosas que hacer con lo que al final se convirtió en «Seguidor».

Irónicamente, varias personas me dijeron que habían adivinado el final desde el principio. Me pareció una locura, puesto que yo ni siquiera sabía el final cuando escribí el principio de la historia; no obstante, más tarde me di cuenta de que tenían razón: cuando buscaba un final, me topé con una de las formas más obvias de rematar la historia y la utilicé. Así que naturalmente que era predecible: lo había tomado de la página 5 del volumen 1 de mi *Archivo de Tópicos Mentales*.

(Y, no, no les enviaré un ejemplar de esa colección. Tienen que construir la suya propia. De hecho, ya lo han hecho). Ben compró la versión revisada de «Seguidor». Animado, me puse a trabajar en otra idea que había comentado con Jay y Lane en esos talleres de escritura de la hora del almuerzo. Era la época en que los trasplantes de órganos eran todavía noticia, e hice una especulación paranoica bastante tópica:

¿Y si te hacen un trasplante de órganos sin tu consentimiento y el órgano implantado empieza a apoderarse de tu cuerpo?

Una vez más, Ben Bova rechazó mi primera versión. No era suficiente que sucediera algo horrible. Me planteó algunas preguntas pertinentes: ¿por qué se apodera el corazón del cuerpo del protagonista? ¿De quién era ese corazón? ¿Qué pasa después? ¿Por qué fue elegido el protagonista para recibir ese corazón? ¿Quién hizo el trasplante?

Al leer esta lista, uno sólo puede preguntarse qué demonios había en la historia que envié originalmente. La respuesta es: era una historia muy cortita y repulsiva, y yo creía, en mi delirio de nuevo escritor, que era tipo Poe. Una especie de «El corazón delator» moderno. Excepto que Poe se aseguraba de que supiéramos por qué el protagonista oía los latidos del corazón muerto. Yo no le había dado nada al lector.

Siguiendo las indicaciones de Ben, encontré las respuestas a esas preguntas, y el resultado fue mi tercer relato vendido, «Negligencia».

A estas alturas debe estar claro que no trabajaba solo. Mis ideas eran puestas a prueba con dos amigos inteligentes y llenos de talento cuyos ánimos me indicaban qué historias merecía la pena continuar. Y además tenía un editor que, al considerar más prometedora mi obra que otros, me ayudó a descubrir qué convierte una idea en una historia.

Los trabajadores de ficción no trabajan solos. Incluso aquellos que se aíslan en un ático o se llevan el portátil al parque y trabajan en historias que nunca han comentado con nadie beben de la experiencia de leer otras historias y de las ideas que otras personas les dieron sobre qué historias importan lo suficiente para tomarse la molestia de contarlas.

El arte de narrar es un acto comunitario: cada historia crea una comunidad y crece bajo la influencia de las comunidades de las que el escritor ha formado parte. (Ésta es la gran pero obvia «reflexión» que sigue siendo la única idea útil que emerge de los disparates del deconstruccionismo). «Negligencia» era decididamente mi historia: cada palabra era mía, cada decisión narrativa me era propia. Y sin embargo refleja las ideas de tres colaboradores que escucharon y leyeron e hicieron sugerencias.

Nos saltamos treinta años y, adivinen, sigo siendo un escritor novato y suplicante que intenta abrirse camino. Oh, claro, tengo más de cincuenta libros publicados, pero es agua pasada. Ahora estoy intentando entrar en la industria cinematográfica de Los Angeles. Tengo la ayuda de un joven brillante que es escritor, actor y cómico llamado Aaron Johnston, que dirige la oficina de Los Ángeles de Taleswapper (la compañía cinematográfica que fundé con el director Peter Johnson).

Con la teoría de que no debíamos esperar a que yo aprendiera a escribir guiones de éxito, decidimos que Aaron repasara mis relatos y viera si había alguno que le interesara para adaptarlo en forma de guión. El plan era que le pagaríamos un salario de esclavo como anticipo del dinero que realmente ganaría cuando alguien financiara el desarrollo de la película.

Así que Aaron repasó mis antologías de relatos y se decidió por un par de proyectos: una historia llamada «Criadero de gordos» y una de las más antiguas, «Negligencia». Por diversos motivos (el no menos importante de los cuales era el probable presupuesto de la película) nos centramos en «Negligencia» como punto de partida.

El relato tenía suficiente argumento para veinte minutos de película. Además, el clímax de «Negligencia» es simplemente descubrir qué pasa, o sea, como en cualquier película de suspense. Obviamente, la historia tendría que desarrollarse de manera considerable y volverse mucho más intensa.

Así que Aaron y yo comenzamos a tener sesiones que me recordaron lo que solía hacer con Lane y Jay. El peligro era que, puesto que yo ya soy un escritor reconocido (de historias, no de guiones), Aaron interpretara mis ideas como dictados que seguir. El resultado habría sido una historia en la que yo creería y él no... lo cual sería la garantía de que no podría escribirla bien.

Afortunadamente, Aaron es demasiado inteligente y demasiado sincero para dejar que nadie le obligue a aceptar ninguna idea a la fuerza. A pesar de nuestras diferencias de edad (es lo bastante joven para ser mi hijo), y de la autoridad que mi lista de novelas pueda darme, Aaron no tomó nada de lo que yo dije como respuesta definitiva. En vez de eso respondía a las ideas con más ideas y, cuando yo sacaba a colación problemas con la historia a medida que se desarrollaba, se le ocurrían soluciones más rápidamente que a mí. (En *Storytelling: The Videogame*, como con todos los otros videojuegos, la juventud tiene sus ventajas). El resultado fue un guión muy bueno, enteramente de Aaron, pero repleto de ideas procedentes de ambos. Había sido una verdadera colaboración. También había sido muy divertido para mí, y no sólo porque Aaron estuviera haciendo todo el trabajo duro.

Me gustó tanto el resultado, de hecho, que le sugerí el guión a mi directora editorial de Tor Books, Beth Meacham, como una novela conjunta basada en el guión de Aaron basado en nuestras conversaciones basadas en mi relato. Ella leyó el guión y aceptó nuestra apuesta.

(Eso es lo que hacen los editores, por supuesto: apuestan miles de dólares a que el escritor puede producir una novela, y muchos miles más a que los lectores la comprarán. Y cuando pierden esa apuesta, no veo a muchos escritores haciendo colectas para compensar sus pérdidas. Por eso no comprendo que los escritores se enfaden o se muestren resentidos cuando los editores rechazan sus manuscritos. Es el dinero del editor, y los editores tienen que decidir qué caballo es el mejor en la carrera. Si eres escritor y nadie apuesta por tu manuscrito, la respuesta no es gemir y quejarse, ni siquiera empezar la carrera por tu cuenta; la respuesta es montar en otro caballo, escribir otro libro o relato. Y otro. Y otro, hasta que alguien esté dispuesto a apostar por alguno). Una vez más, Aaron y yo nos lanzamos a escribir la versión novelada... que tenía que ser aún más larga y más complicada que el guión. Las películas tienen que conectar al instante con el público, lo que significa que hay una

especie de ligereza necesaria en el escrito, incluso en las películas más artísticas y «densas». Es simplemente, un medio más ligero. No hay tanto tiempo para explicar las cosas. Y no puedes meterte dentro de la cabeza de los personajes.

Sin embargo, esta vez Aaron y yo no sólo nos teníamos el uno al otro y a la lista normal de amigos y parientes a los que implicamos en nuestro proceso creativo: también teníamos a Beth Meacham. Inevitablemente, como el guión ya existía, Aaron y yo nos veíamos atrapados inadvertidamente en las decisiones que ya habíamos tomado para esa versión de la historia. Beth nos ayudó a encontrar la salida, a ampliar la novela y mejorarla. Las cosas que aprendimos trabajando con ella en ese proyecto también me ayudaron en la redacción de mi *thriller* en solitario, *Imperio...* aunque también se tratara de una colaboración.

Demontres, todo es colaboración, de un tipo u otro.

Es magnífico escribir una novela en solitario; yo tomo todas las decisiones y mi nombre es el único que aparece en la portada.

Pero también es magnífico colaborar. Así es como empecé, después de todo, en el mundo del teatro. Cuando era dramaturgo, los textos que escribía nunca eran más que planos para las obras. No sabía lo que había escrito hasta que los actores se levantaban y decían el texto y ejecutaban las acciones. Trabajar con Aaron fue volver a aquellos días, y a los días de la cafetería de la calle Cincuenta East North Temple, en Salt Lake City, donde Jay, Lane y yo nos lanzábamos ideas como si fueran volantes de bádminton.

Ya estamos trabajando en un *thriller* conjunto basado en mi relato «Criadero de gordos».

Y Aaron se ha embarcado en su primera novela en solitario. Porque ahí conducen estas cosas. Un joven apasionado empieza a aficionarse a escribir y quiere convertirlo en una profesión. Lo único que pido de él es que espere al menos cinco años a que sus libros ganen a los míos en las listas de éxitos de ventas. Es lo que llamaban, en la época de la guerra de Vietnam, un «intervalo decente».

Lexington, Virginia, febrero de 2007.



ORSON SCOTT CARD, nacido el 24 de agosto de 1951 en Richland (Washington) es un escritor de ciencia ficción y otros géneros literarios estadounidense. Creció en California, Arizona y Utah. Mormón practicante, vivió en Brasil dos años como misionero para la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia mormona). Licenciado por la Brigham Young University en 1975 y la Universidad de Utah en 1981.

Su obra se caracteriza por incidir principalmente en los sentimientos y emociones de sus personajes y sus historias suelen ser violentas y emotivas.

Obtuvo los prestigiosos galardones John W. Campbell en 1978, el Nebula de 1985 y el Hugo de 1986 por El juego de Ender y el Nebula de 1986 y el Hugo de 1987 por La voz de los muertos.



AARON JOHNSTON es un exitoso guionista de Hollywood, reconocido autor, escritor de cómics y productor de cine.

Se crió en el sur profundo de los Estados Unidos (Alabama), para trasladarse en la adolescencia a Carolina del Norte. Ya empezaba a dirigir algunos cortometrajes domésticos por aquel entonces. Al inicio de sus estudios universitarios, estuvo un tiempo en una misión en Venezuela. Al regreso, conoce a su futura esposa con la que se casa en septiembre de 1999. Trabaja en publicidad hasta 2003, para ir a Los Ángeles en pos del trabajo de sus sueños, en una productora en la que conoce a Orson Scott Card y al director Peter Johnson.

Ha escrito docenas de cómics para las principales editoriales del sector en EE.UU. y media docena de guiones. Su pequeña obra teatral Lifeloop (2004), una adaptación del cuento breve de Orson Scott Card, se estrenó en Los Ángeles y fue presentado en la Universidad de Western Illinois.

Es coautor junto a Orson Scott Card de la subcolección Primera guerra fórmica, de la Saga de Ender. Es también guionista de la versión en cómic de estas obras, así como miembro del equipo de producción de Summit Entertainment, productora encargada de la versión cinematográfica de El juego de Ender, que se estrenó en 2013, y en la que llegó a realizar un cameo.

Durante mucho tiempo fue improvisador en diversos grupos teatrales: LA's Improv Factory, Santa Clarita Improv, y Garrens Comedy Troupe.

Está casado, y es padre de cuatro niños.

Notas

[1] Las siglas corresponden al término en inglés, *single nucleotide polymorphism*. (N. del T.) <<

[2] Food and Drug Administration, organismo público estadounidense encargado de la regulación de los medicamentos y los alimentos. (*N. del T.*) <<

[3] Personaje mirón de la historia de Lady Godiva. (*N. del T.*) <<

[4] Administración Federal de Aviación. (*N. del T.*) <<

[5] Todos los relatos aquí mencionados han sido publicados por Ediciones B en *Mapas en el espejo. (N. del T.)* <<